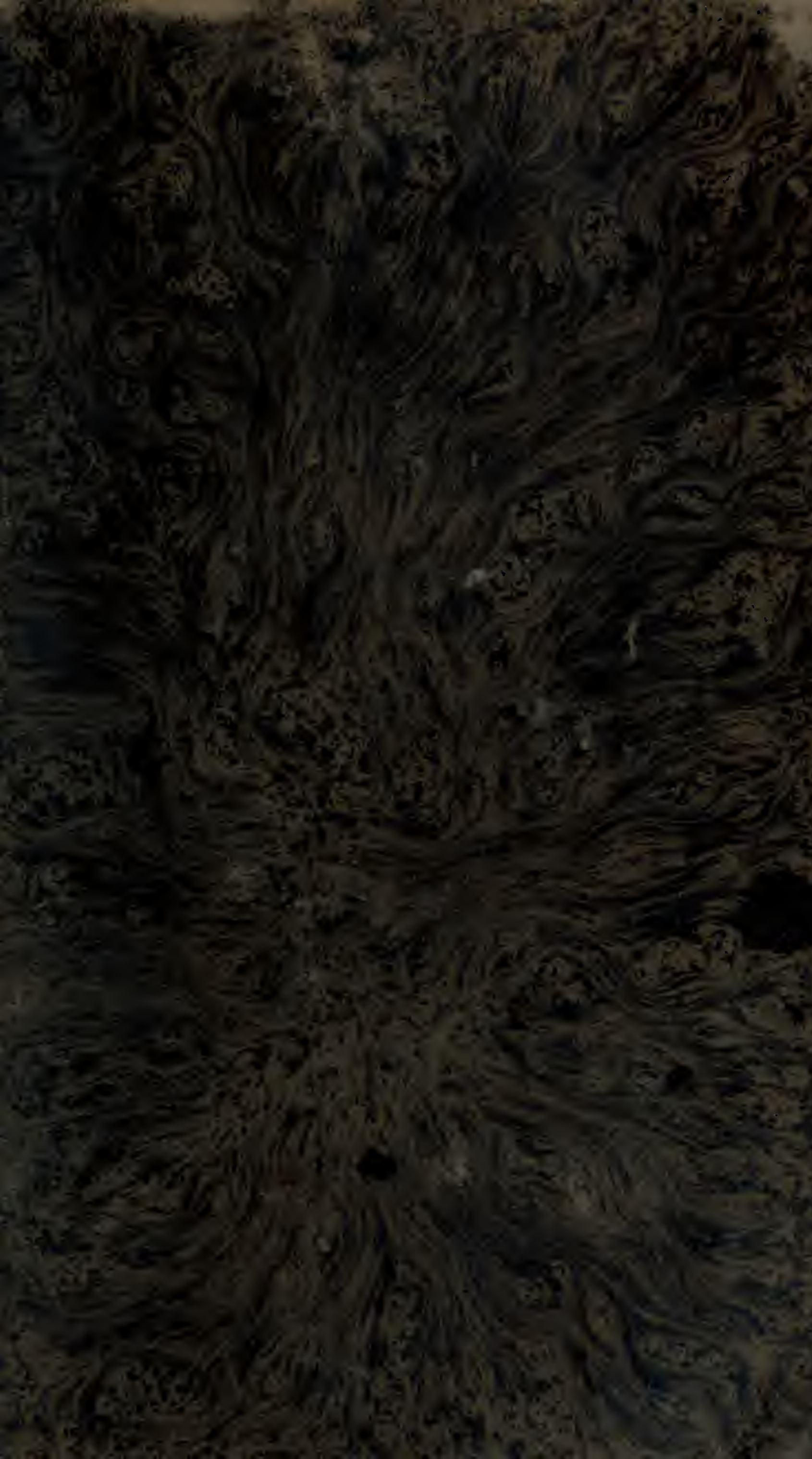
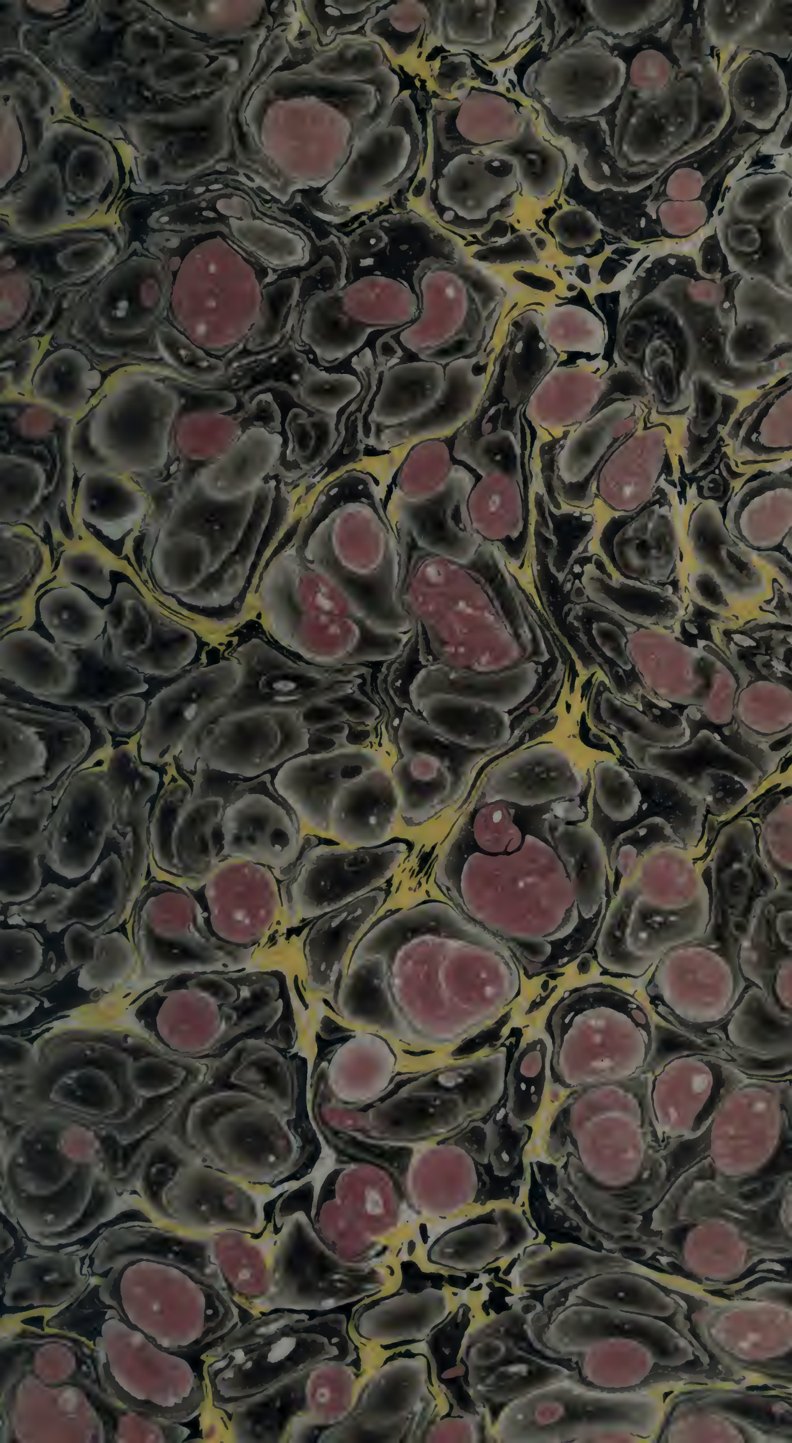




AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

*****

TOMO TERCERO.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

ROBADAS Á ESPAÑA Y ADOPTADAS EN FRANCIA

Alain René

Por Mr. Le Sage;

RESTITUIDAS A SU PATRIA Y A SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO

QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

TOMO III.

Barcelona:
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE GORCHS.
AÑO 1836.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

SIGUE EL

LIBRO OCTAVO.

*****

CAPITULO NONO.

Por qué medios hizo Gil Blas en poco tiempo una fortuna considerable, y de como tomó el aire de persona de importancia.

Este negocio me engolosinó; y diez doblones que dí á Scipion por su corretage lo animaron á hacer nuevas pesquisas. Ya he celebrado sus talentos sobre esto; se le podia dar el título del grande Scipion. El segundo penitente que me llevó fue un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á pesar de la razon y juicio. Este impresor habia contrahecho una obra de uno de sus compañeros, que se habia aprehendido. Por trescientos ducados le desembargué sus ejemplares, y le salvé de una gruesa multa. Aunque esto no fuese de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso

por mi súplica interponer su autoridad. Despues del impresor vino á mis manos un mercader; y hé aqui su negocio: un navío portugues habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que estaba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector que tuviese bastante crédito para hacérselas dar. Tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me interesé por él, y atrapó sus efectos, mediante la cantidad de cuatrocientos doblones. Me parece que oigo al lector gritar en este punto: ánimo, señor de Santillana, ajústese V. las botas, pues lleva gran camino para adelantar su fortuna. No, no dejaré de hacerlo. Si no me engaño veo llegar mi criado con un nuevo quidam que acaba de agarrar. Justamente es Scipion. Escuchémosle. Señor, me dice, permítame V. que le presente este famoso empírico; pide un privilegio para vender sus drogas por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquía de España, con esclusion de cualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de reconocimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatan, haciendo del protector: id, amigo mio, vuestro negocio corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le

saqué patentes que le permitian engañar á todo el mundo esclusivamente en todos los reinos de España.

Yo probé la verdad de aquel proverbio que dice que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que me sentia mas codicioso á medida que me iba haciendo rico, habia obtenido con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar, que no balanceé en pedir á S. E. la quinta. Esta era el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava, que me ofrecia mil doblones. El ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa. Vive Dios, amigo Gil Blas, me dijo: ¡cómo aprietas! Deseas con furor hacer bien al prójimo. Oye: cuando no se trate mas que de bagatelas, no haré juicio de ello; pero cuando me pidas gobiernos ú otras cosas considerables, si os parece, os quedaréis con la mitad de la utilidad, y á mí me daréis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni cuántos arbitrios necesito para sostener la dignidad de mi empleo; porque á pesar del desinteres que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera no cuidar de mi casa. Sírvate esto de regla.

Con este discurso me quitó mi amo el temor de importunarlo, ó mas bien me escitó á que continuase con mas empeño, y yo me sentí mas hambriento de riquezas que antes. Volunta-

riamente hubiera yo entonces hecho fijar un cartel que dijese, que todos aquellos que quisieran obtener gracias de la corte no tenian mas que dirigirse á mí; yo iba por un lado, Scipion por el otro, buscando ocasiones de servir por el dinero. Mi caballero de Calatrava tuvo el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un caballero de Santiago: no me contenté con hacer gobernadores, dí órdenes de caballería, convertí algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con escelentes títulos de nobleza: quise tambien que la clerecía percibiese mis beneficios: conferí pequeños curatos, canongías y algunas dignidades eclesiásticas. En órden á los obispados y arzobispados era el colator de ellos el baron de Roncal, y ademas nombraba los magistrados, encomiendas y vireinatos; lo que prueba que no se proveian los empleos grandes mejor que los pequeños; porque los sugetos á quien nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que haciamos un tan honroso tráfico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas arreglados. Sabiamos muy bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto á espensas nuestras; pero nosotros pareciamos á los avaros que se consuelan de las murmuraciones del pueblo repasando su dinero.

Razon tiene Isócrates de llamar la intemperancia y la locura compañeros inseparables de

los ricos. Cuando me ví dueño de treinta mil ducados, y acaso en estado de ganar diez tantos mas, creí deber hacer una figura digna de un confidente del primer ministro; alquilé una casa entera, que hice aderezar curiosamente; compré la carroza de un escribano, que la habia tomado por ostentacion, y que procuraba deshacerse de ella por consejo de su panadero. Tomé un cochero, tres lacayos; y como es regular ascender á los antiguos criados, elevé á Scipion al triple honor de ayuda de cámara, secretario y mayordomo; pero lo que acabó de colmar mi orgullo fue que el ministro llevase á bien que mis gentes trajeran su librea: aqui perdí lo que me quedaba de juicio: no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, que cuando á fuerza de haber bebido agua de cominos se pusieron tan pálidos como su maestro, se creian tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Melar. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, ó quizá por uno de sus bastardos; cosa que me lisonjeaba infinitamente.

Añadid á esto, que quise como S. E. tener mi mesa de estado; y para este efecto encargué á Scipion me buscase un cocinero, y me trajo uno que era casi comparable al del romano Nomentano de golosa memoria: llené mi bodega de vino delicioso; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias, principié á convidar gentes. Todas las noches ve-

nian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas de las oficinas del ministro, los cuales se apropiaban con vanidad la calidad de secretarios de estado. Les disponia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Scipion por su parte (porque tal amo tal criado) tambien tenia su mesa en la despensa, en donde á costa mia regalaba las personas de su conocimiento. Pero ademas de que yo amaba á este mozo, como él contribuia á hacerme ganar el dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo. Fuera de que yo miraba estas disipaciones como un jóven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas; habia otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y los empleos no cesaban de traer agua al molino: mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida faustosa. Creyendo habria vuelto de la Andalucía, quise tener el gusto de sorprenderlo; á este fin le envié un papel anónimo, en el cual le decia que un señor siciliano de sus amigos lo esperaba á cenar, le señalaba el dia, la hora y el lugar en donde debia encontrarse: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se espantó estraordinariamente cuando supo que yo era el señor estrangero que lo habia convidado. Sí, le dije, ami-

go mio, yo soy el dueño de esta casa. Tengo un buen equipage, buena mesa, y sobre todo un cofre fuerte. ¡Es posible, esclamó con vivacidad, que te encuentre en la opulencia! ¡Cuánto me alegro haberte colocado con el conde Galiano! Bien te decia yo que aquel señor era generoso y que no se tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que habrás seguido el sabio consejo que te dí de aflojar algo la rienda al mayordomo; sea enhorabuena: con esta prudente conducta se hacen poderosos los mayordomos de las casas grandes.

Dejé á Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado en casa del conde Galiano. Despues de lo cual, para moderar la alegría que manifestaba de haberme procurado tan buen puesto, le dije con todas sus circunstancias las señales de reconocimiento con que este señor habia pagado mis servicios; pero percibiendo que mi poeta cantaba entre sí la palinodia, le dije: yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando entre los dos, mas motivo tengo de felicitarme que de quejarme. Si el conde no lo hubiera hecho mal conmigo, le hubiera seguido á Sicilia, en donde todavía lo sirviera con la esperanza de un establecimiento incierto. En una palabra, no seria confidente del duque de Melar.

Estas últimas palabras sorprendieron tan vivamente á Nuñez, que en algunos instantes no pudo proferir una palabra. Despues rompien-

do de golpe el silencio me dijo: ¿es verdad lo que oigo? ¡Qué, teneis la confianza del primer ministro? La parto, le respondí, con el baron de Roncal, y segun todas las apariencias yo pasaré adelante. En verdad, señor de Santillana, replicó, que os admiro. Sois capaz de ocupar toda suerte de empleos. ¡Qué talentos reunis en vos! O mas bien, para servirme de una espresion á nuestro modo, poseeis un talento universal, es decir, que para todo sois adecuado. En cuanto á lo demas, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. Oh! qué diablos, interrumpí, señor Nuñez, no tratemos de señor ni señoría. Desterremos estos términos, y vivamos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero, añadió, te confieso mi flaqueza; al oir tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fue interrumpida por cuatro ó cinco covachuelistas que llegaron: señores, les dije, mostrándoles á Nuñez, Vds. cenarán con el señor Don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa, y que escribe en prosa inimitablemente. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía, que pusieron amarillo al poeta: apenas se dignaron mirarlo; por mas que dijo co-

sas muy delicadas para atraerse su atencion, no le escucharon: se picó tanto, que tomó un permiso poético; se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no percibieron su retiro, y se sentaron á la mesa sin preguntar por él.

A otro dia por la mañana, cuando me acababa de vestir y me preparaba para salir, el poeta de las Asturias entró en mi sala: perdóname, amigo mio, me dijo, si he ofendido á tus covachuelistas; pero, hablando con franqueza, me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Me son muy fastidiosos personages tan presumidos y almidonados. No comprendo cómo tú que tienes un entendimiento tan delicado puedes acomodarte á unos convidados tan groseros. Yo quiero desde hoy traerte otros mas vivos. Me darás, le dije, mucha satisfaccion, y sobre este punto puedo fiar en tu gusto. Con razon, me respondió; yo te prometo genios superiores y mas entretenidos. De paso llegaré á una botillería, en donde se juntarán en un instante; los apalabraré para que no se contraigan, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Diciendo estas palabras me dejó; y á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó el uno despues del otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos bellos entendimientos sobrepujaban á los de la Grecia é Italia, y sus obras,

decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí estos señores políticamente, aun les hice mil cumplimientos, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Cuando no hubiera encargado á Scipion que la cena fuera abundante, como sabia la clase de gentes que debia regalar en aquel dia, la habria dispuesto con profusion.

En fin nos sentamos á la mesa muy alegremente. Mis poetas principiaron á hablar de sí mismos y alabarse. El uno citaba con vanidad los grandes y las señoras á quien era agradable su musa: el otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrian con la misma presuncion. Mientras comia me asesinaron con versos y con prosa: cada uno de ellos recitaba segun su turno algun trozo de sus escritos: el uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el cuarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de un término impropio. El autor de la traduccion defiende lo contrario: de aqui nace una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo, pase; pero estos furiosos se

levantan de la mesa y se dan de puñadas. Fabricio, Scipion, mi cochero, mis lacayos y yo ¿en qué nos vimos de ponerlos en paz? Cuando se vieron separados salieron de mi casa como de una taberna, sin darme la menor escusa de su impolítica.

Nuñez, en la suposicion de que yo me habia formado una idea agradable de esta comida, quedó muy aturdido de la aventura: y bien, le dije, nuestro amigo, ¿ me celebraréis todavía vuestros convidados? A fe mia que me habeis traido unas gentes bien groseras. Aténgome á mis covachuelistas, no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros; estos son los mas razonables.

CAPITULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas con la corte: de la comision que le confió el conde de Sumel, y del lance en el cual él y este señor se metieron.

Luego que conocieron que el duque de Melar me amaba, tuve mi antesala. Todas las mañanas se encontraba llena de gente á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de gentes. Las unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y las otras para escitarme con súplicas á sacarles *gratis* lo que pretendian. Los primeros tenian la seguridad de ser escuchados y bien servidos. En órden á los segundos,

me desembarazaba prontamente con escusas, ó los entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal. De consiguiente perdí tambien la sensibilidad con mis amigos, y me despojé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad voy á contar del modo como traté en una ocasion á José Navarro.

Este, á quien tanto tenia que agradecer, y quien para hablar de una vez era la causa primera de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Melar cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable y de un gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió José, que siendo V. tan bueno y amigo de dar gusto, lo tendréis en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de V. Tengo la seguridad de que me daréis las gracias, porque os busco ocasion de ejercer vuestro amor caritativo. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de valde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar tendria gusto en servirlo. Me alegro,

respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á V. el vivo reconocimiento de cuanto V. ha hecho por mí: me basta con que V. se interese para servirlo. Su amigo tendrá el empleo que desea: cuente V. con ello. Este es negocio mio, no de V.

Con estas espresiones José se fue muy satisfecho de mi favor. Sin embargo se quedó sin el mencionado empleo, y lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi cofre. Esta suma fue preferida á los agradecimientos que hubiera recibido de mi primer oficial, á quien con un modo pesaroso dije cuando nos volvimos á ver: ¡ah! mi amado Navarro, V. me habló tarde. El baron de Roncal se ha anticipado: ha hecho dar el empleo que V. sabe: yo siento en estremo no darle mejor noticia.

José me creyó de buena fe, y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á mi casa. En lugar de tener algunos remordimientos por haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debia, quedé lleno de gusto. Ademas de que ya me pesaban los favores que me hizo, no me parecia conveniente frecuentar mayordomos en el estado en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Sumel, de quien hace tiempo no hemos hablado, y á quien visitaba algunas veces. Le habia llevado mil do-

blones, como tengo dicho, y todavía le llevé otros mil por órden del duque su tio del dinero que yo reservaba para S. E. En este dia quiso el conde tener una larga conversacion conmigo; me dijo que al fin habia conseguido su intento, y que enteramente poseia el favor del príncipe, de quien era el único confidente. Despues me dió una comision muy honrosa, de la cual me habia ya hablado. Amigo Santillana, me dijo, vamos, manos á la obra. No dejeis de hacer cuanto podais para descubrir alguna buena moza digna de divertir á este bizarro príncipe. Entendimiento teneis; nada mas os digo. Id, corred, buscad, y luego que hayais descubierto cosa buena, decídmelo. Ofrecí al conde no omitir cosa que pudiese contribuir al buen cumplimiento de mi empleo, cuyo ejercicio no debe ser muy difícil pues que hay tantas gentes que lo toman.

Estas suertes de pesquisas no me eran muy conocidas; pero creí que Scipion seria tambien admirable para el caso. Habiendo llegado á casa lo llamé y le dije á solas: hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. Ya sabes que en medio de tanto como me favorece la fortuna no deja de faltarme alguna cosa. Fácilmente adivino la que es, interrumpió sin dejarme acabar lo que queria decirle. V. necesita una ninfa agradable que le disipe un poco y le divierta; y en efecto es de maravillar que V. en la primavera de sus dias

no la tenga, cuando los viejos circunspectos no pueden estar sin ella. Admiro tu penetracion, le dije sonriéndome. Sí, amigo mio, una dama necesito, y elegida por tí; pero advierte que soy muy delicado en la materia: yo quiero una persona bonita y que no tenga malas costumbres. Lo que V. desea, repitió Scipion sonriéndose, es algo raro: no obstante estamos, á Dios gracias, en una tierra en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que V. necesita.

Efectivamente á los tres dias me dijo: he descubierto un tesoro; una señorita llamada Catalina, de buena familia y de una hermosura asombrosa, que vive con una tia suya en una casa pequeña muy decentemente con sus cortos bienes. La criada que la sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque su puerta está cerrada á todo el mundo no seria difícil que se abriese á un galan liberal y rico, con tal que para no escandalizar, entre en su casa solo de noche, y con todo sigilo. Por esto lo he pintado á V. como un hombre digno de que se le abran sus puertas, y he suplicado á la criada lo proponga á las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á decirme su respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo que te engañe la criada: no, no, replicó, esa no es conmigo, á mí no se me engaña, he pregunta-

do ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he sacado en consecuencia que la señora Catalina es tal como V. la puede desear; es decir una Dánae con quien á V. le será permitido hacer el Júpiter á favor de una lluvia de doblones que dejará caer.

Aunque estaba bien prevenido contra esta clase de fortunas, no dejé de entrar en esta. La criada avisó á Scipion que podia presentarme aquella misma noche, y á las once me entré en la casa con mucho sigilo. La criada me recibió sin luz, me tomó de la mano y llevó á una buena sala, en donde encontré las dos señoras gallardamente vestidas y sentadas sobre unas almohadas de terciopelo. Luego que me vieron se pusieron en pie y me saludaron con mucha gracia, y á la verdad me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, todavía hermosa, no dejó de atraer mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, quien me pareció una diosa; y aunque examinada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia sin embargo gracias que con un aire atractivo y voluptuoso ofuscaban, haciendo imperceptibles sus defectos.

Al verla perdí la tramontana: olvidé que iba como procurador, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, á quien juzgué de mas entendimiento que el que tenia, tal era lo bien que me

habia parecido, acabó de encantarme con sus respuestas. Ya principiaba yo á perder el seso cuando la tia para moderar mis impulsos me habló en este modo: señor de Santillana, voy á esplicarme francamente con V. S. Por el elogio que se me ha hecho de V. S. os he permitido entrar en mi casa, sin ponderaros el favor que os hago en ello; pero no penseis por esto que estais adelantado: hasta aqui he criado á mi sobrina con recogimiento, y sois, digámoslo asi, el primero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa tendré mucho gusto de que ella tenga este honor; ved si á este precio la quereis, pues de otro modo no es posible.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo, y convirtiéndome en un instante en fiel agente del conde de Sumel, mudé de tono, y respondí á la señora Mencía: señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. La figura que hago en Madrid no basta para merecer á la incomparable Catalina; la tengo guardado un partido mas brillante: la destino al príncipe. Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, y que no era necesario acompañar su desprecio con la burla. No me burlo, señora, proseguí, hablo seriamente; tengo órden

de buscar una persona de mérito á quien pueda visitar secretamente el príncipe, y en casa de V. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien percibí no le habia desagradado; sin embargo, creyendo que debia hacer la reservada, me replicó en estos términos: aun cuando tomara al pie de la letra lo que Vd. me dice, ha de saber que no tengo genio de hacer vanidad del infame honor que resultaria á mi sobrina siendo dama de un príncipe; esta idea horroriza á mi virtud..... ¡Qué sandia es V. con su virtud! V. piensa como una simple aldeana. Se burla si mira estas cosas con tanto escrúpulo; eso es quitarles lo que tienen de bueno; es necesario mirarlas con ojos gustosos. Considerad á los pies de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un héroe que haga inmortal el nombre de su madre.

Fingió la tia no resolverse, aunque estaba determinada á aceptar mi proposicion; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, afectó una grande indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencía, viéndome ya disgustado y dispuesto á levantar el sitio, tocó la llamada, y formamos

una capitulacion que contenia los artículos siguientes: el primero: Que si con el informe que haria al príncipe de las gracias de Catalina se agradaba de ella, y se determinaba á hacerle una visita nocturna, yo deberia cuidar de informar á las señoras de ella, y de la noche que elegiria para este efecto. El segundo: que el príncipe debia entrar en casa de las dichas señoras como un galan ordinario, y solamente acompañado de mí y de su principal confidente.

Hecho este convenio me hicieron mil favores la tia y la sobrina; me trataron familiarmente, con lo que aventuré algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y cuando nos separamos me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se forma la union entre los alcahuetes y las mugeres que los necesitan; al verme salir tan favorecido nadie hubiera dicho sino que yo era mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Sumel tuvo una alegría estrema cuando le dije que habia hecho un descubrimiento tal cual podia desearlo. En tales términos le hablé de Catalina, que le escité el deseo de verla. Habiéndolo llevado la noche siguiente á su casa, me confesó que habia hecho muy buena eleccion. Dijo á las señoras no dudaba que el príncipe quedase gustosísimo con la dama que yo le habia elegido, y

que esta por su parte no dejaria de estar contenta con tal amante, por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin les ofrecí llevarlo dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche donde ambos habiamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó instruyese el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

El dia siguiente fui á dar exacta cuenta de todo lo que habia pasado al duque de Melar, á quien no obstante le oculté lo de Scipion, atribuyéndome á mí el descubrimiento de Catalina; porque para con los grandes de todo se hace honor.

Y en efecto se me dieron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dijo el ministro con aire burlon, me alegro que V. una á sus otros talentos el de descubrir las mejores hermosuras: y no estrañará que cuando necesite algunas me dirija á V. Señor, le respondí con el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si procuraba esta suerte de placeres á V. E. Está en posesion de este empleo tanto tiempo hace el baron de Roncal, que seria una injusticia el despojarlo. El duque se son-

rió de mi respuesta, y mudando de discurso me preguntó si su sobrino no pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dije, suplica á V. E. le envie mil doblones. Está bien, respondió el ministro, llévaselos; dile que no los escasee, y que apoye todos los gastos que el príncipe quiera hacer.

CAPITULO XI.

De la visita secreta y de los regalos que hizo el principe á Catalina.

En la misma hora llevé los mil doblones al conde de Sumel. No podias venir mas á tiempo, me dijo este señor. He hablado al príncipe: ha caido en el lazo: se abrasa de impaciencia por ver á Catalina: se ha resuelto que esta misma noche se ha de escapar secretamente de palacio para ir á su casa. Las medidas estan ya tomadas. Informa de esto á las señoras, y dales el dinero que me traes: es necesario hacerles conocer que el que van á recibir no es un amante ordinario; ademas de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanterías. Supuesto que lo has de acompañar conmigo, procura estar esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece conveniente servirnos de él) nos espere á media noche cerca de palacio.

Inmediamente fui á casa de las señoras,

en donde no ví á Catalina, por estar, segun se me dijo, acostada, y solo hablé á la señora Mencía. Perdone V., señora, le dije, si la visito de dia; no puede ser otra cosa: es preciso avisar á V. que el príncipe vendrá esta noche, y vea V. aqui, añadí alargándole el saco en donde llevaba el dinero, vea V. aqui un don que envia al templo de Citera para hacerse propicias las deidades. Ya ve V. que no las he metido en un paso inútil. Doy á V. las gracias, me respondió; pero dígame, señor de Santillana, si el príncipe gusta de la música. Locamente, le respondí: ninguna cosa puede divertirlo tanto como una buena voz acompañada de un instrumento tocado delicadamente. Mucho mejor, esclamó ella transportada de alegría; lo que V. dice me llena de gozo, porque mi sobrina canta como un ruiseñor, y toca maravillosamente; tambien baila á la perfeccion. ¡Vive Dios, grité, estas son muchas perfecciones, tia mia! no necesita tanto una señorita para hacer fortuna: uno de estos talentos le basta.

Preparadas asi las cosas, esperé la hora en que el príncipe debia acostarse. Llegada esta dí mis órdenes al cochero, y busqué al conde de Sumel, quien me dijo que el príncipe, para quedarse solo antes de tiempo, iba á fingir una ligera indisposicion y acostarse, á fin de persuadir mejor que estaba malo;

pero que de alli á una hora se volveria á levantar, y por una puerta secreta tomaria una escalera escusada que caia á los patios. Luego que me instruyó de lo que ambos habian concertado me apostó en un sitio por donde me aseguró que habian de pasar. Duró tanto el poste que empecé á creer habia tomado nuestro galan otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los príncipes abandonaran estas especies de fantasías sin satisfacerlas. En fin, cuando creia me habian olvidado, se llegaron á mí dos hombres, á quienes conocí ser los que esperaba, y llevé á mi coche, en el cual montaron ambos. Yo iba cerca del cochero para guiarlo, y le hice parar á cincuenta pasos de la casa de las señoras. Dí la mano al príncipe y á su compañero para ayudarlos á bajar, y marchamos hácia la casa á donde queriamos entrar. Al acercarnos se abrió la puerta, é inmediatamente que entramos se volvió á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan sombría que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrara: todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe, el cual fue vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibieron en la sala en don-

de la claridad de un sinnúmero de bugías recompensó la oscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se dejaron ver en el desabillé mas primoroso, con un aire tan atractivo que no se podia mirar impunemente. Nuestro príncipe si no hubiera tenido que escoger se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero tuvieron la preferencia, como era razon, las gracias de la jóven Catalina.

Y pues, príncipe mio, le dijo el conde, ¿podiamos haber procurado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas? Ambas me embelesan, respondió el príncipe; no pienso llevarme de aqui mi corazon, pues si faltara la sobrina no se escaparia de la tia.

Despues de un cumplimiento tan gracioso para una tia, dijo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas; se alegró de saber que tuviese estos talentos, y la suplicó le diese alguna muestra de su habilidad: con mucho gusto cedió á sus instancias, tomó un instrumento bien templado, tocó sones tiernos, y cantó de un modo tan espresivo que el príncipe se dejó caer á sus rodillas trans-

portado de amor y gusto: pero acabemos esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia abismado el heredero de la monarquía hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarlo de esta peligrosa casa cuando ya se acercaba el dia. Los señores agentes lo llevaron prontamente á palacio, y lo dejaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa tan contentos de haberlo unido con una aventurera como si hubiesen hecho su casamiento con una princesa.

La mañana siguiente conté esta aventura al duque, porque todo lo queria saber. Cuando le acababa la narracion llegó el conde de Sumel y nos dijo: el príncipe está tan poseido de Catalina y le ha gustado tanto, que piensa en verla con frecuencia y fijarse alli; quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas; pero no tiene dinero. Se ha dirigido á mí y me ha dicho: mi amado Sumel, es preciso que me busques en la hora esta suma. Sé que te incomodo, que agoto tu bolsillo; y por tanto te tengo en mi corazon: si alguna vez me hallo en estado de serte reconocido en otros términos, no te arrepentirás de haberme obligado. Yo le respondí, apartándome de él: Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es difícil satisfacerlo, dijo entonces el duque á su sobrino. Santillana va á llevaros ese dinero, ó si quereis él mismo comprará las jo-

yas, porque las conoce perfectamente, y sobre todo los rubíes. ¿No es verdad, Gil Blas? añadió mirándome con un aire maligno. Qué malicioso sois, señor, le respondí; veo que V. E. quiere hacer reir á espensas mias al señor conde, y asi fue. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello? No es cosa, replicó el tio riendo; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque ni le fue de honor ni provecho.

Hubiera salido ventajoso si el ministro no hubiera dicho mas; pero tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada, y se estendió particularmente en las circunstancias que mas me mortificaban. Despues de haberse divertido bien S. E., me mandó acompañar al conde de Sumel, el que me llevó á casa de un joyero en dondo escogimos las joyas que llevamos al príncipe; las cuales se me confiaron para que las diese á Catalina, y despues fui á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del duque para pagar al mercader.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente fui recibido de las señoras con agrado cuando les presenté los regalos de mi embajada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes con los pendientes para la sobrina. Encantadas la una y la otra de las demostraciones de amor y generosidad del príncipe, principiaron á charlar como dos comadres y á darme gra-

cias porque les habia procurado tan buen conocimiento; con el esceso de su alegría se olvidaron de su ficcion. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo habia facilitado al hijo de nuestro gran monarca una picarona. Para saber ciertamente si yo habia conseguido tan escelente empresa me retiré con intento de instruirme de Scipion.

CAPITULO XII.

Quién era Catalina; embarazo de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para sosegarse.

Al entrar en mi casa ví un gran trastorno. Pregunté la causa, y se me dijo que Scipion daba aquella noche de cenar á seis de sus amigos. Cantaban á gritos, y reian á carcajadas. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete sabios.

El que la daba, luego que supo mi llegada, dijo á sus compañeros: señores, no es nada, es el amo que ha venido, no os inquieteis, continuad divirtiéndoos. Voy á decirle dos palabras, é inmediatamente vuelvo. Vino, pues, á mí: ¿Qué gritería es esa? le dije. ¿Qué casta de gentes son las que regalas allá bajo? ¿Son poetas? No señor, perdone V., me respondió: seria lástima dar vuestro vino á semejantes gentes; yo sé hacer mejor uso de él: entre mis convidados hay un jóven muy rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dinero.

Por él se hace la fiesta. A cada trago aumenta diez doblones á lo que se ha de dar, y ha de seguir bebiendo hasta el amanecer. Siendo asi, le respondí, vuélvete á la mesa, y no escasees el vino.

No juzgué á propósito hablarle entonces de Catalina, dejándolo para por la mañana al levantarme, que lo hice de esta suerte: amigo Scipion, tú sabes del modo que los dos vivimos; yo te trato mas como amigo que como á criado, y por consiguiente harás muy mal de engañarme como haceis con los amos. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás qué piensas de las mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion, sospecho que son dos mugeres públicas, tanto mas refinadas cuanto afectan mas simplicidad. Si les hago justicia, no tiene el príncipe gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Scipion, debo mucho á V. y no puedo dejar de serle sincero. Ayer tuve una conversacion con la criada de estas dos princesas; ella me ha contado su historia, que me ha parecido divertida. Voy á referirla sucintamente, y aseguro que no le ha de desagradar.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragonés. Habiéndose encontrado de quince

años huérfana, y tan pobre como bonita, se casó con un caballero del Hábito, anciano, que la llevó á Toledo, y habiéndole servido mas de padre que de esposo, murió á los seis meses: ella recogió su herencia, que consistia en algunas ropas y trescientos doblones en dinero contante; despues se juntó con la señora Mencía, quien todavía estaba fresca, aunque ya en su declinacion. Estas dos buenas amigas vivieron juntas y principiaron á observar una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Desagradadas de esto, ó despechadas de otra cosa, dejaron con aceleracion á Toledo para venir á establecerse en Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin frecuentar ninguna señora de la vecindad. Pero oiga V. lo mejor: han alhajado dos pequeñas casas separadas solamente por un tabique, cuya comunicacion la tienen por una escalera que hay en la cueva. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de estas casas, y la viuda del comendador en otra con una dueña vieja, que la hace pasar por su abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es sobrina educada por su tia, como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina se llama Catalina, y cuando de nieta Sirena.

Al oir el nombre de Sirena interrumpí á Scipion todo asustado: ¿qué me dices? me haces temblar. ¡Ay de mí! Temo que esta maldita

aragonesa no sea la dama de Roncal. ¡Hé! Justamente, respondió, es ella misma. Yo creia dar á V. gran gusto participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No percibes tú las consecuencias? A fe mia que no, dijo Scipion. ¿Qué mal puede suceder? No ha de descubrir el baron precisamente lo que pasa; y si V. teme que se lo digan, prevenga al primer ministro: cuéntele V. el caso naturalmente. Él conocerá la buena fe de V., y si despues quisiese el baron hacerle algunos malos oficios, S. E verá que su venganza es quien le escita para hacer daño.

Con este discurso me quitó Scipion el miedo. Seguí su consejo, y dí parte al duque de Melar de este desagradable descubrimiento: tambien afecté contárselo con aire triste, para persuadirlo á que sentia haber inocentemente dado al príncipe la dama de Roncal; pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, hizo de ello burla. Despues me dijo que siguiera mi oficio, y que sobre todo era de mucha gloria al baron amar la misma dama que el príncipe, y recibir el mismo trato que él. Instruí en los mismos términos al conde de Sumel, quien me aseguró su proteccion si el primer secretario descubria la intriga y queria ponerme mal con el duque.

Con esta maniobra creí haber libertado la embarcacion de mi fortuna del peligro de enca-

llar, y nada mas temí. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la habilidad de encontrar escusas para apartar de su casa al baron las noches que tenia precision de acompañar á su ilustre rival.

CAPITULO XIII.

Gil Blas continua haciendo el papel de señor; tiene noticia de su familia; qué impresion le hace; maráñase con Fabricio.

Ya tengo dicho que por las mañanas tenia en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme muchas cosas; mas yo no queria que me las dijesen de viva voz. Siguiendo el uso de la corte, ó mas bien para hacerme de mas valer, decia á cada pretendiente: déme V. un memorial. Tanto me habia acostumbrado á esto, que un dia le respondí asi al dueño de mi casa que vino á decirme le debia un año de alquiler. Por lo que hace al carnicero y panadero no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy exactos en traerlos todos los meses. Scipion, que era una copia mia, se portaba del mismo modo con los que se le dirigian para que me interesase en su servicio.

Yo tenia otra ridiculez de que no pienso escusarme; era tan fatuo que hablaba de los grandes señores como si fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al duque de

Alba, al duque de Osuna, ó al duque de Medinasidonia, decia sin cortesía, Alba, Osuna, y Medinasidonia. En una palabra, me habia vuelto tan orgulloso y vano que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña, y pobre escudero; ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra situacion! La corte tiene la virtud del rio Leteo para hacernos olvidar de nuestros parientes y amigos si se hallan en mal estado.

Cuando mas olvidada tenia mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo que me dijo tenia que hablar conmigo un momento á solas: le hice entrar en mi gabinete, en donde sin ofrecerle una silla por parecerme hombre ordinario, le pregunté para qué me queria. Señor Gil Blas, me dijo, ¿pues qué, no me conoce V.? por mas que lo miré con atencion tuve que responderle que su cara me era desconocida. Yo soy, me replicó, uno de vuestros compañeros, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio. Yo os conozco muy bien. Mil veces hemos jugado los dos á gallinita ciega.

De los entretenimientos de mi niñez, le respondí, solo tengo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues me han hecho perder la memoria. He venido á Madrid, me dijo, en confianza del correspondiente de mi padre. He oido hablar de V. y me han dicho que está sobre un buen pie en la corte, y rico

como un judío, de lo que doy á V. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta llenar de gusto su familia dándoles una nueva tan agradable.

Aunque fuera por cumplimiento no podia dejar de preguntar el estado de mis padres y mi tio; pero lo hice cón tanta frialdad que no dí motivo á mi especiero para que admirara la fuerza de la sangre, lo cual me hizo conocer muy bien; se manifestó picado de mi indiferencia con unas personas que me debian ser tan amadas; y como este mozo era franco y grosero me dijo rudamente: yo creia que tuvieseis mas ternura y sensibilidad con vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿V. ignora su situacion? Sepa que su padre y su madre todavía estan sirviendo, y que el canónigo Gil Perez oprimido con la edad y las enfermedades está en sus últimos vales. Debe V. escuchar á la naturaleza; y pues que tiene proporcion de socorrer á sus padres, le aconsejo como amigo que les envie todos los años doscientos doblones. Este socorro sin incomedar á V. les procurará una vida dulce y feliz.

En lugar de ablandarme la pintura que hacia de mi familia, me picó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se la diese; quizá con mas maña me hubiera persuadido; pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Mi silencio se lo dió á entender, y continuando su exortacion con mas malicia que ca-

ridad, me impacientó. Oh! Basta, basta, respondí lleno de cólera. Vaya V., señor de Moscada, no se meta en negocios agenos. Vaya y busque al correspondiente de su padre, y cuente con él. ¿Tiene V. acaso obligacion de enseñarme mi obligacion? Sé mejor que V. lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi gabinete al especiero, y lo envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

Lo que acababa de decirme no dejó de ofrecerse á mi imaginacion; y echándome en cara á mí mismo que era un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traje á la memoria los cuidados que habian tenido á mi niñez y educacion. Me representé lo que debia á mis padres, y mis reflexiones fueron acompañadas de algunos impulsos de reconocimiento, y no obstante para nada contribuyeron. Mi ingratitud ahogó bien presto estos sentimientos, á los que siguió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion que me poseia mudó en todo mi humor. Perdí toda mi alegría, y estaba siempre distraido y pensativo; en una palabra, un bruto. Viéndome Fabricio tan sacrificado á la fortuna, y tan indiferente con él, venia á mi casa, pero no pudo dejar de decirme un dia: en verdad, Gil Blas, que no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; ahora te veo sin cesar agitado. Formas proyecto sobre proyecto para

enriquecerte, y cuanto mas tienes mas quieres. Ademas ¿ me atreveré á decírtelo? Ya no tienes conmigo aquellas confianzas, aquellas familiaridades que hacen las delicias de las amistades; antes por el contrario me tratas con reserva y ocultas lo interior de tu alma. Tambien observo que eras contenido en los favores que me haces. En fin este Gil Blas no es el mismo que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad. Yo ninguna mudanza percibo en mí. Tus ojos estan fascinados, replicó, y no debes consultarlos. Créeme: es muy verdadera tu mudanza. Hablad, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi durmiendo, y yo entraba en tu cuarto sin ceremonia. Pero hoy ¡qué diferencia! Tienes lacayos, se me hace esperar en tu antesala mientras dan recado de si puedo hablarte. Despues de esto ¿cómo me recibes? con una fria política y haciendo de señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no, de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se olvida de sí mismo.

Yo me sentí mas exasperado que movido de

sus reprensiones, y le dejé retirarse sin hacer el menor esfuerzo para retenerlo. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que debiese afligirme su pérdida en el estado en que me hallaba; ademas, fácilmente hallé consuelo en el trato de algunos empleados de palacio, con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con hombres, cuya mayor parte venian de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados, y atribuyendo estos miserables á su mérito los beneficios que la bondad del rey les habia conferido, se olvidaban como yo de sí mismos, y nos creiamos personages respetables. ¡O fortuna! Ve aqui como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoico Epicteto en compararte á un niño ilustre que se entrega á los criados.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO NONO.

***** Cap. XXXVII

CAPITULO PRIMERO.

Scipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico platero. De los pasos que se dieron para este fin.

Una noche, despues de haber despedido la compañía que habia venido á cenar conmigo, pregunté á Scipion qué habia hecho en aquel dia. Una accion de padre de familia, me respondió. Procuro á V. un rico establecimiento; le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero! esclamé con aire desdeñoso. ¿Has perdido el juicio? Teniendo tal cual mérito, y estando en la corte sobre cierto pie, me parece se deben tener ideas mas elevadas. Ay! señor, repitió Scipion, no penseis asi. Pensad que el varon es

quien ennoblece, no querais ser mas delicado que un millar de señores que pudiera citaros. ¿Sabe V. que la heredera de quien se trata es un partido de cien mil ducados por lo menos? ¿No es este un buen ramo de platería? Cuando oí hablar de una suma tan grande me suavicé. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina. ¿Cuándo quieres tú que la reciba? Poco á poco, señor, me respondió, un poco de paciencia. Es menester que comunique antes la cosa con el padre, y que la conceda. Bueno, respondí dando una gran carcajada, ¿todavía estas ahí? Por cierto que el casamiento está adelantado. Mas de lo que Vd. piensa, replicó: con una sola hora de conversacion con el platero salgo por fiador de su consentimiento; pero antes de pasar adelante capitulemos si V. gusta. Supongamos que yo haga dar á Vd. cien mil ducados, ¿y á mí qué me ha de tocar? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dijo: yo limité vuestro reconocimiento á diez mil. V. es una mitad mas generoso que yo. Vamos: desde por la mañana entraré en esta negociacion, y cuente V. en que se conseguirá, ó yo soy una bestia.

Efectivamente á los dos dias me dijo: he hablado al señor Gabriel de Salero, que este era el nombre del padre de la niña. Tanto le he celebrado vuestro valimiento y mé-

rito, que ha escuchado con gusto la proposicion. Tendréis su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver claramente que sois favorecido del ministro. Si consiste en eso, dije entonces á Scipion, presto estaré casado. Pero vengamos á la muchacha: ¿la has visto? ¿es hermosa? Menos bella que el dote. Hablando para los dos, esta rica heredera no es muy bonita, pero á Dios gracias, á V. nada se le da. No, hijo, á fe mia. Los cortesanos nos casamos solamente por casarnos. La hermosura la buscamos en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se encuentra en las nuestras hacemos tan poco caso de ella, que es bien merecido que nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo, repitió Scipion; el señor Gabriel esta noche convida á V. á cenar. Hemos convenido en que no le ha de hablar V. del casamiento proyectado. Debe convidar muchos mercaderes de sus amigos á esta cena, en la que V. se encontrará como un simple convidado, y él vendrá á cenar á casa del mismo modo: en esto conocerá V. que este hombre quiere tantearle antes de pasar adelante. Convendrá que V. se posea un poco delante de él. Oh! pardiez, interrumpí con un aire confiado, que aunque examine lo que quiera siempre he de ganar.

Todo se ejecutó por puntos: hice me llevaran á casa del platero, quien me recibió tan

familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era un buen ciudadano, como nosotros decimos, cortés á porfía. Me presentó la señora Eugenia su muger, y la jóven Gabriela su hija; yo les hice vivísimos cumplimientos, sin contravenir á lo tratado. Les dije mil nadas en bellos términos y frases políticas.

Gabriela, á pesar del dictámen de mi secretario, no me pareció desagradable, ya fuese á causa de estar perfectamente adornada, ó ya porque la mirase al través de la dote. ¡Qué gran casa la del señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia alli. Se veia este metal bajo mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente en donde cenábamos, era un tesoro. ¡Qué espectaculo para los ojos de un yerno! El suegro para hacer mas lucido el convite habia llevado cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas. Solo hablaron de comercio, de modo que su conversacion fue mas bien una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

El dia siguiente en la noche llevé al platero á mi casa, y como no podia aturdirlo con mi vajilla recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á los amigos que hacian mas figura en la corte, y cuya ambicion no ponia límite á sus deseos. No hablaron de otra cosa que de las grandezas, empleos brillantes

y lucrativos á que aspiraban, lo cual surtió su efecto. El buen Gabriel, aturdido con sus grandes ideas, se consideraba, á pesar de su riqueza, un mísero mortal en comparacion de estos señores. Por mi parte, haciendo el moderado, dije que me contentaria con una mediana fortuna como de veinte mil ducados de renta. Con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas esclamaron diciendo que hacia mal, y que siendo tan amado del primer ministro no debia contentarme con tan poco. Nada de esto se escapó al suegro, y cuando se retiró creo que iba muy pagado de mí.

Scipion no dejó el dia siguiente por la mañana de ir á verlo para preguntarle si yo le habia agradado. Estoy encantado, le respondió. Este mozo me ha robado el corazon. Pero, señor Scipion, añadió, suplico á V. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como V. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame V. el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Cuál es su inclinacion viciosa? Suplico á V. que no me la oculte. V. me ofende, señor Gabriel, preguntándome semejante cosa, repitió el medianero. ¿No sabe que yo me intereso mas por V. que por mi amo, y que si tuviera alguna mala costumbre que fuera capaz de hacer su hija desgraciada no se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no;

yo soy muy servidor de V.; pero, en satisfaccion, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para jóven es muy prudente. Otro tanto oro, respondió el platero, esto me es muy agradable. Vaya V., amigo mio, y asegúrele que obtendrá mi hija, y que aun cuando no fuera querido del ministro sucederia lo mismo.)

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion, fui á casa de Salero á darle gracias del favor que me hacia. A este tiempo ya se habia declarado con su muger y su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron ver que se sometian sin repugnancia á su voluntad. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Melar, le presenté el suegro. S. E. lo recibió con mucho agrado, y le manifestó el gusto que tenia en que hubiese elegido para yerno un hombre á quien estimaba mucho y á quien queria elevar. Despues siguió hablando de mis buenas cualidades, y dijo tanto bien de mí que el buen Gabriel creyó que su hija habia encontrado en mi señoría el mejor partido de España. Tal era su gozo que lloraba, y apretándome entre sus brazos me dijo: hijo mio, estoy impaciente hasta veros esposo de Gabriela; de aqui á ocho dias lo mas tarde lo seréis.

CAPITULO II.

Con qué casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.

DEJEMOS por un tanto mi casamiento. El órden de mi historia lo exige, y pide que cuente el servicio que hice á Don Alfonso, mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y ve aqui por qué causa me acordé de él.

Vacó por este tiempo el gobierno de Valencia, y habiéndolo sabido pensé en que se diese á Don Alfonso de Leiva. Hice reflexion de que este empleo le convendria pasmosamente, y quizá no tanto por amistad como por ostentacion resolví pretenderlo para él, haciéndome el cargo que si lo obtenia me haria una honra infinita. Me dirigí, pues, al duque de Melar, y le dije que habia sido mayordomo de Don César de Leiva y su hijo, y que teniendo todo motivo de serles agradecido, tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese para el uno ó para el otro el gobierno de Valencia. El ministro me respondió: con mucho gusto, Gil Blas, yo me alegro de que seas generoso y reconocido. Por otra parte yo estimo esa familia de quien me hablas. Los Leivas son buenos vasallos y merecen el empleo.

Haz lo que quieras, yo te lo doy por regalo de bodas.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fui sin pérdida de tiempo á casa del baron á estender las patentes para Don Alfonso. Habia un gran número de personas que con un silencio respetuoso esperaban les diese audiencia el señor de Roncal. Habiendo atravesado por entre aquella gente me presenté á la puerta del gabinete, en donde encontré no sé cuántos caballeros, comendadores y otros sugetos de calidad, á quienes el baron de Roncal oia por su órden. Era cosa de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacerles á lo mas una ligera inclinacion de cabeza; á los otros honrándolos con una reverencia, los conducia hasta la puerta de su gabinete, poniendo ciertos grados de consideracion en los cumplimientos que hacia. Por otra parte, se conocia que algunos de aquellos sugetos, chocados del poco caso que hacia de ellos, maldecian en lo interior de su alma la necesidad, que les obligaba á humillarse delante de aquel fantasma. Otros ví que por el contrario se reian interiormente de su aire fatuo y presumido. Por mas que yo observase estas cosas nunca fui capaz de aprovecharme de ellas. Tenia el mismo porte en mi casa , y se me daba poco se aprobasen ó vituperasen mis modos orgullosos siempre que fuesen respetados.

El baron habiendo por acaso puesto los

ojos en mí dejó con precipitacion á un hidalgo que le hablaba y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. ¡ Ah ! amado compañero mio, esclamó, ¿qué negocio me facilita el gusto de ver á V. aqui? ¿en qué puedo servir á V.? Díjele el asunto á que iba, y en su consecuencia me aseguró con los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se despacharia mi pretension. Su política no paró aqui; me acompañó hasta la puerta de su antesala, lo que jamas hacia sino con señores grandes, y alli me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios? decia yo en el camino. ¿Qué me anuncian? ¿Podrá ser que este hombre medite mi pérdida, ó presagiando que declina su favor quiera ganar mi amistad y tenerme de su parte con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia en cuál de estas conjeturas fijarme. Cuando volví el dia siguiente me trató del mismo modo llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó con el recibimiento que hizo á otras personas que se le presentaron. Trató mal de palabras á los unos, á los otros los echó con frialdad, de modo que casi á todo el mundo disgustó; pero se vengaron todos á satisfaccion con una aventura que sucedió, la cual no debo dejar en silencio, siendo un aviso al lector, covachuelistas y secretarios que lo lean.

Habiéndose acercado al baron un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de un cierto memorial que decia haber presentado al duque de Melar. El baron no solo no miró al caballero, sino que le dijo con tono áspero: ¿cómo se llama V., amigo? En mi niñez me llamaba Frasquito, le respondió á sangre fria el tal; despues me han llamado Don Francisco de Zuñiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa. El baron, espantado de esto, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso escusarse, y dijo: señor, perdone V. S. si no conociéndole..... Yo no quiero tus escusas, interrumpió con altivez el Frasquito, tanto las desprecio como tus impolíticas. Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortesmente á toda suerte de personas. Sé muy en hora buena tan fantástico que te mires como el sustituto de tu amo; pero no olvides que eres su criado.

Este incidente mortificó mucho al soberbio baron, y no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí saqué fruto del caso. Resolví cuidar de saber con quién hablaba en mis audiencias, y de no ser insolente sino con los mudos. Como las patentes de Don Alfonso estaban espedidas, las envié con un correo ordinario á este señor con carta del duque de Melar en que le avisaba S. E. que el rey lo habia nombrado para el gobierno de Va-

lencia. No le dí parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo á boca y de causarle esta agradable sorpresa cuando viniese á la corte á prestar el juramento.

CAPITULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.

Volvamos á mi bella Gabriela: dentro de ocho dias me habia de casar con ella. Por ambas partes se preparaba esta ceremonia. Salero compró vestidos ricos para la novia, y yo le busqué una doncella de labor, un lacayo y viejo escudero, todo lo cual se eligió por Scipion que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que debian contarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con toda la parentela. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita. Hice mil favores al platero y su muger. Me fingí apasionado con Gabriela, agasajé toda la familia, á quien escuché sin impacientarme sus discursos bajos y razonamientos aldeanos; y asi en precio de mi paciencia tuve la fortuna de agradar á todos los parientes. Ni uno hubo que no se alegrase de mi alianza.

Acabada la comida pasaron los convida-

dos á una gran sala en donde habia dispuesto un concierto de voces é instrumentos que no lo hicieron mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Habiendo cantado muchas arias alegres nos pusimos de tan bello humor que empezamo ás bailar. Dios sabe lo bien que lo hicimos, pues pasé por discípulo de Terpsícore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa del marques de Chaves mehabia dado un maestrillo de danza que iba á enseñar los pages. Despues de habernos divertido bien, pensamos en retirarnos, en cuya ocasion prodigué las reverencias y espresiones. A Dios, mi amado hijo, me dijo Salero abrazándome: mañana por la mañana iré á tu casa á llevar la dote en buenas monedas de oro. Será V. bien recibido, respondí, amado padre mio. Despues habiéndome despedido de la familia monté en mi coche que me esperaba en la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos cuando quince ó veinte hombres, los unos á pie, y los otros á caballo, armados todos de espadas y carabinas rodearon mi carroza, y la detuvieron gritando: favor al rey. Me hicieron bajar aceleradamente, y pusieron en una silla volante, en donde el principal de estos personages subió conmigo, y dijo al cochero caminase hácia Segovia. Con razon juz-

gué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir, brutalmente; que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije, quizá V. se haya engañado. Nó, nó, respondió, sé que no he errado el golpe. V. es el señor Santillana, á V. es á quien tengo órden de conducir. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos á la orilla del rio de Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudamos de caballos, y llegamos (de noche) á Segovia, en donde me encerraron en la torre.

CAPITULO IV.

Cap. XXXIX

De qué modo fue tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y cómo supo la causa de su prision.

Lo primero fue ponerme en un calabozo sin mas cama que un jergon de paja, como si fuese reo digno del mayor suplicio. (Pasé la noche no en la mayor desolacion, porque todavía ignoraba todo mi daño, sino repasando en mi mente qué seria lo que habia causado mi desgracia. No dudaba que fuese obra del baron; sin embargo por mas que lo sospechase no concebia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Melar me tratara con tanta crueldad.

Otras veces me imaginaba que me habian preso á hurtadillas de S. E., y otras que este señor mismo me habia hecho prender por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Estando agitado con estas conjeturas, á favor de una luz que entraba por una pequeña reja ví todo el horror del lugar en donde me hallaba. Me afligí entónces sin moderacion, y mis ojos se hicieron dos manantiales que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Cuando estaba en la mayor afliccion vino al calabozo un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que el rostro lo tenia bañado en lágrimas, aunque carcelero, se movió á piedad y me dijo: señor prisionero, no desespere V. Las desgracias de la vida se han de sufrir con constancia. V. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entre tanto coma V. con gusto el pan del rey.

Diciendo esto se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en hacer uso de mis provisiones, que en el estado en que me hallaba mas me parecian un efecto de la cólera del rey que una espresion de su bondad, pues que servian mas para prolongar que para mitigar la pena de los desgraciados.

En esto llegó la noche, y al instante oí un

gran ruido de llaves que atrajo mi atencion. Se abrió la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugía en la mano, el que se acercó y me dijo: señor Gil Blas, vea V. uno de sus antiguos amigos. Yo soy aquel D. Andres de Tordesillas que vivia en Granada, y que era gentil-hombre del arzobispo cuando V. poseia el favor de aquel prelado. V. le pidió, si hace memoria, un empleo en Méjico, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias me quedé en la ciudad de Alicante. Alli me casé con la hija del capitan del castillo, y por una serie de aventuras que contaré á V. luego he venido á ser el alcaide de la torre de Segovia. V. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarlo, un amigo que nada escaseará para mitigar el rigor de su prision. Se me ha ordenado espresamente que no deje á V. hablar con nadie, que lo haga acostar en el suelo, y que no le dé otra comida que pan y agua. Pero ademas que soy caritativo, y no habia de dejar de compadecerme de sus males, V. me ha servido, y mi reconocimiento es antes que las órdenes recibidas. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con V., mi ánimo es tratarlo lo mejor que me sea posible. Levántese V., y venga conmigo.

Mi ánimo estaba tan perturbado que no pude responder una sola palabra al señor alcai-

de, aunque sus espresiones merecian muchos agradecimientos. Lo seguí, me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy esrecha á una salita que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en dos candeleros de cobre, y dos cubiertos muy curiosos: inmediatamente, me dijo Torsedillas, se os va á traer de comer; ambos cenarémos aqui. Este cuartito le he destinado para su habitacion, aqui estará V. mejor que en el calabozo. V. verá desde su ventana las floridas orillas del Eresma y el valle delicioso que desde el pie de las montañas que separan las dos Castillas se estiende hasta Coca. Conozco que al principio no le admirará una vista tan bella, pero cuando á la vivacidad de su dolor haga el tiempo que siga una dulce melancolía, tendrá gusto de divertir sus miradas con unos objetos tan agradables. Ademas de esto cuente V. que no le faltará ropa blanca y las otras cosas necesarias para un hombre curioso. Sobre todo tendrá V. buena cama, estará bien mantenido, y le daré los libros que quiera: en una palabra, todos los alivios que pueden darse á un prisionero.

Con unas ofertas tan corteses me sentí un poco sosegado, cobré ánimo, y dí mil gracias al alcaide. Le dije que su proceder generoso me restituia la vida, y que deseaba estar en estado de manifestarle mi reconocimiento. Hé!

¿por qué no lo estará V., me respondió? ¿Cree V. haber perdido la libertad para siempre? Se engaña si lo juzga asi; me atrevo á asegurar que con algunos meses de prision hará V. pago. ¿Qué dice V., señor D. Andres? esclamé, parece que sabe el asunto de mi infortunio. Confieso, me dijo, que no lo ignoro. El alguacil que ha traido á V. aqui me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que el rey, informado de que V. y el conde de Sumel han llevado de noche al príncipe á casa de una dama de sospecha habia desterrado al conde, y á V. lo enviaba á la torre de Segovia para tratarlo aqui con todo el rigor que ha visto desde que vino. ¿Cómo, pues, le dije, ha sabido esto el rey? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente. Y esto es, respondió, lo que justamente no me ha dicho el alguacil, y lo que tampoco sabe.

Estando en esto entraron muchos criados que traian la cena. Pusieron sobre la mesa pan, dos escudillas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las cuales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite, y azafran, en la otra una olla podrida, y en la tercera un pavipollo sobre un cuajado de berengena. Luego que vió Tordesillas que se nos habia servido lo necesario, despachó sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta, y nos sentamos el uno en frente del otro. Empecemos, me dijo, por lo mas urgente; V.

con dos dias de dieta debe tener buen apetito; y diciendo esto llenó mi plato de vianda. Creia servir un hambriento, y efectivamente tenia motivo de pensar que yo me embutiria de sus manjares. No obstante engañé su presuncion. Por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban en la boca sin poder tragarlos: tan afligido estaba mi corazon con el estado presente. Por mas que mi alcaide para apartar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian me escitase á beber, y celebrase lo escelente de su vino, aun cuando me hubiera dado néctar lo hubiera bebido sin gusto. Él lo conoció, y tomando otro rumbo principió á contarme con un estilo alegre la historia de su casamiento; pero todavía consiguió menos el fin. La oí tan distraido que cuando la acabó no hubiera podido dar fe de lo que me habia contado. Juzgó que era mucha empresa querer divertirme por aquella noche. Despues de haber acabado de cenar se levantó de la mésa, y me dijo: señor de Santillana, voy á dejar á V. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El rey es bueno naturalmente, y cuando se haya pasado su cólera, que se le haga presente la deplorable situacion en que creerá á V., le parecerá bastante castigo. Dicho esto el señor alcaide bajó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa: se llevaron hasta los candeleros, y yo me

acosté con la sombría luz de una lámpara que habia en una pared.

CAPITULO V.

De lo que reflexionó antes de dormirse, y del ruido que lo dispertó.

Dos horas por lo menos se me pasaron reflexionando sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Aqui estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡ Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un príncipe tan jóven! pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el rey en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuera de mas edad. ¿Pero quién puede haber dado semejante aviso al monarca sin haber temido el resentimiento del príncipe y duque de Melar? Sin duda este querrá vengar al conde de Sumel su sobrino; pero lo que yo no puedo comprender es el cómo el rey ha podido descubrirlo.

Siempre venia á parar en esto. Sin embargo la idea que mas me afligia, que mas me desesperaba, y la que no podia apartar de mi imaginacion, era el saqueo, al cual me imaginaba con razon que se habian abandonado todos mis efectos. ¡ Cofre mio ! esclamé, ¿dónde estás? amadas riquezas mias, ¿qué ha venido á ser de vosotras? ¿en qué manos habeis caido? ¡ Ay de mí, os he perdido en menos tiempo

que os gané! Me pintaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexiones muy tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me hundió en una tristeza que vino á serme favorable, pues logré el sueño que la noche precedente no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron la buena cama, la fatiga que habia sufrido, los vapores del vino, y de la cena. Me dormí profundamente, y segun las apariencias me hubiera amanecido asi, si no me hubiera despertado prontamente un ruido muy estraordinario en las prisiones. Oí cantar á la guitarra un hombre. Escuché con atencion, pero nada entendí. Creí que era un sueño; pero de alli á un instante volví á oir el mismo instrumento y voz que cantaba los versos siguientes:

¡Ay de mí! un año felice
parece un soplo ligero;
pero sin dicha un instante
es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia hecha espresamente para mí, irritó mis sentimientos. La verdad de estas palabras, decia, la pruebo demasiadamente. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado corriendo, y que hay un siglo que estoy en prision. Volví á abismarme en un terrible desvarío, y como si antes hubiese estado gustoso principié á desconsolarme. Mis lamentos dieron fin con la noche, y los primeros rayos de sol que iluminaron la sala

calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré el campo, cuya vista me trajo á la memoria la bella descripcion que el señor alcaide me habia hecho de él; pero no encontré con que justificar lo que me habia dicho. El Eresma que creia yo á lo menos igual al Tajo, solo me pareció un arroyo. La ortiga y el cardo eran el solo adorno de sus riberas floridas, y el pretendido valle delicioso no ofreció á mi vista sino tierras, cuya mayor parte estaban incultas. Al parecer todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia presentarme las cosas de otro modo de como las veia.

Estaba á medio vestir cuando llegó Tordesillas seguido de una criada anciana que me traia camisas y servilletas. Señor Gil Blas, me dijo, aqui tiene V. ropa blanca. No la regatee V.; yo cuidaré de que no le falte; y pues, añadió, ¿cómo ha pasado V. la noche? ¿Ha mitigado el sueño sus penas por algunos instantes? Puede ser que durmiera todavía si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El que ha turbado su reposo, respondió, es un prisionero de estado que tiene su cuarto al lado del de V. Es caballero del órden de Calatrava, y es de una figura amable: se llama Don Gaston de Cogollos. Si Vmds. quieren pueden verse y comer juntos, y asi en sus conversacio-

nes se consolarán mutuamente, y para ambos será de una grande complacencia. Manifesté á Don Andres que agradecia mucho la permision que me daba de que uniese mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender que tenia impaciencia de conocer aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo dia me procuró esta satisfaccion. Comí con Don Gaston, cuya buena cara y hermosura me sorprendió. ¡Cuál seria este hombre, pues, que ofuscó mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas brillante de la corte! Imaginaos un hombre como una pintura, uno de aquellos héroes de novela que para desvelar á las princesas no necesitaban mas que presentarse. Añádese á esto que la naturaleza, que comunmente mezcla los dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento: en una palabra era un hombre perfecto.

Si él me gustó á mí, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque mas le supliqué no dejase de cantar por mí, temiendo incomodarme, nunca mas lo hizo de noche. Dos personas igualmente oprimidas se unen con mucha facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se fortificó de dia en dia. La libertad que teniamos de hablar cuando queriamos nos fue muy útil, pues en nuestras conversaciones recíprocamente nos ayudábamos á tener paciencia.

Una siesta entré en su cuarto en tiempo

que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirlo mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él en un pilar de su cama; tocó un son muy tierno, y cantó despues unos versos que esplicaban la desesperacion á que reducia á un amante la crueldad de su dama. Cuando hubo cantado le dije sonriéndome: señor, nunca empleará V. tales versos en sus galanterías: porque su persona no encontrará mugeres crueles. V. me favorece, respondió: los versos que V. acaba de oir los compuse para ablandar un corazon que yo creo de diamante: para enternecer una dama que me trataba con un rigor estremo, y pues es preciso contar á V. mi historia, al mismo tiempo sabrá V. la de mis desgracias.

CAPITULO VI.

Historia de D. Gaston de Cogollos y de D.ª Elena de Galisteo.

Presto hará cuatro años que salí de Madrid para Coria por ver á mi tia Doña Leonor de Laxarilla, viuda de las mas ricas de Castilla la Vieja, y que no tiene mas heredero que á mí. Apenas llegué á su casa cuando el amor vino á turbar mi reposo. Me dió un aposento cuyas ventanas estaban de cara á las celosías de una señora que vivia en frente, y á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras y la

calle estrecha. No despreciè esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina que me encantó. Se lo manifesté inmediatamente con miradas tan vivas que no podia engañarse: ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen triunfo de semejante observacion, y todavía menos correspondió á mis miradas.

Quise saber el nombre de esta peligrosa persona, que tan prontamente turbaba los corazones. Supe que se llamaba Doña Elena, que era hija única de D. Jorge de Galisteo, y que poseia algunas leguas de Coria un señorío de renta considerable: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos; pero que su padre los despreciaba todos con el ánimo de casarla con D. Agustin de Oliguera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia la libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. Esto no me desanimó, antes bien me hizo mas enamorado, y el orgulloso placer de suplantar un rival amado quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien intercesores á Felicia su criada para implorar su socorro. Tambien la regalé, pero esas galanterías fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas fueron crueles é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al lengùage de mis ojos, recurrí á otros intérpretes;

puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad. Descubrieron que su mejor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con este descubrimiento busqué á Teodora, á quien obligué con regalos á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció procurarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, y al dia siguiente cumplió su promesa.

Ya acabó mi desgracia, dije á Felicia, pues que mis penas han escitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me dés la satisfaccion de hablarte? Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad. Ella me ha interesado por V.; y si pudiera hacerle feliz bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré ser de grande utilidad. No lisongeemos á V.: su empresa es muy difícil; V. ama á una señora cuyo corazon es de otro; ¿y qué señora? Es tan disimulada y tan orgullosa que si V. por su constancia y cuidado consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su fiereza le dé el gusto de manifestárselo. ¡Ah! mi amada Felicia, esclamé con dolor, ¿para qué me manifiestas todos los obstáculos que tengo que vencer? Esta circunstancia me asesina. Engáñame y no me desesperes. Dicho esto tomé una de sus manos y se la apreté entre las mias, ponién-

dole en el dedo un diamante de trescientos doblones y diciéndole cosas tan tiernas que la hice llorar.

Tanto la conmovió mi discurso, y tan contenta quedó con mi generosidad que no quiso dejarme sin consuelo, y allanando un poco las dificultades me dijo: señor, lo que acabo de decir á V. no debe quitarle toda la esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á la casa á ver con libertad á su prima. Le habla cuando quiere, y esto es lo que á V. es mas favorable. La costumbre que tienen de estar juntos siempre, hace su comercio un poco lánguido. Me parece que se separan sin pena y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que estan ya casados.

En una palabra, no me parece que mi ama tiene una pasion violenta á Don Agustin. Por otra parte hay mucha diferencia de las prendas personales de él á las de V., cuya particularidad se debe observar mediando una señorita tan delicada como Doña Elena. No pierda V. ánimo; continue sus galanteos, yo no dejaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que V. hace para agradarla, y por mas que disimule yo descifraré sus sentimientos.

Despues de esta conversacion Felicia y yo nos separamos muy satisfechos el uno del otro. Yo me dispuse de nuevo á cortejar de oculto la hija de Don Jorge, la dí una música,

en la cual una bella voz cantó los versos que V. ha oido. Despues del concierto la criada, para sondear su ama, le preguntó si se habia divertido. La voz, dijo Doña Elena, me ha gustado. ¿Y las palabras que ha cantado no son muy penetrantes? De eso es, dijo la señora, de lo que no hecho caso alguno.

Solo he atendido al canto, y absolutamente no he hecho aprecio de los versos ni se me da nada no saber quién me ha dado esta música. Segun eso, esclamó la criada, el pobre Don Gaston de Cogollos está muy lejos de su aprecio, y es muy loco en pasar su tiempo mirando nuestras celosías. Puede ser que no sea él, dijo el ama friamente: será algun otro caballero que con este concierto viene á declararme su pasion. Perdone V., respondió Felicia; está muy engañada, es el mismo Don Gaston; porque esta mañana se ha acercado á mí en la calle y me ha suplicado diga á V. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor, y que en fin se tendrá por el mas feliz de los hombres si le permitiera testificar su ternura con sus cuidados y galanterías. Este discurso, prosiguió, prueba muy bien que no me engaño.

La hija de Don Jorge mudó al instante de semblante, y mirando á su criada severamente le dijo: ¿cómo tienes tú atrevimiento para propasarte á contarme esta impertinente conversacion? Que no te suceda mas el venirme

á hacer semejantes narrativas. Y si ese temerario se atreve todavía á hablarte te mando le digas que se dirija á una persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia en sus ventanas observando lo que hago en mi aposento.

La segunda vez que ví á Felicia me contó fielmente todas las circunstancias de esta conversacion, y queriendo persuadirme á que mis asuntos iban en mejor estado, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pie de la letra. Por lo que á mí toca, que no esperaba fineza, ni creia se pudiese esplicar el testo en mi favor, desconfié de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta, y me dijo: señor mio, escriba V. prontamente á Doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus sufrimientos, y sobre todo quéjese de la prohibicion que le hace de que se asome á sus ventanas. Ofrezca V. la obediencia: pero asegúrele que le costará la vida; pinte V. esto como lo saben hacer los hombres, y yo me encargo de lo demas. Espero que las resultas no desmentirán mi penetracion.

Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan bella ocasion de escribir á su dama no lo hubiera aprovechado: compuse una carta de las mas patéticas. Antes de cer-

rarla la mostré á Felicia, quien despues de haberla leido se sonrió, y me dijo, que si las mugeres sabian el arte de preocupar á los hombres, en recompensa no ignoran ellos el de cautivar las mugeres. La criada tomó el billete asegurándome que si no producia buen efecto no estaria la culpa en ella; despues me encargó tuviese cuidado de cerrar mis ventanas por algunos dias, y se volvió á casa de Don Jorge.

Señora, dijo á Doña Elena cuando llegó, he encontrado á Don Gaston. Se ha acercado á mí, y me ha tenido algunos discursos lisonjeros; me ha preguntado temblando y como un culpable que espera la sentencia, si habia hablado á V. de su parte. Yo en cumplimiento de vuestras órdenes le he cortado ásperamente su palabra; me he desatado contra él; lo he llenado de injurias, y lo he dejado aturdido con mi insolencia. Me alegro, respondió Doña Elena, que me hayas desembarazado de ese importuno; pero no era necesario hablarle brutalmente: siempre es bueno que una doncella tenga dulzura. Señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se despecha con palabras suaves, ni tampoco se consigue este fin siempre con furores y precipitaciones. Don Gaston, por ejemplo, no se ha desanimado. Despues de haberlo llenado de injurias, como he dicho á V., fui á casa de la parienta de V., á donde

me enviaba. Esta señora, por mal de mis pecados, me ha detenido mucho tiempo. Digo mucho tiempo, porque á la vuelta me he encontrado á mi hombre. Yo no esperaba verlo mas, y su vista me ha turbado tanto que mi lengua siempre pronta no ha podido pronunciar una palabra. Pero y entretanto ¿qué ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi desórden, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y ha desaparecido en un momento.

Diciendo esto sacó del seno mi carta, la cual dió en tono de chanza á su ama; esta la tomó como por divertirse, la leyó con cuidado, y despues hizo la reservada. En verdad, Felicia, dijo con un aire serio á su criada, eres una aturdida y una loca en haber recibido este billete. ¿Qué puede pensar de esto Don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das lugar con tu conducta á que desconfie de tu fidelidad, y á él la sospecha de que soy sensible á su pasion. ¡Ay de mí! Puede ser crea él en este instante que leo y releo con gusto sus lineas. Ve aqui á qué vergüenza espones mi soberbia. De ninguna manera, señora, le respondió la criada, él no puede tener ese pensamiento, y caso que lo tuviera le habia de durar poco. Le diré la primera vez que lo vea que he mostrado á V. su carta, y que la ha mirado con

frialdad, y que en fin sin leerla la ha hecho pedazos con un frio desprecio. Libremente puedes asegurarle, dijo Doña Elena, que no la he leido; me seria de grande embarazo si tuviera que decirle solo dos palabras. La hija de Don Jorge no se contentó con hablar de esta suerte, sino que desgarró mi billete, y prohibió á su criada que le hablara mas de mí.

Como habia prometido no galantearla desde mis ventanas, pues que mi vista le desagradaba, las tuve cerradas por muchos dias para que mi obediencia fuera de mas aprecio; pero en defecto de las que se me habian vedado me preparé para dar nuevas músicas á mi cruel Elena. Habiendo una noche llevado músicos bajo su balcon, llegó un caballero con espada en mano, turbó el concierto dando golpes á un lado y á otro sobre los músicos, quienes inmediatamente se huyeron. El furor que animaba á este atrevido escitó el mio. Me arrojé á él para castigarlo, y principiamos un rudo combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por entre las celosías, y ven dos hombres que se pelean. Dan grandes gritos, hacen que se levante Don Jorge y sus criados; estos se levantan inmediatamente, y acuden como muchos vecinos para separar los combatientes, pero llegaron muy tarde. Solo encontraron en el sitio un caballero nadando en sangre y casi sin vida, y conocieron que era yo el

desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia, donde se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y particularmente Doña Elena, entonces descubrió el fondo de su corazon. Su disimulo cedió al sentimiento, y ya ¿lo creerá V.? no era aquella señorita que tanto se picaba de parecer insensible á mis cortejos. Era una tierna amante que se abandonaba sin reserva á su dolor: el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo Don Agustin, á quien creia autor de sus lágrimas, como en efecto él fue quien interrumpió la música tan desagradablemente. Era tan disimulado como su prima, y aunque habia conocido mis intenciones nada dijo, é imaginando que ella corespondia, habia hecho esta accion tan vigorosa para mostrar que era menos sufrido que lo que se creia. No obstante este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que le siguïó. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó á la orilla. Todavía no salia yo cuando Doña Leonor mi tia buscó á Don Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en ello tanto mas gustoso cuanto que entonces miraba á Don Agustin como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo pensaba que su hija podria tener repugnancia en casarse

conmigo á causa de que el primo Oliguera habia tenido la libertad de verla mucho tiempo para hacerse amar: pero se manifestó tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aqui podemos concluir que en España como en todas partes los recien venidos son mas apreciables á las mugeres.

Luego que pude hablar á solas con Felicia supe hasta qué punto habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi combate. De modo que no dudando ser el Páris de mi Elena bendecia mi herida pues que habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve del señor Don Jorge permiso de hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué dulce fue esta conversacion para mí! Tanto supliqué y de tal manera precisé á la señora que me dijese si su padre violentaba sus sentimientos concediéndomela, que me confesó que no la debia del todo á su obediencia. Despues de esta graciosa confesion no pensé mas que en agradarla, é imaginar galanterías hasta el dia de las bodas que debian celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y las cercanías se preparaba para lucir.

Dí una gran comida en una casa de recreo que tenia mi tia en las puertas de la ciudad por el lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia preparado por mi órden

un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de comediantes de aldea para que representaran una comedia. En medio del festin me dijeron que un hombre queria hablarme de un negocio muy importante. Me levanté de la mesa, y fui á ver quién era. Encontré un desconocido que me pareció un ayuda de cámara. Me presentó un billete, que contenia estas palabras: «Si estimais vues»tro honor, como debe un caballero de vues»tra órden, no dejeis mañana por la maña»na de ir á la llanura de Monroy. Alli encon»traréis un hombre que quiere satisfaceros la »ofensa que os ha hecho, y poneros, si pue»de, fuera de estado de casaros con Doña Ele»na.» = Don Agustin de Oliguera.

Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el honor tiene todavía mas. Este billete no lo pude leer con corazon tranquilo. Al solo nombre de Don Agustin se encendió en mis venas un fuego que me hizo casi olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de escaparme de la compañía para ir á buscar inmediatamente á mi enemigo. No obstante me contuve, temiendo turbar la fiesta, y dije al que me habia traido la carta: amigo mio, V. puede decir al caballero que lo envia que deseo infinito combatir con él, por cuyo motivo mañana antes de salir el sol estaré en el sitio que me cita.

Despues de haber despachado el mensagero con la respuesta, volví con mis convidados, y me senté á la mesa, en donde disimulé tanto que ninguno sospechó lo que me pasaba. Lo restante del dia aparenté estar ocupado como los otros en la diversion de la fiesta, la cual dió fin á la media noche. La asamblea se separó, y cada cual entró en la ciudad como habia salido. Yo me quedé con pretesto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otra cosa que por encontrarme mas pronto en el sitio de la cita. En lugar de acostarme esperé con impaciencia que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí sòlo al campo como paseándome. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí un hombre á caballo que corria hácia mí á rienda suelta; yo corrí á él para ahorrarle la mitad del camino: bien presto nos encontramos, y ví que era mi rival. Caballero, me dijo con insolencia, con disgusto vengo á pelear segunda vez con V.: pero la culpa es suya. Despues de la aventura de la música, V. debió renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que si Vd. persistia en el designio de agradarla nuestros debates no habian cesado. V. se ha ensoberbecido, le respondí, por una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la oscuridad de la noche. V. debe ignorar que las armas son variables. No

lo son para mí, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á V. que asi en el dia como en la noche sé castigar los atrevidos que siguen mis pasos.

A este orgulloso discurso solo respondí echando pie á tierra, lo cual hizo tambien Don Agustin. Atamos nuestros caballos á un árbol, y principiamos á pelear con igual vigor. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas mejor que yo, no obstante de llevar dos años de enseñanza. Él estaba perfeccionado en la esgrima, y asi no podia esponer mi vida á un mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que el mas fuerte es vencido por el mas flaco, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su habilidad, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde dije lo que habia pasado á mi ayuda de cámara, cuya fidelidad me era conocida. Díjele despues: mi amado Ramiro, antes que la justicia pueda saber el caso toma un buen caballo y vé á informar á mi tia del suceso: pídele de mi parte oro y joyas, y ven á juntarte conmigo á Plasencia. En la la primera hostería, como se entra en la ciudad, me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta exactitud, que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Me dijo que Doña Leonor mas se

habia alegrado que afligido de un combate que repararia la afrenta que habia recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y piedras que tenia, para que viajara alegremente por los paises estrangeros mientras que ella componia mi negocio.

Omitiendo las circunstancias superfluas diré que atravesé Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia, y me embarqué en Denia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las cortes y presentarme con decencia.

Cuando lejos de mi Elena pensaba yo engañar mi amor y tristeza lo mas que me fuera posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones que su familia hacia contra mí por la muerte de Oliguera, por el contrario deseaba que una pronta compostura les hiciese cesar y aligerar mi vuelta. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia hubiera triunfado siempre del tiempo si solo hubiera tenido que combatir con este; pero tenia todavía enemigos mas poderosos. Don Blas de Convados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, vino á Coria á recoger una rica herencia que le habia sido disputada en vano por Don Miguel de Caprara, su primo, y se habia establecido en este pais por haberlo encontrado mas agradable que el suyo. Convados era bien hecho, parecia dulce y político,

siendo al mismo tiempo el mas insinuante. Presto tomó conocimiento de todas las gentes decentes de la ciudad, y de los negocios de los unos y los otros.

No ignoró mucho tiempo que Don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia inflamar los hombres para su desgracia, cosa que picó su curiosidad. Quiso ver una señora tan temible, y habiendo buscado para este efecto la amistad de su padre, supo ganarla tan bien que el viejo le miró ya como un yerno, y le dió entrada en su casa con la libertad de hablar en su presencia á Doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse; esto era inevitable: se declaró con Don Jorge, quien le dijo que convenia en su pretension; pero que no queria precisar su hija, y que asi la dejaba señora de la eleccion. En consecuencia de esto Don Blas puso en uso todas las galanterías que le fueron imaginables para agradarla; pero estaba tan preocupada conmigo que no fue escuchado. Felicia sin embargo habia entrado en los intereses de aquel caballero, habiéndola obligado con regalos á servir su amor, y asi empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con sus persuasiones, y con todo en un año entero no hicieron mas que atormentar á Doña Elena sin poder hacerla infiel.

Viendo Convados que Don Jorge y Feli-

cia se interesaban en vano por él, les propuso un espediente para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aqui, les dijo, lo que he pensado: supondrémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la cual despues de haber hablado largamente de las cosas concernientes al comercio, se leerán las palabras siguientes: «Poco tiempo hace que llegó á la »corte de Parma un caballero español, lla»mado Don Gaston de Cogollos. Dice que es »sobrino y único heredero de una viuda rica »que vive en Coria con el nombre de Doña »Leonor de la Xarilla: este pretende la hija »de un señor poderoso; pero no quieren acep»tar hasta haberse informado de la verdad, y »á mí se me ha encargado me dirija á V. Dí»game, le suplico, si conoce á este Don Gas»ton, y en qué consisten los bienes de su tia. »La respuesta de V. decidirá este casamiento. »=Parma, y etc."

Esta trampa pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados; la criada todavía menos escrupulosa que el buen hombre la aprobó mucho. La invencion les pareció tanto mejor cuanto que conocian la fiereza de Elena, la cual como no sospechara la picardía era capaz de tomar partido en la misma hora. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarle por sí mismo mi mudanza, y, para que pareciera la cosa mas natural, hacer-

le hablar al mercader que habia recibido de Parma la pretendida carta. Ejecutaron el proyecto como lo habian formado. El padre con una emocion que aparentaba cólera y despecho le dijo: hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita entre en nuestra familia el matador de Don Agustin, y hoy tengo otra razon mas fuerte para apartarte de Don Gaston. Avergüénzate de serle tan fiel. El es un voltario, un pérfido; ve aqui una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esta carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. La asustada Elena tomó el supuesto papel, pasólo por la vista, examinó todos los términos, y quedó oprimida con la nueva de mi inconstancia. Un sentimiento de ternura le hizo derramar algunas lágrimas despues; pero presto recobrando su fiereza las enjugó, y dijo á su padre con tono firme: señor, V. acaba de ser testigo de mi flaqueza, séalo V. tambien de mi victoria. Esto es hecho, Don Gaston me es ya despreciable; en él solo veo el mas indigno de todos los hombres. Nada mas hablemos. Vamos, no tengo que mirar, dispuesta estoy á seguir á Don Blas hasta el altar. Ojalá que mi himeneo preceda al de aquel pérfido que tan mal ha correspondido á mi amor. Don Jorge, transportado de alegría al oir estas palabras, abrazó su hija, alabó la

vigorosa resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz suceso de la estratagema se dió priesa á llenar los votos de mi rival. De este modo me quitaron á Doña Elena. Esta se entregó precipitadamente á Convados sin querer dar oidos al amor que le hablaba por mí en el fondo de su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una apasionada. La orgullosa solo escuchó su presuncion. El resentimiento de la injuria que imaginaba habia hecho á su hermosura, superó al interes de su amor. Sin embargo pocos dias despues de su casamiento tuvo algunos remordimientos de haberlo precipitado: se le previno que la carta del mercader podia haber sido fingida, cuya sospecha la inquietó; pero el cariñoso Don Blas no daba lugar á que su muger alimentara ideas contrarias á su reposo. No pensaba mas que en divertirla, y lo conseguia por una sucesion continua de placeres diferentes, teniendo el arte de inventarlos.

Se manifestaba gustosa con un esposo tan amable, y vivian perfectamente unidos, cuando mi tia compuso mi negocio con los parientes de Don Agustin, cuyo aviso recibí en Italia inmediatamente. Estaba entonces en Regio en la Calabria Ulterior. Pasé á Sicilia, de alli á España, y con las alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor, que no me ha-

bia escrito el casamiento de la hija de Don Jorge, me lo dijo á mi llegada; y observando que me afligia dijo: haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sensible á la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Créeme, destierra de tu corazon y memoria una persona que no es digna de ocupar tu voluntad.

Como mi tia ignoraba que se habia engañado á Doña Elena, tenia razon de hablarme asi, y no podia darme consejo mas discreto; asi prometí seguirlo, ó á lo menos afectar un aire indiferente ya que no era capaz de vencer mi pasion. No pude resistir al deseo de saber de qué modo se habia compuesto aquel casamiento. Para instruirme resolví ver á la amiga de Felicia, es decir, á la señora Teodora, de quien ya he hablado. Fui á su casa, en donde por casualidad encontré á Felicia, la que estando muy agena de verme se turbó y quiso salir por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve: ¿por qué huyes de mí? ¿No se contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Te ha prohibido oir mis quejas? ¿Tú huyes solamente por hacer mérito con la ingrata de haber rehusado oirlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo ver á V. sin sentirme despedazada con mil remordimientos. Mi ama ha si-

do seducida, y yo tengo la desgracia de haber sido cómplice en el engaño. Despues de esto ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á V.? ¡Ah cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿qué me dices? esplícate con mas claridad. La criada entonces me contó circunstanciadamente la estratagema de que se habia servido Convados para robarme á Doña Elena; y habiendo percibido que su narracion me afligia mucho se esforzó para consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama, me prometió desengañarla, y en una palabra, no escasear nada para endulzar el rigor de mi hado: en fin me dió esperanzas que mitigaron mis penas.

Dejando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme, sin embargo lo consiguió. Resolvieron entre ellas que entraria secretamente en casa de Don Blas la primera vez que este saliera para una tierra á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en donde se estaba por lo comun un dia ó dos. Este designio se ejecutó de alli á poco; el marido partió para el campo, cuya noticia me advirtieron, é introdujeron en el aposento de su muger.

Quise principiar con reprensiones; pero se me cerró la boca. Es inútil traer á la memoria lo pasado, dijo la señora; aqui no se trata de enternecernos el uno al otro, y V.

se engaña si me cree dispuesta á lisonjear sus sentimientos. Yo declaro á V., Don Gaston, que no he dado mi consentimiento para esta secreta conferencia, ni he cedido á las instancias que se me han hecho por otra cosa que por decir á V. de viva voz que no debe en adelante pensar mas en mí. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte, si esta se hubiera unido á la de V.; pero pues que el cielo lo ha ordenado de otro modo quiero obedecer sus mandatos.

¿Pues qué, señora, le respondí, no basta con haberos perdido, y con ver al feliz Don Blas poseer tranquilamente la úuica persona que soy capaz de amar? ¡Es preciso que ademas os destierre de mi pensamiento! ¡V. quiere quitarme mi amor y el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensais sea posible vuelva á recobrar su corazon un hombre á quien lo robasteis? Conoced mejor cómo obrais, y no me exhorteis en vano á que os aparte de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cese V. tambien de esperar que tenga ningun reconocimiento á su pasion. Solo una palabra tengo que decir á V.: la esposa de Don Blas no será cortejo de Don Gaston; obre V. sobre este supuesto. Retírese V., añadió. Acabemos prontamente una conversacion que me repruebo á pesar de la pureza de mis intenciones, y que juzgaria culpable si la prolongase.

Al oir estas palabras que me quitaban toda esperanza caí á los pies de la dama. Le hablé con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de escitar acaso algunos sentimientos de piedad, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que fueron sacrificados á su obligacion. Despues de haber agotado infructuosamente las espresiones tiernas, las súplicas y las lágrimas, mi ternura se mudó de un golpe en furor: saqué mi espada para atravesarme en presencia de la inexorable Elena, quien apenas percibió mi accion, cuando se arrojó sobre mí para precaver las consecuencias. Deteneos, Cogollos, me dijo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Quitándoos asi la vida vais á deshonrarme y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion en que me hallaba, lejos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en engañar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi mano funesta, lo cual sin duda hubiera conseguido fácilmente, si Don Blas, que habia sido advertido de nuestra conferencia, y que en lugar de ir al campo se habia ocultado tras de una tapicería para oir nuestra conversacion, no hubiera venido corriendo á unirse á ella. Señor Don Gaston, esclamó deteniéndome el brazo, recóbrese V. y no ceda cobardemente al furor que le agita.

Yo interrumpí á Convados diciéndole: ¿es V. quien me aparta de mi resolucion? V. que deberia mas bien darme de puñaladas? Mi amor aunque desgraciado os ofende. ¿No es suficiente delito que me hayais sorprendido de noche en el aposento de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para escitar la venganza? Heridme para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar á Doña Elena mientras viva. Es en vano, me respondió Don Blas, que V. procure interesar mi honor para que le dé la muerte. Demasiadamente castigado queda V. de su temeridad; y yo quedo tan gustoso con los sentimientos virtuosos de mi esposa, que le perdono la ocasion en que se ha puesto de manifestarlos. Creedme, Cogollos, añadió, no os desespereis como un flaco amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estos y otros semejantes discursos calmó poco á poco mi furor y dispertó mi virtud. Me retiré con ánimo de apartarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volví á Madrid. Alli no habiendo querido ocuparme en otro cuidado que de mi fortuna, principié á presentarme en la corte y á ganar amigos; pero he tenido la desgracia de particularizarme con el marques de Larrevilla, gran señor portugues, el cual, habiéndose sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los españoles, está hoy en

el castillo de Alicante. Como el duque de Melar ha sabido que yo era íntimo amigo de aquel señor, me ha hecho prender y conducir aqui. El ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto, cuyo ultrage es el mayor para un hombre noble y castellano.

Aqui cesó de hablar Don Gaston, y yo le consolé diciendo: señor caballero, el honor de V. no puede recibir ninguna lesion en esta desgracia, la cual en lo sucesivo sin duda servirá á V. de provecho. Cuando el duque de Melar se instruya de su inocencia no dejará de darle un empleo considerable para restablecer la reputacion de un hidalgo acusado de traicion injustamente.

CAPITULO VII.

Scipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas y le da muchas noticias.

TORDESILLAS que entró en la sala interrumpió nuestra conversacion diciéndome: señor Gil Blas, acabo de hablar á un hombre que se ha presentado en la puerta de la prision. Me ha preguntado si estaba V. preso, y habiéndole rehusado la respuesta me ha dicho llorando: noble alcaide, no desprecie V. mi humilde súplica, dígame si el señor de Santillana está aqui. Soy su primer criado, y si me permite verlo en ello hace una caridad. En Segovia pasa V. por un hidalgo humanísimo, espero

que V. no me rehuse la gracia de hablar un instante á mi amado amo, que es mas desgraciado que culpable. En fin, continuó Don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de hablar á V., que le he prometido darle á la tarde esta satisfaccion.

Aseguré á Tordesillas que el único gusto que me podia dar era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Scipion, porque no dudaba que fuese él: y á la verdad no me engañaba. A la tarde se le hizo entrar en la torre, y su alegría, á quien la mia solo podia igualar, rompió, al verme, con transportes estraordinarios. Yo, en el arrebatamiento que sentí á su vista, le eché los brazos, y él me apretó entre los suyos sin etiqueta. Tal fue el gusto que tuvieron en verse el amo y el secretario, que se confundieron con este abrazo.

Luego que nos separamos un poco preguntamos á Scipion en qué estado habia dejado mi casa. Ya no tiene V. casa, me respondió; y para escusar á V. el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que se ha hecho de ella. Sus efectos han sido saqueados tanto por los ministros como por los criados de V., los cuales mirándolo ya como un hombre enteramente perdido, á cuenta de sus salarios han tomado cuanto han podido. La fortuna fue que tuve la ha-

bilidad de salvar de sus garras dos sacos de doblones de á ocho que saqué del cofre y puse en seguridad. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, los traerá cuando salga V. de la torre, en donde no creo sea V. pensionario de S. M. mucho tiempo, habiendo sido preso sin la intervencion del duque de Melar.

Pregunté á Scipion de dónde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ¡ Ah ! Ciertamente, me respondió, de esto estoy muy instruido, pues uno de mis amigos, confidente del duque de Duzae, me ha contado las circunstancias todas de su prision. Me ha dicho que el baron de Roncal habiendo descubierto por medio de un criado que la señora Sirena, bajo otro nombre, recibia de noche al Príncipe, y que el conde de Sumel dirigia esta intriga por medio del señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su cortejo, para cuyo logro se dirigió secretamente al duque de Duzae y se lo descubrió todo. Este, habiéndose alegrado de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dejó de aprovecharla. Informó al rey de lo que se le habia dicho, y le hizo presente con viveza los peligros á que el príncipe se habia espuesto. Esta noticia, habiendo escitado la cólera á S. M., hizo poner en la casa de las recogidas á Sirena, desterró al conde de Sumel, y condenó á Gil Blas á una prision perpetua. Vea V. aqui, prosiguió Sci-

pion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve V. que su desgracia es obra del duque de Duzae, ó mas bien del baron de Roncal.

Este discurso me hizo creer que con el tiempo podrian restablecerse mis negocios; que el duque de Melar, picado del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerlo venir á la corte, y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consoló de la pérdida de mis efectos y me puso tan alegre como si tuviera motivo de estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía razonaba del modo siguiente. Los partidarios del primer ministro son Don Fernando de Xabro, el padre Gerónimo de Renciaflo, y sobre todo Fr. Luis de Agalia, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rey. Con el socorro de estos poderosos amigos, S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el Estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está muy enfermo, y luego que muera, el príncipe su hijo volverá á traer al conde de Sumel; este me sacará inmediatamente de aqui, me presentará al nuevo monarca, quien para compensar las penas que he sufrido me llenará de beneficios. Lleno asi de los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes.

Creo tambien que los dos sacos que mi secretario habia depositado en casa del platero contribuyeron para mi pronto consuelo tanto como la esperanza.

El zelo é integridad de Scipion me habia agradado mucho, lo cual le testifiqué ofreciéndole la mitad del dinero que habia preservado del pillage, y lo rehusó. Espero de V., me dijo, otra señal de reconocimiento. Espantado tanto de su discurso como de que rehusara la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos separemos, me respondió, sufra que una mi fortuna á la suya; jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á V. Y yo, hijo, le dije, puedo asegurar que te correspondo. Desde la hora que te ofreciste para servirme me agradaste: posible es que ambos hayamos nacido bajo los signos de Libra ó Géminis, que á lo que se dice son las dos constelaciones que unen los hombres. Acepto gustoso la compañía que me propones, y para dar principio voy á suplicar al señor alcaide te encierre conmigo. Será de mi gusto, esclamó; V. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pidiese esta gracia, pues su compañía me es mas apreciable que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á oler en la covachuela, y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda ser á V. favorable: de modo que en mí juntamente tendrá V. confidente, correo y espía.

Eran muy considerables estas ventajas para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo un hombre tan útil, con permiso del generoso alcaide, que no me quiso rehusar un tan dulce consuelo.

CAPITULO VIII.

Del primer viage que hizó Scipion á Madrid, cuál fue el motivo y el suceso; Gil Blas cae enfermo; resultas de su enfermedad.

Aunque comunmente decimos que no hay enemigos mayores que nuestros criados, no hay duda que cuando son fieles y apasionados son nuestros mejores amigos. El zelo que Scipion habia manifestado por mí me hacia mirarlo como á mi misma persona. Asi ya no hubo subordinacion entre Gil Blas y su secretario, ni mas etiqueta. No tuvieron mas que un cuarto, una cama y una mesa.

La conversacion de Scipion era muy jocosa, y justamente se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era hombre de juicio, y me hallaba bien con sus consejos. Un dia le dije: amigo mio, me parece que no seria malo escribir al duque de Melar; esto no puede producir mal efecto. ¿Cuál es tu dictámen? Bien, respondió, pero los grandes se mudan tanto de un momento á otro que no sé cómo se recibiria vues-

tra carta: soy de parecer que de todos modos se escriba, pero con maña. Aunque el ministro le estima, no se descuide por esta amistad de escitar su memoria. Esta suerte de protectores fácilmente olvidan aquellos de quien no oyen hablar.

Aunque esto es muy cierto, le repliqué, yo juzgo mejor de mi patron. Su bondad me es conocida; estoy persuadido que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. Al parecer para sacarme de la prision espera que se apacigüe la cólera del rey. Sea en hora buena, respondió, yo me alegraré que el juicio que V. hace de S. E. sea verdadero. Implore V. su socorro por una carta muy tierna: yo se la llevaré, y prometo dársela en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de elocuencia, que á Scipion pareció patética, y que Tordesillas hizo superior á las mismas homilias del arzobispo de Granada.

Me lisonjeaba yo de que el duque de Melar se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que no estaba; con esta confianza hize partir mi correo, el cual apenas hubo llegado á Madrid, cuando fue á casa del ministro. Encontró uno de mis enemigos ayuda de cámara, le facilitó ocasion de hablar al duque; señor, dijo Scipion á S. E. presentándole el pliego que llevaba, uno de vuestros mas fieles criados, el

cual duerme en un jergon en un oscuro calabozo de la torre de Segovia, suplica á V. E. muy humildemente lea esta carta, que de lástima le ha facilitado medio de escribirla un guarda de la cárcel. El ministro la abrió y pasó por la vista; pero aunque viese en ella un retrato capaz de enternecer el alma mas dura, lejos de parecer tocado, levantó la voz y dijo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: amigo, diga V. á Santillana que es mucha osadía atreverse á dirigirse á mí despues de la indigna accion que ha hecho, y por la cual es tan justamente castigado. Es un infeliz que no debe contar mas con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del rey.

Scipion con todo su desahogo quedó turbado al oir este discurso; sin embargo á pesar de su turbacion no dejó de querer interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre prisionero morirá de dolor cuando sepa la respuesta de V. E. El duque respondió á mi intercesor con mirarlo de medio lado y volverle la espalda. Asi me trataba este ministro para ocultar mas bien la parte que habia tenido en las diversiones nocturnas del príncipe, y esto es lo que deben esperar todos los agentes de escalera abajo, de quien se sirven los señores en sus secretas y peligrosas negociaciones.

Cuando mi secretario volvió á Segovia, y me dijo el suceso de mi comision, caí de nue-

vo en el abismo de tristezas que me anegaron el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del duque. Mi ánimo se abatió, y por mas que se me dijo para mi consuelo todo fue inútil; sobrecogióme el pesar que insensiblemente me ocasionó una enfermedad aguda.

El señor alcaide que se interesaba en mi salud, imaginándose que para conseguirla era lo mejor llamar los médicos, me trajo dos que tenian traza de zelosos servidores de la diosa Libitina. Señor Gil Blas, me dijo al presentarlos, ve V. aqui dos hipócrates que vienen á verle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia á estos doctores, que certísimamente los hubiera recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella que agradecí á Tordesillas me quisiera poner en sus manos.

Señor caballero, me dijo uno de los médicos, ante todas cosas es necesario que V. tenga confianza en nosotros. La tengo muy cumplida, le respondí: con la asistencia de Vds. estoy seguro de quedar curado de todos mis males. Sí, respondió, lo será V. con la ayuda de Dios, á lo menos nosotros harémos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto estos señores se portaron maravillosamente, pues que visiblemente me conducian al sepulcro. D. Andres, desconfiado ya de mi curacion,

habia hecho venir un religioso de S. Francisco para que me ayudara á bien morir. El buen padre despues de haber cumplido con este empleo se habia retirado; y yo creyéndome en mi última hora, hice señas á Scipion para que se acercara á mi cama. Amado amigo mio, le dije con una voz casi estinguida, (tal era la debilidad que me habian ocasionado las medicinas y sangrías que me habian dado) de los sacos que hay en casa de Gabriel te dejo á tí el uno, y el otro te suplico lo lleves á las Asturias á mi padre y á mi madre, quienes si todavía viven estarán necesitados. Pero ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza, sin duda les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el saco de doblones, suplicándoles me perdonen lo mal que los he tratado; y si se han muerto te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó en sus lágrimas sin poder responderme una palabra: tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que los llantos de un heredero no son siempre fingidos.

Esperaba, pues, pasar el trago; y no obstante me engañé. Habiéndome desahuciado

mis doctores, y dejado campo libre á la naturaleza, por este medio me salvaron. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme, quiso desmentirlos, y me dejó; poco á poco me restablecí con la mayor felicidad; una perfecta tranquilidad de espíritu vino á ser el fruto de mi mal. Ya entonces no necesité ser consolado, antes concebí todo el desprecio de las riquezas y honores que inspira la proximidad de la muerte, y vuelto á mí mismo bendecí mi desgracia. Daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular, y resolví firmemente no volver mas á la corte, aun cuando el duque de Melar me llamase; antes bien me propuse, si salia de la prision, comprar una casa de campo y vivir en ella como filósofo.

Mi confidente apoyó mi designio, y me dijo que para acelerar la ejecucion pensaba volver á Madrid á solicitar mi libertad. Se me ha prevenido una cosa, añadió; conozco un sugeto que podrá sernos útil; la criada favorita de la ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento, voy á hacer que interese á su ama, y á poner todos los medios que sean imaginables para sacar á V. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor tratamiento siempre es prision. Dices bien, le respondí. Vé amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esta negociacion. ¡Pluguiese al cielo estuviéramos ya en nuestro retiro.

CAPITULO IX.

Scipion vuelve á Madrid; cómo y con qué condiciones puso á Gil Blas en libertad; á donde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y la conversacion que tuvieron.

Salió, pues, Scipion para Madrid, y yo ínterin volvia me dediqué á leer. Tordesillas me daba mas libros de los que yo queria: los tomaba prestados de un viejo comendador que no sabia leer, pero que queriendo hacerse sabio tenia una buena biblioteca. Sobre todo me agradaban las obras de moral, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisongeaban la aversion que tenia á la corte y el gusto que habia concebido por la soledad.

Pasaron tres semanas sin haber oido hablar de mi negociador, el cual volvió en fin, y me dijo muy alegre: por de pronto, señor de Santillana, traigo á V. buenas nuevas. La señora ama se interesa por V. Su criada á súplicas mias y por cien doblones que le he ofrecido, ha tenido la bondad de hacerle pedir al príncipe modere vuestro castigo; y este, que como otras veces he dicho á V. nada le niega, ha ofrecido pedir al rey, su padre, vuestra libertad. He venido con la mayor priesa á decírselo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dejó y volvió á tomar el camino de la corte.

No fue largo su tercer viage. A los ocho dias ví volver á mi hombre, quien me dijo que el príncipe habia no sin trabajo obtenido del rey mi libertad: la cual desde el mismo dia me fue confirmada por el señor alcaide, quien me dijo abrazándome: mi amado Gil Blas, gracias al cielo, Vd. está libre; las puertas de esta prision le estan abiertas; pero las condiciones, con las cuales se concede á V. esta libertad, quizá le darán mucha pena, y á mí el desagrado de verme en la obligacion de hacérsela saber. S. M. prohibe á V. se presente en la corte, y le ordena salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me sirve de mucha mortificacion que se le prohiba á V. la corte. Y yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso: solo esperaba del rey una gracia, y me ha hecho dos.

Asegurado, pues, de que ya no era prisionero, hice alquilar dos mulas, en las cuales salimos al dia siguiente mi confidente y yo despues de haberme despedido de Cogollos, y dado millares de gracias á Tordesillas de todas las demostraciones de amistad que habia recibido de él. Tomamos alegremente el camino de Madrid para sacar del poder del señor Gabriel nuestros dos sacos, en cada uno de los cuales habia quinientos doblones. Por el camino me decia mi asociado: si no tenemos dinero para comprar una tierra mag-

nífica, á lo menos tenemos para una razonable. Yo seré feliz, le respondí, aun cuando no tengamos mas que una cabaña. Habiendo apenas llegado á la mitad de mi carrera estoy tan desengañado, que solo quiero vivir para mí. Ademas de esto te digo que me he formado de los gustos de la vida campestre una idea que me hechiza y me hace gozarlos con anticipacion. Paréceme ya que veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos: que en tanto me divierto con la caza, y en tanto con la pesca. Imagínate, amigo mio, los diferentes placeres que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En órden al mantenimiento, el mas simple será el mejor; un pedazo de pan nos satisfará cuando tengamos mucha hambre, lo comerémos con un apetito que nos hará juzgarlo escelente. El deleite no consiste en los alimentos esquisitos, sino en nosotros; esto es tan cierto como que mis comidas las mas deliciosas no son aquellas en que veo reinar la delicadeza y la abundancia; la frugalidad es un orígen de delicias maravillosas para la salud.

Con el permiso de V., señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su dictámen sobre la pretendida frugalidad con que V. quiere obsequiarme. ¿Por qué mantenernos como los Diógenes? Aun

cuando comamos bien no debemos temer enfermar. Créame V.; pues que tenemos, gracias á Dios, con que hacer agradable nuestro retiro, no lo hagamos habitacion de la hambre y la pobreza. Luego que tengamos una buena tierra, es preciso proveerla de buenos vinos y de todas las otras provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dejan el comercio de los hombres por renunciar las comodidades de la vida; antes bien gozarlas con mas tranquilidad. Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añadió, poseer uno las cosas necesarias que desearlas.

¡Qué diablos es esto, señor Scipion, interrumpí, V. conoce los poetas griegos! Ola, ¿en dónde ha conocido V. á Hesiodo? En casa de un sabio, me respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos le haria á V. un grueso volúmen; lo componia de pasages hebreos, griegos y latinos que sacaba de los libros de su biblioteca y traducia en castellano. Como era su copista, he retenido no sé cuántas sentencias todas tan dignas de observarse como la que acabo de citar. Siendo asi, le repliqué, tu memoria está bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto, ¿en qué reino de España juzgas tú conveniente establezcamos nuestra residencia filo-

sófica? Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; alli encontrarémos sitios hermosísimos, en donde podrémos pasar una vida deliciosa. Está bien, le dije, sea asi; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ojalá descubramos una habitacion que me provea todos los placeres de que se alimenta mi imaginacion.

CAPITULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid; del hombre que encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.

Luego que llegamos á Madrid fuimos á hospedarnos á una pequeña posada, en la cual se habia alojado Scipion en sus viages. Lo primero que hicimos fue ir á casa de Salero á tomar nuestros doblones. Este nos recibió muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad, protestándome que le habia sido sensible mi desgracia, y que ella le habia disgustado de la alianza de las gentes de la corte, cuyas fortunas estan demasiadamente en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico negociante. V. ha hecho muy bien, le respondí; ademas de que este partido es mas sólido; un paisano que viene á ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues habiendo mudado de discurso y viniendo al hecho proseguí: señor Gabriel, há-

ganos V. el favor, si gusta, de darnos los mil doblones que...... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero; el cual habiéndonos hecho pasar á su gabinete nos mostró dos sacos en los cuales habia unos rótulos que decian: estos sacos de doblones son del señor Gil Blas de Santillana. Ved aqui, me dijo, el depósito tal como se me ha confiado.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los sacos á la posada en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, desfalcados los cincuenta doblones que se habian gastado en mi libertad. Ya no pensamos mas que en ponernos en estado de salir para Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte hice la provision de camisas y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo haciendo mis compras, encontré al baron de Steimbach, oficial de la guardia alemana, en casa del cual se habia criado Don Alfonso.

Saludé á este caballero, quien habiéndome tambien conocido, se vino á mí y me abrazó: me alegro con estremo, le dije, de ver á su señoría en tan buena salud, y al mismo tiempo tener ocasion de saber de mis amados señores Don César y D. Alfonso de Leiva. Puedo dar á V. muy ciertas nuevas, me respondió, pues ambos estan actualmente en Ma-

drid, y ademas en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la corte á dar las gracias al rey de un beneficio que este ha hecho á Don Alfonso en recompensa de los servicios que sus abuelos han hecho al estado; lo han nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que haya pedido este empleo ni solicitado por otra persona. Ha sido graciosamente; lo cual prueba que nuestro monarca sabe recompensar el valor.

Aunque yo supiese mejor que Steimbach en qué consistia, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba, y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me llevó inmediatamente á su casa. Yo queria probar á D. Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Lo encontré en una sala jugando al ajedrez con la baronesa de Steimbach. Luego que me percibió dejó el juego y se vino hácia mí arrebatado, y apretándome la cabeza entre sus brazos, me dijo con un aire que manifestaba una verdadera alegría: ¡ Santillana, qué, al fin vuelvo á verte! estoy loco de gusto. No tengo la culpa de que nos separáramos; yo te supliqué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mi súplica. No obstante no te lo imputo á delito, antes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero despues debias haberme escrito y quitarme el trabajo de hacerte bus-

car inútilmente en Granada, en donde mi cuñado Don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta pequeña reprension continuó: Dime lo que haces en Madrid: al parecer tú tienes aqui algun empleo. Está persuadido á que me intereso ahora mas que nunca en tus cosas. Señor, le respondí, no hace todavía cuatro meses que ocupaba en la corte un puesto demasiado considerable. Tenia la honra de ser secretario y confidente del duque de Melar. ¡Es posible! esclamó D. Alfonso con un estremo espanto. ¡Qué! ¿Has logrado tú la confianza del primer ministro? He adquirido su favor, respondí, y lo he perdido del modo que voy á decir. Entonces le conté toda la historia, y la acabé por la resolucion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi pasada prosperidad una pobre casa de campo para tener alli una vida retirada.

El hijo de Don César, despues de haberme oido con mucha atencion me dijo: mi amado Gil Blas, tú sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero darte una prueba de mi amistad, y no consentir que seas mas el juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder quiero darte un bien que no podrá quitarte. Puesque estás determinado

á vivir en el campo, te doy una pequeña tierra que tenemos cerca; es Liria, distante cuatro leguas de Valencia, la cual has visto tú. Este regalo lo podemos hacer sin incomodarnos. Me atrevo á decir que mi padre no desaprobará esta determinacion, (y que Serafina tendrá en ello verdadero gusto.)

Me arrojé á los pies de Don Alfonso, quien en el momento me hizo levantar. Le besé la mano, y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio le dije: Señor, vuestras atenciones me llenan de complacencia; el don que V. me hace me es tanto mas agradable cuanto que precede al reconocimiento de un favor que yo he hecho á V., y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su agradecimiento. Mi gobernador quedó un poco sorprendido de este discurso, y no dejó de preguntarme qué favor era el que le decia. Se lo dije con todas sus circunstancias, lo cual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el baron de Steimbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mí. No obstante no teniendo duda de ello me dijo: Gil Blas, pues que debo á tí mi empleo no quiero darte solo la pequeña tierra de Liria, quiero unir á ella dos mil ducados de pension.

Alto ahí, señor Don Alfonso, interrumpí, no despierte V. mi avaricia. Los bienes de nada sirven mas que de corromper las

costumbres. Yo lo he probado demasiadamente. Acepto gustoso vuestra tierra de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que yo tengo por otra parte: esto me es suficiente; y lejos de desear mas, perderia mas bien lo que tengo de superfluo en lo que poseo. Las riquezas son un cuidado viviendo en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó cuando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y cuando supo los motivos de agradecimiento que me tenia su familia, se empeñó en que habia de aceptar la pension; lo cual rehusé de nuevo. En fin el padre y el hijo me llevaron prontamente á casa de un notario, en donde hicieron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un documento á favor suyo. Luego que estuvo el contrato finalizado me lo dieron diciendo que la tierra de Liria ya no era suya, que fuese cuando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volvieron á casa del baron de Steimbach, y yo me fui volando á la posada, en donde llené de admiracion á mi secretario cuando le dije que teniamos una hacienda en el reino de Valencia, y que le conté el modo como la habia adquirido. ¿Cuánto puede valer esa pequeña heredad? me dijo. Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es

una amable soledad. Yo la he visto por haber estado muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una pequeña casa situada sobre la orilla del Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis fuegos, y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, esclamó Scipion, es que tendrémos allá caza, vino de Benicarló, y escelente moscatel. Vamos, patron mio, démonos priesa á dejar el mundo, y llegar á nuestra ermita. No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso dar una vuelta á las Asturias. Mi padre y mi madre estarán precisamente miserables. Quiero ir á verlos y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo asi seria castigado. Scipion apoyó mucho mi determinacion, y me escitó á ejecutarla: no perdamos tiempo, me dijo, ya tengo silla volante. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, partamos cuanto antes. Me es indispensable partir las delicias de mi retiro con los autores de mi vida. Presto estarémos en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en la puerta de mi casa estos dos versos latinos con letras de oro:

INVENI PORTUM. SPES ET FORTUNA VALETE.
SAT ME LUXISTIS; LUDETE NUNC ALIOS.

FIN DEL LIBRO NONO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DÉCIMO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al paso por Valladolid.

Cuando me estaba disponiendo para mi viage de Asturias con Scipion, fue el duque de Melar creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Deseaba este introducir el santo tribunal de la inquisicion en el reino de Nápoles, y honró con el capelo al primer ministro del rey de España para empeñarle en lograr el consentimiento y la aprobacion de aquel monarca en tan santo intento. Los que pretendian conocer perfectamente al nuevo cardenal, hablaban de la tal creacion como suelen hablar regularmente los quejosos y los envidiosos, no menos que los que presumen de zahoríes y penetrativos.

Scipion que se alegraria mas de verme en un puesto brillante de la corte que oscurecido en la soledad, me aconsejó que me presentase al nuevo purpurado. Puede ser, me dijo, que su Eminencia viéndole á V. fuera de la prision por órden del rey, no quiera ya fingirse irritado contra V. y que le vuelva á admitir en su servicio. Sin duda Scipion, respondí, te has olvidado de que solo conseguí la libertad bajo condicion de que dentro de un mes habia de salir de las dos Castillas. Fuera de eso no creas que esté ya disgustado con mi hacienda y con mi casita de Liria. Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Melar me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa el baron de Roncal, todo lo renunciaria. Tengo ya tomado mi partido. Quiero ir á Oviedo, para ver á mis pobres padres, y traérmelos conmigo á las cercanías de Valencia. Pero amigo, si tú estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que hablar: estoy pronto á darte la mitad de lo que tengo; con ello te podrás quedar en Madrid, y llevar adelante hasta donde pudieres tu fortuna.

¿Cómo asi? replicó mi secretario algo resentido de estas espresiones. ¿Es posible que V. haya sospechado de mí que fuese capaz de tener repugnancia á seguirle en su retiro? Esa sospecha ofende mi zelo y mi amor á su persona. ¿Pues qué, Scipion, aquel fiel

criado, que por darle algun alivio en sus penas estaba resuelto á encerrarse de por vida con V. en el alcázar de Segovia, este tendrá repugnancia en seguirle y acompañarle en un sitio donde esperamos gozar mil delicias? No señor, no, ninguna gana tengo de desviar á V. de tan acertada resolucion. Quiero confesarle una treta mia; si le aconsejé que se presentase al nuevo cardenal fue únicamente para probarle, y ver si todavía le quedaba alguna reliquia de ambicion. Ea, pues, ya que se halla V. tan desprendido de todo pensamiento de grandezas humanas, abandonemos prontamente la corte, y vamos luego á disfrutar aquellos inocentes y deliciosos placeres que en la soledad nos hemos ideado.

Con efecto poco despues partimos de Madrid en una calesa tirada de dos arrogantes mulas gobernadas por un mozo inteligente, que tomé por criado agregándole á nuestra familia. Dormimos el primer dia en las Rozas al pie de Guadarrama, el segundo en Segovia, donde sin detenerme á visitar al generoso alcaide Tordesillas, proseguí mi camino á Valladolid. Al descubrir esta ciudad no me pude contener sin dar un profundísimo suspiro. Observólo mi compañero, y me preguntó la causa. Acuérdome, hijo, le respondí, que en Valladolid ejercité la medicina; y en este mismo punto me estan despedazando los remordimientos de mi conciencia, temiendo que vengan á hacerme peda-

zos todos aquellos á quienes mi temeridad y mi ignorancia echaron en la sepultura. ¿Y eso le da á V. cuidado? replicó mi secretario. Sin duda, señor Gil Blas, que es V. un buen hombre. ¿Pues no ve por ahí tantos doctores ancianos y reverendos que han hecho lo mismo? ¿Y piensa V. que por eso tienen los mismos remordimientos? No señor, se pasean muy serenos y tranquilos, atribuyendo á violencia del mal los accidentes funestos, y haciéndose á sí mismos grande honor de los afortunados y felices.

De ese carácter, repuse yo, era el doctor Sangredo, cuyo método seguí con la mayor fidelidad. Cada dia vivia viendo parecer veinte personas en sus manos; pero vivia tan persuadido de la escelencia de sus dos específicos universales para todo género de enfermedades, conviene á saber, las sangrías del brazo y el uso del agua, que si morian los enfermos lo atribuia siempre á que habian bebido poco, ó no los habian sangrado bastante. ¡Vive Dios! esclamó Scipion, dando una tremenda carcajada, que me ha citado V. un hombre original. Si tienes curiosidad de verle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer como esté en Valladolid, y no haya muerto, lo que dudo mucho, porque ya era viejo cuando le dejé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos luego que nos apeamos en un meson fue preguntar por el tal doc-

tor. Supimos que aun era vivo, pero que ya no visitaba por motivo de su grande ancianidad, y le habian sucedido otros tres ó cuatro doctores, los cuales estaban en grande reputacion por inventores de otra nueva práctica, tan perjudicial por lo menos como la de aquel. Resolvimos hacer alto el dia siguiente, ya para que descansasen las mulas, ya tambien para ver al doctor Sangredo. Dicho dia á las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hácia nosotros con paso muy firme para un septuagenario, y nos preguntó, ¿qué queriamos de él, y en qué podia servirnos? ¿Pues qué, señor doctor, le respondí yo, es posible que ya no me conoce V., siendo asi que tuve la fortuna de haber sido su discípulo? ¿No se acuerda V. de cierto Gil Blas que en otro tiempo fue su comensal, su pasante, y aun su sustituto? ¿Cómo asi? me replicó, dándome un abrazo. ¿Con qué eres tú Santillana? Cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué te has hecho despues que nos separamos? Sin duda te habrás aplicado á la medicina. Es cierto, le respondí, que me inclinaba grandemente á ella, pero no me lo permitieron muchas y graves razones.

Peor para tí, replicó Sangredo. Con los principios que sacaste de mi escuela, á la hora de esta te hubieras hecho un habilísimo médi-

co, con tal que te hubieses precavido del peligroso amor á los remedios químicos. ¡Ah hijo mio! esclamó arrancando un doloroso suspiro. ¡Y qué novedades se han introducido en la medicina de algunos años acá! Perdido ha esta divina arte todo su honor y toda su dignidad. Esta ciencia, respetada de los hombres en todos los siglos, hoy está en poder de la temeridad, de la presuncion, de la ignorancia. Los hechos hablan, y presto levantarán el grito las mismas piedras contra el desórden de los que la practican: *lapides clamabunt*. Médicos, ó por mejor decir medicastros hay en esta ciudad, que como infelices esclavos del antimonio, irán arrastrando tras el carro de su triunfo: *Currus triumphalis antimonii*. Desertores de la escuela de Paracelso, idólatras, adoradores del *kermes*, curanderos de fortuna, cuya ciencia médica consiste toda en saber preparar algunas drogas químicas. ¿Qué mas te diré? En sus métodos todo está pervertido, todo trastornado. La sangría del pie, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy se ha hecho ya de moda, y es la que solo se usa. Los purgantes, antiguamente tan dulces y tan benignos, en nuestros dias se han mudado en un brevage atestado de emético y de kermes. La medicina el dia de hoy no es mas que un confuso caos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, rotos los diques y despreciados los límites que sabiamente nos prescribieron nuestros primeros maestros.

Aunque estaba reventando por reir al oir aquella cómica declamacion, todavía supe contenerme, y aun hice mas. Comencé yo mismo á declamar contra el kermes, sin saber lo que significaba, y dí al diablo á los que le habian inventado, á salga lo que saliere. Advirtiendo Scipion cuánto me divertia yo con las manías de mi antiguo amo y maestro, quiso contribuir tambien por su parte con algun cornadillo. Yo, señor doctor, dijo á Sangredo, soy sobrino de un hermano de mi abuelo, que era médico de la escuela antigua, y como tal pido licencia á V. para declararme contra los remedios químicos. Mi señor tio, que Dios haya, era tan ciego parcial de Hipócrates, que riñó muchas veces con los empíricos porque no hablaban con el debido respeto del rey de la medicina. La buena sangre nunca se desmiente. Con lindo gusto haria yo el oficio de verdugo para ahorcar á esos ignorantes novatores, de quienes V. se queja con tanta justicia, y con no menor elocuencia. ¡Qué desordenes no causan en toda la sociedad civil esos miserables enemigos del género humano!

Esos desórdenes, replicó el doctor, son mayores y mas funestos de lo que V. piensa. De nada me sirvió publicar un libro contra esa médica carnicería; antes bien cada dia va en aumento. Los cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacerse médicos, creen que verdaderamente lo son solo con saber ordenar kermes y emético, aña-

diendo sangrías del pie como se les pone en la cabeza. Adelántanse hasta mezclar kermes en las pócimas, y aun en los cordiales, y cátate que ya se juzgan iguales á esos fabricantes de la nueva medicina. Ha cundido el contagio hasta dentro de los mismos claustros. Hay en ellos ciertos frailes que pretenden hacer de boticarios y de cirujanos. Estos monos de los médicos se aplican á la química y saben preparar drogas perniciosas, con las cuales abrevian la vida de sus paternidades muy reverendas. En fin se cuentan en Valladolid mas de sesenta conventos de frailes y de monjas: juzgue Vd. ahora el destrozo que hará en ellos el kermes unido al emético y á la sangría de los pies. Señor Sangredo, dije yo entonces, es muy justa la cólera de V. contra esos públicos envenenadores; yo le acompaño en ella, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres manifiestamente amenazada por un método tan contrario al que V. sigue. Temo que la química no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. Quiera el cielo que este dia no aparezca mas pronto de lo que se piensa.

Aqui llegaba nuestra conversacion cuando entró en el cuarto del doctor una criada vieja, que le traia en una bandeja un vaso y dos garrafitas de vidrio llenas una de agua y otra de vino, juntamente con unos bollitos de leche. Tomó algunos de estos, y echando en el vaso dos

partes de agua y una de vino se le bebió. Aunque usó de esta precaucion, no por eso se libró de la reconvencion que yo le hice. A fe, señor doctor, le dije, que le he cogido á V. en el garlito. ¡ V. beber vino ! ¡ V. tan declarado enemigo de él, que en los dos tercios de su vida ha bebido siempre agua! ¿De cuándo acá se ha hecho V. tan contrario á su propia doctrina? Ni puede escusarse con su avanzada edad; pues en una parte de sus escritos define la vejez diciendo que es *una tisis natural que poco á poco nos va consumiendo y desecando*: por señas que en virtud de esta definicion hace V. graciosa burla de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué responde V. á esto?

Respondo, me dijo el viejo, que me reconvienes sin razon. Si yo bebiera vino puro, tu reconvencion seria justa, y me arguïrias bien de inconsiguiente á mi método y á mi doctrina; ¿pero no reparaste en que el vino que bebí era muy aguado? Sí señor, le respondí, lo reparé, mas eso mismo me pareció otra inconsecuencia, porque me acuerdo bien que V. llevó muy á mal y gruñó mucho porque el canónigo Cedillo bebió vino, aunque era tanto ó mas aguado que ese. Confiese V. pues, boniticamente, que al cabo conoció su error, y que el vino no es tan pernicioso como á V. le parecia, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse mi doctor un poco sorprendido con

esta réplica. No podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; y como la vanidad y la vergüenza no le permitian darme la razon, no sabia el pobre qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues levanté la visita, diciéndole al despedirme que se mantuviese siempre constante en hacer la guerra á los nuevos medicastros. Animo, señor Sangredo, le dije, no deje V. de gritar contra el kermes, ni de perseguir á sangre y fuego la sangría de los pies. Si á pesar de su zelo y de su amor por la ortodojia médica, la alianza empírica logra arruinar la antigua disciplina, por lo menos tendrá V. el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para mantener su crédito.

Cuando mi secretario y yo nos volviamos á nuestro meson divirtiéndonos con el gracioso y original carácter del tal doctor, pasó cerca de nosotros por la misma calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, con un sombrero alicaido, la cabeza torcida, los ojos bajos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y muy luego conocí que era el señor Manuel Ordoñez, aquel famoso administrador de hospital, de quien se hizo honorífica mencion en el tomo primero de esta historia. Abordéle con grandes demostraciones de estimacion y respeto, y le saludé diciendo: servidor del señor Manuel Ordoñez, dignísimo administrador del hospital, y el

hombre mas hábil del mundo para conservar la hacienda y bienes de los pobres. Al oir estas palabras alzó los ojos, miróme fijamente, y me respondió con grande melosidad que queria conocerme, porque le parecia haber visto aquella cara, mas no se acordaba dónde. Respondíle que yo solia ir algunas veces á su casa en tiempo que le servia un amigo llamado Fabricio Nuñez. Ahora caigo en cuenta, repuso el administrador con una risita falsa, por señas que los dos erais muy buenas alhajas, y que hicisteis admirables muchachadas. ¡Y en qué ha parado el pobre Fabricio! Siempre que me acuerdo de él me tiene con cuidado su paradero.

Precisamente para darle á V. noticias suyas, repliqué yo, me tomé la licencia de detenerle ahora. Sepa V. que Fabricio está en Madrid ocupado en dar á luz varias obrillas misceláneas. ¿Qué quiere decir misceláneas? me replicó. Quiere decir que escribe sobre diferentes materias, ya en prosa, ya en verso. Compone comedias y novelas. En suma es un mozo de ingenio, y tiene introduccion en muchas buenas casas donde es bien recibido. ¿Y cómo lo pasa con su carnicero y con su panadero? me preguntó el administrador. No muy bien, le respondí; porque aqui para entre los dos, tengo para mí que el infeliz está tan pobre como Job. Ni yo tengo en eso la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes to-

do lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán lo mismo que sus misceláneas. Desde luego pronostico que le verás parar en un hospital.

Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado muchos á él. Mejor hubiera hecho Fabricio si se hubiera mantenido á la sombra y en el servicio de V. Entonces sí que á la hora de esta estaria nadando en oro. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, cuando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazon se hallaban en esta ciudad, logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al compositor. Imaginóse otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ventajosas conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré hacerle ver que dejaba la carne por correr tras de la sombra; arrastrado del furor de escribir no hubo forma de rendirse á la razon, ni de conocer su verdadero bien. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar las comisiones que le encargo y á darme gusto en todo, con menos talento, pero con mas juicio que Nu-

ñez, ha merecido ser colocado en un puesto del hospital que hace á dos oficios, el menor de los cuales le produce lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues.

Desde Valladolid nos encaminamos á Oviedo á donde llegamos en seis dias sin la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de lejos los vandoleros el oro de los pasageros.* A la verdad, si hubieran olido el nuestro no habrian errado el golpe, y dos solos inquilinos de la famosa cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones; porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no era de humor de dejarse matar por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachin.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tio el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia encontrar quien me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su oficio no ignorarian cuanto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de

haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, al cabo me conoció, y esclamó fuera de sí; por San Antonio de Padua, este señor es el hijo del buen escudero Blas de Santillana. Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y en verdad que apenas se ha mudado: tan espavilado como antes, y siempre con mas viveza que carnes. Paréceme que le estoy viendo cuando venia á nuestra casa con el jarro á comprar vino para la cena de su tio el canónigo.

Estaba oyendo yo esta conversacion, y dije á la mesonera: señora María, no se puede negar que es V. una muger de feliz recordacion, quiero decir, de felicísima memoria, mas por fortuna ¿no me dará V. noticias de mi familia? sin duda que mi pobre padre y mi pobre madre no deben estar en la mejor situacion. Es esa tanta verdad, me respondió, que no podrá V. figurárselos en estado mas miserable. El buen señor canónigo Gil Perez está paralítico de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco; su padre de V., que de algun tiempo á esta parte vive con el canónigo, padece un asma, ó una opresion de pecho tan furiosa que vive de milagro, y está continuamente entre la vida y la muerte; y su señora madre, que tampoco goza la mejor salud, se ve precisada á estar perpetuamente asistiendo á uno y otro enfermo. Mire V. qué vida.

Asi que oí esta lastimosa relacion, la cual sin que yo lo pudiese impedir, me dió á cono-

cer que era hijo, dejé á Beltran en el meson para aguardar mi calesa y equipage, y acompañado de mi secretario Scipion, que nunca quiso separarse de mi lado, me transferí á casa de mi tio el canónigo. Apenas me puse delante de mi madre, cuando cierta conmocion que sintió allá dentro de sí misma la hizo conocer quién era yo, aun antes de tener tiempo para examinar y hacerse cargo de las facciones de mi cara. Hijo, me dijo tristemente, echándome los brazos al cuello: ¿vienes acaso á ver morir á tu padre? Si es asi, á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me tomó por la mano, y me llevó á un cuarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre *escudero*, estaba esperando exhalar en breve el último suspiro. Sin embargo aunque rodeado ya de las sombras de la muerte, todavía conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dijo mi madre, aqui tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que pudo haberte dado, y que en prenda de que se los perdonas te suplica le consueles echándole tu bendicion. Al oir esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre: fijólos en mí, y conociendo, á pesar del estado en que se hallaba, que yo estaba penetrado de dolor, se enterneció tambien. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la

estaba bañando con mis lágrimas exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Como mi madre estaba ya tan prevenida para este lance, se afligió, sí, pero con moderacion; quizá me afligí yo mas, sin embargo de que jamas habia debido á mi padre la menor demostracion de particular cariño. Ademas que bastaba ser hijo suyo para que su muerte me fuese muy sensible, me acusaba yo á mí mismo de no haberlo socorrido; y acordándome de la insensibilidad con que le habia tratado, me aborrecia á mí propio, considerándome como un hijo pérfido y un monstruo de ingratitud, ó por mejor decir un verdadero parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra poco menos pobre cama, y en un estado lastimoso, me renovó el dolor y los vivos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me decia con rubor, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con lo mucho que te sobraba antes de la prision, quizá lograrian con ellos las comodidades á que no podia alcanzar la escasa renta de la prebenda, y de esta manera acaso alargarias la vida de tu padre.

El buen canónigo Gil Perez se habia vuelto ni mas menos como un niño: el mismo conocimiento, la misma memoria, el mismo juicio. Aunque yo me habia abrazado con él, y le tenia entre mis brazos diciéndole mil ternu-

ras, á todo se mostraba insensible. Por mas que mi madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hizo otra cosa que mirarme fijamente y con la boca abierta sin hablar una palabra. Aun cuando la sangre y el reconocimiento no me obligaran á compadecerme de un tio á quien debia tanto, bastaria solo el ver á cualquier estraño en tan triste estado para traspasarme el corazon.

Durante todo este tiempo Scipion guardaba un profundo silencio, entraba á la parte en mis penas, y mezclaba mis suspiros con los suyos. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia mi madre tendria muchas cosas reservadas que decirme, y que podia darla alguna sujecion la presencia de un hombre á quien no conocia, le retiré aparte y le dije: vete hijo á descansar al meson, y déjame aqui con mi madre, que acaso creeria estar de mas un hombre que no conoce en una conversacion, que naturalmente será toda sobre negocios caseros y de familia. Retiróse Scipion para dejarnos en libertad, y efectivamente entramos mi madre y yo en una conversacion que duró toda la noche. Recíprocamente nos dimos fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi partida de Oviedo. Ella me hizo menuda y circunstanciada relacion de todos los disgustos que habia tenido en las diferentes casas donde habia servido de dueña ó ama de llaves, en cuyo asunto me confió muchas cosas que me

alegré no las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo cosa reservada para él. Verdad es, con licencia del respeto que debo á mi señora madre, que la buena muger era un si es no es demasiadamente prolija en sus relaciones, y pudo muy bien haber ahorrado las tres partes de su historia, suprimiendo las digresiones y circunstancias inútiles que me embocó en ella.

Acabó su relacion, y yo dí principio á la mia. Recorrí ligeramente todas mis aventuras; pero cuando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me pareció conveniente estenderme un poco en este pasage. Confieso, señora, dije á mi madre, que recibí con mala gracia al tal mozo, el cual por vengarse no dejaria de hablaros muy mal de mí. Asi es, me respondió. Díjonos que te habia encontrado tan embriagado y tan altivo con el favor del ministro, que apenas te habias dignado conocerle: y que cuando te habló de las miserias que estábamos padeciendo le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres procuramos siempre escusar á nuestros hijos, no pudimos creer que tuvieses tan duro y tan ingrato corazon. Tu venida á Oviedo justifica la buena opinion que teniamos de tí, y la acaba de confirmar el dolor de que te vemos penetrado.

Me hace mucho favor, respondí yo, ese

buen concepto que á V. debo. Lo que digo es que en la relacion del especiero hubo bastante verdad. Cuando me vino á ver estaba embriagado con mi fortuna, y la desmesurada ambicion no me dejaba tiempo para pensar en mis parientes. Hallándome en esta disposicion, no es de admirar que recibiese mal á un hombre rústico y sin crianza, que luego que me vió me saludó tosca y bestialmente diciéndome que habia oido como yo era un hombre mas rico que un judío, y que venia á aconsejarme que enviase á Vds. algun dinero, respecto á que se hallaban en grande necesidad, y aun se atrevió á darme en cara, en términos nada comedidos, con mi frialdad ó indiferencia para mi familia. Abochornóme el atrevimiento de aquel mozuelo aturdido, y cogiéndole por el brazo le eché á empujones fuera de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, y que deberia haberme acordado de que no era culpa vuestra que el tal Moscada fuese un mozo sin juicio y sin crianza, considerando que el consejo era bueno, aunque hubiese sido tan grosera la manera de dármele.

Todo esto se me ofreció un momento despues que habia echado de mí al atolondrado mozo. Hizo la sangre su oficio, y me acordé de las obligaciones que tenia á mis parientes; avergoncéme de haber cumplido tan mal con ellas; remordióme mucho la conciencia, pero no pretendo hacerme gran mérito de aquellos

remordimientos, porque inmediatamente los sofocaron la ambicion y la avaricia. Poco despues fui arrestado por órden del rey, y conducido preso al alcázar de Segovia. Alli caí gravemente enfermo, y aquella afortunada enfermedad es la que á Vds. les restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y mi encierro fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, no solo desprendiéndome de la corte, sino poniéndome horror á ella. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias únicamente con el fin de suplicar á V. quiera venirse en mi compañía á disfrutar juntos la quietud y las dulzuras de una vida retirada. S V. admite mi proposicion, la conduciré conmigo á una posesion que tengo en el reino de Valencia, donde espero lo pasarémos con toda comodidad. Ya podrá Vd. conocer que mi ánimo era llevar tambien conmigo á mi padre; mas ya que Dios ha dispuesto otra cosa, logre yo siquiera la satisfaccion de poseer á mi querida madre, para reparar en cuanto sea dable con todas las posibles atenciones el tiempo que perdí sin servirles de nada.

Quedo muy agradecida á tu loable intencion, respondió mi madre, y sin duda alguna me iria contigo á no estar por medio algunas dificultades que me parecen insuperables. En primer lograr no puedo abandonar á tu tio en el mal estado en que se halla; despues de eso habiéndome criado siempre en este pais, irme

á vivir á otro mas distante al cabo de mis años, pide gran consideracion, y no es cosa para resuelta de repente. Por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, la respondí, le encargarémos á mi secretario, mozo de espíritu, de zelo, y sobre todo activo y despejado, en quien podemos seguramente descansar y descuidar.

No bien habia pronunciado estas palabras cuando entró Scipion, habiendo ya amanecido. Preguntónos si podia servirnos de algo en las circunstancias en que nos hallábamos. Respondíle que llegaba muy á tiempo para encargarse de un negocio importante que pensaba encomendarle. Luego que se impuso de lo que yo le queria: basta, dijo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia de los funerales, y Vmds. podrán seguramente fiarse de mí. Pero guárdate bien, añadió mi madre, de pensar en un entierro que tenga el menor aire de pompa ó magnificencia: por modesto que sea nunca lo será demasiado para mi querido esposo, á quien toda la ciudad conoce por un hombre honrado sí, pero muy pobre. Señora, respondió Scipion, aunque hubiera sido mucho mas miserable de lo que era, no por eso rebajaré un punto de lo que tengo ya ideado. En el funeral del difunto solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo. El padre de un favorecido del duque de Melar, y mas hallándose presente este hijo suyo, debe ser enterrado noblemente.

Parecióme muy bien este modo de pensar de Scipion, y no solamente se lo aprobé, sino que le dije no perdonase al dinero para ponerle en ejecucion, reconociendo que con este motivo habia dispertado en mí algun movimiento de la antigua vanidad. Imaginéme que haciendo este gasto por un padre que nada me dejaba, admirarian todos mi filial amor y mi magnánima generosidad. Ni mi madre por su parte, á pesar de su gran modestia, dejaba interiormente de complacerse de que su marido fuese enterrado con esplendor. Dimos, pues, firma en blanco á Scipion para que hiciese lo que juzgase mas conveniente; y él sin perder tiempo partió á dar las disposiciones necesarias para un soberbio y suntuoso entierro.

Saliéronle demasiadamente bien. Celebráronse unas exequias tan magníficas que indispusieron contra mí la ciudad y arrabales. A todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi vana ostentacion. Este ministro de la noche á la mañana, decian unos, tiene dinero para enterrar á su padre y no lo tuvo para mantenerle. Mejor le fuera, decian otros, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras cuando muerto. En fin ninguna lengua estuvo ociosa, ni pecó de corta; cada una disparaba su saeta. No paró en esto el negocio: cuando salimos de la iglesia, asi á mí como á Scipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándo-

nos hasta nuestra casa las befas y la gritería de los muchachos, los cuales siguieron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia juntado delante de la casa de mi tio fue menester que mi madre se asomase á una ventana y asegurase á todos que estaba muy contenta de mí. No faltaron otros que corrieron al meson donde estaba mi calesa para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos hombres furiosos y disuadirles de tal intento.

Todas estas afrentas, efecto de lo que habia hablado de mí el mozo Beltran en toda la ciudad, me abochornaron tanto, y me inspiraron tanta aversion á mis paisanos, que resolví salir cuanto antes de Oviedo, donde, á no haber sido esto, sin duda me hubiera detenido algun tiempo mas. Díjeselo asi á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo viendo lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de gobernarnos en adelante. Madre, le dije, ya que V. no puede abandonar á mi tio, ni eso seria razon, no debo insistir en que se venga conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus trabajos, déme V. palabra de que luego que Dios disponga de él se vendrá á vivir en mi compañía.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me restaren de vida, y vivir en mi pais con total independencia. ¿Pues qué, señora? la repliqué yo, ¿no vivirá V. en mi casa con la misma? ¿No será V. absoluta dueña de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda, te casarás con ella, será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podrémos vivir juntas en paz. V., la repliqué, se anticipa demasiado á prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté V. cierta de que obligaré á mi muger á que en todo y por todo esté sujeta al gusto y á la voluntad de V. Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir. Antes bien no me atreveria yo á jurar que si entre la suegra y la nuera se suscitase alguna diferencia no te declarases tú á favor de la muger primero que de la madre.

Señora, habla V. como un oráculo, dijo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soy del mismo parecer que V. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Asi, pues, para que V. y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere V. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me

encargo de traer todos los años á Oviedo, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos el uno del otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron la proposicion las dos partes interesadas, y yo anticipé desde luego la primera paga por el primer año, con lo cual pude partir de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me echara fuera de la ciudad como á San Estéban. Este fue el recibimiento que me hizo mi amada patria. Admirable leccion para aquella especie de gentes del comun que habiendo hecho fortuna fuera de su pais, restituidos á él quieren figurar como sugetos de importancia.

CAPITULO III.

Parte Gil Blas al reino de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripcion de aquella casa, cómo fue recibido en ella, y las gentes que allí encontró.

TOMAMOS el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quince jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, iba observando mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y á siniestra se ofrecian á la vista. Luego que veia alguna que le parecia bien, me decia: alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.

No sé, amigo Scipion, le dije, qué idea te has formado de nuestro campestre tugurio. Si te le figuras como una cosa magnífica, como el palacio de un gran señor, desde luego te digo que quedarás muy burlado, porque te engañas enormemente. Si no quieres que tu imaginacion haga despues burla de tí, figúrate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos á la orilla del Tiber. Haz cuenta que Don Alfonso me hizo un regalo muy semejante á aquel. Segun eso, replicó Scipion, solo debo esperar que tendrémos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta del sitio de la casa; y si quieres juzgar desde luego de la fidelidad de mi pintura, vuelve los ojos hácia el rio Guadalaviar. ¿No ves cerca de él aquella aldegüela de nueve á diez casas, y entre ellas un edificio mas alto con cuatro torres en figura de pabellones? pues ese es nuestro palacio.

¡Cómo diablos! esclamó admirado Scipion. Aquel edificio es una joya. Ademas del aire de nobleza que le dan los pabellones, la fábrica es una cosa grande, y está situado en un pais mas delicioso que los mismos contornos de Sevilla, llamados el paraiso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque vecino á él está brindando con su apacible sombra, aun

en la mitad del dia, á quien desea gozarla. ¡Oh, qué amable soledad! ¡ah señor todas las trazas son de que la disfrutarémos por largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te agrade tanto la situacion de nuestro retiro, y de que tan presto te hayas hecho cargo de sus apreciables conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas nos fueron abiertas de par en par luego que dijo Scipion como yo era el señor Gil Blas de Santillana, que iba á tomar posesion de mi hacienda. Al oir un nombre tan respetable para aquellas gentes, dejaron entrar la calesa en un espacioso patio, donde inmediatamente me apeé, y apoyándome gravemente en el hombro de Scipion, pasé á una sala en la que inmediatamente se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, y á reconocerme y obedecerme como á su nuevo amo y señor, habiéndolos Don César y Don Alfonso nombrado y escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pillo de la misma, otro de portero, y los demas de lacayos con severa prohibicion á todos de no recibir de mi salario alguno, porque aquellos señores querian corriesen de su cuenta todos los gastos de mi casa. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba Joaquin. Díjome habia hecho una

buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo tocante al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del señor arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que escitasen mi apetito; y en fe de esto, añadió, voy á dar á V. S. una prueba de mi gusto en punto de cocinar. Mientras tanto podrá V. S. dar un paseo hasta que sea hora de comer, y ver todos los cuartos de la casa para reconocer si estan con la decencia correspondiente al decoro del nuevo dueño que ha de servirse de ellos.

Considere el lector si me haria mucho de rogar para que hiciese desde luego esta visita. Scipion[1], á quien no escitaba menos que á mí el deseo de ver la casa, me fue conduciendo de pieza en pieza, de manera que en breve tiempo recorrimos toda la vivienda de arriba abajo. Ningun rincon se escapó á nuestra curiosidad, por lo menos asi nos lo pareció; y en todos ellos hallé motivo para admirar la gran bondad de Don César y de su hijo para conmigo. Entre otras cosas me dieron golpe dos espaciosas salas simétricamente adornadas con unos muebles que sin llegar á ser magníficos eran de buen gusto. Estaba la una colgada de una tapicería de Flandes, y se veia en ella una cama y sillas cubiertas de terciopelo, todo aseado todavía, sin embargo de haberse hecho en tiempo que los moros ocupaban el reino de Valencia. No eran

de menos gusto los muebles de la otra cámara. Cubrian sus paredes varios paños de damasco genovés, color de yema, y de la misma tela era la colgadura de la cama y las fundas de las sillas y taburetes, que se veian distribuidos por toda la sala con aseo, propiedad y simetría.

Despues de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, donde hallamos ya puesta la mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan sazonada y deliciosa, que nos dió lástima el arzobisbo de Valencia por haber perdido al valiente cocinero que la habia sazonado. Verdad es que las buenas ganas que teniamos pudieron contribuir mucho á que nos pareciese tan esquisita y regalada. Casi á cada bocado que comiamos nos presentaban mis criados y lacayos de nueva impresion unos grandes vasos llenos hasta el borde de un vino generoso de la Mancha. No atreviéndose Scipion á manifestar en presencia de los criados el estraordinario gozo que interiormente sentia, me le daba á entender con ciertas miradas grandemente picoteras, y yo le correspondia declarándole el mio con otras ojeadas nada menos habladoras. Arrimamos la olla podrida, cuando se nos presentó el asado, que consistia en dos grandes codornices que flanqueaban un grueso y tierno lebracho; acometímosle como dos hombres famélicos; y habiendo comido y bebido á proporcion, nos levantamos de la me-

sa para ir al jardin á orearnos algun tanto, y dormir un poco de siesta en algun sitio sombrío y delicioso.

Si mi secretario se habia mostrado tan satisfecho y contento de todo lo que habia visto hasta entonces, no quedó menos encantado á la vista del jardin. Parecióle digno de compararse á los de Aranjuez. D. César que de cuando en cuando hacia sus escursiones á Liria, habia tenido gran cuidado de promover su cultivo y su belleza. Todas las calles estaban muy limpias y arenadas con particular esmero; sus orillas bordeadas de citrones, limoneros y naranjos; en medio del jardin un gran estanque de blanquísimo jaspe, en cuyo centro se elevaba un hermoso pedestal de la misma materia, sobre el cual se representaba sentado un corpulento leon de bronce que arrojaba copiosos chorros de agua, y añadiéndose á esto la hermosura de las flores y la diversidad de las frutas, eran todos espectáculos que tenian embelesado á Scipion; pero lo que mas le encantó fue una muy larga calle de árboles arqueados y entretegidos en figura de bóveda, cuyas verdes y espesas hojas la cubrian de una apacible sombra, sin permitir la entrada al mas mínimo rayo del sol en lo mas vivo y ardiente del mediodía. Dando mil elogios á un sitio tan propio para servir de asilo contra el calor, nos sentamos al pie de un olmo donde el sueño acudió presto á sorprender dos hombres que sobre bien comidos y

bien bebidos estaban no poco necesitados de reposo despues de tan largo viage.

Dos horas despues nos despertó el ruido de algunos escopetazos disparados tan cerca de nosotros que efectivamente nos sobresaltaron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos mejor de lo que era fuimos á casa del labrador á cuyo cargo estaba la custodia y el cultivo de aquel sitio. Alli encontramos otros ocho ó diez labradores, vecinos de aquella pequeña aldea, que se habian juntado á disparar al aire, y al mismo tiempo limpiar sus arcabuces para celebrar y festejar nuestra venida. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquel sitio cuando era mayordomo de la casa de Leiva. Luego que me descubrieron echaron á volar por el aire monteras y sombreros, gritando todos á un mismo tiempo: *¡Viva nuestro nuevo amo y señor! Sea bien venido á este lugar de Liria.* Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me saludaron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fue posible, pero sin descomponer mi gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion, y los dejé veinte escudos para refrescar: espresion que no fue la menos bien recibida, ni la menos celebrada entre todas las demas señales que les habia dado de mi agradecimiento. Retiréme despues con mi secreta-

rio mientras ellos se divertian en echar mas pólvora al aire, y nos paseamos por el bosque hasta la noche, sin cansarnos la uniforme vista de los árboles; tanto nos divertia, y tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante, ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida, tanto que cuando volvimos del paseo y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos admirados viendo poner en la mesa un plato con cuatro perdices asadas, una cazuela de tiernos gazapillos, y en otra un capon cebado, y guisado á la francesa, sirviendo de entreplatos orejas de puerco compuestas delicadamente, pollos rebozados, y un plato de crema de chocolate. El vino de pasto era de Lucena, y ademas de él probamos otros escelentes. Cuando nos pareció que ya no podiamos comer ni beber mas sin peligro de la salud, solo pensamos en irnos á la cama. Mis lacayos tomaron dos velas y me condujeron al mejor cuarto. Ayudáronme á desnudar, y luego que me echaron á cuestas la bata, y me pusieron el gorro de dormir, les dije en tono autorizado y señoril: retiraos, que no os he menester para lo demas.

Saliéronse todos, quedándome solo con Scipion para discurrir un poco con él. Preguntéle qué juicio hacia de lo que se estaba ejecu-

tando conmigo por órden de los señores de Leiva. Respondióme: por vida mia, señor, me parece no ser posible hacerse mas, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque eso seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me puedo acomodar á tener criados asalariados por otros, pues bastaria esto para parecerme que no estaba en mi propia casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aqui para meter tanto ruido ni vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un pillo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria el vivir siempre á costa del gobernador de Valencia, todavía no quiso ó no se atrevió á desaprobar mi honrada delicadeza en este punto, antes bien conformándose con mi dictámen, aprobó y alabó mucho mi modo de pensar en órden á la reforma que pensaba hacer. Quedó esto decidido, y él se salió de mi cuarto para retirarse al suyo.

CAPITULO IV.

Parte á Valencia, visita á los señores de Leiva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina.

Acabé de desnudarme, metíme en la cama, y viendo que ninguna gana tenia de dormir, me abandoné á mis reflexiones. Lo primero que se me representó fue el amor y la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinacion y la lealtad con que yo me habia dedicado á servirlos en todas ocasiones, y penetrado vivamente de las continuas pruebas que cada dia me daban de aquel amor y de aquel agradecimiento, resolví partir el dia siguiente á visitarlos y á rendirles mil gracias por tan escesivas y tan estimables finezas. Al mismo tiempo lograba el particular gusto de ver cuanto antes á la hermosa Serafina, primer móvil de los grandes beneficios que debia á todos aquellos señores, bien que este gusto se templaba mucho considerando los ojos con que me miraria su camarera la señora Lorenza, acordándose del lance de la bofetada. Fatigada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no disperté hasta que comenzó á dejarse ver el sol al dia siguiente.

Salté luego de la cama, y enteramente ocupado el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Aun no bien habia aca-

bado de hacerlo, cuando mi secretario entró en mi cuarto. Scipion, le dije, ahora mismo estaba pensado en partir á Valencia sin la mas mínima detencion, y sin duda lo aprobarás. No puedo dilatar un momento la indispensable obligacion de presentarme á unos señores á quienes debo todo lo que estoy gozando; cada instante de voluntaria dilacion en el cumplimiento de tan preciso deber me acusa de ingratitud. A tí te dispenso el que por ahora me acompañes en este viage; quédate aqui durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias. Vaya Vd. con Dios, me respondió, y cumpla como es razon con D. Alfonso y con su padre; ambos me parecen dos señores muy agradecidos á los que les sirven con zelo, y á todo lo que se hace por ellos: virtud tan rara en las personas de su calidad, que no alcanzan todas las demostraciones del respeto y de la atencion para corresponder dignamente á lo que ella se merece. Dí órden á Beltran para que dispusiese la calesa mientras yo tomaba chocolate. Hecha esta diligencia, monté y partí dejando mandado á mis gentes que sirviesen y obedeciesen á mi secretario, ni mas ni menos como á mi misma persona.

En menos de cuatro horas llegué á Valencia, y fui derecho á apearme en las caballerizas del gobernador. Dejé en ellas mi equipage, hice que me enseñasen el cuarto de Don Alfonso, donde se hallaba á la sazon su padre Don César. Abrí yo mismo la puerta y me en-

tré sin ceremonia, diciendo que los criados de casa no enviaban recado delante, ni pedian licencia para presentarse á sus amos, y asi que alli tenian sus señorias un criado antiguo de la casa, que venia á rendirles sus respetos. Diciendo esto iba á arrodillarme para besarles las manos, pero ellos no me lo permitieron; levantáronme en el mismo acto de inclinarme, y uno y otro me estrecharon entre sus brazos con las mas vivas señales de amor y de alborozo. ¿Y bien, querido Santillana, me preguntó Don Alfonso, has ido ya á Liria y tomado posesion de tu hacienda? Sí señor, le respondí, por señas que vengo con la pretension de que V.S. se sirva permitirme que se la restituya. ¿Pues por qué? me replicó medio turbado. ¿No te gusta? ¿ó has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada menos, respondí: por lo que toca á la posesion me encanta y me gusta infinitamente; pero lo que no me acomoda es tener cocineros de arzobispos, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo, y que desdice mucho de mi persona.

Si hubieras aceptado, me respondió, la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos contentado con regalarte esa casa alhajada como está; pero habiéndola tú rehusado nos pareció que en recompensa debiamos hacer lo que hicimos. Señor, le repliqué, eso es demasiado; bastaba que

V. SS. me hubiesen favorecido solamente con la hacienda para llenar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que costaria á V. SS. mantener tanta gente inútil para mi servicio, protesto con la mayor seriedad que una familia tan numerosa me incomodaria mucho, y me daria gran sujecion. En suma, señores, (concluí) ó V. SS. se vuelvan á la posesion de su quinta, ó denme licencia para que yo la disfrute y use de ella, á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta viveza y resolucion, que padre é hijo, los cuales de ningun modo pretendian violentarme, me dejaron en toda libertad para que me gobernase y dispusiese de la casa como mejor me pareciese.

Repetíles mil gracias por el nuevo beneficio que me hacian, reputando por tal el permiso que me daban, y queria proseguir, pero Don Alfonso me interrumpió diciendo: Santillana, quiero presentarte á una dama, que sin duda tendrá particularísimo gusto de verte; y diciendo y haciendo me tomó por la mano y me condujo al cuarto de Serafina, la cual luego que me vió prorumpió en un grito de alegría. Señora, la dijo el gobernador, creo que no será menos gustoso para vos de lo que ha sido para mí el arribo á Valencia de nuestro Santillana. Creo, respondió ella prontamente, que tambien el mismo Santillana estará muy persuadido á eso. No ha sido capaz el tiempo, ni lo será jamas, de borrar de mi memoria el gran servicio

que me hizo, á esto se añade la nueva obligacion que le tengo, y el reconocimiento que le profeso por el reciente servicio que os hizo. Respondí á mi señora la gobernadora, que estaba mas que suficientemente pagado el peligro que corrí juntamente con los demas que me ayudaron á librarla, esponiendo mi inútil vida por asegurar la suya, tanto mas importante que la mia; y despues de una larga cadena de recíprocos cumplimientos á este tenor, D. Alfonso me sacó del cuarto de su muger, y me llevó á una gran sala donde se hallaba Don César acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con la mayor afabilidad y cortesanía, y á competencia me hicieron mil finezas luego que supieron por Don César que yo habia sido uno de los primeros y mas confidentes secretarios del duque de Melar. Quizá tampoco ignoraria la mayor parte de ellos que Don Alfonso habia obtenido á influjo mio el gobierno de Valencia, porque al cabo todo se viene á saber. Sea de esto lo que fuere, luego que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo cardenal; unos le alababan sin medida ensalzándole hasta las nubes, ya fuese de veras ó por política afectacion; otros contestaban aquellos elogios, y aun añadian algunos mas, pero entre dientes, y como se suele decir con la boca chica. Luego conocí yo que estos y aquellos solo andaban buscándome la bo-

ca para que los divirtiese á costa del cardenal. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba, pero contuve la lengua, y solo contesté á la conversacion con pocas palabras, bien pensadas, y en términos muy generales, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo discreto, prudente y de mucho juicio.

Concluida la comida y levantados los manteles se retiraron los convidados cada uno á dormir la siesta. Don César y su hijo llamados de la misma costumbre ó sea necesidad, se encerraron en sus respectivos cuartos. Yo con la curiosidad de ver cuanto antes una ciudad que antes habia oido alabar, salí del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré en la misma puerta un hombre que apenas me vió se acercó á mí y me dijo: ¿ me dará licencia el señor de Santillana para que yo le salude? ¿Preguntéle quién era? Soy, me respondió, el ayuda de cámara del señor Don César, y era su lacayo cuando su merced era mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de su merced, y siempre me hacia mil favores. Informábale de todo lo que pasaba en palacio; y bien se acordará su merced que un dia le dije como el cirujano de Leiva se introducia secretamente en el cuarto de la dueña, que se llamaba la señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien, le respondí, ¿ y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de

parar? repuso él. Luego que su merced partió, cayó mala de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada de la ama que del amo.

Despues que el ayuda de camara me informó del triste fin de Séfora se despidió de mí, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro acordándome de la desdichada dueña, y echándome la culpa de su desgracia, siendo asi que verisímilmente seria obra de su cáncer aun mas que de mi desvío.

Observaba con gusto en la ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos, pero lo que me llevó toda la atencion fue una gran casa que descubrí á lo lejos, donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras que decia *Teatro de comedias.* Leí tambien los carteles; en los cuales para aquella tarde se ofrecia una nueva tagedia compuesta por Don Gabriel Tiraquero.

CAPITULO V.

Va á la comedia Gil Blas, y ve representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.

Detúveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban. Habialas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza y ricamente vestidos; ví tambien otra gentalla de malísimas figuras cubiertas todas de andrajos. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado, y ví no pocas cortesanas que se enfilaban en las gradas para embaucar á los pisaverdes boquirrubios. A vista de tal concurso de gente de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar cuando ví llegar al gobernador con su muger. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrambos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares. ¡Gran concurso! esclamé yo, volviéndome á Don Alfonso. No te admires de eso, me respondió: la tragedia que se va á representar es composicion de Don Ga-

briel Tiraquero, á quien le llaman *el poeta á la moda*. Cuando los carteles anuncian alguna obra suya toda Valencia se pone en movimiento. Hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa que de la comedia ó de la tragedia; se alquilan á porfía aposentos y asientos; y el dia de la primera representacion suele haber muertes en la puerta sobre la entrada, siendo asi que se dobla el precio, esceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se le respeta por no ponerle de mal humor. Sin duda, dije entonces al gobernador, que ese tal Don Gabriel debe ser un gran poeta; por lo menos asi me le hace concebir esta viva curiosidad y esta furiosa impaciencia del público para oir todo lo que sale de su mano. No juzgues tan pronto, me dijo Don Alfonso, no te engañe la prevencion, pues el público se alucina con oropeles y solo se desengaña luego que se imprimen las obras queaplaudió al tiempo de representarlas.

Al llegar aqui se dejaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oirlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos, y á cada verso se repetian los bravos y los vivas, y al fin de cada jornada un estruendo de palmadas que parecia venirse á tierra el teatro. Concluida la representacion me mostraron al autor, el cual iba modestamente recorriendo los aposentos para recoger los aplausos y laureles con que damas y caballeros le coronaban á competencia.

Nosotros volvimos á palacio, donde poco despues llegaron tres ó cuatro caballeros con dos autores muy conocidos y estimados en Valencia por su ingenio, tras los cuales entró un caballero vecino de Madrid, sugeto hábil, de fino y delicado gusto. Durante la cena no se habló sino de la nueva tragedia. ¿Qué les parece á Vds., preguntó un caballero, de la pieza que se representó esta tarde? ¿No es verdaderamente una maravilla, un *gefe de obra*, por esplicarme á la francesa? ¿Esto es, una obra perfecta y acabada? ¿Pensamientos sublimes, afectos nobles, versificacion masculina, enérgica y vigorosa, una composicion en fin cabal en todas sus partes, poema en suma hecho únicamente para un auditorio pensador é inteligente? Paréceme, respondió un caballero de Alcántara, que ningun racional puede pensar de otra manera. La pieza tiene algunos rasgos que podia haber dictado el mismo Apolo, y ciertos lances conducidos con esquisito primor y con infinito artificio. Apelo sino al juicio de este caballero, volviéndose hácia el madrileño, que me parece muy inteligente en la materia, y apuesto á que siente lo mismo que yo. No se empeñe V. en apostar, le respondió el caballero con cierta risita falsa, porque yo no soy de este pais, y en Madrid no acostumbramos á decidir tan fácilmente. Lejos de juzgar el mérito de una pieza la primera vez que la oimos, desconfiamos de sus mas bellas apa-

riencias cuando solamente las escuchamos en boca de los actores; y aunque estemos muy prevenidos á favor del compositor, suspendemos el juicio hasta haberla leido muy despacio y con toda reflexion; porque en la realidad no siempre la hallamos tan bella leida en el papel como nos pareció representada en el teatro.

Antes de calificar un poema, prosiguió, le examinamos menuda y escrupulosamente, ni por grande que sea la reputacion de un autor basta para deslumbrarnos, cuando hasta el mismo Lope de Vega y el mismo Calderon encontraron jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron á la gloria que gozan hasta que despues de un maduro exámen los hallaron dignos de ella.

Por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como Vds. No esperamos á que se imprima una pieza para decidir de su mérito. A la primera representacion conocemos cuanto vale. Ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion. Bástanos saber que es obra de Don Grabiel para estar persuadidos á que es obra sin tacha ni defecto. Las producciones de este gran poeta son la legítima época del nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones fueron unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El madrileño, en cuyo concepto Lope de Vega y Calderon eran los Sófocles y los Eurípides españoles, abo-

chornado con un discurso tan temerario esclamó casi fuera de sí: ¡qué sacrilegio dramático es el que oigo! Señores, ya que Vds. me obligan á que imite su ejemplo, juzgando de la tal pieza á la primera representacion, digo claramente que nada me ha gustado la nueva tragedia de ese su tan decantado Don Gabriel. Es un drama zurcido de pensamientos mas brillantes que sólidos. Las tres partes de los versos son malos, y los consonantes violentos y arrastrados, como se dice, por los cabellos; los caractéres no bien espresados, ó por lo menos mal sostenidos, las voces impropias y los conceptos oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una prudencia tan loable como rara en los de su profesion no habian abierto la boca, por que no se creyese que hablaba en ellos la envidia ó la emulacion, con los ojos y con los gestos dieron bastante á entender que sentian lo mismo que este caballero; por donde claramente conocí que su silencio habia sido política y no asenso á la opinion popular. Sin embargo los demas volvieron á enfrascarse en los elogios de Don Gabriel tanto que no pararon hasta colocarle en el número de los dioses. Esta fanática apotheosis y estravagante idolatría sacó fuera de sí al buen madrileño, tanto que levantando las manos al cielo esclamó con una especie de entusiasmo: ¡O divino Lope, raro y sublime ingenio, que dejaste un inmenso es-

pacio entre tí y todos los presumidos que aspiran á imitarte! y tú, dulcísimo Calderon, cuya incomparable dulzura, enteramente purgada de todo indigesto epicismo, es absolutamente inimitable; no temais, no, que vuestros altares sean profanados ocupándolos este nuevo alumno, ó por mejor decir, este niño de teta de las musas. Muy afortunado será si logra que la posteridad oiga siquiera hablar de él, y tenga alguna noticia de su nombre.

Este gracioso apóstrofe, que ninguno esperaba, hizo reir á todos, con lo cual se levantaron de la mesa y se retiraron de buen humor. A mí me condujeron al cuarto que me tenian dispuesto, donde encontré una blanda cama en que se acostó mi señoría, y me quedé dormido, compadeciéndome tanto como el caballero madrileño, de la ignorancia y mal gusto de los que hacian á Lope y á Calderon una injusticia tan clara.

CAPITULO VI.

Encuentra Gil Blas en la calle á un religioso á quien le pareció conocia; y declárase quién era.

Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior me levanté muy temprano al siguiente para acabar de recorrerla. Encontré en la calle á un cartujo, que sin duda iba á algun negocio de su comunidad. Caminaba con los

ojos bajos y con tal compostura que se llevaba la atencion de todos. Pasó cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció que veia en él á Don Rafael, aquel famoso aventurero que ocupa tan honorífico lugar en los dos primeros tomos de está historia.

Quedé tan asombrado y aturdido de aquel nunca imaginado encuentro, que en vez de abordar al monge estuve inmoble por algun espacio de tiempo, lo que dió lugar á él para alejarse de mí. ¡ Santo Dios! esclamé: ¿ se habrán visto jamas en el mundo dos caras mas parecidas? No sé lo que me piense. ¿ Creeré que es el mismo Don Rafael? ¿ pero cómo puedo creer que no lo sea? En fin me apuró tanto esta curiosidad que no me pude contener sin hacer todo lo posible para salir cuanto antes de ella. Informéme del camino de la cartuja, y partí derecho allá con esperanza de ver al tal hombre cuando se restituyese al convento, y bien resuelto á esperarle hasta que le pudiese hablar; pero no tuve necesidad de aguardarle para hallarme muy instruido de todo. Luego que llegué á la puerta del monasterio, la vista de otro semblante tan conocido para mí como el de Don Rafael me quitó toda la duda: era el padre portero aquel mismo Ambrosio Lamela, antiguo criado mio.

Fue igual la sorpresa de ambos por una y por otra parte. ¿Será esto sueño, ilusion ó realidad? dije al portero al mismo tiempo de sa-

ludarle. Si no deliro ó no sueño paréceme que estoy viendo á un antiguo amigo mio. Al principio no me conoció Lamela, ó por lo menos afectó no conocerme, pero considerando despues que era inútil la ficcion, y haciendo como que de repente volvia en sí: ¡Ah señor Gil Blas! esclamó, perdone su merced por amor de Dios, si no le conocí tan prontamente. Desde que entré en esta santa casa solamente me aplico á la observancia de lo que nos prescriben nuestras reglas, de manera que insensiblemente me fui olvidando de todo lo que habia visto en el mundo.

Verdaderamente, le respondí, que tengo gran gusto de verte con un hábito tan respetable. Y yo, señor, me replicó, tengo gran vergüenza de que me vea con él un hombre que fue testigo de mi mala vida; porque este santo hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! prosiguió arrancando un profundísimo suspiro, para ser digno de vestirle era menester haber vivido siempre como un ángel. Por tu modo de hablar y de pensar, que verdaderamente me edifica, le respondí, veo claramente que ha andado contigo la mano del Señor. Vuelvo á decirte que estoy lleno de gozo, y deseo saber el milagroso modo con que te resolviste á abrazar esta vida, asi tú como Don Rafael, pues ya no puedo dudar que fue este el ejemplar y modestísimo cartujo que poco ha encontré en una calle de la ciudad. Sentí mu-

cho no haberle detenido para hablarle, y le estoy esperando para hacerlo cuando se retire al convento.

No se engañó su merced, respondió Fr. Ambrosio, el cartujo que vió es el mismo Don Rafael, y en cuanto al suceso de nuestra vocacion, fue como se sigue. Despues que en Segorve nos separamos de V., el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de dar algun golpe de mano propio de nuestra profesion. Quiso la casualidad, ó por mejor decir, dispuso la divina Providencia que entrásemos en esta iglesia de cartujos á tiempo que estos estaban cantando en el coro. Parámonos un poco á verlos y á considerarlos, y conocimos por nuestra misma esperiencia que los malos, quieran ó no quieran, no pueden menos de respetar y venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que cantaban, de aquel aire penitente y desprendido de los placeres del mundo, y de la dulce serenidad que se dejaba ver en todos sus semblantes, indicio manifiesto de aquellas tranquilas y purísimas conciencias.

Estas reflexiones insensiblemente nos fueron introduciendo en una especie de meditacion que nos fue muy saludable. Cotejamos nuestras costumbres con las de aquellos santos religiosos, y nos llenó de inquietud y de sobresalto la diferencia que hallamos entre unas y otras. Lamela, me preguntó Don Rafael luego que salimos de la Iglesia; ¿qué efecto ha causado en tí

lo que acabas de ver? en cuanto á mí no puedo disimularte que no tengo el animo quieto y sosegado. Agítanme interiormente ciertos movimientos nunca esperimentados; y por la primera vez en mi vida yo mismo me avergüenzo y me confundo de mis maldades. En la misma disposicion, le respondí, me hallo yo : en este mismo instante se amotinan contra mí todas mis inicuas acciones; y los remordimientos que nunca he tenido me estan ahora despezando el corazon. ¡ Ah querido Ambrosio ! volvió á reponer: tú y yo somos dos ovejas descarriadas, tras las cuales anda el Divino Pastor para que se restituyan al rebaño. Él es el que nos está llamando. No nos hagamos sordos á su voz; renunciemos para siempre nuestras iniquidades, dejemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy mismo á trabajar seriamente en el importantísimo negocio de nuestra salvacion; pasemos lo que nos resta de vida en este santo convento, y consagrémoslo todo al arrepentimiento y á la penitencia.

Alabé mucho el pensamiento de Don Rafael, prosiguió diciendo Ambrosio, y entrambos tomamos la generosa resolucion de hacernos cartujos. Para ponerla por obra recurrimos al padre prior, quien luego que entendió lo que deseábamos, para probar nuestra vocacion mandó que se nos diesen dos celdas, y nos intimó que debiamos estar en ellas un año entero haciendo la misma vida que los demas monges, pe-

ro en hábito secular. Ajustámonos á las reglas con tanta exactitud y con tanta constancia, que al cabo del año fuimos recibidos novicios. Estábamos tan contentos con nuestros estado, y pasamos con tanto valor por todos los trabajos del noviciado, que á su tiempo se nos dió la profesion. Poco tiempo despues de ella, habiendo mostrado Don Rafael un talento muy particular para el manejo de negocios, le señalaron por ayudante y compañero de un padre anciano que era entonces procurador. Mas quisiera el hijo de Lucinda que le hubieran dejado emplear todo el tiempo en la oracion; pero la obediencia le obligó á que sacrificase su devota inclinacion á la necesidad que el monasterio tenia de él. Instruyóse tanto en todos los intereses y haciendas de la casa, que habiendo muerto tres años despues el procurador le hicieron sucesor suyo con general satisfaccion. Actualmente ejerce este mismo empleo tan á gusto de los padres que universalmente aplauden todos su destreza y sus aciertos en la administracion de lo temporal. Pero lo mas particular de todo es, que en medio de los cuidados y ocupaciones esteriores, que lleva de suyo la obligacion de recoger todas las rentas, parece que su pensamiento está siempre fijo en la eternidad. Lo mismo es darle los negocios algun momento de reposo que abismarse inmediatamente en altas y profundas meditaciones. En una palabra, es uno de los mas ejemplares monges del monasterio.

Interrumpí á Lamela cuando llegaba aqui con un grande ímpetu de gozo que me causó la vista de Rafael, que á este punto se dejó ver de nosotros. Hé aqui, dije, el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y sin poderme contener corrí hácia él con los brazos abiertos y le dí un estrecho abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la menor muestra de que mi vista le hubiese causado la mas mínima alteracion: sea Dios loado, señor de Santillana, me dijo con una voz llena de dulzura; Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dije, P. Rafael, yo me considero muy interesado en la dicha que les ha tocado á Vds., y me tomo en ella toda aquella parte que me es posible tomar. Fr. Ambrosio me ha contado ya toda la historia de la vocacion de ambos, y confieso que su relacion me dejó enteramente encantado. Gran ventura es la vuestra, amados amigos mios, de haberos tocado la suerte de entrar en el número de aquellas almas escogidas de Dios para gozarle por toda una eternidad.

Dos criaturas tan miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian esperar semejante felicidad; pero el dolor y verdadero arrepentimiento de sus gravísimas culpas hizo que hallasen gracia en los ojos del padre de las misericordias. ¿Y V., señor Gil Blas, añadió inmediatamente, no piensa tambien en tomar algun camino para



P. Alabern la gº

GIL BLAS.

que Dios le perdone sus pecados? ¿Qué negocios le han traido á V. á Valencia? ¿Ejercita por ventura algun empleo peligroso? No, por la misericordia de Dios, le respondí: desde que salí de la corte hago una vida cristiana y arreglada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una casa que tengo distante pocas leguas de Valencia, y otras vengo á pasar algunos dias con mi amigo el señor gobernador, á quien Vds. dos conocen perfectamente.

Con esta ocasion les conté toda la historia de Don Alfonso de Leiva, la que oyeron con grandísima atencion; y cuando les dije que de órden del mismo Don Alfonso habia ido yo en persona á restituir al mercader Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y volviéndose á Rafael, le dijo con gran viveza: en verdad, P. Hilario, que el tal mercader no tendrá razon para quejarse de un robo en que vino á ganar tanto; y por lo que toca á este punto puede estar muy sosegada nuestra conciencia. Con efecto, añadió el P. Procurador, antes que Fr. Ambrosio y yo tomásemos el hábito hicimos restituir secretamente mil y quinientos ducados á Samuel Simon por mano de un eclesiástico ejemplar, que se quiso encargar de esta restitucion pasando en persona á Chelva solo por hacerla. Peor para el desdichado mercader, si se embolsó esta cantidad despues de estar ya enteramente pagado y satisfecho por el señor de

Santillana. ¿Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, se entregaron efectivamente al mismo mercader? Seguramente, respondió Fr. Rafael: yo respondo de la integridad del tal clérigo tanto como de la mia. Y yo tambien, añadió Fr. Ambrosio, especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por dos depósitos que le cometieron, y en ambos fueron condenados en las costas sus acusadores.

Duró algun tanto nuestra conversacion, y al fin nos separamos, encargándome ellos que tuviese siempre á la vista el santo temor de Dios, y recomendándome yo en sus santas oraciones. Fuime derecho á buscar á D. Alfonso, y luego que le ví le dije: ¿á que no adivina V. S. con quienes acabo de tener ahora una larga conversacion? Con dos venerables cartujos que V. S. conoce tan bien como yo. El uno se llama Fr. Hilario, y el otro Fr. Ambrosio. Tú te engañas, Santillana, por que yo no conozco á ningun cartujo. ¿Cómo que no? le repliqué con presteza. V. S. conoció en Chelva á Fr. Ambrosio, comisario del Santo Oficio, y á Fr. Hilario, secretario de la Santa Inquisicion. ¡Cielos! ¡Qué es esto! esclamó sorprendido D. Alfonso: ¡será posible que Rafael y Lamela se hayan hecho cartujos! Sí, verdaderamente, respondí yo, y años ha que profesaron. El primero es procurador del convento, y el segundo portero de la principal; uno es dueño del caudal, y el otro de la puerta.

Quedóse suspenso por algunos momentos el hijo de D. César, y dijo despues meneando la cabeza: el señor comisario del Santo Oficio, y el señor secretario de la Santa Inquisicion harto será que no esten forjando alguna bella comedia. V. S., repuse yo, hace juicio de lo presente con alguna preocupacion por lo pasado; yo que los acabo de tratar los juzgo mas benignamente. Es verdad que los corazones no se ven, pero segun todas las apariencias, ellos fueron dos grandísimos bribones que estan sinceramente arrepentidos. Bien puede ser, respondió Don Alfonso, pues no ignoro que ha habido malvados que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes se arrepintieron y encerraron en los claustros á hacer grandes penitencias; quiera Dios que nuestros dos monges sean de estos, como vivamente lo deseo.

¿Y por qué no lo han de ser? volví yo á replicar. Ellos abrazaron libre y voluntariamente el estado monacal muchos años ha, y se portan en él con la mayor edificacion. Di todo lo que quisieres, prosiguió el gobernador, pero á mí nada me gusta que la caja del convento esté en poder del P. Hilario, de quien no acierto á poderme fiar. Cuando me acuerdo de la relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartujos. Quiero creer que haya tomado el hábito con la mas buena fe, y con la mas pura intencion del mundo, pero el

manejo del dinero y la vista del oro puede despertar la codicia. A ningun borracho que renunció el vino se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador, el portero y la caja del convento: noticia que esparcida por la ciudad dió mucho que reir y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes, y á los que hacen profesion de bufones y graciosos, los cuales siempre celebran con chocarrerías las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y á mí, nos contentamos con compadecernos de los cartujos, sin dar á entender, y mucho menos sin hacer alarde de que conociamos á los dos apóstoles fugitivos.

CAPITULO VII.

Restitúyese Gil Blas á Liria; dale Scipion una noticia de mucho gusto, y reforma su familia.

Cap. XLII

Ocho dias me detuve en Valencia gozando del gran mundo, y viviendo como los condes y los marqueses. Espectáculos, bailes, conciertos, festines y conversaciones con damas y caballeros: proporcionándome todas estas diversiones, tanto el señor gobernador como la señora gobernadora, los cuales me vieron restituirme á mi casa de Liria con poco gusto de entrambos.

Antes de partir me obligaron á darles palabra de que repartiria todo el tiempo entre ellos y mi soledad, dando á la ciudad el invierno y el verano al campo. Bajo este pacto me dejaron libertad mis bienhechores para que me fuese á gozar de sus mismos beneficios.

Scipion que deseaba con ansia mi pronta vuelta, se alegró infinito cuando me volvió á ver, doblándose su gozo con la relacion que le hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregunté, en qué te has divertido los dias de mi ausencia? ¿Has estado alegre? Todo aquello, me respondió, que lo puede estar un criado fiel á quien nada le divierte tanto como la presencia y vista de su amo. Daba largos paseos por estos nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas veces me sentaba junto al borde de la fuente que está en el bosque contemplando con gusto particular la claridad de su agua tan pura y tan cristalina como la de aquella sagrada fuente, cuyo apacible rumor se deja oir y resuena por todo el espacioso bosque de Albunea. Otras recostado al pie de un árbol, y á la sombra de su verde y pomposa copa estaba embelesado oyendo los trinados del ruiseñor, y los amorosos gorgeos del gilguero. En fin un dia me divertia en la caza y otro en la pesca, pero ninguna cosa me hacia pasar con mayor gusto las horas y los dias como la lectura de muchos libros tan divertidos como provechosos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario

preguntándole dónde habia encontrado aquellos libros. Hallélos, me respondió, en una escogida librería que hay en casa, y me la enseñó maestre Joaquin. ¿Pero en qué parte está esa librería? le volví á preguntar. ¿No registramos toda la casa el dia que llegamos? No, señor, me respondió; asi le pareció á V., ¿pero no se acuerda que solamente visitamos tres pabellones y nos olvidamos del cuarto? En él es donde Don César pasaba gran parte del dia empleándolo en la lectura. Hay en esta librería bellísimos libros, los que dejaron á V. los señores de Leiva como el recurso mas seguro contra la melancolía, y divertir el tiempo cuando despojados los jardines de flores y los árboles de sus verdes hojas no se sabe en qué ocupar las horas ni distraer el pensamiento de cuidados que nos molestan. Los señores de Leiva no saben hacer las cosas á medias. Atentos á todo no fueron menos generosos en dejar noble pasto al entendimiento, que en proporcionar á la parte animal las mayores conveniencias.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Híceme conducir al cuarto pabellon, el cual ofreció á mi vista un espectáculo muy agradable. Halléme en una cámara, que desde luego escogí para mi habitacion, como Don César la habia escogido para sí. Estaba todavía en ella el mismo lecho de aquel señor con todos los demas muebles que le acompañaban, es á saber, una tapicería con figuras, que represen-

taban el robo de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete cercado de cierta especie de armarios ó estantes muy pulidos, pero poco elevados del suelo, llenos todos de libros, y coronada su corniza con los retratos de todos nuestros reyes. Daba luz al gabinete una gran ventana, desde la cual se descubria una espaciosa y amenísima campiña. En medio del gabinete habia una bellísima mesa de escribir, cubierta con una carpeta verde. Lo que principalmente se llevó mi atencion fue la librería. Componiase de filósofos, poetas, historiadores, y gran número de comedias y novelas. Conocí que le llevaba hácia estas la principal inclinacion de Don César, en vista de la gran provision que habia hecho de aquel género. Confieso, no sin rubor, que yo no soy menos apasionado que Don César á las obras de esta última especie, á pesar de las estravagancias de que estan atestadas las mas, ya sea porque mi talento no alcanza á mas que á mirar lo que leo en grueso y por la superficie, ya sea porque los españoles somos muy indulgentes con todo lo que tiene aire de maravilloso. Con todo eso diré, para alguna justificacion mia, que mas me gustan los libros de sólida moral, pero enseñada con inventiva y con gracia, que los de Luciano, Horacio, Erasmo, y otros autores de este jaez, sin embargo de ser mis favoritos.

Amigo, dije á Scipion mientras estaba repasando los libros con los ojos: aqui sí que te-

nemos con que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar la familia. Ya le he ahorrado yo á V., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia tuve ocasion de estudiarlos á todos, y los tengo bien calados. A maestre Joaquin le juzgo un perfecto y redondeado bribon, ni tengo la menor duda en que le habrian despedido de casa del arzobispo por algunos voluntarios errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. Con todo eso me parece necesario conservarle, por dos razones; la primera porque es buen cocinero, y la segunda porque yo le tendré siempre sobre ojo, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para pegármela. Ya le he dicho que V. estaba en ánimo de despedir las tres partes de la familia, noticia que le turbó y le inquietó mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á V., se contentaria con la mitad del salario y demas gages que goza al presente, solo por no salir de casa; generosidad y amor poco acostumbrado en esta casta de gentes, y por lo mismo me ha dado sospechas que tiene algun trapillo en la aldea que le tira y le embelesa de manera que siente mucho alejarse de él. Por lo que toca á su ayudante de cocina, este es un solemnísimo borracho, y el portero un hombre bestial, que para nada nos es necesario, como tampoco el cazador. El oficio de este le podré yo ejercer muy bien, como

se lo haré ver á V. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municion. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el aragonés. Quedarémonos con este y despedirémos á los demas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber deliberado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el marmiton ó pillo de cocina y el aragonés, despidiendo honradamente y con buen modo á todos los demas. Asi se ejecutó en aquel mismo dia, regalándoles Scipion á nombre mio, ademas de su salario, con algunos pesos duros que el secretario sacó de la caja. Hecha esta reforma emprendimos establecer cierto sistema en casa, arreglando las funciones y ministerios que correspondian á cada criado, y comenzando desde entonces á vivir y mantenernos á nuestra costa. Bien quisiera yo que nuestra mesa, sin tocar en mezquina ni indecente, fuese parca, frugal y modesta; pero mi secretario que estaba ya acostumbrado á comer buenos bocados, y á platos delicados y esquisitos, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad de maestre Joaquin. Asi, pues, tenia cuidado de que á menudo la ejercitase, de manera que, por lo comun, si no comiamos como unos duques, á lo menos comiamos como unos bernardos.

CAPITULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.

Dos dias despues que volví de Valencia á Liria, al mismo tiempo que me estaba vistiendo, entró en mi cuarto el labrador que tenia arrendada mi hacienda, y me pidió licencia para presentarme á su hija Antonia, que decia él deseaba mucho besar la mano y conocer á su nuevo amo y señor. Habiéndole respondido que en eso me daria mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar, conduciendo consigo á la hermosa Antonia. Paréceme que debo dar este epiteto á una niña de diez y seis á diez y ocho años, que ademas de unas facciones muy proporcionadas tenia un cútis y un color lindísimo y delicado, y los ojos mas bellos y centellantes del mundo. Estaba vestida de humilde sarga; pero su garboso y delicado talle, su aire magestuoso, y todas aquellas gracias que acompañan á la mas florida juventud, daban un realce muy particular á lo modesto desu trage. No traia cofia alguna en la cabeza; solamente tenia los cabellos trenzados en figura de rodete, cubierto de varias flores, á manera de las antiguas mugeres de Lacedemonia.

Cuando la ví entrar en mi cuarto quedé tan sorprendido de su hermosura como los paladinos de Carlo Magno á la primera vista de la

divina Angélica. En vez de recibirla con festivo desembarazo, y decirla cuatro cariñosas y lisongeras ternuras, en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y tan agraciada hija, me hallé cortado y poco menos que mudo, sin acertar á pronunciar ni una sola palabra. Scipion, que conoció mi turbacion tomó la voz por mí é hizo el gasto de los elogios que yo habia de haber dado á tan amable persona. Por lo que toca á la doncellita, sin mostrar la menor estrañeza por verme en bata y con gorro de dormir, me saludó con modestísimo despejo, haciéndome un cumplimiento que me acabó de encantar, no obstante haber sido de los mas comunes. Durante este tiempo, mientras Scipion, Basilio y Antonia se estaban haciendo tambien recíprocos cumplimientos, yo volví en mí de aquella especie de enagenacion y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado en toda ella, pasé de un estremo á otro, derramándome tanto y con tanta vivacidad en discursos amorosos y galantes, que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en ejecucion todo cuanto la pasion le podia sugerir para engañar á la bella Antonia, procuró sacarla cuanto antes de mi cuarto, resuelto quizá á disponer las cosas de manera que jamas la volviesen á ver mis ojos.

Asi que Scipion se vió á solas conmigo, me dijo sonriéndose: ya tiene V. otro recurso

contra el tedio de la soledad. No sabia yo que el arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví aunque estuve dos veces en su casa. Sin duda que debe poner gran cuidado en tenerla bien guardada, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso. Esto no era necesario decírselo á V., porque veo que ya está hambriento de él. No te lo niego, respondí. ¡Ah! mi querido Scpion, que me parece haber visto en aquella criatura una sustancia de los cielos. Dejóme abrasado en amor. Es mas tardo el rayo en herir que el dardo que atravesó mi corazon.

Gran gusto me da V., replicó mi secretario, en confesarme que está enamorado. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba mas. Ahora sí que tiene V. todo lo que ha menester. Sé que nos costará un poco de trabajo engañar la vigilancia de Basilio; pero este será negocio mio, y espero hacer que antes de tres dias logre V. una secreta conferencia con Antonia. Señor Scipion, le respondí, quizá no podria V. cumplir esa palabra; pero esto es puntualmente de lo que no quiero hacer esperiencia, porque no tengo la curiosidad de esponerme á semejante prueba. Estoy muy lejos de querer tentar la virtud de la inocente doncella, y son muy diferentes los pensamientos que me merece su honor. Y asi lejos de pedir me asistas y ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu zelo en fa-

cilitar que me case con ella, con tal que su corazon no esté ya prevenido á favor de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que V. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los señores de esta aldea, si se hallasen en el mismo caso de V., procederian con tanta honradez y cristiandad, antes bien solo pensarian en Antonia por medios tan nobles y legítimos, cuando la esperiencia les hubiera enseñado que no la podian conseguir por otros mas viles y bastardos. Por lo demas, añadió, no crea V. que desapruebo su amor, ni que digo esto por disuadirle su intento. Por el contrario confieso que la hija de Basilio es muy benemérita del honor que V. la quiere hacer, con tal que pueda presentar las primicias de un corazon intacto y agradecido. Esto es lo que hoy mismo espero saber mediante la conversacion que pienso tener con su padre, y acaso tambien con ella misma.

Mi confidente era un hombre muy exacto en cumplir lo que prometia. Pasó á verse secretamente con Basilio, y aquella propia noche vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando con impaciencia y temor. Observé que volvia muy alegre, y desde luego pronostiqué que me traia buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña cara, le dije, vienes á anunciarme que presto me veré en el colmo de mis felicidades. Asi es, me respondió, amado señor y dueño mio. Hablé á Basilio y á su hija, declarándolos

el ánimo de V. El padre salia fuera de sí con el gozo cuando entendió que V. deseaba ser su yerno, y de la hija puedo asegurar que la persona de V. la ha gustado mucho. ¡Oh cielo! le interrumpí. ¡Con qué he tenido la dicha de parecer bien á tan amable y adorable criatura! No lo dude V., me respondió, y esto no lo digo porque yo lo hubiese oido de su boca, sino porque asi me lo hizo conocer la grande alegría que mostró sin poderla disimular, cuando oyó cuál era vuestro intento. Pero en medio de todo esto no puedo ni debo callar que tiene V. un gran competidor. ¡Un gran competidor! esclamé yo, ya enteramente turbado. Sí señor, me respondió, un gran competidor, pero tal que no hay peligro de que le robe á V. el corazon de su dama. El tal es maestre Joaquin, nuestro insigne cocinero. ¡Ah bribon! dije entonces soltando una gran carcajada. Hé aqui la verdadera razon por que le dolia tanto el dejar mi servicio. Precisamente por eso, añadió Scipion. Con efecto los dias pasados la pidió á su padre, y este con mucha cortesía, y con no menor agradecimiento, absolutamente se la negó. Salvo tu parecer, repliqué yo, soy de sentir que nos deshagamos de este pícaro antes que llegue á entender que quiero casarme con la hija de Basilio; un cocinero, como no ignoras, es un rival muy peligroso. Tiene V. razon, me respondió: conviene por precaucion purgar nuestra familia; mañana muy tem-

prano le despediré antes que comience á disponer la comida, para que nada tenga V. que temer de sus guisados y de sus cocidos, de sus salsas ni de su amor. Es verdad, continuó Scipion, que no deja de dolerme el perder tan sazonado cocinero; ¿pero qué importa? debo sacrificar mi golosina á la seguridad de V. No hay que sentir tanto su pérdida porque no es irreparable, repuse yo; presto haré venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto escribí inmediatamente á D. Alfonso que tenia necesidad de un cocinero, y al dia siguiente me envió uno con el cual quedó muy consolado Scipion.

Aunque me habia asegurado el zeloso secretario que segun lo que él habia conocido Antonia allá en su interior se habia alegrado mucho de la conquista que habia hecho, no me fié del todo de su relacion, temiendo que le pudiesen haber engañado falsas apariencias. Para mayor seguridad determiné certificarme por mí mismo y hablarla derechamente á ella. Fuime, pues, á casa de Basilio, y confirméle cuanto le habia dicho mi embajador. El buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme oido, me dijo que desde luego me concedia á su hija con sumo gusto y con indecible satisfaccion; pero no piense V. S., añadió, que se la doy porque es señor de este lugar. Aunque no fuera mas que mayordomo de los señores Don César y Don Alfonso, siempre le

preferiria á todos los amantes y pretendientes de Antonia, porque siempre he sentido en mí una grande inclinacion á su persona; lo único que me disgusta es que mi pobre hija no tenga una gruesa dote que ofrecerle. Ninguna dote pretendo, le respondí, su persona es lo único que deseo y todo el bien á que aspiro. Humildísimo servidor de V. S., me replicó él con estraña viveza, eso es lo que á mí no me tiene cuenta; no soy algun capa rota, ni algun piojoso que quiera casar asi á mi hija. Basilio de Bontrigo, por la misericordia de Dios, tiene con que dotarla, segun su humilde pero limpia calidad. Si V. la da de comer, quiero que ella le lleve algo para cenar. En una palabra las rentas de mi lugar no esceden de quinientos ducados; yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

Pasaré por todo lo que quisieres, amigo Basilio, le respondí; y está seguro de que por materia de intereses nunca reñirémos. Asi que tú y yo estamos ya de acuerdo, ahora solo falta el consentimiento de tu hija. ¿Qué llama, me dijo, el consentimiento de mi hija? V. tiene ya el mio y este le basta. No basta tal, le repliqué; tan necesario por lo menos es el suyo como el vuestro. El suyo depende del mio, repuso él, y me alegraria ver como la rapaza se atreviera á chistar contra lo que yo quiero. Antonia, le dije, sin duda estará pronta á obedecer á su padre ciegamente, mas no sé si en

esta ocasion lo haria con repugnancia, y por poca que tuviese viviria yo siempre inconsolable, considerándome causa de su desgracia: en fin no me basta que me dé su mano si gime su corazon. ¡Qué diantre! esclamó Basilio. Yo no entiendo palabra de esos tiquis miquis, ni de esas filosofías. Hable V. con Antonia, y verá, si no me engaño mucho, que hoy ninguna cosa desea tanto en este mundo como verse cuanto antes su muger. Diciendo esto llamó á su hija y se retiró dejándome un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes fui desde luego en derechura al asunto. Bellísima Antonia, la dije, decide de mi suerte infeliz ó afortunada. Aun que tengo ya el consentimiento de tu padre no creas que yo me valga de él para violentar tu gusto. Confieso que tu posesion seria toda mi dicha, pero desde luego la renuncio si solamente la he de deber á tu filial obediencia. Eso es, señor, respondió ella con cierto rubor, lo que nunca os diré, ni podré decir. Vuestra eleccion es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena, y en vez de sentir el consentimiento de mi padre lo celebro sinceramente. (No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros de esta manera; solo sé que si no me hubierais agradado tendria resolucion para decíroslo francamente: ¿pues qué razon habrá para que no pueda deciros libremente lo contrario?)

Al oir estas palabras, que no pude escuchar sin quedar encantado, hinqué una rodilla en tierra, y tomándola una mano se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia, la dije, me hechiza tu franqueza: prosigue hablándome siempre con la misma; estás hablando con tu esposo, y asi pon de par en par á sus ojos toda el alma. ¿Con qué puedo lisongearme de que tú unirás con gusto á la mia tu fortuna?.... En este punto entró Basilio, y no pude proseguir. Impaciente de saber lo que su hija me habia respondido, y muy dispuesto á reñirla si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona, volvió prontamente á buscarme. ¿Y bien, me dijo: está V. contento de Antonia? Estoilo tanto, le respondí, que desde este mismo punto voy á ordenar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar cuanto antes nuestro matrimonio. Diciendo esto dejé al padre y á la hija para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.



P. Alabern g.

GIL BLAS.



CAPITULO IX. Cap. XLIII

Boda de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; personas que asistieron á ella, y fiestas con que se celebró.

Aunque á la verdad no necesitaba yo la licencia de los señores de Leiva para casarme, todavía juzgamos Scipion y yo que no podia menos, sin faltar á la gratitud y á la buena crianza, de comunicarles mi intento y pedirles su permiso para ponerle en ejecucion.

Partí, pues, á Valencia, donde todos quedaron sorprendidos cuando me vieron, y mucho mas cuando supieron el motivo de un viage tan inesperado. Don César y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto mas de una vez, me dieron mil enhorabuenas y celebraron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobre todo Don Alfonso me hizo un cumplimiento tan espresivo, que á no estar yo tan persuadido á que aquel señor muchos años ha habia dejado del todo sus juveniles devaneos, quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria menos por ver su hacienda que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte despues de haberme asegurado de cuanto se interesaba en mis gustos, me dijo que siempre habia oido alabar mucho y decir grandes bienes de Antoñita; añadiendo no obstante un repulgo algo malicioso, como para zaherirme un

poco sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de la pobre Lorenza Séfora: pero la verdad es, me dijo, que aunque no me hubieran alabado tanto la hermosura y demas prendas de Antonia, siempre me hubiera fiado de tu buen gusto, porque sé lo fino y delicado que es en esta materia.

No se contentaron Don César y su hijo con aprobar mi matrimonio: quisieron ademas de eso que los gastos en la celebracion de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve, me dijeron, á tomar el camino de Liria, está tranquilo, y no pienses en nada hasta tener noticia de nosotros. No hay que dar disposiciones para festejar la boda, que ese cuidado será nuestro. Por conformarme con el gusto de aquellos señores dí luego la vuelta á mi palacio. Comuniqué á Basilio y á su hija lo que pensaban hacer aquellos nuestros protectores, y todos estuvimos esperando con paciencia la noticia que nos prometieron dar de sus personas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias, pero al cabo vimos venir un coche de seis mulas con cuatro sastres dentro que traian varias piezas de telas de seda á cual de mas fino gusto para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados tambien en mulas. Uno de estos me entregó carta de Don Alfonso, en que me decia que al dia siguiente vendria á Liria con su padre y con su esposa, juntamente con el provisor del arzobispo que habia de hacer

de párroco en la ceremonia del matrimonio. Con efecto al dia siguiente llegaron á Liria D. César y su hijo, Serafina y el provisor, todos cuatro en un coche con seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venian las criadas de la gobernadora, y tras los dos coches la guardia del gobernador.

Luego qne se apeó la gobernadora mostró vivos deséos de ver á la novia, la cual por su parte inmediatamente que supo el arribo de aquella señora acudió á cumplimentarla y á besarla la mano, lo que ejecutó con tanta gracia que todos los presentes quedaron admirados. Y bien, Serafina, preguntó Don César á su nuera? qué os parece de esta niña? ¿No ha tenido buen gusto Santillana? No le podia tener mejor, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que será un matrimonio muy feliz. En fin todos se esmeraron en dar elogios á mi futura; y si ésta les pareció bien con un vestido de sarga, quedaron encantados cuando la vieron despues con una rica gala, la cual la caia tan bien, y ademas se manejaba con tanto garbo y despejo, que parecia no haber usado en su vida otras telas ni otro trage.

Llegada la hora en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte y nuestras voluntades, Don Alfonso me tomó por la mano para conducirme al altar, y Serafina hizo á Antonia el mismo agasajo. En esta conformidad pasamos á la iglesia ó capilla de la

aldea, donde nos estaba esperando el provisor, para darnos la bendicion nupcial; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los labradores del lugar, y de otros muchos del contorno que habian concurrido convidados por Basilio, los cuales todos habian traido consigo á sus hijas adornadas con cintas y coronadas de flores, armada cada una con su panderillo y sonajas, para contribuir por su parte al regocijo, haciendo mas alegre y bulliciosa la solemnidad. Concluida esta ceremonia volvímos á casa, donde Scipion, director del festin, tenia prevenidas tres mesas, una para los señores, otra para los de su comitiva, y la tercera mas grande que las otras dos para todos los demas convidados. Antonia se sentó en el mejor lugar de la primera, porque asi lo quiso absolutamente la gobernadora, yo hice los honores de la segunda, y Basilio representó el mismo papel en la tercera, destinada para los labradores. Scipion á ninguna se sentó, quedándose en pie para acudir á todas partes y dar sus órdenes á fin de que las mesas fuesen bien servidas.

Los cocineros del gobernador habian dispuesto la comida. Con esto está dicho que nada habia que echar menos en ella. Luciéronlo los escelentes vinos de que maestre Joaquin habia hecho abundante provision para mi mesa; y comenzando á calentarse los convidados, reinaba en todos la alegría, cuando la turbó un incidente que á todos nos sobresaltó. Mi secre-

tario, que estaba en la sala donde yo comia, acompañando y cortejando á los principales criados y criadas de Serafina, cayó desmayado en tierra perdiendo todo conocimiento y el uso de sus sentidos. Levantéme prontamente para socorrerle, y mientras estaba practicando las diligencias para hacerle volver en sí, ví que una dama de la gobernadora se habia desmayado tambien. Todos nos persuadimos á que aquel recíproco desmayo encerraba algun misterio, como era asi con efecto, y el misterio tardó poco en declararse: porque volviendo Scipion en sí despues de breve tiempo, me dijo en voz baja: ¡por fuerza el dia mas alegre para V. habia de ser para mí el mas desgraciado y funesto! Ninguno, añadió, puede evitar su desgracia. Sepa V. que acabo de encontrar á mi muger en una de las criadas de la señora gobernadora.

¿Qué es lo que me dices? esclamé yo. ¿Es posible que seas marido de aquella muger que se desmayó al mismo tiempo que tú? Sí señor, me respondió: soy su desdichado marido, y aseguro á V. que no podia jugarme la fortuna pieza mas villana ni mas dolorosa para mí que volvérmela á poner delante de mis ojos. Querido Scipion, le repliqué, sea el que fuere el motivo que haya dado tu muger para haber sentido tanto su encuentro, acuérdate de tu capacidad y de tu prudencia; si me amas te ruego y te suplico que por ahora disimules y no nos

turbes la fiesta. Señor, repuso él, espero que V. quedará contento de mí; ahora verá si sé vencerme y disimular.

Apenas dijo estas palabras, cuando corrió exhalado á donde estaba su muger en brazos de sus compañeras, que ya tambien la habian hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura como si efectivamente hubiera sido su desmayo efecto del grandísimo y no esperado gozo de verla: ¡ah querida Beatriz, esclamó, con que en fin el cielo piadoso nos ha vuelto á juntar despues de diez años de separacion! ¡Oh qué momento tan afortunado para mi amante y afligido corazon! Yo no sé, respondió ella, si tú has tenido tanto gozo como me dices por nuestro impensado encuentro; lo que sé es que yo jamas te dí el mas mínimo motivo para que me hubieses abandonado. Encontrásteme, es verdad, una noche con el señor Don Fernando de Leiva que estaba enamorado de mi ama Doña Julia, como esta lo estaba de él: servia yo, no lo niego, á la honesta y legítima pasion de aquella señorita, pero á tí se te antojó que yo estaba dando conversacion á Don Fernando á costa de tu honor no menos que del mio. Sin mas ni mas se te metieron en la cabeza unos rabiosos zelos, te escapaste de Toledo, huiste de mí como de un monstruo, y ni siquiera te dignaste hacerme algun cargo, ni decirme una palabra para que yo te iluminase y diese alguna satisfaccion. En vista de esto ¿quién deberá estar que-

joso de quién? ¿Tú de mí, ó yo de tí? Tú de mí, la respondió prontamente Scipion. Asi es, replicó ella, y prosiguió diciendo: Don Fernando despues que tú partiste de Toledo se casó con Doña Julia, con quien estuve todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte anticipada nos la arrebató, mi señora Doña Serafina me recibió en su servicio, en el cual me he mantenido hasta ahora. Esta señora y mis compañeras te podrán informar del modo con que he vivido.

No tuvo que replicar mi secretario á este discurso, que no podia convencer de falso, y asi desde entonces pasó á ser realidad el disimulo con que afectaba estar lleno de gozo por verse restituido á la union con su muger. Reconozco mi falta, la dijo, confieso mi precipitacion, y te pido mil perdones á vista de todo este noble y honradísimo concurso. Entonces comencé yo á interceder con Beatriz por su marido, rogándola que olvidase todo lo pasado, y asegurándola que Scipion en lo por venir solo pensaria en darla toda satisfaccion y todos los gustos posibles. Rindióse á mi súplica; y todos los presentes celebraron con el mayor regocijo la reunion de aquellos dos casados. Hiciéronlos sentar en la mesa el uno junto al otro, resonaban á porfía los brindis por la salud de entrambos: y en fin fue tal la bulla y el alborozo, que el festin mas parecia haberse hecho para celebrar aquel encuentro que para festejar mi boda.

La tercera mesa fue la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los labradores mozos y solteros para dar principio á varios bailes con las agraciadas mozas de su clase al son de sus panderos y sonajas, á cuyo ruido todos los de las otras dos mesas tardaron poco en seguir tambien su ejemplo. Los oficiales del gobernador bailaron con las doncellas de la gobernadora, y hasta los mismos señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina, y Don César otra con Antonia, la cual vino despues á buscarme á mí para que bailase con ella, y cierto que no lo hizo mal para quien solo habia tenido algunos principios de baile en casa de un pariente suyo vecino de Albarracin. Yo, que, como dejo ya dicho, habia aprendido la escuela de danzar en casa de la marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarin. Beatriz y Scipion en vez de bailar quisieron mas retirarse á discurrir entre los dos para darse recíproca cuenta de todo lo sucedido despues que se habian separado; pero Serafina interrumpió su conversacion, porque informada por menor de las paces que habian hecho, hizo que los llamasen á su cuarto para manifestarles lo mucho que se alegraba. Hijos mios, les dijo, no puedo esplicaros el gozo que siente mi corazon viéndoos ya felizmente restituidos el uno al otro. Amigo Scipion, ahi te entrego á tu esposa, protestándote que su conducta en mi casa ha sido

verdaderamente irreprensible: vive con ella en casto amor y en perfecta inteligencia. Y tú, Beatriz, ama y sirve á Antonia con la misma fidelidad, pasion y lealtad con que Scipion sirve al señor Santillana. Scipion que ya miraba á su muger como otra fidelísima Penélope, prometió que en adelante la respetaria y la trataria con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse á sus casas los labradores y labradoras, despues de haber estado bailando toda la tarde; pero los señores prosiguieron la fiesta parte de la noche. Sirvióse una magnífica cena, y cuando se trató de irse todos á recoger, el provisor bendijo el lecho nupcial. Serafina desnudó á la novia, y los señores de Leiva me hicieron á mí la misma honra. Lo mas gracioso de todo fue que los oficiales del gobernador y las criadas de la gobernadora quisieron hacer la misma ceremonia con los dos consortes recientemente reconocidos y reconciliados. En efecto, desnudaron á Beatriz y á Scipion, los cuales para hacer mas cómica la escena gravemente se dejaron desnudar y meter en la cama.

CAPITULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion.

El dia siguiente de mi boda los señores de Leiva se volvieron á Valencia despues de haberme dado mil nuevas pruebas de su buen afecto y amor, de manera que mi secretario y yo nos quedamos solos con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro de ganar el corazon y cariño de nuestras mugeres no fue inútil; en pocos dias inspiré yo á la mia todo el vehemente amor que la tenia, y en breve tiempo hizo Scipion olvidar enteramente á la suya todos los disgustos que la habia causado. Beatriz, que era de genio alegre y despejado, sin costarla mucho se hizo dueña de todo el amor y de toda la confianza de su nueva ama. En fin todos cuatro estábamos admirablemente acordes, y comenzábamos á gozar una vida verdaderamente envidiable. Pasábamos unos dias inocentes y gustosamente divertidos. Antonia era un poco seria, pero Beatriz y yo siempre estábamos de buen humor, y cuando no lo estuviéramos bastaria Scipion para desterrar toda melancolía, porque no se puede negar que era un hombre incomparable para la sociedad y para mantener siempre viva y festiva la mas numerosa compañía.

Un dia que despues de comer nos vino gana de ir á dormir la siesta al sitio mas sombrío y apacible del bosque, Scipion que estaba estraordinariamente alegre y divertido, nos quitó á todos el sueño con sus festivos discursos y graciosos ofrecimientos. Calla esa boca, le dije entre risueño y dormido, ó si quieres que no durmamos cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Con mucho gusto, señor, me respondió prontamente. ¿Quieren Vds. que les cuente la historia del rey D. Pelayo? De mejor gana oiria yo la tuya, le repliqué, pero este gusto nunca me le has querido dar desde que nos conocemos, ni espero que jamas me le dés. ¿No me dirás en qué ha consistido esto? Sí señor, yo se lo diré clarito á su merced. Ha consistido en que su merced jamas me ha mostrado el mas mínimo deseo de oirla, pues por lo demas al menor asomo de curiosidad que yo le hubiera observado estaria ya harto de saberla, porque no tengo otro mayor deseo que el de darle gusto en todo, y éteme aqui pronto á contentarle en este punto. Cogímosle la palabra Antonia, Beatriz y yo, y nos dispusimos á escuchar su relacion, la cual no podia menos de causar un buen efecto, ya fuese divirtiéndonos, ya haciéndonos dormir.

Yo, comenzó á decir Scipion, seria ciertamente hijo de un grande de España de primera clase, ó á mal dar y cuando menos de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara,

si esto hubiera dependido de mí, pero como ninguno escoge á sus padres, el mio fue un tal Toribio Scipion, honrado alguacil de la Santa hermandad. Como este andaba casi siempre por caminos reales, segun la obligacion de su empleo, un dia encontró no lejos de Toledo á una gitanilla moza, agraciada y bien parecida. ¿Dónde vas, hija? la preguntó, endulzando cuanto pudo la voz, que de suyo era áspera, bronca y disonante. Señor, respondió ella, voy á Toledo, donde de una manera ó de otra espero ganar mi vida viviendo honradamente. Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que tu arco hará sonar mas de una cuerda. Sí señor, respondió la gitanilla: gracias á Dios que me ha dado habilidad para varias cosas: sé hacer pomadas, y destilar quintas esencias muy útiles para las damas; sé decir la buena ventura, sé el modo de hacer que se encuentren las cosas antes que se pierdan; y sé mostrar todo cuanto se quiera ver en un cristal ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una doncella de tanta habilidad y de aquellos talentos era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo ademas le daba para comer, sin embargo de ejercitarle con la mayor exactitud, la propuso si queria ser su esposa. Inmediatamente aceptó la niña la proposicion; siguieron juntos el camino hasta Toledo, donde se casaron *in facie Ecclesiæ*, y ahora estan Vds. viendo con sus propios ojos el bello fru-

to de tan noble matrimonio. Tomaron casa en un arrabal, donde mi madre comenzó á vender sus pomadas y sus quintas esencias, pero viendo que se ganaba poco en aquel trato, abrió tienda de adivina. Entonces fue cuando se vieron llover en aquella casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de uno y otro sexo esparcieron muy presto por toda la ciudad la fama de la Cosculina, que asi se llamaba la gitana. Apenas se evacuaba la casa de los que venian á implorar su ministerio; ya era un sobrino pobre, único heredero de un tio muy rico, que deseaba saber para su consuelo cuándo partiria el tio de este mundo; ya era una doncella á quien galanteaba un jóven caballero con palabra de matrimonio, deseosísima de asegurarse si cumpliria su palabra.

Persuádome á que Vds. darán por supuesto que las respuestas de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes las hacia, y cuando alguna vez no correspondia el suceso echaba la culpa al diablo, que burlándose de los exorcismos con que le conjuraba para que le revelase lo futuro, se divertia en engañarla.

Era mi madre de parecer que seria muy conveniente, por honor del oficio, hacer visible al diablo algunas veces cuando maniobraba en sus mágicas operaciones. Entonces hacia mi padre el papel del diablo, y lo hacia perfectamente, porque la aspereza y la disonancia de su voz, juntamente con la enorme fealdad de

su monstruosa cara, decian admirablemente bien con el original que representaba. Poca credulidad era menester para tenerle por tal en vista de su figura. Pero un dia cierto capitan igualmente bárbaro que crédulo quiso ver al diablo, y lleno de espanto y furor le pasó de parte á parte con la espada. Informado el Santo Oficio de la muerte del diablo, despachó á un ministro contra Cosculina, á quien prendió, embargándose al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí que á la sazon solo tenia siete años me metieron en la casa de los niños huérfanos. Habia en ella ciertos clérigos que mediante un buen salario cuidaban de su crianza, con obligacion de enseñarlos á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho y me distinguieron entre los demas, escogiéndome para que les sirviese en las cosas que se les ofrecian. Era el portador de sus cartas y papeles, hacia sus recados y les ayudaba á misa. Agradecidos á mis pequeños servicios quisieron tambien enseñarme la gramática y con ella la buena latinidad; pero tomaron esto con tanto empeño, y me trataban con tanto rigor, que un dia en que me enviaron á un recado cogí las de villadiego, y en vez de volver al hospital de los huérfanos me escapé de Toledo por la puerta de Sevilla.

Aunque á la sazon solo tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento viéndome en libertad, y dueño de mis acciones. Ha-

llábame sin pan y sin dinero, pero nada me importaba porque tampoco tenia lecciones que estudiar ni temas que componer. Cuando hube caminado dos horas comenzaron mis pobres piernecitas á darme á entender que ya no me podian servir. A la verdad nunca habian hecho viage tan largo, y me ví precisado á pararme un poco para descansar. Sentéme al pie de un árbol que estaba á orillas del camino, y para divertirme saqué el arte de Nebrija que tenia en el bolsillo. Comencé á hojearle por entretenimiento, y acordándome de las palmadas y de los azotes que me habia hecho llevar le hice pedazos, diciéndole con cólera: ¡ah maldito libro! ya no me harás derramar mas lágrimas. Arrojéle al suelo, pateéle, y cuando estaba sembrando la tierra de declinaciones y conjugaciones, pasó por alli un ermitaño con una gran barba blanca, montados en la nariz unos venerables anteojazos, y en fin de una traza venerable. Acercóse á mí, miróme atentamente, y yo tambien le estuve mirando con grande atencion. Querido mio, me dijo, paréceme que los dos nos hemos mirado con amor y con ternura, y que no nos avendriamos mal viviendo juntos en mi ermita, que no dista doscientos pasos de aqui. Buen provecho le haga á V. su ermita, le respondí secamente, que yo no tengo gana de meterme á ermitaño. Dió una carcajada el buen viejo cuando me oyó esta respuesta, y sin desistir de su intento aña-

dió: no te espante ni te acobarde, hijo mio, el hábito en que me ves; si es áspero y poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues que me ha hecho dueño de un deliciosísimo retiro y de varios lugarcitos circunvecinos, cuyos habitadores no ya me aman, me idolatran. Vente conmigo y te vestiré un hábito semejante al mio. Si te hallares bien entrarás á la parte en las grandes conveniencias que disfruto en esta vida que hago. Si no te acomodares á ella, serás dueño de retirarte y dejarla siempre que te dé la gana, dándote yo palabra, como te la doy, de que en caso de separarte de mí no dejaré de darte algo, y de hacerte todo el bien que pueda.

Dejéme persuadir y seguí al viejo ermitaño, el cual me hizo en el camino varias preguntas, á las cuales respondí con una inocencia y un candor que no siempre usé despues. Luego que llegamos á la ermita me presentó un poco de fruta que devoré en un instante, porque en todo el dia no habia comido mas que un zoquetillo de pan con que me habia desayunado en el hospital por la mañana. Cuando el solitario me vió menear las mandíbulas con tanto garbo: ánimo, hijo mio, me dijo, no dejes de comer por miedo de que se acabe la fruta, pues gracias al cielo hay en la ermita muy buena provision de ella. Sábete que no te he traido aqui para que te mueras de hambre. Era esto tanta verdad que una hora despues de

nuestro arribo encendió lumbre y puso á asar un pedazo de carnero para hacer una gran cazuela de gigote, y mientras yo revolvia el asador él dispuso la mesa, cubriéndola con un mantel no muy limpio y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazon le sacó del asador, picóle, metióle en una cazuela, púsole un poco á hervir, y nos sentamos á comer, pero nuestra comida no fue como la de las ovejas, porque bebimos un escelente vino, del cual tenia tambien el penitente ermitaño su provision mas que decente. Y bien, muchacho, me dijo luego que nos levantamos de la mesa, esta es mi comida ordinaria: ¿estás contento de ella? Siempre comerás asi mientras estuvieres conmigo; por lo demas harás lo que mejor te pareciere. Yo solo quiero de tí que me acompañes cuando vaya á la cuesta á los lugares vecinos; llevarás de la rienda ó del cabestro un borriquillo cargado con dos buenas alforjas, que los devotos labradores me hacen la caridad de llenar ordinariamente de pan, huevos, carne y pescado: esto es lo único en que te ocuparé. Padre, le respondí, estoy pronto á hacer todo lo que su reverencia me mande, salvo que me quiera obligar á estudiar latin. No pudo menos de reirse de mi graciosa sencillez el hermano Crisóstomo, que asi se llamaba el ermitaño, y desde luego me aseguró que nunca violentaria mi inclinacion.

Al dia siguiente salimos á nuestra cuesta llevando yo mi borrico por el cabestro; cogimos buenas y copiosas limosnas, porque cada labrador hacia punto de echar alguna cosa en las alforjas. Este daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino, quien una perdiz, y quien una gallina. En suma llevamos á la ermita víveres para regalarnos bien por mas de una semana: buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellos aldeanos. Verdad es que este tambien los servia mucho; dábales buenos consejos cuando le venian á consultar, componia sus diferencias, pacificaba las familias, les daba remedios para muchos males, y enseñaba varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven Vds. por lo que acabo de referir que estaba muy contento y bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre un jergon de paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el cual duraba desde que me metia en la cama muy temprano, hasta muy entrado el dia siguiente. Quiso el hermano Crisóstomo que yo tambien me vistiese de ermitaño, y con efecto él mismo me hizo un habitico nuevo deshaciendo uno viejo suyo, y comenzó á llamarme el ermitaño Scipion. Cuando me vieron en las aldeas vecinas con aquel nuevo tra-

ge, caí á todos tan en gracia que visiblemente se doblaba la limosna en las alforjas, tanto que el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se venian tras de mí, y todos á porfía se esmeraban en dar á cual mas al hermano Scipioncito.

A un muchacho de mi edad no podia menos de gustarle mucho aquella vida ociosa y regalona, que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño; y es bien cierto que la hubiera siempre continuado si en la rueca de las Parcas no se me hubieran hilado otros dias muy diferentes; pero mi fatal destino me obligó á dejar la dulce compañía del hermano Crisóstomo de la manera que voy á referir.

Muchas veces habia visto al viejo que estaba trabajando en la almohada que le servia de cabecera sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un dia que metia en ella algun dinero, lo que me escitó una grandísima curiosidad, y determiné salir de ella en el primer viage que el hermano Crisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez cada semana. Aguardé con impaciencia este dia, que finalmente llegó, sin tener por entonces otro fin que precisamente el de contentar mi curiosidad. Partió el buen hombre, y yo inmediatamente descosí la almohada, dentro de cuya lana encontré como hasta unos cincuenta escudos en toda especie de monedas.

Verisímilmente este tesoro seria efecto del

agradecimiento de los labradores á quienes habian curado sus remedios, y de las labradoras á quienes habia alcanzado hijos con sus oraciones. Mas sea lo que fuere, apenas ví aquel dinero, y en ocasion en que impunemente me le podia apropiar, cuando la sangre gitana hizo su oficio. Vínome una gana de robarle tan poderosa y tan vehemente, que no pude menos que atribuirla á la sangre que corria por mis venas. Cedí sin resistencia á la tentacion, agarré el dinero, metíle en una bolsa de cuero, y despues de haberme desnudado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestidico de huérfano, me alejé de la ermita pareciéndome que llevaba en la bolsa todas las riquezas de las Indias.

Este fue mi primer golpe de ensayo, prosiguió Scipion, y sin duda que en vista de él solo esperarán Vds. la relacion de otros muchos semejantes y de la misma especie. No engañaré sus esperanzas, porque en realidad todavía tengo que contarles otras gloriosas hazañas muy parecidas á aquella, antes de llegar á mis acciones loables; pero al fin llegarémos allá, y entonces verán que de un gran bribon, con la gracia del señor, se puede muy bien hacer un hombre de bien y muy honrado.

Sin embargo de mis pocos años no fui tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me espondria á encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera queri-

do volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galves, donde me entré en un meson cuya mesonera era una viuda como de cuarenta años con todos los requisitos que son menester para saber vender bien sus ahujetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del hospital de los huérfanos, me preguntó quién era y á dónde iba. Respondíla que habiendo perdido á mi padre y á mi madre buscaba conveniencia. ¿Y dime, hijo, me volvió á preguntar, sabes leer? Sí señora, respondí, sé leer de corrido, y tambien sé escribir á mil maravillas. Verdaderamente yo sabia formar las letras y juntarlas de manera que parecia una cosa asi como escrita, lo que juzgaba ser mas que bastante para llevar la cuenta de una taberna de aldea. Siendo eso asi, repuso la mesonera, desde luego te tomo para mi servicio. No serás inútil en mi casa porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de mis deudas y créditos. No te daré salario, añadió, porque son muchos los caballeros que vienen á este meson, los cuales nunca se olvidan de los criados, con que seguramente puedes contar con muchos y muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservándome, como Vds. lo pueden creer, el derecho de mudar de aire siempre y cuando no me acomodase el del meson. Apenas me ví embargado para servir en él, cuando me hallé el hombre mas inquieto

y mas sobresaltado del mundo. No queria que ninguno supiese que yo tenia dinero, y no sabia dónde esconderle, de modo que no pudiese dar con él alguna mano forastera. Como aun no conocia la casa no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas propios para asegurarle. ¡Oh y cuánto nos embarazan las riquezas! Determinéme en fin á meterle en un rincon del pajar donde habia un montoncico de paja, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré tranquilizarme todo lo que me fue posible.

Eramos tres criados en el meson: un robusto moceton que cuidaba de la caballeriza, una moza manchega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes asi de á pie como de á caballo que se alojaban en casa. Siempre daban alguna cosa al mozo de caballeriza para que cuidase de sus bestias. Yo tambien sacaba de ellos algun dinerillo cuando les iba á presentar la cuenta del gasto: pero la manchega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por alli, ganaba mas escudos que cuartos ú ochavos nosotros dos. Cuando yo habia juntado algunos reales los llevaba luego al pajar para aumentar mi caudal, y cuanto mas crecia este, mas pegado estaba á él mi apocado corazon. De tiempo en tiempo lo visitaba, dábale mil besos, y lo estaba contemplando con una dulce suspension que solamente los codiciosos avaros pueden bien comprender.



P. Alabern la g.º

GIL BLAS.

Treinta veces al dia iba á ver el sitio donde estaba mi tesoro por el tierno amor que le tenia. La mesonera me encontró frecuentemente en la escalera del pajar, y como era una muger naturalmente suspicaz y desçonfiada, quiso un dia saber qué cosa era lo que me hacia repetir tantas visitas á aquel sitio. Subió á él y comenzó á registrarle todo, recelando quizá que yo tendria escondidas algunas cosas que la hubiese robado á ella. Revolvió la paja que cubria mi bolson, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer que todo aquello era suyo, y que yo se lo habia hurtado. Por de contado se apoderó del caudal, tratándome de bribon, ladron y malvado, dió órden al mozo de caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me aplicase medio ciento de azotes, y despues de bien acribillado me puso á la puerta de la calle, diciéndome que no queria sufrir en su casa ladronzuelos ni rateros. Inútilmente juraba y perjuraba yo poniendo por testigos al cielo y á la tierra que nada le habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos la creian mas á ella que á mí. Y vean Vds. ahora como los dinerillos del hermano Crisóstomo pasaron de las manos de un ladron novicio á las de una ladrona profesa.

Lloré la pérdida de mi dinero como una tierna madre llora la muerte de un hijo único que nació de sus entrañas, pero si mis lágrimas

no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo menos bastaron para mover la compasion de algunas personas que me las veian derramar, y entre otras la del cura de Galves, que casualmente pasaba á la sazon por alli. Mostróse compadecido del estado en que me veia, y llevóme consigo á su casa. En ella, ó fuese por ganar mi confianza ó por hacer burla de mí, comenzó á esclamar, mostrando tenerme mucha compasion. Cierto, dijo en tono lastimero, que me da gran dolor este pobre muchacho. ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna esperiencia y falta de reflexion hubiese hecho una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. Volviéndose despues á mí, me preguntó con mucho cariño, ¿de dónde era y quiénes mis padres? porque tienes traza, añadió, de ser hijo de gente honrada. Esplícate conmigo con toda confianza, y está seguro de que no te abandonaré.

El cura, con este su alhagüeño y caritativo discurso, me fue insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos con la mayor ingenuidad. Contéle de pe á pa todo lo que habia hecho, y despues de haberme oido me dijo: aunque es cierto que no conviene á los ermitaños atesorar dinero, esto no escusa ni disminuye el pecado que cometiste robando al hermano Crisóstomo, quebrantando el séptimo mandamiento que prohibe tomar lo ageno

contra la voluntad de su dueño; pero yo me encargo de obligar la mesonera á que restituya al hermano Crisóstomo todo su dinero, y asi por esta parte podrás vivir sosegado y aquietar enteramente tu conciencia; lo cual aseguro á Vds. que de ninguna manera me inquietaba; pero el cura que allá tenia sus fines no paró aqui, antes bien prosiguió diciéndome: yo, hijo mio, quiero empeñarme en favor tuyo y solicitarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un mozo de mulas y una carta para un sobrino mio, canónigo de aquella santa iglesia, que no se negará á recibirte en el número de sus familiares, los cuales todos lo pasan como unos beneficiados que se regalan á costa de la prebenda. En esto no tengo duda, y desde luego te puedes considerar como admitido.

Consolóme tanto esta seguridad, que al instante olvidé el bolson y los azotes que me habian dado. Todo mi pensamiento se ocupó en el gusto que tendria cuando me viese con una vida de beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del cura un alquilador con dos mulas. Pusiéronme á caballo en una, montó el alquilador en otra, y partimos juntos camino de Toledo. Era mi compañero de viage un grandísimo guiton, de bello humor, y muy amigo de divertirse á costa del prójimo. Querido Scipion, me dijo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor cura

de Galves. No podia darte mayor prueba de lo mucho que te ama que acomodarte con su sobrino el señor canónigo, á quien conozco muy bien, y es sin duda la perla de aquel cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y consumido está predicando mortificacion y abstinencia: nada menos. Es un eclesiástico lleno, gordo, colorado, siempre alegre y siempre de buen humor, un viviente en fin que se divierte á todo lo que sale, y que gusta mucho tratarse bien. Estarás en su casa ni mas ni menos como un pollito empanado.

Conociendo el guiton del alquilador el gusto con que le oia continuó en el panegírico del canónigo, ponderando lo mucho que yo celebraria mi fortuna cuando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegamos al lugar de Orbisa, donde nos apeamos para dar un pienso á las mulas. En tanto que el alquilador andaba de aqui para alli dentro del meson, quiso mi buena suerte que se le cayese del bolsillo un papel que yo tuve modo de recoger sin que él lo advirtiese, y le pude leer mientras él estaba en la caballeriza con el ganado. Era el tal papel una carta dirigida á los capellanes del hospital de los huérfanos, la cual decia asi ni mas ni menos.

Muy señores mios: Me he creido obligado por caridad á restituir en sus manos un bribonzuelo que se escapó de ese hospital. Paréceme muchacho muy despavilado, y por lo mismo muy dig-

no de que Vds. se sirvan tenerle encerrado. No dudo que con la correccion y el castigo puedan hacer de él un hombre de bien y de razon. Queda rogando á Dios conserve á Vds. en tan piadosos como caritativos oficios,

El cura de Galves.

Luego que acabé de leer esta carta, que me descubria la buena intencion del señor cura, no dudé un punto sobre el partido que debia tomar. Salir inmediatamente del meson y ganar las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel lugar, todo fue obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los clérigos que enseñaban latin en la casa de los huérfanos, adonde absolutamente no queria volver: tanto me habia disgustado el modo con que enseñaban la gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera dónde habia de ir á comer y beber. Es verdad que el tal pueblo es una ciudad de bendicion, en la cual un hombre de talento reducido á vivir á costa agena no puede morir de hambre, y con efecto no tardó en favorecerme la fortuna; pues no bièn habia entrado en la plaza cuando un caballero bien vestido, agarrándome por el brazo, me dijo: ¿oyes, chico, querrás ser criado mio? porque me alegrara tener un lacayo como tú. Y yo á un amo como V., le respondí prontamente. Segun eso, me replicó, desde este mismo momento estás ya admitido en mi servicio: sígueme, y yo le seguí sin réplica.

El tal caballero podia tener como unos treinta años; llamábase Don Abel, y estaba hospedado en una posada particular, donde ocupaba un cuarto decentemente alhajado. Luego que dispertaba por la mañana era mi primer cuidado picarle tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, limpiar los zapatos, acepillar el vestido, ayudarle á vestir, y despues llamar al barbero y peluquero para que le viniesen á afeitar y peinarle la peluca. Hecho esto salia de casa, recorria varias tiendas y mostradores de conversacion, y casas de juego, y no se retiraba á la posada hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas antes de salir de casa sacaba tres reales de la faltriquera y me los entregaba para que comiese, dejándome en libertad todo lo restante del dia, contentándose con que me hallase en casa cuando se retiraba. Dió órden para que se me hiciese una librea muy chusca, con la cual propiamente parecia lo que verdaderamente era, un postilloncico de comisiones galantes. Estaba yo muy contento con mi oficio, porque verdaderamente se acomodaba á mi humor.

Ya habia pasado casi un mes que me hallaba muy gustoso de tan buena vida, cuando el amo me preguntó un dia, si estaba contento con él; contentísimo, le respondí sin detenerme un punto. Ora bien, repuso él, pues mañana hemos de partir á Sevilla donde me llaman ciertos intereses y negocios. No te pesará

ver aquella digna capital de Andalucía, pues ya habrás oido muchas veces que *quien no vió á Sevilla no vió maravilla.* Que me place, respondí yo, pronto estoy á seguir á V. á cualquier parte del mundo. Con efecto, al amanecer del dia siguiente vino á la posada el ordinario de Sevilla y se llevó un gran baul donde estaba la ropa de mi amo, y luego nos pusimos en camino de dicha ciudad.

Era el señor Don Abel tan afortunado en el juego que solamente perdia cuando queria perder: esta habilidad le obligaba á mudar á cada paso de habitacion por no estar espuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dejaban engañar; y este fue el verdadero motivo de nuestro repentino viage. Llegados á Sevilla nos alojamos en un meson de caballeros vecino á la puerta de Córdoba, donde comenzamos á vivir ni mas ni menos como en Toledo. Pero mi amo halló gran diferencia entre las dos ciudades. En los cafés y casas de juego habia jugadores tan diestros y afortunados como él; esto en realidad le daba poco gusto, y volvia á casa de mal humor. Una mañana en que todavía le duraba la rabia por haber perdido cien doblones el dia antecedente, me preguntó ¿por qué no habia llevado la ropa sucia á la lavandera? Señor, le respondí, porque enteramente se me olvidó. Al oir esto entró en una furiosa cólera, y descargó en mi pobre rostro media docena de bofetadas tan terribles,

que me hicieron ver mas luces que las que habia en el templo de Salomon, diciéndome al mismo tiempo: toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez no te olvides de cumplir con tu obligacion. ¿Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿Se te ha olvidado algun dia el comer ni el beber? ¿Pues por qué eres tan olvidadizo en lo que toca á servir? No siendo una bestia, como no lo eres, bien podias prevenir lo que debes hacer sin esperar á que yo te lo acuerde. Diciendo esto se salió muy enfadado del cuarto, dejándome sumamente sentido, y con deseos de vengarme de las bofetadas que me dió por una falta tan ligera.

Poco despues le sucedió no sé qué aventura en el juego: por lo cual volvió á casa tan rabioso que no se le podia mirar á la cara. Scipion, me dijo, he determinado partir á Italia y embarcarme mañana en un navío genoves que está ya pronto para volver á Génova. Tengo razones para no escusar este viage; espero me querrás acompañar en él, y no malograr esta ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondí que venia en ello; pero en lo interior muy resuelto á desaparecer al mismo tiempo de partir. Andaba pensando en el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que este era el mas ingenioso y delicado. Satisfecho y vano de que me hubiese ocurrido este pensamiento, no pude contenerme sin comunicársele á cierto valenton perdona-vidas, conoci-

do mio que encontré casualmente en la calle. Habia yo hecho en Sevilla varios malos conocimientos, y el de este guapo era uno de los peores. Referíle el lance de las bofetadas con el motivo de ellas, y confiándole mi resolucion de dejar al amo escapándome cuando se fuese á embarcar, le pregunté qué le parecia de esta determinacion.

El valenton, arqueando las cejas y retorciendo el bigote, me miró con desden, y me dijo con mucha gravedad: mal aconsejado rapaz, tengo lástima de tí; sábete que serás un hombre sin honra por toda la vida si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por tu honor. No basta dejar el servicio de D. Abel y retirarte para siempre de su casa; es menester que la satisfaccion sea proporcionada á la gravedad de la afrenta. Levantémosle tú y yo todo su equipage y todo su dinero, para repartirle despues entre los dos como buenos hermanos. No obstante mi natural propension á robar no dejó de estremecerme y de causarme algun horror un robo tan importante. En medio de eso el archi-ganzúa que me hizo la proposicion, tuvo arte para hacérmela tragar y vencer mi cobardía. Asi que acordada la ejecucion se practicó de esta manera. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul de mi amo y le pregunté: ¿si podia él solo cargar con tan grande peso? sonrióse á lo mar-

rajo y me respondió: ¿qué llamas si podré con él? Sábete que cuando se trata de cargar con la hacienda agena seria yo capaz de llevar acuestas toda el arca de Noé. Diciendo esto acercóse al baul, echósele á las espaldas como si fuera una paja, y bajó las escaleras con la mayor ligereza. Seguíle yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de la calle cuando se nos puso delante D. Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿Adónde vas con ese cofre? me dijo muy enfadado. Fue tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra. Mientras tanto mi bravo guapeton posó boniticamente en tierra el baul, y puso pies en polvorosa para ahorrar demandas y respuestas. Dime, bribon, me volvió á preguntar mi amo, ¿adónde llevas ese baul? Señor, le respondí mas muerto que vivo, le hacia llevar al navío donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia. ¿Pero por dónde sabias tú, me replicó, en qué navío me habia de embarcar? Señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene á Roma va.* Informaríame en el puerto, y alli lo hubiera sabido. Al oirme esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecia me queria tragar, y temiendo yo repitiese las bofetadas: pero dime, replicó otra vez, ¿quién te mandó que sacases el baul del meson sin órden mia? ¿Qué llama *sin órden de V.?* volví yo tambien á replicar. Su merced mismo

me lo mandó. ¿Cómo, dijo, yo te he mandado tal cosa? ¿Pues no se acuerda su merced, respondí, de lo que me dijo el dia de las bofetadas riñéndome porque no prevenia sus órdenes, y no hacia por mí mismo cuanto sabia ser de su servicio sin esperar á que todo me lo mandase? ¿Habia cosa mas necesaria al servicio de su merced que hacer llevar el baul al navío antes que su merced se embarcase? ¿Y habia de esperar para ello el mismo instante del embarco? Entonces el señor jugador conociendo que tenia yo mas malicia de lo que él habia creido, me despidió de su casa, diciéndome friamente: señor Scipion, yo no me acomodo con criados tan sutiles; váyase V. donde su suerte le depare, y Dios le dé buena fortuna. No gusto jugar con sugetos que en el juego siempre tienen una carta de mas ó de menos. Quitate de mi presencia, añadió, mudando de estilo y aun de tono, si no quieres que te haga cantar á compas de una ingrata solfa.

No esperé á que me lo dijese dos veces. Hícele una profunda reverencia, y tomé calle arriba, meditando desde luego dónde iria á comer aquel dia, y gastar un par de reales que tenia en la faltriquera, los cuales componian todo mi caudal. Pensando en esto pasé por el palacio arzobispal á tiempo que se estaba disponiendo la cena, y salia de la cocina un olor de los cielos, que se sentia á la redonda y era capaz de resucitar á un difunto. ¡Cáspita! dije entre mí,

yo me contentaria con cualquiera de estos platos, solo con que me dejasen meter en alguno de ellos los cuatro deditos y el pulgar. ¡Pero qué! ¡será esto imposible! ¿Y será tan pobre mi imaginacion que no me socorra con algun arbitrio para probar unos guisos y salsas que solo me han llegado á las narices? Entregado enteramente á este pensamiento me ocurrió una feliz invencion que quise probar inmediatamente y no me salió mal. Entréme en el patio de palacio, y comencé á correr hácia las cocinas gritando con todas mis fuerzas en aire y tono de espantado: *socorro*, *socorro;* como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

A mis descompasados gritos acudió apresurado maestre Diego, el cocinero del arzobispo, para informarse del motivo de ellos con otros tres ó cuatro pillos de cocina; y no viendo á nadie mas que á mí, todos me preguntaron ¿qué tenia y por qué daba aquellos gritos? Señores, les respondí afectando miedo, por amor de Dios sálvenme Vds., y líbrenme de este asesino que me quiere matar. ¿Adónde está este asesino? dijo entonces levantando la voz maestre Diego, porque tú estás solo, y no viene tras de tí ni siquiera un gato. Sosiégate, hijo, y no temas, que ninguno te hará mal. Sin duda que algun bufon se quiso divertir poniéndote miedo, y se retiró cuando te vió entrar en palacio, donde no se atrevió á seguirte; y en verdad que lo acertó, porque si hubiera tenido ese atrevimiento le

hubiéramos cortado las orejas. No señor, le respondí haciendo del azorado: no me siguió por hacer burla, siguióme porque era un grandísimo ladron que me queria robar lo que tenia, y estoy cierto que me estará esperando escondido en algun rincon ó tras de alguna puerta. Si fuere asi, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aqui, y no te dejarémos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me dieron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé cuando conducido por maestre Diego á las cocinas se me presentó á la vista el tren y los grandes preparativos que se hacian para la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella, mas no pude contar la variedad de esquisitos platos que tenia delante de los ojos. Entonces fue cuando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el humo de tantas delicadísimas viandas que jamas habia gustado. Aquel dia tuve el honor de comer, y aun de dormir con los pillos de cocina, los cuales todos quedaron tan pagados de mí, que cuando á la mañana siguiente fui á dar gracias á maestre Diego por el favor que me habia dispensado en recogerme y darme asilo la noche anterior, me dijo: mis garzones y mozos de cocina han quedado tan contentos y prendados de tí, que todos á una voz me han asegurado que celebrarán te quedases en su compañía. Dime ahora

con toda realidad si gustarias ser compañero suyo. Señor, le respondí prontamente, si lograra esa fortuna me tendria por muy feliz. Siendo eso asi, me respondió, desde este mismo punto te puedes contar por criado del arzobispo mi señor. Diciendo y haciendo me llevó al cuarto del mayordomo, el cual observando mi despejo, á letra vista me confirmó en el empleo de arrima-leña y espuma-ollas de su señoría Ilustrísima.

Luego que tomé posesion de tan decoroso empleo, maestre Diego, que seguia la antigua costumbre en los cocineros de casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus damas, puso los ojos en mí para enviar á cierta niña de la vecindad, ya grandes lonjas de ternera, ya todo género de platos de volatería, montería y pastas delicadas; era la tal dama una viudica como de treinta años, linda, vivaracha y muy desembarazada, en fin con todas las señales de no ser lo mas exactamente fiel á su generoso cocinero. Este, no contento con proveerla de pan, carne y aceite, la hacia tambien la provision de vino, y todo esto, ya se entiende, á costa del buen arzobispo.

En el palacio de su Ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas jugando una pieza de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensaron en representar una comedia pa-

ra celebrar los dias del amo. Escogieron la famosa de los *Benavides:* y como era menester un mozo poco mas ó menos de mi edad para hacer el papel de rey de Leon, pusieron los ojos en mí. El mayordomo, que se preciaba de gran recitante, tomó de su cuenta ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no seria yo el que lo hiciese peor. Como la fiesta se habia de hacer á costas del arzobispo no se perdonó gasto alguno para que saliese magnífica. Levantóse en un salon un soberbio teatro, decorado con el mejor gusto, y no sin alguna suntuosidad. En una de sus alas se dispuso una especie de cama de céspedes, donde debia yo fingirme dormido cuando viniesen los moros á echarse sobre mí para hacerme prisionero. Luego que todos los actores se hallaron ensayados y prontos para representar, el arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales, caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la representacion, cada papel cuidó de vestirse con el trage que le correspondia. Por lo que toca al mio el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir para que todo saliese á gusto suyo. Trájome el sastre una ropa talar en figura de toga de riquísimo terciopelo carmesí galoneado todo con franjas de oro anchas de cuatro dedos, y las

mangas abotonadas con botones todos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por sus manos una corona de carton dorado adornada toda con perlas finas mezcladas con algunos diamantes falsos. Ciñéronme con un ceñidor ó anchurosa banda de seda color de rosa, recamada toda con flores de plata, y terminando por la parte anterior en dos graciosas borlas de flequillo de oro. A cada una de estas cosas que me ponian se me figuraba á mí que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer. Yo abrí la escena con mi relacion, la cual concluia diciendo que rendido ya á la grave opresion de un porfiadísimo sueño iba á echarme en la cama para abandonarme á él. Con efecto me retiré á la que me tenian prevenida tras de bastidores á un lado del teatro; pero en lugar de dormir solo me puse á pensar muy de propósito en el modo que tendria para escaparme con mis hábitos reales. Habia dentro del teatro una escalerilla escusada, por la cual se bajaba á una pieza que estaba debajo de él y caia á la calle. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que ninguno me observaba me enfilé por dicha escalerilla, diciendo: *plaza, plaza, con licencia de Vds. señores*, á los que estaban en la pieza, los cuales todos creyendo que se me habia ofrecido alguna cosa precisa, me hicieron lugar con la mayor cortesía, y boniticamente me dejaron pasar.

Luego que me ví en la calle me fui derecho á casa de mi amigo el valenton que vivia cerca del palacio arzobispal. Quedó estrañamente admirado cuando me vió en aquel trage; contéle el hecho informándolo de todo, y él se echó á reir hasta desgañitarse. Dióme despues un abrazo muy estrecho, bien persuadido á que le tocaria alguna parte de los despojos del rey de Leon, añadiendo que si los progresos correspondian á los principios, haria yo gran ruido en el mundo por mis raros y estraordinarios talentos. Despues que nos alegramos y nos divertimos largamente los dos celebrando mi gran golpe de mano, pregunté yo á mi jaqueton: ¿y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, me respondió, déjalo á mi cargo y fíate de mí. Conozco á un revendedor muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le van á vender sin afectar escrúpulos impertinentes, ni mostrar la mas mínima curiosidad, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le haré venir á casa.

Efectivamente al dia siguiente muy de mañana se levantó dejándome á mí en la cama, y dos horas despues volvió con el revendedor, el cual traia debajo de la capa un paquete de lienzo amarillo. Amigo, me dijo, aqui te traigo al señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal ejemplo que le dan los de su oficio. Él te dirá lo que vale en con-

ciencia el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarle ciegamente de lo que él te dijere. En cuanto á eso, dijo el revendedor, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo, si tasara una cosa en solò un maravedí menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez el Segoviano. Veamos, añadió, esa ropa que V. quiere vender, y esté bien seguro de que no la tasaré en un cornado menos de su legítimo valor. Aqui está; dijo el valenton, poniéndosela delante. No me negará V. que es verdaderamente magnífica: observe V. el noble tejido, el bellísimo lustre del terciopelo, que es de Génova, y el inestimable precio de esta riquísima franja de oro. Verdaderamente estoy como encantado, respondió el revendedor, despues de haber examinado el vestido con la mayor atencion; es de lo mayor y mejor gusto que he visto en toda mi vida ¿Y qué juicio hace V., le preguntó el guapeton, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió, no tendrian precio; pero tales cuales son me parecen bellísimas, y me gustan tanto como todo lo demas. No puedo menos de confesar la verdad. Cualquiera otro revendedor mas ladino ó menos escrupuloso rebajaria mucho el valor de este precioso vestido, despreciando su calidad para comprarle por poco dinero, y no se avergonzaria de ofrecer por él veinte doblones; mas yo que tengo conciencia y he leido mi poquito de moral ofrezco cuarenta.

Aun cuando hubiera el segoviano ofrecido ciento no seria mucho, puesto que solamente las perlas valian doscientos. Pero el valenton, que se entendia con él, volviéndose á mí me dijo: vea V. la fortuna que ha tenido en dar con un hombre tan timorato y tan de bien. El señor Ibañez aprecia las cosas ni mas ni menos como lo haria si se hallara en la hora de la muerte. Asi es, respondió el revendedor, y por eso no hay que regatear conmigo ni sobre un solo maravedí; en cuya suposicion este es ya negocio concluido. Aqui está el dinero, añadió, ¿no hay quien le quiera contar? Espere V., le replicó el valenton, antes de contarle es menester que el amigo pruebe ese otro vestido que V. le ha traido. Desenvolvió entonces su paquete el revendedor, y me presentó una casaca con chupa y calzones de paño musco fino, pero ya usado y algo raido, con botones plateados. Levantéme para probar el vestido, el cual en la realidad me venia muy ancho y no menos largo; pero aquellos dos sugetos se empeñaron en persuadirme que parecia haberse hecho para mí. Ibañez le tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fue preciso pasar por ello. Sacó pues, treinta doblones del bolsillo, contólos, arrojólos sobre una mesa, recogió en un envoltorio mis hábitos reales, hízonos una profunda reverencia, y tomando la puerta y la escalera se retiró á su casa.

Luego que salió del cuarto me dijo el valen-

ton: este buen revendedor me gusta mucho; y tenia razon, porque estoy seguro que sacaria de él á lo menos cien doblones de aquel lance. Sin embargo no se contentó con ello, antes bien con la mayor serenidad, y sin la menor ceremonia, tomó quince doblones de los treinta que estaban sobre la mesa, y entregándome á mí los otros quince, me dijo: querido Scipion, aconséjote que con esos doblones que te restan salgas sin perder tiempo de esta ciudad, donde puedes considerar las diligencias que se harán á instancias del arzobispo para pillarte, y seria para mí un dolor inconsolable, si despues de la heroica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre echaras un borron en la historia de tu vida, leyéndose en ella que por una necia confianza te habias ido á meter en una horrenda prision. Respondíle que ya estaba bien resuelto á alejarme cuanto antes de Sevilla; y con efecto, despues de haber comprado un sombrero y algunas camisas salí de la ciudad, y por la vasta y deliciosa campiña que entre olivares y viñedos conduce á Carmona, tomé el camino de aquel pueblo, y en tres dias llegué á la amenísima Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familias natural de Toledo, que viajaba únicamente por instruirse y ver mundo: mi decente vestido ayudaba á que se creyese era asi, y algunos doblones que con afec-

tacion dejé ver al mesonero le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis juveniles años no me tuvo por algun mozuelo libertino que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberlos robado, y se iba á correr mundo gastando alegremente el dinero. Sea lo que fuere, el tal mesonero no se mató mucho por averiguar quién era yo, quizá por temor de que me fuese á otra posada si llegaba á molestarme su curiosidad. En aquel meson se daba á todos un decente trato por solos seis reales al dia: moderacion y conveniencia que siempre atraia á él gran concurrencia de gentes. Eramos por lo comun doce personas en la mesa redonda. Ordinariamente ninguno hablaba palabra, á escepcion de un grandísimo hablador, que á diestro y siniestro estaba garlando toda la comida, y con su incesante parladuría suplia bien el profundo silencio de todos los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes que nos divertian, y alguna vez nos hacian reir, menos por su poca, y esa muy grosera, sal, que por su impertinencia y su helada frialdad.

Por lo que tocaba á mí hacia tan poco caso de todo lo que garlaba aquel locuaz é irrestañable ente, que desde el primer plato me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de lo que habia hablado, á no haberse metido él mismo en un discurso que me interesa-

ba. Señores, dijo, cuando ya se iban á levantar los manteles: quiero regalar á Vds. por postre un bocadico de gusto, contándoles una graciosísima burla que los dias pasados hizo un buen humor en el palacio del arzobispo de Sevilla. Refiriómela cierto bachiller amigo mio que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que la burla que iba á contar era la misma que yo habia hecho, y con efecto no me engañé. Refirió el tal personage todo el lance con la mayor puntualidad, añadiendo lo que habia pasado despues que yo me habia salido, que fue ni mas ni menos como lo voy á decir.

No bien me habia escapado cuando siguiendo el órden de la comedia que se representaba, los moros que debian entrar á apoderarse del rey y hacerle prisionero sorpréndiendole en la cama, se dejaron ver en el teatro, pero quedaron estraordinariamente aturdidos cuando buscando al rey de Leon se hallaron sin rey ni Roque. Interrumpióse la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman; otros me buscan; este grita, y aquel me da á todos los diablos. El arzobispo, que oyó la bulla y la confusion que habia dentro del teatro, preguntó la causa. A la voz del prelado salió un page que hacia el gracioso, y le dijo: no es nada, Ilustrísimo Señor: el rey de Leon ha tenido la fortuna de escaparse de los moros con sus hábitos reales. Mil gracias sean dadas al señor, res-

pondió el arzobispo: hizo bien su magestad en huir por no caer en manos de los enemigos de la religion, librándose de las cadenas que ya le tenian prevenidas. Sin duda se habrá encaminado á Leon, capital de su reino: Dios quiera que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas, mando seriamente que ningũno vaya en busca suya; sentiria mucho que su magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dijo esto, dió órden que se leyese en voz alta mi papel y se acabase la comedia.

CAPITULO XI.

Prosigue la historia de Scipion.

Mientras me duró el dinero, el mesonero me trató con grande atencion y mucho cariño; pero cuando se me acabó mudó de tono, hablándome siempre con aspereza, con desprecio y con sacudimiento, tanto que una mañana me llegó á decir que le hiciese la merced de salir cuanto antes de su casa. Díle ese gusto prontamente, dejé su meson, y entréme en la iglesia de Santo Domingo á oir misa. Mientras la estaba oyendo se acercó á mí un pobre viejo y me pidió una limosna por amor de Dios. Díle un cuarto, diciéndole al mismo tiempo: hermano, pida al Señor que me haga hallar una buena conveniencia: si fuere oida su oracion, no se ar-

repentirá de haberla hecho, y esté seguro de mi reconocimiento.

Miróme el pobre con grande atencion al oirme decir esto, y con mucha seriedad me preguntó: ¿qué especie de conveniencia desea V.? Acomodarme por lacayo en una buena casa, le respondí, donde lo pasase bien. Volvióme á preguntar ¿si urgia mucho la necesidad? Urge tanto, le repliqué, que si no logro luego lo que deseo habré de morir de hambre ó pedir limosna como tú. Si llegara ese caso, repuso el pobre, seria muy trabajoso para V. no estando acostumbrado á nuestra vida; mas á poco que se acostumbrara á ella no preferiria la triste esclavitud de servir á la alegre libertad de mendigar. Pero al fin ya que Vd. quiere mas servir que tener una vida suelta como yo, dentro de poco espero encontrarle un buen amo. Aqui donde V. me ve le puedo servir de algo. Espéreme mañana á estas horas en este mismo sitio.

Guardéme bien de no hallarme en él con la mayor puntualidad. Esperé alli el dia siguiente, y tardó poco en llegar el mismo mendigo, quien me dijo en voz baja que le siguiese. Hícelo asi, y me condujo á una pobre casilla, no distante de la misma iglesia. Sentámonos los dos en un largo banco raso que tendria por lo menos sus cien años de servicio, y el pobre me habló de esta manera: *Una buena accion*, dice el refran, *tarde ó temprano la premia el Señor*.

Ayer me dió V. limosna, y agradecido yo á ella determiné hacer lo posible para buscarle una buena conveniencia, la que espero en Dios se conseguirá muy presto. En este convento conozco á un padre anciano, que es un santo religioso y un gran director de almas. Tengo la fortuna de ser como criado suyo, lo que hasta aqui he desempeñado con tanto amor, acierto y fidelidad, que el buen señor nunca se niega á emplear todo su valimiento en mi favor y en favor de mis amigos. Ya le hablé de V., y le dejé muy inclinado á servirle. Yo le presentaré á su reverencia cuando y como V. lo tuviere por bien.

No hay que perder tiempo, le respondí yo: en este mismo instante podemos ir á ver á ese santo religioso. Vino en ello el pobre, y partimos los dos á la celda del P. Fr. Alejo, que asi se llamaba. Encontrámosle escribiendo cartas espirituales. Luego que me vió interrumpió su tarea y me dijo: á ruegos de este pobrecito, á quien estimo, he querido interesarme por tí. Supe esta mañana que el señor Baltasar Velazquez necesita un lacayo, y al instante le escribí un billete, á que me respondió diciendo que recibiria ciegamente á cualquiera que le fuese por mi mano. Desde luego puedes ir á presentarte á él, porque es mi penitente y mi amigo; pero antes quiero instruirte en lo que debes hacer para cumplir con tu obligacion y desempeñarme á mí. Hízome sentar, y me espetó una

plática que duró tres cuartos de hora, estendiéndose particularmente sobre la grande obligacion que tenia de servir con zelo al señor Velazquez, y concluyó asegurándome que él me mantendria en su casa con tal que no diese justo motivo de queja á mi amo.

Dí rendidas gracias al religioso, y salí del convento con mi protector el pordiosero, quien me dijo que el señor Baltasar Velazquez era un rico mercader de paños, entrado en edad, y de buena traza; añadiendo: no dudo que os halleis bien en su servicio, y si fuera que vos no lo dejaria por el de un señor. Preguntéle dónde vivia mi nuevo amo, ofrecí gratificar sus diligencias, y habiéndome despedido de él, me encaminé en derechura á casa del mercader. Llegué á la tienda donde dos mancebos decentemente puestos esperaban parroquianos y gentes que fuesen á comprar. Pregunté por el señor Velazquez, diciendo tenia que hablarle de parte del P. Alejo, y á este solo nombre abrieron las puertas y me mandaron entrar en la trastienda, donde estaba el señor Baltasar hojeando un gran registro. Despues de una profunda cortesía le dije ser yo el mozo que le enviaba Fr. Alejo. Seas muy bien venido, me respondió: basta la recomendacion de este santo religioso para que te admita, prefiriéndote á tres ó cuatro por quienes me han hablado. Ya estás recibido, y desde hoy corre tu salario.

A pocos dias que estuve en casa del merca-

der conocí que era un buen hombre tal cual me le habian pintado. Parecióme ademas tan sencillo que desde luego me hice cargo de lo mucho que me costaria el dejar de jugarle alguna de mis piezas acostumbradas. Habia cuatro años que estaba viudo, y tenia dos hijos, un varon y una hembra, aquel de veinte y cinco años, y esta de quince, gobernada por una dueña severa, beata y confesada del P. Alejo, que la educaba bien guiándola por el camino derecho de la virtud. No asi su hermano Gaspar Velazquez. Aunque habia tenido una buena educacion, y á ningun medio se habia perdonado para hacer de él un hombre de bien, poseia en grado eminente todos los vicios de la mas disoluta juventud, se pasaban los dos y los tres dias sin que pareciese en casa, y si al volver á ella le daba el padre alguna reprension, él le hacia callar levantando la voz mas que su pobre padre.

Díjome un dia el triste viejo: Scipion, tengo un hijo que es mi mayor y mas insufrible tormento. Está sumergido en todos los vicios, lo que verdaderamente me admira, porque en su educacion ninguna diligencia se omitió para criarle bien. Busquéle buenos maestros, y mi amigo el P. Alejo hizo cuanto pudo y supo para enderezarle por el camino mejor. No lo pudo conseguir. Dióse Gaspar enteramente á la disolucion. Acaso me dirás que quizá tendré yo la culpa por haberle tratado con demasiada indulgencia y suavidad, pero no es asi. Nada

le he perdonado, castiguéle siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque mi genio es inclinado á la blandura no me falta fortaleza y teson en las ocasiones que lo piden. Una vez yo mismo le hice encerrar en una casa de correccion, pero salió de ella mucho peor de lo que entró. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos que no hacen caso alguno ni de buenos ejemplos, ni de amorosas reprensiones, ni de severos castigos. Solo Dios podrá hacer el milagro de convertirle.

Si no me causó lástima el dolor de aquel afligido padre, á lo menos mostré que me la daba. En verdad, señor, le dije en tono compasivo, que un padre tan bondadoso como V. merecia tener otro mejor hijo. ¿Qué le hemos de hacer? me respondió: no ha querido el Señor darme este consuelo; sea su nombre bendito. Entre los disgustos que me causa Gaspar, añadió, te diré en confianza uno que me tiene en continua inquietud. Este es un perpetuo hipo de robarme, como yo mismo he conocido, lo que no obstante mi estrema vigilancia ha logrado muchas veces. Entendíase para eso con el lacayo antecesor tuyo, á quien por solo esto despedí y eché enhoramala de mi casa. Espero que tú no te dejarás engañar ni cohechar de mi mal hijo, y que mirarás con zelo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá recomendado mucho el P. Fr. Alejo. Asi es, señor, le repliqué: por mas de una hora no hizo otra cosa

el santo religioso que inculcarme la obligacion que tenia de ser fidelísima guardia de la hacienda de su merced; verdad es que para esto no necesitaba de su exortacion, porque, gracias al Señor, en este particular nunca he tenido la mas mínima cosa de que acusarme, fuera de que naturalmente me siento apasionado por las cosas de V., y asi le prometo un zelo y una fidelidad á toda prueba.

El que no oye mas que la mitad haga cuenta que es sordo, dice el proverbio, y el jurisconsulto añade que para sentenciar con conocimiento de causa es menester oir á ambas partes. El diablillo del atolondrado Velazquez debió de brujulear por mi fisonomía que tan fácil le seria pescarme á mí en su red como le habia sido pescar en ella á mi antecesor, y en virtud de este concepto, nada temerario, llevándome un dia á cierto parage retirado me habló en estos precisos términos: Oyeme, querido Scipion; tengo por cierto que mi padre te habrá encargado que me espies, y le informes de todos mis pasos; guárdate bien de hacerlo, porque es oficio ruin, y ademas de eso peligroso. Te lo advierto por lo que te estimo. Si alguna vez llego á conocer que me observas, ten por cierto que morirás apaleado; al contrario, si me ayudas á engañar á mi padre está seguro de todo mi reconocimiento. ¿Puedo hablarte mas claro? En todos los lances que yo echare, te tocará a tí una buena parte. Escoge, y en este mis-

mo momento declárate por el padre ó por el hijo. No admito neutralidad.

Señor, le respondí: en grande apuro me pone, metiéndome entre la espada y la pared, tanto que viéndome en tal estrecho no puedo menos de declararme por Vd. aunque interiormente sienta gran repugnancia á ser traidor á su señor padre. Déjate de esos escrúpulos, replicó Gaspar; mi padre es un viejo avaro, codicioso y miserable; un hombre ruin que no me quiere dar ni un solo maravedí para lo mas necesario, como el juego y otros pasatiempos propios de un mozo de veinte y cinco años. Este es el verdadero punto de vista á que se deben mirar las acciones de mi padre. Nada hay que replicar á una razon tan concluyente, respondí yo, y asi mi partido está tomado. Tendráme V. á su disposicion en todas sus loables empresas, pero con la condicion de que hemos de hacer todo lo posible para que no transpire en casa nuestra oculta inteligencia, porque de otra manera presto se veria vuestro fiel aliado en la calle. Paréceme que lo acertará V. si muestra en lo esterior que no me puede arrostrar; hábleme siempre con aspereza á presencia de los demas, sin perdonar á los términos mas duros y mas despreciativos. Tampoco hará daño de tiempo en tiempo tal cual bofetada, y un buen puntapié en la rabadilla: antes bien cuanta mas aversion me mostrare V. tanta mayor confianza hará de mí el señor Baltasar. Por mi par-

te afectaré siempre huir de su conversacion. En la mesa serviré á V. con hocico y con desden, mostrando que lo hago á mas no poder y de mala gana. Cuando hable con los mancebos de la tienda no llevará V. á mal que diga de su persona todo cuanto malo se me viniere á la boca; asi engañarémos á todos.

¡Vive Dios! (esclamó el mozo Velazquez al oir estas últimas palabras) ¡Vive Dios! que estoy asombrado y aturdido: en una edad tan verde como la tuya muestras un ingenio y un talento singular para todo lo que sea enredo, disimulo y artificio; con un aliado como tú desde luego me prometo los mas felices sucesos. Espero que con el ausilio de tu gran talento no he de dejar ni un solo doblon á mi padre. V. me honra mucho le respondí, y confia demasiadamente de mi industria. Haré cuanto pueda para no desmentir el gran concepto que ha hecho de mí; si no lo consiguiere no será culpa mia.

Tardó poco la ocasion de hacer ver á Gaspar que habia encontrado en mí el hombre que necesitaba, y el primer servicio que le hice fue el siguiente. El cofre fuerte de Baltasar estaba en el cuarto donde dormia á la cabecera de su cama, sirviéndole al mismo tiempo de reclinatorio. Siempre que yo le veia se me alegraba el corazon, y en mi interior le saludaba diciéndole con ternura: ¿es posible, amado cofre, que siempre has de estar cerrado para mí? ¡Pues

qué! ¿Nunca he de tener el consuelo de ver el tesoro que encierras dentro de tus entrañas? Como yo entraba en el cuarto siempre que me daba la gana, porque el ingreso en él solo á Gaspar le estaba prohibido, entré un dia á tiempo que su padre le estaba cerrando, y pareciéndole que de ninguno era visto, despues de cerrado metió la llave en un agujero ó pequeño nicho que estaba tras una tapicería. Noté cuidadosamente el sitio, y dí parte al amo mozo de este importante descubrimiento. ¿Qué es lo que me dices, caro Scipion? me dijo fuera de sí. Nuestra fortuna está hecha. Hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me restituirás la cera prontamente. Poca dificultad me costará encontrar en Córdoba un cerragero que me saque la llave por la estampa, puesto que en Córdoba no faltan bribones como en cualquiera otra ciudad.

¿Pero á qué fin, dije yo al señor Gaspar, quiere V. gastar dinero en una llave falsa, cuando podemos servirnos muy bien de la verdadera? Es cierto, me respondió: pero temo que mi padre por su natural desconfianza ó por algun motivo, no entre en sospecha y la quiera esconder en otra parte que no sepamos; por lo cual me parece mas seguro tener una que sea nuestra y esté á nuestra disposicion. Aprobé su pensamiento, y conformándome con él, una mañana estampé la llave en la cera aprovechando la ocasion de no estar en casa su padre,

el cual habia salido á visitar á su confesor Fr. Alejo, con quien frecuentemente tenia largas consultas y espirituales conferencias. No contento con esto, luego que el herrero me trajo la llave verdadera, aguardé ocasion oportuna, y no malográndola abrí el cofre que encontré lleno de talegos grandes y pequeños, lo que me puso en grande embarazo, porque no sabia en qué escoger sintiéndome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Con todo eso como el miedo de que me cogiesen con las manos en la masa no me permitia detenerme en largo exámen, á salga lo que saliere eché mano del talego que me pareció el mayor y mas repleto. Cerré despues el cofre, y salí del cuarto con mi presa, la que escondí debajo de mi cama en una pieza pequeña de la guardaropa donde yo dormia.

Concluida esta operacion con tanta felicidad, me fui derecho á buscar á mi aliado Velazquez que me estaba esperando en una casa vecina para donde me habia dado el santo. Contéle el feliz suceso de la hazaña que acababa de emprender; y el buen mozuelo quedó tan satisfecho de mí, que me sofocó á finezas y á caricias, ofreciéndome generosamente la mitad del dinero que habia en el talego que saqué de cautiverio; pero yo no quise aceptar diciéndole: señor, no; este primer talego es todo para V., á fin de que se sirva de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita al cofre

fuerte, donde, gracias á Dios, hay dinero para entrambos. Efectivamente, pocos dias despues repetí la visita y saqué de él otro talego, donde habia quinientos pesos como en el primero. No quise tomar para mí mas que la cuarta parte, por mas instancias que me hizo el señor Gaspar para que lo repartiésemos entre los dos, como buenos hermanos, por partes iguales.

Cuando el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se abandonó á ellas totalmente. Tuvo la desgracia de dar con una de aquellas mugercillas ballenas, que en un instante devoran y se tragan los mas ricos caudales. Empeñóle esta en tan escesivos gastos que me vi precisado á menudear las visitas al inagotable cofre, de manera que el viejo Velazquez conoció al fin que le robaban. Scipion, me dijo un dia, quiero hacerte una confianza: amigo, algun ladron hay en casa que me roba: han abierto mi cofre y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante. ¿Pero á quién he de atribuir este robo? ó por mejor decir ¿quién otro puede ser el ladron sino mi hijo, ó acaso tambien tú que quizá irás de compañero con él, no obstante la poca harmonía, ó antes bien la declarada oposicion que por ventura afectais entre los dos? Es verdad que por lo que toca á tí tengo por juicio temerario, y aparto de mí como tentacion este pensamiento, habiéndose hecho el P.

Fr. Alejo responsable de tu fidelidad. Respondí, que gracias al cielo no me tentaba á mí el bien del prójimo; y afecté un aire compungido que contribuyó mucho á sincerarme con el buen viejo.

Con efecto no volvió á hablarme en la materia, pero se conoció que habia quedado con alguna desconfianza de mí, porque mandó hacer una nueva cerradura con nueva llave al cofre, la que desde entonces llevó siempre consigo en la faltriquera. Asi que, desde aquel punto se interrumpió todo comercio entre nosotros y los talegos: desgracia que, particularmente á Gaspar, le llegó al alma, porque no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa temió hallarse precisado á privarse de su vista para siempre. En medio de esto le ocurrió un espediente con el cual le pareció que podia mantener la correspondencia, á lo menos por algunos dias mas. Este fue aprovecharse por via de empréstito de aquello que me habia tocado á mí por las sangrías que habia hecho al cofre fuerte. Entreguéle prontamente hasta el último maravedí, lo que me pareció que podia pasar por una restitucion anticipada hecha al señor mayor en la persona de su legítimo heredero.

Cuando el desbaratado mozo acabó de consumir aquel último recurso cayó en una melancolía tan profunda que al fin perdió la cabeza, ó á lo menos poco á poco se le fue trastornando tanto que llegó á consentir en el hor-

rible pensamiento de envenenar á su padre. No contento con haberme confiado una idea tan execrable, tuvo valor para proponerme que le ayudase yo á ponerla en ejecucion. Lleneme de horror al oirle proposicion tan inhumana y tan bárbara; y no menos ofendido que horrorizado le respondí: ¿Es posible, señor, que esteis tan dejado de la mano de Dios que hayais podido dar lugar, no digo ya á una resolucion, sino á una proposicion tan abominable y tan impía? ¡Pues qué! ¿tendréis vos valor para quitar la vida á quien os dió la vuestra? ¿Habíase de ver dentro de España, es decir, en el seno del cristianismo, cometerse un delito de que se avergonzarian y se horrorizarian las mas fieras, las mas bestiales naciones? No señor, no haréis una accion que encenderia contra vos toda la indignacion del cielo y de la tierra, y aun estaba por decir toda la venganza del infierno mismo.

«Aleguéle todavía otras razones para desviarle de tan detestable intento. Yo no sé dónde diántres fui á encontrar todos los motivos de religion, de honradez, de gratitud y de honor mas poderosos para combatir y convencer aquel hombre desesperado, aquel desnaturalizado hijo. Lo cierto es que mozuelo como yo era, y de mas á mas hijo de la Cosculina, le hablé como le pudiera haber hablado un doctor de Salamanca. No obstante, por mas que le supliqué entrase en sí mismo y que arrojase de si tan

diabólicos pensamientos, toda mi elocuencia fue al aire. Bajó la cabeza, dejándola caer sobre el pecho, á manera de higo maduro, guardó un profundo silencio, dándome á conocer que nada le hacia fuerza.

En vista de esto tomé mi partido, y pedí una audiencia secreta al amo viejo. Encerrámonos los dos en un cuarto, y le dije inmediatamente: señor, permítame V. que me arroje á sus pies, le pida perdon, é implore su misericordia. Sorprendido el mercader de aquella demostracion, y de verme tan turbado, me preguntó ¿qué era lo que habia hecho? Un delito, le respondí, que lloraré toda mi vida. Tuve la flaqueza, ó por mejor decir, la desgracia de dar oidos á su hijo de V., y de ayudarle á que le robase. Contéle de pe á pa con la mayor sinceridad y exactitud todo lo sucedido en este particular, dándole tambien menuda cuenta de la conversacion que acababa de tener con su hijo Gaspar, y revelándole el pensamiento en que estaba, sin omitir la mas mínima circunstancia.

No obstante el mal concepto que tenia de su hijo el pobre viejo, apenas podia creer de él lo que estaba oyendo. Sin embargo, pareciéndole imprudencia dudar de mi verdad, me levantó de sus pies, á los cuales estaba todavía arrodillado, y me dijo enternecido: Scipion, yo te perdono el mal que me has hecho en atencion al importante aviso que me das. Prosiguió des-

pues, alzando un poco mas la voz, y esclamando asi: ¡Gaspar, Gaspar, con que quieres quitar la vida á tu padre! ¡Ah ingrato hijo! ¡Ah monstruo! ¡Cuánto mejor hubiera sido ahogarte al tiempo que naciste que dejarte vivir para ser un parricida! ¿Qué te hecho yo para que me deshiciese de todos mis bienes para fomentar tus vicios y satisfacer tus antojos? Despues desees darme la muerte? ¿No te señalé y te socorrí todos los años con aquella razonable y justa cantidad de dinero que me pareció bastante para tus honestas diversiones? ¿Querias que que se desahogó en esta dolorosa apótrofe me mandó que me retirase y le dejase solo para pensar lo que debia hacer en tan peligroso como delicado lance.

No estaba yo poco cuidadoso de la resolucion que tomaria aquel afligido y desgraciado padre, cuando supe que aquel mismo dia sabia llamado á su hijo, y sin darse por entendido de lo que sabia, le habia hablado en esta sustancia: Gaspar, he recibido una carta de Mérida en que me dicen que si te quieres casar hay alli una señorita que sobre ser muy hermosa llevará consigo una riquisima dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, y si te acomoda la boda que me proponen, mañaua muy temprano partirémos los dos á Mérida, verémos la dama, nos informarémos de todo, y si te gusta la novia podrás casarte luego. Cuando Gaspar oyó aquello de ri-

quísima dote, creyendo tenerla ya en el bolsillo, respondió sin dudar que estaba prontísimo para hacer el viage; y con efecto el dia siguiente al amanecer partieron solos padre é hijo, montados ambos en unas valientes mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Felsira y se vieron en cierto sitio solitario, tan oportuno para los salteadores como peligroso para los pasageros, el viejo echó pie á tierra de repente, y mandó á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció Gaspar, y preguntó á su padre ¿para qué le habia hecho apear? Ahora te lo diré, respondió el viejo, mirándole con unos ojos, en los cuales la cólera y el dolor estaban pintados con los colores mas vivos. Sábete, le dijo, que no vamos á Mérida; el matrimonio ó la boda que te propuse fue una mera invencion mia solo para traerte al sitio en que ahora estamos. No ignoro, hijo ingrato, hijo desnaturalizado, la enorme maldad que estabas meditando. Sé que por disposicion tuya se tenia preparado un veneno para presentármele; pero dime, necio, ¿te parecia posible que por tal medio me quitases la vida impunemente? Yo mismo, yo mismo discurrí otro medio mas seguro para que dejases contenta tu rabia y furor sin esponerte á una muerte cruel é ignominiosa. Aqui estamos los dos solos sin testigos, este es un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que estás tan sediento de mi sangre, envaina en mi pecho tu puñal. Ninguno sospe-

chará que tú me has dado la muerte; todos se persuadirán que morí á manos de un salteador y asesino. Diciendo esto Baltasar desabrochó apresuradamente el pecho, y señalando el sitio del corazon: hiere aqüi, le dijo; el golpe será ejecutivo y seguro, y yo pagaré la pena de un desdichado padre que deshonró al mundo y á la humanidad dando á aquel y á esta un hijo tan malvado.

Al oir semejantes palabras quedó Gaspar atónito y embargado; no de otra manera que si hubiera oido el estruendo terrible de un espantoso trueno; y lejos de justificarse cayó derribado y sin sentido á los pies de tan amoroso padre. El buen viejo viendo aquel principio de arrepentimiento, se consoló y se enterneció; hizo su oficio la sangre, y acudió prontamente á socorrer al desgraciado mozo; pero Gaspar luego que se recobró algun tanto, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado y afligido, hizo algun esfuerzo para levantarse, logrólo, volvió á montar en su mula, y se retiró lloroso y avergonzado, sin articular ni una sola palabra. Dejóle ir Baltasar; y abandonándole á los remordimientos de su conciencia, él se restituyó á Córdoba, donde seis meses despues tuvo la gustosa noticia de que su hijo habia tomado el hábito en la Cartuja de Sevilla para pasar el resto de su vida sustentándose con el pan de lágrimas, y entregado á los rigores de una larga penitencia.

CAPITULO XII.

Fin de la historia de Scipion.

Tal vez, aunque muy rara, los malos ejemplos producen buenos efectos. La vista y la consideracion de la mala conducta que habia tenido el mozo Velazquez me abrió los ojos para hacer serias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mis rateras inclinaciones, y á vivir como hombre honrado y de bien. La costumbre que habia adquirido de pillar cuanto dinero podia haber á las manos se habia formado con actos tan repetidos é inveterados, que era muy difícil de vencer. Sin embargo esperaba lograrlo, persuadido á que para ser un hombre santo no es menester mas que quererlo de veras. Emprendí, pues, esta grande obra, y el cielo echó la bendicion á mis esfuerzos. Ya no miraba con ojos codiciosos el cofre del viejo mercader, y me parecia que aunque estuviera en mi mano sacar de los talegos lo que quisiese no llegaria á ellos; pero al mismo tiempo confieso seria gran imprudencia poner en tan peligrosa tentacion á un arrepentido tan tierno, de lo cual se guardó muy bien el viejecito Velazquez.

Concurria frecuentemente á casa de este un caballerito del hábito de Alcántara, llamado Don Manrique Medrano. Todos le estimábamos mucho porque era de los mas nobles, aunque

no de los mas morigerados. Este se pagó tanto de mí que siempre que me encontraba me detenia á un poco de conversacion, mostrando particular gusto en oirme hablar. Scipion, me dijo un dia, si yo lograra un lacayo como tú, y de tu buen humor, creeria haber encontrado un tesoro. Si no estuvieras con un amo á quien estimo tanto, haria lo posible por engancharte para mi servicio. Señor, le respondí, eso costaria muy poco á V. S.; siempre me ha llevado la inclinacion á las personas nobles, sus caballerosas y desembarazadas modales me encantan. Confieso verdaderamente que este es mi flaco. Siendo eso asi, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi gran amigo el señor Baltasar que tenga á bien te pases de su casa á la mia, y espero que no me negará esta gracia. Otorgósela Velazquez prontamente, y con tanta mayor facilidad cuanto mas presto se persuadió que la pérdida de un criado bribon no era absolutamente irreparable. Yo por mi parte tambien tuve muy poco que hacer en consentir gustoso á esta traslacion, pareciéndome que el servir á un mercader era cosa muy baja respecto á lo que sonaba servir á un caballero de Alcántara.

Y si he de hacer á Vds. un retrato fiel de lo que era este mi nuevo amo, debo decirles que en lo personal era de lo mas bien parecido que he visto en toda mi vida; su apacible genio y sus cortesanísimas modales le hacian tan

amable que se robaba los corazones de todos, acompañadas estas prendas de un entendimiento despejado y de un buen juicio. Fuera de eso era un hombre de mucho valor, de honradez y pundonor á toda prueba. Nada en fin le faltaba sino los bienes de fortuna. Segundon de una casa ilustre, pero pobre, vivia á espensas de una tia residente en Toledo que le suministraba cuanto habia menester para mantenerse con decencia. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas las casas era recibido con particular gusto y especial inclinacion. Frecuentaba las de las primeras damas de la ciudad, y entre otras la de la marquesa de Almenara. Era esta señora una viuda de setenta y dos años, cuyo espíritu y amabilísimas modales atraian á su casa toda la nobleza cordobesa de ambos sexos. Damas y caballeros la amaban y veneraban á competencia solicitando su amable y discretísima conversacion, de manera que se llamaba su casa *la tertulia de la buena compañia.*

Mi amo era uno de los que mas frecuentaban aquella señora. Saliendo una noche de su casa, y acompañándole yo, me pareció un si es no es azorado y pensativo, contra el ordinario temple de su natural tranquilo, alegre y sosegado. Señor, le pregunté, ¿qué tiene V. S.? Séale lícito á este su humilde y fiel criado hacerle esta pregunta. ¿Le ha sucedido á V. S. alguna cosa estraordinaria que le dé inquietud?

Sonrióse el caballero, y me confesó que verdaderamente le llevaba toda la atencion, y no podia echar del pensamiento una muy seria conversacion que acababa de tener con la marquesa de Almenara. No pude contener la risa, y le dije en tono bufonesco; vamos claros, que seria una bella cosa si esa tierna niña setentona le hubiese hecho á V. S. alguna declaracion de amor. Chanzas á un lado, Scipion; sábete que la marquesa me ama. Caballero, me dijo, os tengo tanta compasion por vuestra poca fortuna, cuanto hago aprecio de vuestra calificada nobleza. Siempre os he mirado con particular inclinacion, y por consiguiente he determinado haceros rico. No descubriendo otro medio legítimo y decente para lograrlo que el ofreceros mi mano, estoy pronta á hacerlo siempre que vos no lo repugneis. Preveo muy bien los muchos materiales que dará á la risa pública, particularmente por mi parte, el aparente ridículo de este estravagante matrimonio, y que todos me tendrán por una vieja chocha y sin cabeza. Nada me importa esto: todo lo despreciaré, y todo lo llevaré á bien, solo por poneros en estado de vivir como mereceis sin necesitar de nadie. Lo único que temo es vuestra resistencia al logro de mi intento.

Esto fue lo que me dijo la marquesa, prosiguió el caballero. Teniéndola, como la tengo, por la muger mas juiciosa, mas prudente y mas racional de Córdoba, considera lo admirado

que quedaria yo al oirla aquel discurso. Respondíla, pues, declarándola lo mucho que me habia sorprendido la grande honra que me hacia en ofrecerme su mano, cuando siempre la habia visto inmoble en la resolucion de permanecer viuda hasta la muerte. A esto me replicó y me satisfizo diciendo, que hallándose dueña absoluta de tantos bienes de fortuna y sin heredero forzoso, habia determinado hacer que á lo menos en vida entrase á disfrutarlos con ella un caballero de virtud, de honor y demas prendas apreciables. Sin duda, le repliqué yo entonces, que V. S. está ya determinado á saltar el foso y no hacer aprecio del barranco. Asi es, me respondió mi amo. La marquesa goza ricos mayorazgos, es señora de inmensos bienes libres, y por otra parte está dotada de todas las prendas de corazon y de entendimiento que se pueden desear en una muger de su esfera. Acreditaria yo que habia perdido el juicio si dejara escapar una ocasion tan ventajosa para mí, mayormente cuando por sí misma se me ha venido á las manos.

Alabé mucho su resolucion de agarrar la fortuna por los cabellos y de meter en casa el buen dia, y le exorté fuertemente á que hiciese lo posible para que cuanto antes se pusiese en ejecucion tan prudente pensamiento, tanto era el miedo que tenia de que se desvaneciese por alguna fatal imprevista contingencia. Por fortuna estaba la marquesa mas impaciente que

yo por ver efectuada su caritativa y cristiana resolucion lo mas presto que fuese posible; y asi dió sus órdenes tan apretadas y tan eficaces, que en pocos dias se dispuso todo cuanto era menester para que se celebrase la boda con la mayor magnificencia. Apenas se estendió por Córdoba la voz de que la marquesa de Almenara se casaba con Don Manrique Medrano, comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda, pero por mas que agotaron todas sus bufonadas y chocarrerías no aflojó un punto en su resolucion. Dejó hablar á los ociosos, y ella se fue muy sosegada á la iglesia con su querido Don Manrique. Celebróse su boda con magnificencia y esplendor: nueva ocasion para que la maledicencia volviese á su primer desahogo con mayores fuerzas. La carcueza novia, decian, debiera por lo menos haber ahorrado la pompa y el estruendo como impropios en la boda de una vieja decrépita que pasa á segundas nupcias con un niño tan galan como discreto.

La marquesa lejos de mostrarse acobardada y corrida por verse esposa de un mozalvete como aquel en su caduca edad, por el contrario muy de propósito se abandonaba á las mas vivas demostraciones de contento y alegría que ocupaba todo su pecho por hallarse ya en posesion de lo que tanto habia deseado. Toda la nobleza cordobesa de uno y otro sexo fue convidada á una espléndida cena y á un baile no

menos suntuoso que se siguió despues. Al fin de este desaparecieron los dos novios para meterse en un cuarto donde una dama de la marquesa y yo los estábamos esperando. Luego que se entraron en él empezaron con mas fuerza las hablillas y dichos sobre el retiro inopinado de los novios; pero estos estaban ocupados en asuntos muy serios y diferentes de los que imaginaban los maliciosos; pues asi que se cerraron en el cuarto se volvió la marquesa al caballero y le habló en esta sustancia: Don Manrique, este es vuestro cuarto, el mio está al otro estremo de la casa, y á bastante distancia de este. De noche cada uno estará en el suyo, y por el dia vivirémos juntos como madre é hijo. Al principió se quedó un poco sorprendido el caballero, pero recobrado algun tanto, le pareció que quizá la dama le hablaria en aquellos términos para empeñarle en que él la hiciese una dulce y amorosa violencia. Bajo esta equivocada aprension, juzgando que la gratitud y la buena crianza estaban pidiendo que se mostrase muy apasionado, se acercó á la marquesa, y con las mas vivas y rendidas espresiones la suplicó le permitiese el honor de servirla por aquella vez de su ayuda de cámara. Echóle de sí la marquesa con mucha seriedad, diciéndole con semblante severo y en tono enojado: deteneos, Don Manrique, ¿qué haceis? Si os parece que soy una de aquellas viudas que se casan segunda vez por fragilidad, vivis muy

equivocado; caséme con vos precisamente porque pudieseis gozar las tales cuales comodidades que os produjese nuestro contrato matrimonial. Por esta cortísima prueba de la particular estimacion que hago de vos, ni quiero, ni admitiré jamas de vuestra parte otro reconocimiento que el de una fiel, sincera y purísima amistad. Diciendo esto volvió las espaldas, dejándonos solos en el cuarto á mi amo y á mí; y retirándose ella al suyo con su criada no permitió de manera alguna que el caballero la fuese sirviendo hasta él.

Despues que se retiró quedamos los dos por un gran rato como pasmados y aturdidos de lo que acabábamos de oir, ver y palpar. Finalmente rompió el silencio Don Manrique haciéndome esta pregunta: dime, Scipion, ¿te habia pasado jamas por el pensamiento lo que acabas de ver por tus ojos, de oir con tus oidos y de tocar con tus manos? ¿Qué juicio haces de una muger como esta? Juzgo, le respondí, que ó no es muger, ó es original y única en su especie como el ave fénix. ¡O qué afortunado es V. S. en haberle tocado una muger que no tiene semejante! Esto se llama un pingüísimo beneficio simple y sin carga. Yo, prosiguió Don Manrique tomando la palabra, no acabo de admirar el raro y singular carácter de una esposa tan estimable; por mi parte quiero corresponder con todas las imaginables atenciones al gran sacrificio que ha hecho de su delicadeza.

Pasamos largo tiempo hablando siempre de la dama, hasta que rendidos al sueño yo me dejé caer sobre un colchon que estaba en la guardaropa, y mi amo se acostó en una regalada y magnífica cama que le habian prevenido en el mismo cuarto; y me parece que allá en el fondo de su corazon no le pesaria mucho dormir solo, celebrando el verse libre de la compañía de la vieja á tan poca costa como la de un miedo pasagero.

El dia siguiente se dió principio ó por mejor decir continuaron los regocijos en celebridad de la boda. Mostróse en todos ellos la marquesa tan desembarazada y de tan buen humor que añadió nuevos alimentos á las chanzonetas de los chufleteros. Lejos de formalizarse por sus chistes y equívocos, era la primera que se zumbaba á sí misma, y celebraba los dichos de los demas dándoles cordelejo para que se divirtiesen á cuenta suya. El caballero por su parte no se mostraba menos alegre ni menos contento con su nueva esposa; y al ver las finezas que la hacia, y la ternura con que la hablaba, podia parecer á alguno que estaba enamorado de la misma vejez. Aquella noche entraron los dos esposos en otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que se habian de tratar en adelante ni mas ni menos como se trataban antes del matrimonio, sin permitirse otras licencias. Todavía es menester hacer á Don Manrique esta justicia, y no defraudarle

de la alabanza que merece. Hizo por amor á su muger lo que pocos harian en iguales circunstancias. Rompió el trato que tenia con cierta damita de media estofa á quien amaba, y que le correspondia tiernamente, no queriendo, decia él, llevar adelante una amistad que necesariamente habia de ofender la delicada conducta de una esposa que le amaba con tanto desinteres y generosidad.

Mientras él estaba dando estas pruebas de fina correspondencia á tan generosa dama, la marquesa se las pagaba con usuras aunque ella las ignoraba. Hízole dueño absoluto de su bolsillo, el cual por cierto valia algo mas que el cofre de Velazquez. Fuera de eso habiendo reformado la casa y la familia durante su viudedad la restituyó al mismo pie que tenia en vida de su primer marido. Aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de generosos caballos y de valientes mulas; en una palabra, por su bizarría y por sus continuos desvelos el caballero mas pobre del órden de Alcántara de la noche á la mañana pasó á ser el mas opulento. Acaso me preguntarán Vds. ¿y qué ventajas sacaste tú de la boda? Vóiselo á decir. Mi ama me regaló cincuenta doblones, mi amo ciento; y ademas de eso me hizo su secretario, con la asignacion de cuatrocientos escudos anuales. Y aun no contento con eso, se fió tanto de mi lealtad que me declaró su tesorero.

¡Su *tesorero!* esclamé yo admirado, inter-

rumpiendo á Scipion cuando llegó á este paso. Sí señor, me respondió, con cierto airecillo serio y frio; sí señor, su tesorero. Y sin jactancia me atreveré á decir que desempeñé con honor aquel peligroso empleo. Es verdad que acaso habré quedado deudor de alguna cosilla á la caja, porque como dejé de repente el servicio del caballero, y yo me cobraba anticipadamente de mi salario, no es imposible que hubiese quedado en la cuenta algun resto de alcance contra mí. Si asi fuere, será esta la última picardigüela que me podrán echar en cara, porque desde entonces acá he vivido como hombre de bien y con la mayor rectitud, y aun conciencia.

Hallábame, pues, continuó Scipion, secretario y tesorero de Don Maurique, cuando recibió mi amo una carta de Toledo en que le daban noticia de que su tia Doña Teodora Moscoso se hallaba á los últimos de su vida. Partió en posta prontamente á dicha ciudad para asistir á una señora que de muchos años antes hacia con él oficios de madre. Acompañéle yo en aquel viage juntamente con una ayuda de cámara y un lacayo. Montamos todos cuatro en los mejores caballos de casa, y en breves dias llegamos á dicho pueblo, donde encontramos á la enferma en un estado que nos hizo esperar no moriria de aquella. Con efecto no desmintió el suceso nuestros pronósticos, aunque contrarios al de los médicos que la asistian.

Mientras la salud de nuestra buena tia se iba visiblemente restableciendo y ganando terreno cada dia, menos quizá por los remedios que la aplicaban los doctores que por el gusto de tener en casa á su querido sobrino, el señor tesorero lo pasaba alegremente divirtiéndose con la gente moza, cuyo trato le proporcionaba frecuentes ocasiones de aliviar el bolsillo, gastando bizarramente su dinero. Llevábanme consigo á las tablajerías, donde insensiblemente me empeñaban en el juego, y como no era yo tan diestro jugador como mi antiguo amo Don Abel, por lo comun perdia siempre mucho mas de lo que tal cual vez ganaba. Sin embargo poco á poco me iba aficionando á jugar; y si hubiera fomentado por mas tiempo esta pasion sin duda que muy presto me viera en necesidad de recurrir á la caja por algunas asignaciones anticipadas; pero por fortuna mia y de la caja el amor la salvó á ella y tambien á mi virtud. Pasaba yo un dia junto á la iglesia de los reyes cuando ví asomada en una celosía, cuyas portezuelas estaban abiertas, una hermosísima doncella que no ya me pareció una criatura mortal sino una deidad verdadera. Si encontrara otra voz mas espresiva me serviria de ella para hacer concebir á Vds. la grande impresion que me hizo aquella impensada vista. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella ó camarera de una hija segunda del conde de Polan.

Beatriz al oir esto interrumpió á su marido Scipion, y riendo á carcajada tendida, volviéndose á mi muger, la dijo: señora Antonia, míreme V. bien: ¿parécele en conciencia que yo tengo traza de deidad? Por lo menos entonces, la dijo Scipion, la tenias á mis ojos, y ahora, despues que enteramente quedé satisfecho de tu fidelidad, todavía la tienes mucho mas. Dada por mi secretario esta cortesana respuesta á la inocente burla de su muger, pasó adelante con su historia.

El descubrimiento que hice añadió muchos grados al ardor que ya me abrasaba, el cual, para decir la verdad, no era ardor muy legítimo. Imaginéme que fácilmente podria derribar su virtud batiéndola con presentes capaces de hacerla bambolear; pero conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente la ofrecí un buen bolsillo por medio de ciertas mugercillas mercenarias, y ademas de eso mi cuidado de repetirla los socorros; oyó con mucho enojo la propuesta, y la despreció con mayor indignacion. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último espediente. Hice que la ofreciesen mi mano, y la aceptó luego que supo ser yo secretario y tesorero de Don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y asi nos casamos en secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del conde de Polan. Luego que me casé con

Beatriz ella misma me facilitó el modo de verla y hablarla en el jardin, donde me introducia por cierta portezuela medio escusada, cuya llave me entregó. Difícilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ambos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ambos volábamos con el mismo ardor al consabido sitio, y siempre se nos hacia breve el tiempo que pasábamos en él, aunque algunas veces no dejaba de ser largo.

Una menguada noche, tan amarga para ella y para mí como habian sido dulces todas las anteriores, quedé sumamente sorprendido cuando llegué al jardin y hallé abierta la portezuela. Sobresaltóme infinito esta novedad, y entré luego en las mas negras y mas rabiosas sospechas. Sentíme pálido y trémulo, como quien ya presagiaba lo que le iba á suceder. A favor de la oscuridad y muy á paso lento me fui acercando hácia un gracioso gabinete fabricado de bojes y de mirtos con esquisito primor, que era el sitio concertado para nuestras nocturnas visitas, y cuando ya estaba inmediato á él oigo dentro una voz que me traspasó los oidos y el corazon, con estas precisas palabras: *amada Beatriz, no me hagas penar mas, acaba ya de hacerme feliz, aunque no sea mas que por asegurar tu fortuna, la cual es inseparable de la mia.* En vez de contenerme dan-

do lugar á mayor esplicacion, como lo pedia la prudencia, me pareció que ya no necesitaba oir mas, y apoderándose de toda mi alma unos rabiosos zelos, sin respirar ni dar oidos á otra cosa que á la mas pronta venganza, desenvainé la espada, entré en el gabinete, diciendo: ¡ah villano y cobarde engañador! seas quien fueres, antes de quitarme el honor será menester que me arranques la vida; y sin mas ni mas tiré una estocada al que estaba hablando con Beatriz. Púsose en defensa prontamente, y como era mucho mas diestro que yo en el manejo de las armas, puesto que nunca habia tomado mas que unas pocas lecciones de esgrima en Córdoba, riñó como hombre que sabia bien jugarlas. Sin embargo de eso le tiré una estocada que no pudo parar, y creyendo que le habia herido mortalmente porque le ví caer redondo, quizá por haber casualmente tropezado, me puse en salvo á carrera tendida sin dar oidos á las voces de Beatriz que me llamaba.

Asi fue puntualmente, interrumpió entonces Beatriz, volviéndose á los que estábamos oyendo, yo le llamaba para desengañarle y sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el gabinete era D. Fernando de Leiva. Amaba ciegamente este señor á mi ama Julia; estaba determinado á sacarla de casa para depositarla, y pareciéndole que no lo podria conseguir si yo no le ayudaba, deseó

hablar conmigo reservadamente, y yo le cité para aquel sitio con el fin de concertar entre los dos el medio mas decente y menos ruidoso de asegurar el lance, del cual me decia él que estaba pendiente su fortuna y tambien la mia. Pero en vano me cansaba yo en llamar á mi pobre alucinado esposo: no hizo caso de mis voces, ni de mis lágrimas, y me abandonó como á una muger infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Scipion volviendo á atar el hilo, era capaz de eso y mucho mas. Los que han probado qué cosa son zelos, y las locuras en que precipitan á los hombres mas advertidos y mas cuerdos, no se admirarán de la turbacion que levantaron en mi poca y miserable cabeza. En un momento sucedieron dentro de mi corazon los movimientos del mas implacable odio á los ternísimos é impetuosos afectos de amor que un instante antes sentia por mi muger. Hice solemne juramento de abandonarla y de desterrarla para siempre jamas de mi memoria. Por otra parte, persuadido erradamente á que habia muerto á un caballero, y temeroso de caer en manos de la justicia, padecia aquel continuo pavoroso sobresalto que tiene en perpetua agitacion á los que han cometido algun delito. Viéndome en tan horible situacion, solo pensé en ponerme en salvo, y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que lo que tenia á cuestas. Es verdad que

por fortuna hallé en el bolsillo hasta unos sesenta doblones: recurso no despreciable para un pobre mozo que tenia hecho el ánimo á no pasar de criado en toda la vida.

Caminé, ó por mejor decir corrí toda aquella noche, dándome estraordinario vigor la memoria de los alguaciles, que incesantemente se representaban á la imaginacion siguiéndome á las espaldas. Amanecí entre Rodillas y Maqueda. Cuando llegué á este último pueblo, sintiéndome un poco fatigado, entré en la iglesia, que acababan de abrir, hice una breve oracion y sentéme en un banco. Púseme á pensar en el estado en que me veia, el cual no me daba poco cuidado; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego sentí tres ó cuatro chasquidos ó latigazos que me hicieron creer pasaba por alli algun alquilador ó calesero. Con efecto era asi, porque movido de la curiosidad fui á la puerta de la iglesia, y ví á un alquilador montado en una mula llevando de reata otras dos. Para, amigo, para, le grité. ¿A dónde van esas mulas de vacío? A Madrid, me respondió. En ellas vinieron dos religiosos dominicos á este pueblo, y ahora me vuelvo con las mismas de retorno.

Vínome la gana de ir á Madrid aprovechando esta ocasion. Ajustéme con el alquilador, monté en una de sus mulas, y partimos para Illescas, donde pensábamos dormir aquella noche.

Aun no bien habiamos salido de Maqueda, cuando mi buen alquilador, hombre como de treinta y cinco años, comenzó á cantar salmos, himnos y responsos, esforzando la voz hasta desgañitarse. Empezó por el invitatorio de los maitines en el tono gregoriano que se cantan en el coro; prosiguió con varios salmos; pasó despues al introito de la misa, cantó el gloria y el credo como en las misas solemnes. Dió principio á las vísperas, y me espetó todos los salmos de ellas, sin hacerme siquiera gracia del *Magnificat*. Aunque verdaderamente me aturdia las orejas y me tenia medio atolondrado, no podia menos de reir á carcajada tendida, tanto que le estimulaba á que cantase cuando él cesaba en su música para cobrar aliento. Animo, amigo, le decia, ánimo, y no lo dejes tan presto; ya que el cielo te ha regalado con tan buenos pulmones, es lástima que no te aproveches de ellos, y mas usándolos como los usas en cosas tan buenas y tan santas. Oh, señor, me respondió, loado sea Dios, en nada me parezco á la mayor parte de los de mi oficio, que se diria no saben cantar sino canciones puercas ó lascivas. Yo jamas canto ni aun los romances sobre nuestras guerras y batallas con los moros, porque son cosas á lo menos frívolas cuando no sean deshonestas. A la verdad, le dije, eres de delicadísima conciencia, lo cual no es la cosa mas comun en alquiladores y caleseros. Pero dime la verdad: ¿siendo tan escru-

puloso, y con mucha razon, en materia de canciones, eres igualmente casto con las mozuelas bien parecidas que encuentras en los mesones y en las posadas? No lo dude V., me respondió; de ninguna cosa me precio mas que de la continencia en esos sitios tan peligrosos; en ellos solo atiendo á cuidar de mi ganado. No quedé poco admirado de oir hablar con tanta religion y con tanta honestidad á aquel raro fénix de los alquiladores; túvele por buen cristiano y de buen entendimiento, tanto que volví á entablar conversacion con él luego que me acabó de cantar todo su breviario, y aun todo el misal entero.

Llegamos á Illescas hácia la entrada de la noche. Luego que nos apeamos en el meson, dejé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena. Dióme palabra de hacerlo, y añadió: dispondré una cena tal que se acordará su merced de este meson, y de mí por todos los dias de su vida. Pregunte su merced á su alquilador quién soy yo. Desafiaré á todos los mas celebrados cocineros de Madrid y de Toledo á que hagan una olla podrida mas sabrosa ni mas delicada que las que yo sé aderezar y componer. Esta noche le presentaré á su merced un conejo guisado de mi mano, y despues me dirá si he ponderado ó no cuando he alabado tanto mi habilidad. Dicho esto me mostró en una cazuela un conejo divi-

dido ya en proporcionados trozos. Esta es, añadió, la cena que pienso dar á su merced despues que le haya guisado, echándole un poco de pimienta, sal, vino y ciertas yerbecitas olorosas y otros ingredientes y especias que yo sé, y dan gran sainete á mis guisados. Espero servir á su merced un plato que sin vergüenza se pudiera presentar aunque fuese mesmamente á un señor canónigo.

Hecho este elogio comenzó el mesonero á disponer la cena. Mientras tanto yo me entré en una sala y me eché en un colchon que habia alli, donde luego me quedé dormido por no haber descansado nada la noche antecedente. Pasadas dos buenas horas me vino á dispertar el alquilador, diciendo: señor, venga V. á cenar, si gusta. Estaba aparejada en la sala una mesa con dos solos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo. Apenas me senté cuando me tiré á la cazuela con una ansia que parecia no haber comido bocado en muchos dias; probé el guisado y le hallé delicadísimo y de escelente gusto, ya fuese porque el apetito me le representaba tal, ó ya por el sainete que verdaderamente le daban los esquisitos ingredientes del mesonero. Observé no obstante que mi compañero ni siquiera le probó, y que solamente hizo el honor al segundo plato, que era de carnero asado. Preguntéle por qué no habia tocado al otro, siendo asi que era esquisito. Y él me respondió medio riéndose, que no gustaba de

guisotes. Asi la respuesta como la risita me hicieron sospechar que habia algun misterio. Apuréle para que me dijese la verdad, y él me respondió: ya que V. la desea saber le diré con ingenuidad que no puedo ver estos guisados, porque temo que me arañen y me agujereen las tripas, despues del lance que me sucedió caminando á Cuenca desde Toledo, en cuyo viage dormí en un meson donde me dieron por cena un gato, vendiéndomele por un regalado conejo, y desde entonces no puedo arrostrar estos malditos guisados.

Apenas oí esto cuando de repente se me fue todo el apetito en medio de la hambre que me roia las entrañas. Dí por asentado que me habia engullido un gatazo, y comenzó á revolvérseme el estómago, de manera que con solo mirar á la cazuela me venia gana de vomitar. El arriero, lejos de desvanecerme ó disminuirme aquella aprension, me la confirmó mas y mas, diciéndome que aquella especie de *quid pro quo*, esto es, de dar gato por liebre, era muy frecuente en mesones y pastelerías: discurso que como Vds. pueden pensar no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó toda la gana, no ya de volver á probar el guisote mas ni siquiera de mirar el asado. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al meson y al mesonero; volvíme á tender sobre el colchon, y pasé la noche con mas quietud de la que podia esperar. El dia siguiente me levan-

té al amanecer, pagué al mesonero mucho mas de lo que merecia lo que me habia regalado, y salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en lo que me habia sucedido, que me parecian gatos todos los animales que se me ponian delante.

Entramos en Madrid no muy tarde, y pagué á mi alquilador despues de haberme apeado en una posada muy decente en la Puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban bastantemente acostumbrados al gran mundo, no dejó de hacerme novedad y de causarme admiracion la vista de tantos señores y de tanta grandeza, particularmente en los barrios inmediatos al palacio del rey. Pasmóme el prodigioso número de coches y la gran multitud de gentiles-hombres, de pages y de lacayos que iban sirviendo á los grandes. Subió á lo sumo mi admiracion cuando habiendo tenido modo de ver comer al rey, ví á este monarca rodeado de cortesanos y señores. Quedé absolutamente encantado á vista de tal espectáculo, y dije para conmigo: ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la corte para hacer concepto cabal de su magnificencia. Celebré infinito la fortuna de haberla visto, y aun sentí dentro de mí no sé qué secretos prenuncios de que quizá algun dia haria yo tambien en ella mi poco de papel. Pero al cabo no hice otro que el de introducirme y hacer algunos conocimientos inútiles. Poco á poco fui gastando todo mi dinero, y me

hallé en estado tal que me tuve por muy dichoso en haberme acomodado con un pedante de Salamanca que se hallaba en la corte, donde habia nacido, á negocios de familia; y yo le conocí casualmente. Llegué con el tiempo á ser sus pies y sus manos, tanto que cuando se restituyó á su universidad me llevó en su compañía.

Llamábase Don Ignacio de Piña este mi nuevo amo. Él mismo se tomó el *Don* por haber sido ayo y maestro de no sé qué duque, el cual acabada su educacion le habia dejado una mediana renta: gozaba otra por catedrático jubilado de la universidad, y ademas de eso le valian cincuenta ó cien doblones los libros dogmáticos y de moral que daba á la estampa cada año. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Ocupaba todo el dia en leer autores hebreos, griegos y latinos; escribia en medias cuartillas de papel todos los apotegmas, sentencias y dichos agudos que encontraba en ellos; conforme iba llenando las cuartillas las iba enhebrando en un largo alambre, como regularmente lo hacen los boticarios con las recetas fiadas que van despachando. Cuando ya habia ensartado el papel que le parecia bastante para formar un grueso tomo, dábalos luego á la imprenta, y de esta manera, ¡válgame Dios y con cuántos malos libros regalábamos al público! Apenas se pasaba mes alguno sin dar á luz algun tomo: sudaba y gemia

la prensa, y el bolsillo de mi amo se alegraba. Lo mas admirable era que todos aquellos centones y antiquísimos fárragos pasaban por cosas nuevas y esquisitas. Si algun crítico avinagrado no lo podia sufrir, y hacia ver al público y al mismo autor que era un mero compilador, y un miserable plagiario, él se quedaba muy fresco y solo respondia con grandísimo descaro: *furto lætamur in ipso.*

Fuera de eso era un furiosísimo comentador, es decir, un moledor pesadísimo, porque hacia largos y muy ridículos comentos sobre las cosas mas frívolas y mas baladíes, que tanto importaba ignorarlas como saberlas, cargándolos de notas inutilísimas atestadas de una erudicion pedantesca. Y como llenaba sus cartapacios de pasages de Hesiodo y de otros autores antiguos, aunque por lo comun malísimamente traidos, no dejaba yo de aprovechar en casa de este sabio. A la verdad seria ingratitud negarla; pues á lo menos á fuerza de copiar sus cuadernos me perfeccioné en la letra, y poco á poco fui aprendiendo á escribir decentemente, considerándome no ya como su criado sino como discípulo suyo, y mas cuando él mismo ilustraba mi entendimiento sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á entender que algun otro criado habia hecho alguna picardía: Scipion, me decia, guárdate bien, hijo mio, de hacer lo que ha hecho este bribon; un criado debe esmerarse en servir lealmente á

su amo y mirar con horror la pereza. En una palabra, no perdia ocasion Don Ignacio de exhortarme á la virtud, y sus palabras me hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví no tuve ni la mas mínima tentacion de jugarle alguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la menor picardigüela.

Ya dejo advertido que el doctor Piña era oriundo de Madrid, donde tambien habia nacido. Tenia una parienta que se llamaba Catalina, y era criada de la ama que habia criado al príncipe de Asturias. La tal parienta, que fue la misma de quien me valí para sacar al señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio, empeñó á su ama para que le solicitase algun beneficio con el duque de Melar. El ministro lo hizo arcediano de Granada, porque habiendo sido aquel reino conquistado, todas las prebendas son del patronato real y á nombramiento del rey. Luego que tuvimos esta noticia partimos á la corte, porque quiso el doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á tomar posesion de su arcedianato. Con esta ocasion las tuve frecuentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y de mi desembarazo. A mí no me gustó menos la mozuela, y tanto que no pude dejar de corresponder á ciertas contraseñas de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion, nos

enamoramos uno de otro. Perdóname, Beatriz amada, como á la sazon te tenia por infiel, es muy perdonable aquel yerro mio.

Mientras tanto el doctor Don Ignacio se iba disponiendo para partir á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbritrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho con todas las demostraciones del hombre mas oprimido del mundo. Mi amo mandó venir prontamente á un doctor, de lo cual me estremecí temiendo descubriese la trampa, pero me engañé; pues habiéndome pulsado, arqueando los ojos y acompañando esta muda pero significativa espresion con ótros gestos enfáticos, me dijo boniticamente, y como si estuviera de acuerdo conmigo, que bien observados los síntomas hallaba ser mi enfermedad mas seria de lo que parecia, y que verisímilmente no me levantaria tan presto de la cama. Como el doctor estaba impaciente por presentarse cuanto antes en su catedral no tuvo por conveniente diferir mas su viage: y asi tomó otro criado para que le sirviese en él; entregóme á un enfermero, y me dejó algunos pesos para pagar mi entierro si moria, ó por gratificacion de mis servicios si escapaba con vida.

Luego que Don Ignacio partió para Granada me hallé libre de todos mis males. Levantéme, despedí al médico que habia dado tanta

prueba de su gran penetracion, y me deshice del enfermero, el cual se habia ya engullido la mitad de lo que el amo me habia dejado. Mientras yo estaba representando mi papel, Catalina hacia otro muy diferente con su ama Doña Ana de Guevara. Dióla á entender que yo era un hombre de gran talento para manejar cualquier asunto que pidiese arte y destreza. Tenia la tal señora algun gusto y apego al dinero, y por consiguiente era muy dada á todos los manejos que sin deshonor lo pudiese producir, para lo cual tenia necesidad de criados y confidentes como yo. Asi que tardé poco en hacer las pruebas de mi habilidad. Encargóme algunas comisiones delicadas que pedian actividad y maña, las que sin vanidad puedo asegurar que desempeñé á su satisfaccion, por lo que quedó tan contenta de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan avara que nada me tocaba de lo mucho que la producian mis manipulaciones y mi industria. Pareciala que solo con pagarme puntual y exactamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este esceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa á no haberme detenido en ella la inclinacion á Catalina, la cual inflamándose cada dia mas y mas me propuso finalmente un dia que nos casásemos.

Poco á poco, la respondí, querida mia; esta ceremonia (y quédese esto entre los dos) no la podemos hacer tan prontamente; para eso

es menester esperar la muerte de cierta jovencita que te previno, y con quien por mis pecados estoy ya casado. A otro perro con ese hueso, replicó Catalina, ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesmente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano la hice mil protestas de que la decia la pura verdad: no hubo forma de creerme, y pareciéndola que mi sincera confesion era un embusterísimo pretesto, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion pero refriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó nuestro trato en los precisos términos que no se podian negar á la crianza y al bien parecer.

Hallábame en este estado cuando supe que el señor Gil Blas de Santillana, secretario del primer ministro del rey católico de las Españas se hallaba á la sazon sin lacayo. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podia aspirar. El señor de Santillana, me dijeron, es un caballero de gran mérito, un mozo sumamente querido y estimado del duque de Melar, á cuya sombra no puede menos de hacer una gran fortuna; ademas de eso es de un corazon generoso y lleno de bizarría; haciendo tú sus negocios no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion, presentéme al señor Gil Blas, por quien sentia acá dentro de mí no sé qué secreta inclinacion,

agradó le misonomía, recibióme en su servicio, y no dudé un punto abandonar por él la casa de la señora Doña Ana, esperando en Dios que este señor será el último de mis amos.

Asi concluyó su historia el buen Scipion; y volviéndose despues á mí me habló en estos términos: señor de Santillana, hágame V. S. el favor de atestiguar á estas damas como V. S. siempre me ha esperimentado criado fiel y lleno de zelo á su mayor servicio. He menester este testimonio para persuadirlas que el hijo de la Cosculina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon y en sus operaciones virtuosos y honrados pensamientos.

Sí, señoras, dije yo entonces. Asi es como lo dice Scipion, y asi lo testifico yo sobre la fe de mi palabra y de mi honor. Si en su niñez, y aun en su primera juventud, hizo algunas picardías, se enmendó tanto despues, que verdaderamente se le puede llamar ejemplar y modelo de un perfecto servidor. Lejos de tener nada de que quejarme ni que reprender en la conducta que ha tenido desde que está en mi casa, debo confesar por el contrario que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al alcázar de Segovia libertó mi casa del pillage, y puso en seguridad una parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber atendido á la conservacion

de mis bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO UNDÉCIMO.

****

CAPITULO PRIMERO.

Del mayor gusto que Gil Blas tuvo en su vida, y del funesto accidente que le turbó. Novedades sucedidas en la corte que fueron causa de que Gil Blas volviese á ella.

Ya dejamos dicho que Antonia y Beatriz se acordaban admirablemente las dos; la una acostumbrada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardariamos poco tiempo en ser padres. Con efecto fue asi, porque ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fue la primera que parió y dió á luz una bellísima niña; siguióla Anto-

nia poco despues, llenándonos de alegría con un niño no menos hermoso que rollizo. Mi secretario fue luego en posta á Valencia con ésta alegre noticia. El gobernador vino inmediatamente á Liria en compañía de Serafina y de otra señora, que era la marquesa de Pliego, á sacar de pila á los recien nacidos, teniendo el gusto de hacernos esta nueva honra y darnos esta prueba mas de su amor y de su cordialidad, sobre tantas otras como nos habian dado. El gobernador y la marquesa se brindaron á ser padrinos de mi hijo, y quisieron ponerle el nombre de Alfonso. La gobernadora me dispensó tambien el honor de que fuese compadre suyo por dos títulos, ofreciendo ser madrina juntamente conmigo de la hija de Scipion, á quien llamamos Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente fue celebrado en mi casa: celebráronle tambien todos los vecinos de Liria, para que todos conociesen el amor que todo el lugar profesaba á su señor. ¡Mas ah! ¡y qué poco duró nuestra alegría! muy presto se convirtió toda en gemidos, en llantos y en lamentos, por un suceso que en mas de veinte años no le he podido olvidar, y le tendré siempre tan presente como el mismo dia en que sucedió. Murió mi querido hijo, y pocos dias despues le siguió su buena madre, sin embargo de haber tenido el parto mas feliz; pero la sobrevino una maligna y violenta calentura que me la arrebató á solos catorce meses

de nuestro matrimonio. El lector podrá concebir, si le fuere posible, hasta dónde llegaria mi dolor; caí en un abatimiento, y en una estupidez inesplicable; parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir lo que habia perdido. Pasé cinco ó seis dias en tan lamentable estado sin querer ni poder tomar alimento alguno, y creo que á no ser por Scipion me hubiera dejado morir de hambre, ó hubiera perdido enteramente el juicio; pero mi sagaz y fidelísimo secretario supo divertir mi dolor, y poco á poco irme conduciendo á la debida resignacion y cristiana conformidad. Halló modo de hacerme tomar algunos sorbos de caldo, presentándomelo con un semblante tan triste que parecia me le ponia delante menos por entretener mi vida que por fomentar mi afliccion. Este fino criado escribió al mismo tiempo á Don Alfonso informándole de las desgracias que me habian sucedido y de la miserable situacion en que me hallaba. Vino volando á Liria aquel señor tierno y compasivo, no menos que generoso amigo. No puedo acordarme sin enternecerme de lo que me dijo luego que me vió. Amado Santillana, me dijo echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, asi como tú irias á llorar conmigo la de mi adorada Serafina si el Señor me la hubiera llevado. Con efecto derramó algunas lágrimas, acompañando las suyas con las mias. En

medio de que la tristeza me tenia fuera de mí, no dejaron de escitar en mí un vivo reconocimiento las bondadosas demostraciones del nobilísimo corazon de Don Alfonso.

Ademas de eso tuvo una larga conversacion con Scipion sobre los medios que se podian tomar para divertir mi dolor y consolarme. Juzgaron muy cuerdamente que el primero de todos debia ser sacarme de Liria, donde cuanto veia me renovaba á cada momento la memoria de mi Antonia. Convenidos en esto me propuso el hijo de Don César si queria ir con él á Valencia. Scipion esforzó tanto esta proposicion, que no pude menos de aceptarla. Dejé, pues, á mi secretario y á su muger en la quinta, donde no veia cosa que no aumentase mi melancolía, y partíme á Valencia con el gobernador. Luego que me vieron en su casa Don César y su nuera no perdonaron á medio alguno para alegrarme y divertirme; hicieron cuanto pudieron discurrir para disipar mis negros pensamientos; pero estaba tan poseido de una sombría tristeza que nada pudieron conseguir. Nada omitia tampoco por su parte Scipion de cuanto creia pudiese contribuir á restuirme en mi antigua tranquilidad. Venia frecuentemente á Valencia para informarse por sí mismo de mi verdadera constitucion, y se volvia á Liria mas alegre ó mas triste, segun me veia mas ó menos dispuesto á consolarme. Esta señal de su fidelidad y afecto mereció entonces, y aun despues, todo mi agradecimiento.

Una mañana entró muy azorado en mi cuarto, y me dijo: señor, corre por la ciudad una voz que interesa á toda la monarquía. Se dice que ha muerto el rey, y que ya ocupa el trono el príncipe su hijo. Añaden que el cardenal duque de Melar fue retirado de su empleo con prohibicion de presentarse en la corte, y que está ya en posesion de primer ministro el conde de Valdeories. Esta noticia me conmovió algun tanto sin saber por qué. Conociólo Scipion, y me preguntó si me interesaba algo aquella gran novedad. ¿En qué quieres que me interese? le respondí con viveza, y al parecer no sin algun enfado: dejé á la corte de una vez, y todas sus mudanzas son y deben ser para mí una cosa muy indiferente.

En verdad, señor, me replicó mi honrado criado, que para un mozo de su edad está V. demasiadamente desprendido del mundo. Si yo me hallara en su pellejo no dejaria de tentarme mucho la curiosidad. Iria á Madrid, aunque no fuera mas que por ponerme delante del nuevo rey, y tener el gusto de ver si se acordaba ó no de haber visto alguna vez mi cara. Esta diversion no la perdonaria. Ya te entiendo, repuse yo. Tú quisieras que volviera á embarcarme en el gran mundo y á probar fortuna, ó por mejor decir á ponerme otra vez en tentacion de ser injusto, avariento y codicioso. No, amigo, espero en Dios que no te verás en ese espejo. ¡Pues qué! volvió á replicarme Scipion, ¿toda-

vía teme Vd. que el mundo le estrague sus buenas costumbres? Tenga V. mas confianza en Dios, y en su natural propension á la virtud. Yo salgo por fiador de estas. Las cristianas reflexiones que ha hecho despues de su desgracia sobre los peligros y lazos de la corte son muy propias para precaverle de ellos. Asi que no se acobarde V. y vuélvase á embarcar animosamente en un mar, cuyos escollos tiene tan de antemano previstos y perfectamente conocidos. Calla, necio adulador, le interrumpí medio sonriéndome; ¿qué? ¿estás ya cansado de verme quieto y tranquilo? Creia yo que te mereciese mas amor mi paz y mi sosiego.

Aqui llegaba nuestra conversacion cuando se dejaron ver en mi cuarto Don César y su hijo. Confirmáronme entrambos la noticia de la muerte del rey, y la desgracia del cardenal duque de Melar; añadiendo que habiendo este pedido licencia para retirarse á Roma no la pudo conseguir, antes bien se le mandó que fuese á vivir en su marquesado de Nedia. Despues como si estuvieran ambos de acuerdo con mi secretario, me aconsejaron que partiese á Madrid y me presentase al nuevo rey, puesto que ya me conocia, y le habia hecho aquella especie de servicios de que jamas se olvidan los grandes ni los soberanos para recompensarlos con gusto particular. Yo á lo menos, dijo Don Alfonso, no tengo la menor duda de que el rey se acordará de los tuyos, ni de

que deje de pagar las deudas que contrajo el príncipe de Asturias. Lo mismo siento yo, dijo Don César, y aun el corazon me está diciendo que el viage de Santillana á la corte, le ha de abrir camino á los mayores empleos.

Perdónenme, señores, esclamé yo entonces, si me propaso á decirles que me parece no han pensado mucho lo que me aconsejan. Segun el modo con que Vds. se esplican dan á entender uno y otro que estan persuadidos á que solo con dejarme ver en Madrid lograré la llave dorada, ó á lo menos uno de los mejores gobiernos. Quiero sacarles de este error. Tan lejos estoy de pensar como Vds. piensan, que vivo en el firme concepto de que el rey, aun cuando yo me ponga en su presencia, ni siquiera reparará en mí, y solo por desengañarlos, ya que lo quieren asi, digo que iré á hacer la prueba. Tomáronme luego la palabra los señores de Leiva, y me apuraron tanto, que no pude menos de prometerles que cuanto antes partiria á Madrid. Cuando mi secretario oyó esto se llenó de una inmoderada alegría, imaginándose que lo mismo seria ponerme delante del rey, aunque fuese confundido entre la turba multa, que distinguirme entre todos, llamarme por mi nombre, hacerme mil favores y finezas, llenándome de honores y de bienes. Sobre este pie, forjando en su fantasía mil quimeras, me consideraba ya elevado á los primeros cargos de la monarquía, y él mismo se figuraba superior á

todo el mundo arrimado á mi soñada elevacion.

Dispúseme, pues, para mi viage á la corte, no ya con el pensamiento de volver á incensar á la fortuna, sino precisamente por complacer á Don César y á su hijo, á quienes se les habia metido en la cabeza, y esto sin la menor duda, que inmediatamente me levantaria con toda la gracia y confianza del soberano. La verdad es que á mí tambien me picaba un poco la curiosidad de ver si el rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza ni aun pensamiento de lograr la mas mínima ventaja en el nuevo reinado, tomé el camino de Madrid acompañado de Scipion, dejando el cuidado de mi hacienda á Beatriz, con entera satisfaccion de que todo lo gobernaria bien.

CAPITULO II.

Parte Gil Blas á Madrid, déjase ver en la corte, reconócele el rey, recomiéndale á su ministro, y efectos de esta recomendacion.

En menos de ocho dias llegamos á Madrid, habiéndonos dado Don Alfonso los mejores caballos que tenia para que hiciésemos el viage con mayor diligencia. Apeámonos en el meson de Vicente Forero, mi antiguo huésped, quien me alojó en el cuarto principal, mas que decentemente alhajado.

Era el mesonero un hombre que se preciaba

de estar muy informado de todo lo que pasaba en la corte y en el pueblo, y como ya sabia yo que adolecia de esta presuncion, le pregunté ¿qué habia de nuevo? muchas cosas, me respondió prontamente. Luego que murió el rey los parciales del cardenal duque de Melar jugaron muchos resortes para mantenerle en el ministerio, pero todo fue inútil, porque el conde Valdeories pudo mas que todos ellos. Quieren decir que la España nada fue á perder en esto, porque el nuevo primer ministro es capaz por sí solo de gobernar la monarquía, y aun el mundo entero. Lo que no admite duda es que la nacion ha concebido las mayores esperanzas de su gran capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del duque de Melar llena ó no llena el puesto que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Forero en una conversacion tan de su genio, me hizo una muy menuda relacion de todas las novedades que habian acaecido en la corte desde que el duque de Melar habia sido removido, y pasado á otras manos el timon de la monarquía.

Dos dias despues de mi llegada á Madrid me fui á palacio cuando ya el rey habia acabado de comer, y de propósito me puse en un sitio por donde necesariamente habia de pasar al restituirse á su cuarto. Con efecto transitó por alli su magestad, y ni aun siquiera me miró. Volví el dia siguiente al mismo sitio y tuve la misma fortuna que el anterior. Repetílo

tercera vez, y entonces me dió una ojeada, pero sin la menor señal de haberle merecido atencion mi persona. ¿Haslo visto por tus propios ojos? dije entonces á Scipion. ¿No ves que el rey no me ha conocido, ó si me ha conocido no ha hecho el menor caso de mí? Lo mas acertado será volvernos por donde hemos venido. Poco á poco, señor, me respondió mi secretario, no hay que darnos tanta priesa. Sabe Vd. mejor que yo que para negociar en la corte es menester sorna y paciencia. No deje Vd. de ponerse delante del rey siempre que pueda. ¿Quién sabe si á fuerza de ver tantas veces delante de sí un objeto, caerá finalmente en cuenta y volverán á representarse con viveza en su imaginacion las facciones de su antiguo y fiel agente con la bella Catalina?

Solo porque Scipion no tuviese que reconvenirme ó echarme en cara con el tiempo, me reduje por complacencia á darle gusto y á continuar diariamente la misma maniobra por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que el rey, ó cansado ya de verme, ó dándole golpe mi diaria presencia, me mandó llamar. Entré en su cámara, no sin grande sobresalto y turbacion, viéndome solo y mano á mano con mi rey y señor. ¿Quién eres? me preguntó inmediatamente, porque me parece haberte visto otra vez, mas no caigo en cuenta de tu nombre. Señor, le respondí con voz trémula y cortada, soy uno que en cierta ocasion tuve la

honra de conducir á V. M. en compañía del conde Sumel á casa de la señora..... Ah! ah! interrumpió el príncipe, ahora sí que me acuerdo. Tú eras secretario del duque de Melar, y tu nombre, si no me engaña la memoria, ha de ser *fulano Santillana*. No me he olvidado de que en aquel lance me serviste con zelo, ni tampoco de que fueron muy mal pagados tus servicios. Dime: ¿no es asi que estuviste preso por la tal aventura? Sí señor; seis meses estuve por ella en el alcázar de Segovia; pero al cabo debí á vuestra real bondad que me hiciese salir de él. Eso, respondió el monarca, no desempeñó la obligacion que contraje con Santillana; no basta haber hecho que se le pusiese en libertad, debo premiarle tambien lo mucho que padeció por haberme servido tan fielmente.

Al acabar el rey de decir estas palabras entró en el gabinete el conde Valdeories. Todo sobresalta, y todo se hace sospechoso á los favoritos de los soberanos. Sorprendióse estrañamente el conde cuando vió mano á mano con el rey á un hombre desconocido, pero quedó mucho mas sorprendido, cuando volviéndose S. M. al ministro le dijo: conde, pongo en tus manos á este buen hombre; te encargo que le dés algun empleo y procures adelantarle. Afectó el ministro recibir la órden del rey con la mayor sumision y complacencia, y mirándome con mucho cuidado de pies á cabeza,

se salió pensativo y deseoso de saber quién era yo. Vete en paz, amigo, me dijo entonces el rey, haciéndome señal de que me retirase: no dudes, añadió, que el conde te empleará en alguna cosa de mi servicio, de tu honor y de tu mayor conveniencia.

Salí del gabinete y fuime derecho á donde me estaba esperando el fiel Scipion, muy impaciente por saber lo que habia pasado en la audiencia del monarca. Inmediamente que me vió me preguntó muy azorado, ¿qué tenemos de nuevo? ¿hemos de volvernos luego á Valencia, ó mantenernos todavía en la corte? Tú lo podrás juzgar, le respondí; y contéle palabra por palabra todo lo sucedido en el breve rato que estuve con el rey. Y bien, repuso Scipion, en el primer transporte de su alegría: ¿se burlará otra vez V. de mis pronósticos? Confiese ya, mal que le pese, que ni los señores de Leiva ni yo discurriamos tan mal cuando le instábamos tanto sobre que se presentase luego en Madrid. Ya tengo yo destinado en mi mente el puesto que ha de ocupar; esté V. cierto de que será el Roncal del conde Valdeories. No lo permita Dios, le respondí; eso es justamente lo que yo no quiero, porque es un empleo rodeado de precipicios y lleno de tentaciones. Acordándome de lo que abusé en otro muy semejante en tiempos pasados, no debo fiarme de mí, ni esponerme temerariamente á las ocasiones de precipitarme en la ambicion y en la avaricia, y

asi solo apetezco un empleo donde no tenga facultad para hacer injusticias, y en que pueda servir al rey, á la patria y á algunos amigos. Animo, señor, me replicó Scipion, el ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar dignamente sin perjuicio de vuestro honor ni de vuestra conciencia.

Movido mas de las instancias de Scipion que de los impulsos de mi curiosidad, madrugué al dia siguiente mucho antes de la aurora, y me fui derecho á casa del conde Valdeories, noticioso de que aquel ministro se levantaba todos los dias dos horas antes de amanecer, y que con luz artificial daba audiencia á los que querian hablarle á aquellas horas. De propósito me arrimé en un rincon de la sala por modestia ó por encogimiento, y desde alli observé al conde muy á mi satisfaccion luego que se dejó ver, porque en palacio muy de estudio le habia mirado poco. Era un hombre de menos que mediana estatura, que podia pasar por gordo en un pais donde son pocos los que no inclinan á flacos; las espaldas tan elevadas, y tan hundida en ellas la cabeza, que mirado de frente se representaba giboso, aunque no lo era en realidad; la cabeza tan gruesa y tan pesada que no pudiendo sostenerse derecha, naturalmente se dejaba caer como derribada sobre el pecho; cabello negro y laso, cara larga, color aceitunado, barba puntiaguda, y un si es no es elevada en arco caminando á dar con la nariz, lo

que hacia parecer la boca como escondida ó encubierta.

El conjunto de estas facciones no le representaban á la verdad un señor muy galan. Con todo eso, como yo me le figuraba inclinado favorablemente hácia mí, le miré con cierta aficion y no me pareció tan feo como era. Fuera de eso recibia á todos de un modo tan apacible y grato, tomaba los memoriales que le presentaban con tan buena gracia, que estas bellas modales suplian con ventajas todo lo que podia faltar de recomendacion á su irregular figura. Sin embargo cuando yo me acerqué para saludarle y para que me reconociese, me miró con ojos ceñudos y centelleantes, me volvió como enfadado las espaldas, y sin darme tiempo á que le dijese una palabra, se entró arrebatadamente en su gabinete. Entonces sí que me pareció aquel señor tan feo como lo era en realidad, y quizá mas. Salí de la sala verdaderamente aturdido, sin ver la tierra que pisaba, pasmado de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo á qué atribuir aquella estraña novedad.

Encontréme luego con Scipion que me estaba esperando á la puerta, y díjele inmediatamente: ¿á que no sabes cómo me ha recibido el ministro? No lo sé, me respondió, pero es bien fácil adivinarlo. Atentísimo el ministro á complacer al soberano, os recibiria con mil demostraciones de estimacion y de cariño; os

ofreceria su amistad y todo su valimiento, concluyendo con proponeros varios empleos á cual mas considerables, y dejaria en vuestra mano la eleccion. Sí, por cierto, repuse yo: asi fue ni mas ni menos; solo que te engañas miserablemente, pues sucedió todo lo contrario. Referíle entonces el lance conforme habia pasado, oyóme con atencion, y me dijo: una de dos, ó el conde no conoció á V., ó sin duda le tuvo por otro. Mi parecer es que le vuelva V. á ver, y no dude que le recibirá con mejor cara. Tomé el consejo de Scipion; púseme segunda vez en presencia del conde, y este me recibió todavía peor que la primera; miróme con un terrible sobrecejo, y sin hablarme palabra me volvió luego las ancas retirándose á su gabinete con ademan desdeñoso y enfadado, como si le molestase mi presencia.

Llegáronme al alma tan repetidos desaires, y fue tal mi despecho que determiné volverme á Valencia aquel mismo dia; pero á esto se opuso Scipion con todas sus fuerzas, no pudiendo resolverse á renunciar las grandes esperanzas que habia concebido. ¿No conoces, le dije yo, que el conde tiene gana de alejarme de la corte? Habiendo visto él mismo la inclinacion con que me mira el monarca, y oido las espresiones con que me recomendó, ¿no basta esto para que su favorito entre en zelos, me mire con malos ojos y me aborrezca de muerte? Cedamos, pues, al tiempo, y hagamos voluntaria

esta cesion sin esperar á que nos fuerce á ello la violencia; rindámonos al poder de un enemigo tan superior. Señor, me replicó, encendido en cólera contra el conde Valdeories, si yo fuera de vos me iria á echar á los pies del rey, y no abandonaria cobardemente el terreno, antes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el ministro habia hecho de su real recomendacion. ¡Malísimo consejo! esclamé yo; si diera un paso tan imprudente presto me arrepentiria de él. Lejos, de eso, aun sin haberle dado ni pensar en darle jamas no sé si estamos seguros en esta villa.

Cuando mi secretario me oyó hablar de esta manera entró dentro de sí mismo, y considerando que las habiamos con quien de un instante á otro podia volvernos á encerrar en el alcázar de Segovia, conoció al fin que yo tenia razon, y no oponiéndose ya á mi pensamiento de dejar cuanto antes á Madrid, quedamos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

CAPITULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en ejecucion el pensamiento de abandonar la corte, y del importante servicio que le hizo su amigo José Navarro.

Al restituirnos al meson encontré en la calle á José Navarro, aquel primer oficial en la oficina de D. Baltasar de Zuñiga. Lleguéme á hablarle, aunque acordándome de cuán mal me habia portado con él: saludéle cortesmente, y le pregunté si me conocia, y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo, que verdaderamente habia correspondido mal á su amistad y á sus finezas. ¿Luego V. mismo confiesa, me respondió, que no se portó bien conmigo? Sí señor, le dije yo, confiésolo francamente, y añado que tendrá V. mil razones para decirme cuanto quisiere, llenándome de improperios; todo lo tengo bien merecido, si ya no fueron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguieron. Ya que V. está tan arrepentido de su culpa, me respondió Navarro, no debo yo acordarme de ella, y diciendo esto me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché cuanto pude entre los mios, y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que antes. Habia sabido mi prision y el desórden en que se hallaban mis negocios, pe-

ro ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo, hasta de la conversacion que habia tenido con el rey; contéle lo mal que siempre me habia recibido el ministro, y no le callé la resolucion en que estaba de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate, me dijo interrumpiéndome; puesto que el mismo rey os hizo tan graciosa acogida, es indispensable que os sirva de algo su favor. Aqui para entre los dos: el conde Valdeories tiene sus estravagancias; es caprichoso, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que no se llega á comprender: pues él solo tiene la llave de sus acciones verdaderamente heteróclitas. Y asi, amigo, sea cual fuere la causa de haberte recibido tan mal, mantente firme y no desampares el puesto. Nunca podrá él impedir que te aproveches de la benignidad con que te mira el monarca; esto te lo aseguro sobre mi palabra, y fíate de mí que conozco algo la corte; ademas que esta noche diré sobre el asunto dos palabritas á mi amo D. Baltasar de Zuñiga, tio del conde, y el atlante que le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro dónde era mi posada, y sin decirme mas nos separamos.

Tardé poco en volverle á ver. El dia siguiente vino á mi posada, y sin mas preludios me dijo luego que entró: señor Santillana, os hago saber como teneis en mi amo un buen protector. Anoche le hablé, y desde luego tomó de

su cuenta vuestros intereses, ofreciéndome que hablaria en vuestro favor á su sobrino el conde Valdeories. No se contentó con esto aquel generoso amigo mio, pues al cabo de dos dias él mismo me presentó á su amo Don Baltasar, quien me recibió con el mayor agrado, diciéndome: señor Santillana, mi secretario Navarro, vuestro amigo, me habló de vuestra persona en tales términos que no pude menos de tomar de mi cuenta sus intereses. Hice una profunda reverencia al señor Don Baltasar, diciéndole que toda mi vida me confesaria sumamente reconocido al señor Navarro por haberme proporcionado el honor, no solo de rendir mis respetos, sino de lograr la proteccion de un ministro y de un señor á quien todo el mundo llamaba, y con razon, el lucero del consejo. Al oir Don Baltasar tan lisongero cumplimiento se le asomó un poco la risa, y dándome dos palmaditas en el hombro, me dijo: presentaos mañana al conde Valdeories, y no dudeis que saldréis de la visita mas contento que otras veces.

Con efecto al dia siguiente me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse, lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dije á mi coleto. El tio sin duda hizo entrar en razon al sobrino. Asi, pues, desde entonces me prometí una audiencia favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el conde dió despacho á los

demas, me hizo entrar en su gabinete y me dijo, en tono muy familiar: perdona, amigo Santillana, los malos ratos que te he dado, y el cuidado en que te he puesto, ya por divertirme un poco á cuenta tuya, y ya tambien para probar hasta dónde llegaba tu paciencia en tolerar mi mal humor. Sin duda te persuadiste á que no me chocaba tu persona; pero, hijo, te engañas de medio á medio: sábete que por el contrario me gustaste desde que te ví, y que muchas veces te venias á mi memoria, no sin sensible complacencia mia. Aunque el rey mi amo no me hubiera mandado tan espresamente que hiciese tu fortuna, ten por cierto que yo procuraria hacértela por justicia y por inclinacion. Ademas de eso mi tio Don Baltasar de Zuñiga, á quien nada puede negar mi amor y mi gratitud, me encargó mucho que te mirase como un hombre por quien se interesa. Bastaba solo esto para determinarme á hacer por tí hasta donde alcance mi poder.

Este principio de fortuna hizo tanta impresion en mis potencias y sentidos que todas se alborotaron. Arrojéme ciegamente á los pies del ministro, que inmediatamente me levantó, y prosiguió diciéndome: despues de comer vuelve acá, déjate ver de mi mayordomo, él te dará las órdenes que yo le encargare. Dicho esto salió S. E. de su cuarto y fuese á oir misa en su oratorio, como lo acostumbraba todos los dias despues de haber dado audiencia; y oida,

partió á palacio para hallarse en el cuarto del rey cuando S. M. se levantaba de la cama.

CAPITULO IV.

Logra Gil Blas amor y confianza del conde Valdeories.

No me descuidé de volver á casa del primer ministro despues de haber comido. Pregunté por el cuarto de su mayordomo, que se llamaba Don Ramon Caporis. Luego que oyó mi nombre me saludó con particular respeto. Señor, me dijo, sírvase V. S. venir conmigo; quiero guiarle al cuarto que el señor conde mi señor le tiene señalado. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la cual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban una ala de la casa, alhajadas todas con muebles bastantemente modestos. Esta es, señor, me dijo, la habitacion que S. E. ha destinado para V. S. Aqui tendrá V. S. una mesa de seis platos á cuenta de S. E., será servido por los criados del mismo señor, y tendrá á su disposicion un coche de la casa. Aun no lo he dicho todo: el conde mi señor me recomendó fuertemente que fuese tratado V. S. con las mismas atenciones, y ni mas ni menos como si fuera uno de su sangre.

¿Qué diablos significa todo esto? me decia yo á mí mismo. ¿Cómo he de entender yo tan señaladas distinciones? ¿Quién sabe si en ellas

se oculta alguna malicia, y si las ha mandado el ministro solo por divertirse un poco á costa mia? Hallábame perplexo entre estas dudas, fluctuando entre el temor y la esperanza, cuando vino un page á decirme que el conde me llamaba. Partí volando á donde estaba S. E. solo, quien apenas me vió, me dijo: ¿y bien, Santillana, estás contento con tu cuartito y con las órdenes que he dado al mayordomo? Señor, le respondí, las escesivas honras de V. E. verdaderamente me tienen lleno de confusion. ¿Y eso por qué? me replicó con prontitud. Dime: ¿podré yo nunca honrar bastante á un hombre que el rey me recomendó con tan vivas espresiones? Ciertamente no. No hago otra cosa que cumplir con lo que debo tratándote con setimacion. Asi que no hay para que te admires de lo que ejecuto contigo, y desde luego debes creer que no te se puede escapar de las manos una fortuna tan brillante como sólida, solo con que me tengas á mí tanta ley como tuviste al duque de Melar.

Pero ya que hemos nombrado á este señor, dime, he oido decir que viviais los dos con toda familiaridad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué cosas te empleaba aquel ministro. Dímelo todo con franqueza, y no me ocultes cosa alguna, porque soy acreedor á una relacion exacta y fiel. Acordéme entonces del embarazo en que me hallé con el duque de Melar cuando me ví en el mismo caso, y del efu-

gio con que salí de aquel barranco; púselo nuevamente en práctica en esta ocasion, y aun con mayor felicidad; quiero decir, que en mi informe dí el mejor color que pude á los lances mas escabrosos y que me hacian poco honor. Procuré tambien escusar todo lo posible al duque de Melar, aunque conocí que al conde le daria mayor gusto si en nada le hubiera perdonado. Por lo que, lo que tocaba al baron de Roncal no quise hacerle gracia; pinté con la mayor viveza todo lo que sabia de él en punto al tráfico que hacia de encomiendas, beneficios y gobiernos.

En cuanto al baron de Roncal (me interrumpió el ministro) todo lo que me dices es muy conforme á varios memoriales que me han presentado contra él, donde se contienen delaciones y cargos que todavía son de mayor importancia. Pronto se le hará su causa; y si deseas que pague cuanto mal hizo, creo quedarás satisfecho. Señor, repuse yo, sabe Dios que no deseo su muerte, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en el alcázar de Segovia, donde fue causa de que estuviese alojado mucho tiempo. ¿Cómo asi? replicó el conde. ¿Pues qué el baron de Roncal fue quien te puso preso? Eso lo ignoraba. Mi tio D. Baltasar, á quien Navarro contó la historia de tu vida, solo me dijo que el rey te habia mandado arrestar porque cierta noche habias introducido al príncipe en no sé qué casa sospecho-

sa. Esto es todo lo que yo sabia; mas no puedo adivinar qué papel podia hacer el de Roncal en esta comedia. El mismo, respondí yo, que hace un enamorado que se imagina ofendido. Con esta ocasion le espeté una relacion muy individual de aquella aventura, la que en medio de su seriedad no pudo oir sin casi llorar de risa. Sobre todo le divirtió mucho aquel pasage del lance de Catalina, en que unas veces hacia de nieta y otras de sobrina; ni celebró menos la parte que habia tocado en esta representacion al duque de Melar.

Luego que acabé mi relacion me despidió el conde diciéndome que no dejaria de emplearme el dia siguiente. Fuime derecho á casa de Don Baltasar de Zuñiga para darle las gracias de los buenos oficios que habia hecho por mí, y al mismo tiempo participar á mi amigo Navarro la favorable situacion en que me hallaba con el primer ministro.

CAPITULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primer empleo en que le puso el conde Valdeories.

No bien ví á José Navarro cuando le dije que tenia mil cosas que confiarle. Llevóme á un lugar retirado, donde en breves palabras le puse al cabo de todo el hecho, y le pregunté ¿qué le parecia de ello? Paréceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna; to-

do conspira á creerlo asi. Estais en el mayor auge de gracia con el primer ministro, y, lo que no dejará de serviros de algo, yo me hallo bastante instruido para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda cuando entrasteis en el palacio del arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del prelado y de sus principales familiares, imponiéndoos en el carácter de cada uno; yo quiero preveniros cuál es el del conde, cuál el de la condesa su muger, y cuál el de Doña María, su única hija.

El conde es un señor de espíritu grande, penetrante, pronto y capaz de los mayores proyectos; tiénese por hombre universal, en virtud de una ligera y superficial tintura de las ciencias, y se cree capaz de resolver decisivamente en cualquiera materia facultativa. Imagínase un profundo letrado, un gran capitan y un refinadísimo poeta. Sobre todo está tan casado con sus dictámenes, que siempre los sigue prefiriéndolos á todos los demas, y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por luces agenas: defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el consejo por cierta elocuencia natural, y escribiria tan elegantemente como habla si no afectara, para añadir decoro y magestad á su estilo, hacerle oscuro, formándole de voces exóticas, altisonantes, poco usadas, de significado in-

cierto, y por consiguiente sujetas á una construccion ambigua, y á una inteligencia enrevesada.

Esta es la pintura de su talento. La de su corazon es la siguiente. Es generoso y amigo de sus amigos. Quieren decir que es vengativo; ¡pero qué pocos dejan de serlo cuando se ven con tanto poder y en tanta elevacion! Tambien se le acusa de ingrato porque hizo desterrar á un duque y á cierto religioso, aquel valido del rey, y este su confesor, y á quienes dicen debia muchos favores: pero el que aspira á ser primer ministro ¿cuándo perdonó á los que imaginaba con voluntad y con fuerzas para atravesar su pretension? La ambicion en las cortes parece que dispensa de todas las obligaciones del agradecimiento.

La condesa, su muger, es una señora sin mas tacha, á lo que yo he podido conocer, que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion dispensa su marido. La hija, hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de toda España, es una señorita cabal y el ídolo de su padre. Con atencion á estas luces podréis arreglar vuestra conducta. Haced la corte á estas dos damas; mostraos aun mas adicto al servicio del conde Valdeories que lo fuisteis al del duque de Melar, y sin otra diligencia dentro de poco llegaréis á ser, si no me engaño, un grande y poderoso señor.

Tambien os aconsejo que no dejeis de visi-

tar de cuando en cuando á mi amo Don Baltasar; es verdad que no tendréis necesidad de él para vuestros ascensos, mas con todo eso siempre convendrá tenerle propicio. Al presente estais bien puesto en su estimacion y concepto; procurad conservaros en el mismo predicamento, porque en la ocasion os podrá servir. Pero como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el estado, quién sabe si con el tiempo no se suscitarán entre los dos algunos zelillos. No hay que temer eso, me respondió; reina entre ambos una perfectísima union. Sin Don Baltasar nunca hubiera sido primer ministro Valdeories; porque muerto el rey toda la casa de Donvaldos se dividió, unos á favor del cardenal, y otros por su hijo; pero D. Baltasar mi amo, el mas hábil de todos los cortesanos, y el conde Valdeories, no menos sagaz ni menos fino que él, trastornaron todas sus medidas, y tomaron las suyas tan ajustadas que al fin dejaron burlados á todos los concurrentes. Nombrado primer ministro el conde Valdeories, repartió la administracion con su tio D. Baltasar, quedandoá este la de los negocios estrangeros, y tomando de su cuenta la de los interiores del reino, de suerte que estrechando por este medio los vínculos de la sangre que los unia, y manteniéndose estos dos señores en una perfecta independencia uno de otro en el manejo de los negocios que pertenecen á sus respectivos departamentos, se conservan en una concorde inteligencia al parecer inalterable.

A esto se redujo la conversacion, á la verdad útil para mí, que tuve con el amigo Navarro, á quien prometí que procuraria aprovecharme de sus consejos. Despues pasé á dar las gracias al señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado que abrazaria gustoso todas las ocasiones que se ofreciesen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar en favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais lo presente que estan en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos. Tan á pechos habia tomado mi proteccion el señor Don Baltasar, en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche abandoné mi posada y fui á tomar posesion del cuarto que el primer ministro habia mandado se me dispusiese en su casa. Sentámonos á cenar Scipion y yo, sirviéndonos los criados de la misma casa, los cuales quizá allá dentro de sí mismo se estarian riendo del órden que se les habia dado de tratarnos con el mayor respeto, mientras nosotros procurábamos mostrar que le mereciamos afectando una postiza y ridícula seriedad y compostura.

Apenas se retiraron, levantados los manteles mi secretario, que ya no podia contenerse, pro-

rumpió en una gran risa, en mil locuras y en mil graciosidades que le dictaba su humor alegre y sus mas alegres esperanzas. Por lo que tocaba á mí, aunque realmente estaba como embelesado viéndome en el estado en que me veia, todavía ninguna disposicion reconocia en mí interior para dejarme deslumbrar; y asi luego que me metí en la cama me quedé tranquilamente dormido desechando toda idea de grandezas, mientras Scipion por el contrario pasó mas de la mitad de la noche en atesorar riquezas imaginarias para casar á su hija Serafina.

Aun no bien me habia acabado de vestir el dia siguiente cuando me vinieron á llamar de parte del conde. Partí inmediatamente al despacho de S. E., el cual apenas me vió, me dijo: hora bien, Santillana, quiero probar tu talento. Dijísteme que el duque de Melar te solia emplear en disponer varios escritos, y yo tengo ya ideado uno, que para mí será tu primer ensayo. La materia es esta. Quiero publicar un obra ó especie de manifiesto para disponer al públicoá favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que encontré las cosas en grande confusion y en muy mal estado, y ahora es menester hacer ver, asi á la corte como á toda la nacion, el triste atraso en que estaba la pobre monarquía cuando tomé la rienda del gobierno. Aqui se hace indispensable una pintura muy viva de la tal lastimosa situa-

cion, de manera que dé golpe al pueblo, y le haga no echar menos el ministerio pasado. Despues ponderarás con gran énfasis las acertadas medidas que ha tomado el ministerio presente para hacer glorioso el actual reinado, floreciente el estado, y los vasallos felices.

Dicho esto me puso en las manos un papel que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos del gobierno anterior. Constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar á todo buen español. Hízome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y alli me dejó solo para que me pusiese á trabajar. Comencé á disponer mi manifiesto lo mejor que me fue posible. Entré haciendo una patética, pero muy ponderada descripcion del lamentable estado en que se hallaba la monarquía; el erario exhausto, las rentas de la corona disminuidas y empeñadas en manos de asentistas, y la marina enteramente arruinada. Puse presentes las faltas que se habian cometido en el último reinado, y las funestas consecuencias que podian traer consigo. En fin pinté la monarquía en el último peligro por la negligencia ó por la poca prevision de los ministros anteriores, ó de su gefe el duque de Melar. A la verdad ya no conservaba yo resentimiento alguno contra aquel señor, y sin embargo no me pesaba de que se hubiese ofrecido la ocasion de hacerle aquel mal oficio. Tal es el corazon del hombre.

Finalmente, despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á España, procuré alentar los ánimos haciendo concebir las mas fundadas esperanzas de precaverlos, y de alejarlos con usuras en el actual ministerio, y se concluia la obra hablando del conde Valdeories como del redentor de la nacion, prometiéndola torres y montones. En una palabra, entré tan felizmente en el espíritu y en el intento del nuevo ministro, que quedó sorprendido luego que leyó mi trabajo. Santillana, me dijo, has hecho mas de lo que esperaba de tí; pues tu obra es verdaderamente digna de un secretario de Estado. Ya no me admiro de que el duque de Melar se aprovechase de tu pluma. Tu estilo es conciso y elegante, pero me parece un si es no es demasiadamente natural. Al mismo tiempo me señaló las espresiones que no eran tan de su gusto y tenia ya notadas; tomó la pluma y corrigiólas, haciéndome ver por sus mismas correcciones que se pagaba mucho de voces pomposas y preñadas, y le caia muy en gracia un poco de oscuridad, como ya me lo habia dicho Navarro. Con todo eso, aunque le agradaba tanto la nobleza, ó por mejor decir lo afectado ó culto de las espresiones, dejó intactos los dos tercios de mi escrito sin mudar ni una sola sílaba, y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, aquel mismo dia, estando comiendo, me envió por mano de su mayordomo trescientos doblones para postre de la comida.

CAPITULO VI.

Emplea Gil Blas los trescientos doblones que el conde le regaló: encarga una comision á su fiel secretario, y suceso del escrito de que acabamos de hablar.

Esta generosidad del ministro dió nuevo motivo á Scipion para repetirme mil parabienes por haber vuelto á la corte. Palpando estamos, me dijo, que la fortuna quiere hacer grandes cosas por nosotros. ¿Está V. ahora arrepentido de haber dejado su amada pero fria soledad? ¡Viva el señor conde Valdeories! No se puede negar que es amo muy diferente del duque de Melar. Aquel queria bien á V., pero le dejaba morir de hambre sin darle ni un triste escudo; mas el señor conde ya le ha regalado con una gratificacion que V. mismo no se atreveria á esperar despues de tan largos servicios. ¡Cuánto celebraria yo que los señores de Leiva fuesen testigos de las prosperidades de V. ó á lo menos de que á estas horas las supiesen! Tiempo es ya, dije yo, de darles noticia de ellas, y justamente ahora mismo queria hablarte en el asunto. No dudo que tendrán grande impaciencia por saber de mí, pero estaba esperando á verme en estado de poder decirles positivamente si me quedaba en la corte ó me volvia á Liria. Ahora que ya puedo hablar con seguridad, podrás partir á Valencia cuando te pa-

reciere para informar á aquellos señores de mi presente situacion, que miro como obra suya, siendo cierto que á no habérmelo ellos persuadido jamas me hubiera determinado á volver á Madrid. ¡ O mi amado amo y señor, esclamó Scipion, cuánto se alegrará toda aquella generosísima familia cuando oigan de mi boca todo lo que ha sucedido á V. ! ¡ Cuánto no diera yo por hallarme á las puertas de Valencia! mas espero que tardaré poco en verlas. Los caballos de Don Alfonso ya estan prevenidos. Montaré en uno de ellos, y haré que monte en el otro un lacayo del conde; porque fuera de que quiero llevar compañía para el camino, la librea de un primer ministro echa polvo á los ojos, ó á lo menos los deslumbra.

No pude oir sin risa la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso, mas necio quizá y mas vano yo que él, le permití su locura dejándole hacer lo que le diese la gana. Parte, le dije, y vuelve lo mas presto que puedas, porque tengo que darme otro encargo. Quiero que vayas á Asturias á llevar algun dinero á mi pobre madre. Por pura negligencia mia dejé pasar el tiempo de enviarla el anual socorro de cien doblones que la prometí, y que tú mismo te ofreciste á poner en sus manos. Las promesas de esta especie deben ser inviolables y como sagradas en un hijo, y por lo mismo confieso y me arrepiento de la poca exactitud con que he cumplido la mia. Señor, me respondió Scipion,

yo doy palabra á V. que en el breve espacio de seis semanas quedarán fielmente desempeñadas ambas comisiones. En este preciso tiempo habré informado de todo á los señores de Leiva, habré hecho una visita á vuestra quinta de Liria, y habré vuelto á ver á Oviedo, de cuya ciudad no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de los que la habitan. Entregué, pues al hijo de la Cosculina cien doblones por la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese con gusto los largos y acelerados viages que iba á emprender.

Poco despues de la partida de Scipion se publicó estampado el manifiesto de que he hablado ya, y desde luego fue el asunto de las conversaciones de Madrid. El pueblo, amigo siempre de la novedad, quedó como encantado con él; la disipacion de las rentas reales y la pobreza tan ponderada del erario, pintada con los mas vivos colores, le amotinaron contra el duque de Melar, y los golpes que se descargaban contra este ministro, si no todos los aprobaron no faltaron muchos que los aplaudieron. Las magníficas promesas que hacia el conde Valdeories de ir desahogando al estado de sus deudas por medio de una sabia economía sin cargar mas al vasallo, deslumbraron á todos en general, y los confirmaron en el gran concepto que tenian de los superiores talentos del nuevo ministro, de manera que no se oia en Madrid sino sus elogios y aplausos.

Como el conde vió logrado lo único que pretendia con aquella obra, conviene á saber, deslumbrar al vulgo y levantarse con el aplauso y amor de la muchedumbre, quiso merecerle verdaderamente por medio de una accion que fuese útil al rey sin el menor gravámen del público. Acordóse de la invencion que hizo famoso al emperador Galba, el cual se echó de repente sobre las inmensas riquezas de los particulares que las habian adquirido, sabe Dios como, administrando las rentas del imperio. Luego que el conde hizo vomitar toda la sangre á aquellas sanguijuelas del pueblo agregándola á los cofres del rey, para conservarla dispuso que se suprimiesen todas las pensiones, empezando por las suyas, como tambien todas las gratificaciones que se hacian en dinero á costa del soberano. Bien conoció que la ejecucion de este pensamiento era un poco difícil, porque forzosamente habia de hacer muchos descontentos, y mudar casi todo el semblante del gobierno. Para templar á aquellos sin alterar á este demasiadamente, me ordenó disponer otro manifiesto en figura de memorial ó representacion al rey, cuya sustancia y forma me sugirió él mismo. Encargóme mucho que procurase elevar todo lo posible la ordinaria naturalidad y simplicidad de mi estilo, dando mas energía y mayor nobleza á mis frases. Señor, le dije, si á V. E. le gusta lo elevado y lo sublime, espero tener el honor y lo-

grar la fortuna de complacerle. Encerréme, pues, en el mismo gabinete donde habia compuesto el primer manifiesto, y me puse á trabajar este segundo despues de haber invocado fervorosamente la retumbante elocuencia del arzobispo de Granada, mi antiguo amo.

Dí principio á mi obra haciendo presente al soberano la indispensable necesidad de conservar intacto el dinero depositado en arcas reales, como destinado únicamente para emplearse en las urgencias generales de la monarquía, siendo un sagrado depósito que debia reservarse para tener en respeto á los enemigos de España. Despues hacia presente á S. M. que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba su augusta liberalidad del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y los servicios de los vasallos que se hiciesen dignos de sus reales gracias; pues para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares y empleos en sus ejércitos, para otros encomiendas, sobre las cuales podria cargar muchas pensiones, títulos de Castilla, togas y otras magistraturas, y todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

La composicion de este escrito, mucho mas largo que el anterior, me ocupó solos tres dias, y por mi fortuna salió tan á satisfaccion de lo que al conde gustaba, por estar atestado de

voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que el ministro no se hartaba de aplaudirle y admirarle. Muchísimo me gusta esta obra, me dijo, y mostrándome con el dedo varias voces campanudas y algunos períodos rumbosos que tenia apuntados, *esto sí*, *esto sí*, me decia, *que parece propiamente estampado en los moldes privativos de mi oficina.* Animo, Santillana, porque ya estoy previendo que me ha de servir de mucho tu habilidad. En medio de eso, y no obstante los desmedidos elogios que dió á mi obra, no dejó de retocarla y enmendarla en algunos pasages. Puso muchas cosas de su casa, y en fin hizo una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la corte. El público (claro está) la honró tambien con general aprobacion, y aun se adelantó á prometerse mil felicidades para lo futuro, lisongeándose de que la monarquía habia de volver á su antiguo esplendor y lustre bajo el ministerio de un personage tan grande y de tan estraordinario talento. Viendo S. E. el gran nombre que le habia dado aquel escrito, quiso que me produjese algun fruto por la parte que yo habia tenido en él; y asi dispuso que el rey me diese una pension de quinientos escudos sobre el priorato de Castilla; gracia tanto mas apreciable para mí, cuanto me hacia dueño de una renta lícitamente adquirida, aunque con poco trabajo.

CAPITULO VII.

Con qué casualidad, en qué sitio y en qué estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio, y conversacion que tuvieron.

De ninguna cosa gustaba tanto el conde como de saber todo lo que se decia en Madrid verde ó seco acerca de su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia en el mundo de él. Tenia asalariadas varias espías que le viniesen á contar hasta las mas menudas cosas que habian oido en órden á su persona y gobierno. Como las encargaba sobre todo la verdad y la sinceridad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio, porque la lengua del pueblo es de una intemperancia tal que nada perdona y á nadie respeta.

Luego que le descubrí esta flaqueza, ó fuese curiosidad que podia ser loable, y producir grandes utilidades en beneficio del público y en el acierto de su propia direccion, me apliqué á congraciarme con él tambien por esta parte. Con este fin me dí á tratar con las gentes, y siempre que veia algun corrillo de personas honradas me arrimaba á él y entraba en la conversacion. Si esta era acerca del gobierno, como lo suelen ser casi todas las de la gente ociosa y novelera, oia con mucha atencion, pero sin afectar cuidado (antes bien en ademan de poco curioso ó de hombre distraido) todo lo que se

discurria en la materia. Si se decia alguna cosa digna de que la supiese S. E. al instante se la comunicaba; pero jamas le dije cosa alguna que le pudiese disgustar, ó que no fuese ventajosa para él.

Un dia volviendo de aquellas conversaciones pasé cerca de un hospital y me dió gana de entrar á verle. Recorrí dos ó tres salas, y mirando á todas partes, compadecido de ver aquellos pobres enfermos, reparé entre ellos á uno que me chocó, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para observarle mejor, y aunque no pudiendo ya dudar que era el poeta Nuñez, todavía me paré algunos momentos á considerarle un poco mas, pero sin hablarle palabra. Él luego me conoció y clavó los ojos en mí, pero igualmente suspenso y silencioso que yo. Al cabo rompí el silencio, y prorumpí diciendo; ó mis ojos me engañan ó el enfermo que veo en esta cama es mi antiguo amigo Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y esta vez tus ojos te han dicho la pura verdad. Desde que me separé de tí no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias y todo género de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

No pude menos de reirme al oirle estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad y el tono compungido y doloroso con que

las pronunció. ¡Pues qué! le repliqué: ¿tu musa te condujo á tan miserable estado? ¿Es posible que te hubiese jugado una pieza tan ruin y tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él. En estas casas suelen parar todos los que presumen de ingenios. Tú, amigo mio, lo acertaste en seguir otro camino: pero ya no estás en la corte, y me parece que tus negocios han mudado mucho de semblante: acuérdome de haber oido decir que de órden del rey te habian metido en un castillo. Asi fue puntualmente, repuse y te dijeron mucha verdad: la fortuna en que me viste cuando nos separamos fue muy pasagera; pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Pero, amigo, *post nubila Febus;* hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me viste en otro tiempo. Eso no es dable, repuso Fabricio: tu porte es juicioso, sosegado y modesto, en tus modales no se ve ni aun sombra de aquella vanidad, de aquel orgullo y de aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades. Las desgracias, repliqué yo, enseñan mucho al hombre. En la escuela de la adversidad aprendí á ser dueño de las riquezas sin que ellas lo sean de mí.

Acaba, pues, y dime, interrumpió Fabricio, incorporándose y sentándose en la cama, ¿qué empleo es el que ahora tienes? ¿en qué te ocupas al presente? ¿Serás por ventura mayordomo de algun gran señor ó de alguna viu-

da rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí; mas por ahora dispénsame, te ruego, de que me esplique mas: en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Por ahora bástate saber que estoy en parage de poder servirte poniéndote en estado de no necesitar de nadie para vivir con decencia; pero dándome palabra de renunciar para siempre el oficio de autor mendicante, y de no componer en todo lo que te restare de vida obra alguna de estas que se llaman de ingenio, sea en verso ni en prosa: ¿serás capaz de hacer este gran sacrificio en gracia de mi amistad y de tu fortuna? Antes bien, me respondió, asi lo tengo ofrecido al cielo en la terrible enfermedad que estoy padeciendo, de la cual espero escapar por misericordia divina. Abjuré la poesía por haber conocido ser una ocupacion que casi siempre tiene contra sí á la fortuna, á la riqueza y á toda conveniencia.

Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, caro Fabricio mio, pero guárdate bien de la recaida. Esa es la que no temo, me replicó: tengo hecho un firmísimo propósito de abandonar á las musas, por señas que cuando entraste en esta sala estaba yo componiendo dentro de mí mismo un poema heroico para decirlas un resuelto *á dios* por eterna despedida. Señor Fabricio, le dije entonces encogiéndome de hombros, mucho me temo que no pueda fiar de tu abjuracion y de tus propósitos,

porque te veo furiosamente enamorado de aquellas doctas doncellas. No, no, me respondió con viveza: tengo ya rotos todos los lazos que estrechaban nuestra comunicacion. Todavía hice mas: he cobrado una grandísima aversion al público. No merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos; y yo me avergonzaria mucho si estampara una obra que lograse su aprobacion. Tanto caso hago de sus aplausos como de sus desprecios. Es difícil saber quién gana ó quién perde en sus juicios. Es un juez inconstante y caprichoso, que hoy piensa de una manera y mañana de otra. Muy tontos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representan metan mucho ruido por la novedad, si veinte años despues vuelven á parecer en el teatro suelen ser recibidas con silbos de la mosquetería. La misma fortuna corren por lo comun las novelas y los demas libros de pura diversion cuando salen á luz; aunque á los principios logren la universal aprobacion, poco á poco se va disminuyendo hasta caer en el mas alto desprecio. La siguiente generacion detesta el mal gusto de la antecedente, y la que á esta se sigue dice lo mismo de la que la precedió. De donde concluyo que los autores que en este siglo son aplaudidos, en el que inmediatamente se sigue serán silbados. Asi que todo el honor y toda esta estimacion que nos produce el

buen suceso de una obra estampada, no es en suma otra cosa que una purísima quimera, una ilusion de nuestra fantasía y un fuego de paja convertido en humo, que en un instante le disipa el viento.

No obstante que conocí desde luego ser efecto de la melancolía y del mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, hice que no lo conocia, y solamente le dije: verdaderamente quedo gozosísimo de verte divorciado de la poesía y radicalmente curado del prurito de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto antes te solicitaré un empleo con que puedas vivir decentemente sin empeñarte en grandes gastos de ingenio. Mejor para mí, repuso muy alegre: el ingenio ya comienza á olerme mal, me apesta solo su nombre, y estoy persuadido á que es el don mas funesto que el cielo presenta á un hombre de poco seso á quien quiere castigar. Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que el mismo cielo te conserve siempre en unas máximas tan sólidas como verdaderas, y te vuelvo á repetir que si persistes en abandonar la poesía muy presto te haré entrar en un empleo tan honrado como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio te ruego aceptes esta cortísima prueba de mi sincera amistad; y diciendo esto le puse en la mano un bolsillo en que habria como hasta unos sesenta doblones.

¡Oh generoso amigo! esclamó transportado

de gozo y de gratitud el gran poeta Nuñez. ¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traido á este hospital! Hoy mismo quiero salir de él á merced de tu caritativo y liberal socorro. Efectivamente asi lo ejecutó, haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me buscase en él luego que se sintiese perfectamente convalecido. Quedóse estrañamente sorprendido y como medio enagenado cuando le dije que mi posada era la casa del conde Valdeories. ¡ Oh afortunadísimo Gil Blas! volvió á esclamar casi fuera de sí. ¡ Y qué estrella tienes con los primeros ministros! Alégrome infinitamente por estar viendo y palpando el bizarro y piadoso uso que hace de ella ese tu noble y generoso corazon.

CAPITULO VIII.

Grangéase Gil Blas cada dia mas estimacion y amor del ministro. Vuelve Scipion á Madrid y hace á su amo relacion de su viage.

El conde Valdeories, á quien de aqui adelante llamarémos el *conde duque*, porque con este título se dignó honrarle el rey, tenia una flaqueza que presto le descubrí, y no cierto inútilmente. Esta era que gustaba mucho de ser amado. Luego que conocia que alguno se dedicaba á servirle con inclinacion á su persona, le daba parte en su amistad. No me descuidé

en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba, obedecia sus órdenes con un zelo y con un gusto que verdaderamente le encantaba. Hacia particular estudio en adivinar lo que podia gustarle, y lo hallaba cumplido antes que lo hubiese insinuado.

Por este modo de obrar que casi nunca deja de conseguir lo que intenta, llegué á ser el favorito de mi amo, el cual por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, esto es, que me pagaba mucho de que me amasen, me ganó enteramente el corazon por las repetidas demostraciones de amor y de confianza con que me honraba, tanto que su primer secretario, el señor Sotero, y yo, éramos los únicos depositarios de sus secretos mas íntimos.

Habiase valido Sotero de los mismos medios que yo para ganarle el corazon, y lo consiguió de manera que le confiaba todos los negocios y misterios del gabinete; y asi los dos éramos confidentes del ministro, con sola esta diferencia, que á Sotero únicamente le comunicaba los negocios de estado, y á mí los que tocaban á sus intereses personales. De forma que uno y otro estábamos como gefes de dos distintos departamentos, y cada cual muy contento con el suyo, por lo cual viviamos con la mayor union, sin el menor tufo de envidia ni de zelillos. Yo necesariamente habia de es-

tar contentísimo con la parte que me habia tocado, porque me proporcionaba ocasion de estar casi siempre con el ministro, poniéndome á tiro de sondearle bien á pesar de su estudiado y profundo disimulo, del que al fin se despojó cuando llegó á no dudar que yo me habia entregado entera y sinceramente á su servicio.

Santillana, me dijo un dia, tú fuiste testigo de la autoridad que se abrogaba el duque de Melar, la cual no tanto parecia de un ministro dependiente y subalterno, cuanto de un monarca y soberano absoluto. No obstante yo me considero mucho mas feliz que él aun cuando estaba en el mayor auge de su fortuna. Él tenia dos enemigos formidables, uno en su mismo hijo, y otro en el confesor del difunto rey; yo á nadie veo cerca del actual que me pueda hacer el menor daño, ni de quien pueda sospechar con fundamento que no me quiera bien. Es verdad que desde mi entrada en el ministerio puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistàd ó por parentesco. Con vireinatos y embajadas me he ido deshaciendo de los sugetos cuyo mérito podia hacerme sombra en la gracia del rey, la que pretendo gozar solo enteramente, de manera que al presente me puedo lisonjear de que ninguno es capaz de hacerme mala obra. Y estando como estoy bien persuadido de tu fidelidad y de tu amor á mi persona, he puesto los ojos en tí pa-

ra confidente mio. Tienes entendimiento, téngote por juicioso, prudente y discreto, no he menester mas para considerarte como hombre que me puede servir infinito en mil encargos y asuntos de importancia, que piden un mozo de sagacidad, y bien instruido en mis intereses.

No tuve valor para despreciar del todo las lisongeras ideas que escitaron estas espresiones en mi viva fantasía. Subiéronseme luego á la cabeza algunos vapores de ambicion y de avaricia, que volvieron á suscitar en mi corazon ciertos movimientos de que me lisongeaba haber triunfado totalmente. Protesté al ministro que haria todo lo posible para corresponder al honor que me dispensaba, y para desempeñar su concepto, sintiéndome desde luego pronto y determinado á ejecutar sin escrúpulo cuanto se le antojase ordenarme.

Mientras me hallaba yo tan dispuesto á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Scipion de su viage. No cansaré á V., me dijo, con una relacion larga y pesada. En pocas palabras le diré todo lo que desea saber. Los señores de Leiva quedaron gustosamente sorprendidos al oir el modo con que el rey recibió á V. asi que le conoció; y el papel que hace en casa el señor conde-duque Valdeories.

Mas admirados se quedarian, le interrumpí yo, si hubieras podido contarles sobre qué pie me hallo el dia de hoy con el ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos

que despues de tu partida ha hecho mi valimiento en el corazon de S. E. Sea Dios loado, me respondió, ya me parece estar viendo el bello destino que nos espera á los dos.

Dejemos por ahora esta conversacion, le dije, y hablemos de Oviedo. ¿Cómo está mi buena madre? ¡Ah señor! me respondió en tono triste y doloroso. Las noticias de Asturias son funestas. ¡Oh Dios! esclamé: ¡Qué! ¿mi madre es muerta? Seis meses ha, me respondió Scipion, que la buena señora pagó á la naturaleza el indispensable tributo, y lo mismo, con poca diferencia de tiempo, hizo el señor canónigo tio de V.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, bien que jamas, aun en mi mas tierna niñez, me hizo aquellas caricias que tanto aprecian los niños, y por las cuales cobran amor á sus madres y se muestran agradecidos á ellas cuando grandes. Tambien dí algunas lágrimas á mi tio el canónigo, acordándome de lo que le debia por haber cuidado tanto de mi educacion.

A la verdad no duró mucho la viveza de mi dolor; poco á poco se fue templando, degenerando muy presto en solo una tierna memoria que siempre conservé de mis parientes.

CAPITULO IX.

Cómo y con quién casó el conde-duque á su única hija, y los amargos frutos que produjo este matrimonio.

Poco tiempo despues que volvió á Madrid mi leal secretario observé al conde-duque profundamente suspenso y pensativo. Creí que sin duda estaba meditando alguna grande operacion de política, pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan enagenado eran negocios de familia. Gil Blas, me dijo una tarde, sin duda habrás reparado que ando dias ha cuidadoso y distraido. Es asi, hijo mio, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del cual pende la paz de mi corazon y el sosiego de mi vida. Quiero confiártelo para desahogo mio, y para darte una prueba mas de mi afecto y de lo mucho que fio de tí.

Mi hija Doña María se halla ya en edad de tomar estado. Son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El conde de Nablie, primogénito del duque de Medianadionis, cabeza de la casa de Namuzg, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del marques del Opicar y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen mas dignos de disputar la preferencia. Sobre todo el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la corte está persuadida á que será el que preferiré para

yerno. Con todo eso, sin entrar en los motivos que tengo para dar á uno y á otro la esclusiva, he puesto los ojos en Don Ramiro Nuñez de Namuzg, marques de Lator, cabeza de la casa de los Namuzges de Bradosa. A este señorito, y á los hijos que nacieren de mi hija, quiero dejar el título de conde Valdeories y la grandeza que está adjudicada á él, de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren del ramo de Bradosa y Valdeories pasarán por primogénitos de la casa de Namuzg. ¿Qué te parece, Santillana, de este proyecto? Señor, le respondí, es digno de la capacidad y talento que le formó; solo temo que al duque de Medianadionis no le parezca muy bien. ¿Y qué se me dará á mí, replicó el ministro, que le parezca bien ó mal? Mas cuidado me dan las quejas y disgusto de mi hermana la marquesa del Opicar al ver que pierda su hijo la mano de mi hija. Pero sobre todo yo quiero hacer mi gusto; Don Ramiro Nuñez será preferido á todos sus contrarios, y esta es ya cosa resuelta y como hecha.

Tomada esta resolucion por el conde-duque, no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política. Presentó un memorial al rey y á la reina suplicando á sus magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María. Acompañaba al memorial una nota de todos los pretendientes con espresion de sus prendas, circuns-

tancias y cualidades personales, remitiéndose enteramente á la eleccion de sus magestades, bien que hablando del marques de Lator, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: *Yo juzgo que Don Ramiro Nuñez será digno esposo de tu hija Doña María. Sin embargo elige por tí mismo. Aquel partido será mas de mi real agrado que fuere mas de tu gusto. =Yo el rey.*

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectacion, y fingiendo entenderla como una órden del soberano, se dió priesa á casar á su hija con el marques de Lator, resolucion que picó vivamente á la marquesa del Opicar, como á todos los Namuzges que estaban muy lisonjeados con la esperanza de que se uniria á su casa Doña María. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el matrimonio, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. A los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fue víctima de su sobreparto.

¡Qué dolor para un padre idólatra, por decirlo asi, de su hija! y mas viendo desvanecidos sus proyectos. Penetróle tanto el corazon,

que se encerró por muchos dias sin que le viese nadie sino yo, á quien consideraba tan traspasado como lo estaba él. A la verdad sirvióme esta circunstancia para derramar nuevas lágrimas por la pérdida de mi malograda Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Lator volvió á abrir una herida malcerrada, causándome un sentimiento tal, que el ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propio dolor, no pudo menos de advertir en el mio. Admiróle este tanto, creyendo no tuviese mas causa que su afliccion, que me dijo un dia: Gil Blas, confieso que me sirve de un consuelo no menos doloroso que dulce el verte tan afligido por mis penas. ¡Ah señor! le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el mas ingrato de los hombres, y mi corazon el mas duro si no la sintiera vivísimamente. ¡Cómo era posible que viese llorar á V. E. la pérdida de una hija de tanto mérito, tan amable y tan amada, sin mezclar mis lágrimas con las suyas! No, señor escelentísimo, tiéneme V. E. tan colmado de favores que mientras me dure el aliento no podrá menos de tocarme una grandísima parte en todos sus disgustos y en todas sus merecidas satisfacciones.

CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez; refiérele este que se representa una comedia suya en el corral del príncipe; desgraciado suceso que tuvo, y el no menos feliz que favorable efecto que le produjo esta desgracia.

COMENZABA el ministro á consolarse, y por consiguiente comenzaba tambien yo á recobrar poco á poco mi buen humor, cuando salí un dia á pasearme solo en el coche. Encontré en el camino á mi poeta asturiano á quien no habia visto desde su salida del hospital. Ví que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en mi coche, y fuimos juntos á ruar al prado de San Gerónimo.

Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad, á no ser esto nunca lograria el gusto de.... Poco á poco, Santillana, me interrumpió con precipitacion, dejémonos de reconvenciones: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el por qué. Tú me prometiste un buen empleo con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido, y quizá mas lucroso, bajo condicion de que la ejercite. Acepté este último por mas conforme á mi genio y á mi natural inclinacion. Un amigo mio me consiguió un buen puesto en casa de Don Beltran Gomez de Ribera, tesorero general de las galeras, el cual deseando tener en su casa un poeta se pagó mucho de mi talento califi-

cándolo de *brillantísimo*, y me prefirió á cinco ó seis ingenios que aspiraban al empleo de secretarios suyos.

Alégrome infinito, Fabricio mio, le respondí, de tan gustosa noticia, porque el tal Don Beltran verisímilmente será un hombre muy rico. Eslo tanto, repuso Fabricio, que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero sea de esto lo que fuere, mi ocupacion es la siguiente. Como Don Beltran se precia de cortejante, y quiere pasar por ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal, de agudeza y discrecion dirigidos á muchas damas sabidillas con quienes tiene frecuente correspondencia. Á unas escribo en verso, á otras en prosa, y por lo comun yo mismo suelo ser el portador de los billetes para tener el gusto de oir como celebran ellas sin saberlo la facundia y gracejo de mi inventiva.

Pero aun no me has dicho, le repliqué, lo que principalmente quiero saber. Dime, esto es, si pagan bien esos tus epigramas epistolares. Generosísimamente, me respondió. No todos los ricos son generosos y liberales; antes bien ricazos conozco yo que son unos miserabilísimos villanos; pero Don Beltran se porta conmigo noblemente. Ademas de doscientos doblones anuales de pension que me tiene asignados, de cuando en cuando me regala con algunas gratificaciones: todo lo cual me pone en estado de una figura de gran señor, y de

pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de toda gravedad y de toda melancolía. En suma, le repliqué yo, ¿es tu tesorero hombre de tanto discernimiento y de gusto tan delicado, que conozca todo el mérito y toda la finura de tus composiciones y cualquiera obra de ingenio, de manera que tampoco se le oculten los menores defectos? Oh, tanto como eso nó. En cuanto á aparentar entenderlo todo, lo hace como nadie; pero juicio y penetracion *nula*. No obstante se mira no menos que como otro *Tarpa*. Decide severamente de todo, sostiene sus opiniones con tanta altanería y obstinacion, que todo hombre prudente huye de meterse en disputas con él, por no esponerse á sufrir un granizo de insolencias que desagua sobre todos los que le contradicen.

De aqui puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamas á lo que dice, por mas razon que muchas veces tenga para hacerlo, porque ademas de los epitetos poco apetecibles con que me regalaria, es seguro que me echaria á la calle. Apruebo, pues, continuó, todo lo que alaba, y condeno todo cuanto no le gusta. Por esta complacencia, que verdaderamente me cuesta poco ó nada, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y del corazon de mi amo. Empeñóme en componer una tragedia,

cuya idea me suministró el mismo. Compúsela á vista suya; si sale bien deberé toda mi gloria á las lecciones que él me dió.

Preguntéle cuál era el título de la tragedia, y me respondió, intitúlase *el conde de Saldaña*, la cual se representará en el corral del príncipe dentro de tres dias. Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu genio me hace esperar. Asi lo creo yo, añadió el buen Nuñez; verdad es que no hay esperanzas mas falibles que estas, por estar tan inciertos los autores de la fortuna que correrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la representacion. Yo no pude ir aquel dia á la comedia por haberme dado el ministro cierto encargo que me lo estorbó. Lo mas que pude hacer fue mandar á Scipion, que no dejó de ir para informarme de la buena ó mala suerte de una pieza en que me interesaba algo. Despues de estarle esperando gran rato con impaciencia, le ví entrar con un semblante que me dió mal tufo, y no me dejó presagiar cosa buena. Y bien, le pregunté, ¿cómo ha recibido el público al *conde de Saldaña?* Brutalísimamente, respondió; en mi vida ví comedia tratada con mayor ignominia: salíme aburrido, no pudiendo ya sufrir la insolencia del patio. No estoy yo menos indignado, le interrumpí, contra el furor de Nuñez, ó por esplicarme asi, contra su desenfrenada lujuria de componer comedias, prefiriendo los ignominio-

sos silbos del populacho al decente, quieto y decoroso estado en que yo me ofrecia á colocarle. Asi me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Asturias por el amor que le tenia, afligiéndome por el mal suceso de su pieza, mientras él estaba contentísimo de él.

Efectivamente dos dias despues le ví entrar en mi cuarto no cabiendo en sí de puro gozo y alegría. Santillana, esclamó todo transportado luego que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala pieza ha hecho toda mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fue recibido mi pobre *conde de Saldaña:* todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fue justamente el que aseguró mi ventura por toda la vida.

Quedé aturdido al oirle hablar de este modo. ¿Cómo asi? le pregunté pasmado: ¿Cómo asi? vuelvo á decir. ¡Es posible, Fabricio, que el alto desprecio con que fue recibida tu tragedia sea puntualmente el motivo de tu inmoderada alegría! Asi es ni mas ni menos, me respondió. Ya te dije la mucha parte que Don Beltran tuvo en su composicion, y por lo mismo la calificó de una obra á todas luces escelente. Picado vivamente de que el público hubiese sido de dictámen tan contrario al suyo, me dijo esta mañana: Nuñez,

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.

Si tu pieza desagradó tanto á las gentes, á mí

me gustó mucho. Esto te debe bastar. Y para que te consueles en el dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde luego te señalo dos mil escudos de renta anual perpetua y vitalicia sobre todos mis bienes habidos y por haber. Vamos los dos desde aqui á casa de un escribano para otorgar la escritura. Con efecto partimos inmediatamente. El tesorero firmó la escritura de donacion, yo mi aceptacion, y despues el recibo de la renta de un año, que generosa y voluntariamente me anticipó.

Dí mil parabienes á Fabricio por el mal suceso de su *conde de Saldaña* que le habia producido un efecto tan feliz. Tienes razon, prosiguió él, en cumplimentarme por una cosa tan estraña. ¡Mil veces dichoso yo por haber sido silbado con carrillos de trompetero! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aclamaciones ¿qué fruto sacaria de ellas? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirian; pero los silbos en un instante me pusieron en parage de no necesitar de nadie mientras me dure la vida.

CAPITULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Scipion, el cual se embarca para Nueva España.

No miró mi secretario sin alguna envidia la inopinada fortuna del poeta Nuñez, de manera que por toda una semana no cesó de hablarme de ella. Admirado estoy, me decia, de los caprichos de la fortuna, la cual muchas veces parece que se complace en colmar de bienes á un detestable autor, mientras abandona á los mejores en manos de la miseria: ¡cuánto celebraria yo que un dia le viniese el entusiasmo de hacerme á mí rico de la noche á la mañana! Eso, le dije yo, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque si no me engaño mucho, la casa de un primer ministro se puede muy bien llamar el *templo de la fortuna*, donde de repente se ven elevados y ricamente abastecidos los que logran su favor. Eso, señor, es mucha verdad, me respondió; pero el tal favor suele tardar, y es menester paciencia para esperarle. Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues: ¿quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando algun buen encargo? Con efecto pocos dias despues se me ofreció ocasion de emplearle en servicio del conde-duque, y no la dejé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con el mayordomo del ministro, y era la materia sobre las rentas de S. E. El conde-duque, mi señor, me dijo Don Ramon Cápori (este era el nombre del mayordomo), goza varias encomiendas en todas las órdenes militares, que le redituan cada año cuatro mil escudos, sin otra obligacion que la de llevar la cruz ó la venera de Alcántara. Fuera de eso los tres empleos de gentil-hombre de cámara, caballerizo mayor, y gran canciller de Indias, le producen doscientos mil escudos anuales. Pero todo esto es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe V. S. cómo? ahora se lo esplicaré. Cuando los navíos del rey parten de Sevilla ó de Lisboa para Nueva España hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce el condado de Valdeories sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio cuatro veces mayor del que se despachan en España. Con el dinero que gana en esta venta compra especias, colores y otras drogas que en América se dan casi de valde y en España se compran á precio muy subido. Este es un tráfico que le vale muchos millones sin defraudar al rey ni en un solo maravedí. Pero lo que admirará mucho á V. S. (pues ha de saber el lector que con el empleo de secretario me daban señoría) es que las personas empleadas en manejar este comercio vuelven todas á

España cargadas de riquezas, porque el conde no solo permite, sino que lleva muy á bien que atendiendo al negocio de S. E. hagan tambien ellas el suyo.

Hallábase presente á esta conversacion el hijo de la Cosculina, y oyendo hablar asi á D. Ramon: á fe, señor Cápori, le dijo, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á Méjico. Presto te los contentaria yo, respondió el mayordomo, si el señor de Santillana no se opusiera á ellos. Aunque soy un poco delicado en la eleccion de los sugetos que envio á Indias para hacer este tráfico (porque al fin yo soy el que los nombro) desde luego te asentaria á tí en mi registro, con tal que lo consintiese tu amo. No solamente lo consiento, dije entonces á Don Ramon, sino que estimaria mucho me diese V. esta nueva prueba de su propension á favorecerme. Scipion es un mozo á quien estimo y amo, y ademas de eso es muy capaz y tan exacto en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto. En una palabra, respondo por él, como pudiera responder por mí mismo.

Siendo asi, dijo Don Ramon, desde luego puede partir á Sevilla, donde estan para hacerse á la vela dentro de un mes los navíos que deben pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que deberá hacer para utilizar mucho

sin el menor perjuicio de los intereses de S. E., que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Scipion con el nuevo empleo, dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dí para que comprase en Andalucía vino y aceite y ponerle en parage de que pudiese traficar por su cuenta con aquellos géneros. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna, no pudo separarse de mí sin lágrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.

CAPITULO XII.

Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva; motivo de su viage; grave afliccion de Gil Blas, y no menor alegria que siguió á su afliccion.

Apenas habia perdido á Scipion cuando un page del ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenia estas precisas palabras. *Si el señor de Santillana quisiese tomarse el trabajo de pasar al meson de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mejores amigos.*

¿Quién podrá ser este grande amigo? decia yo entre mí mismo, y por qué razon me ocultará su nombre? Verisímilmente que quiere sazonarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa. Salí prontamente de casa, tomé el camino de la calle de Toledo, llegué al sitio se-

ñalado, y quedé no poco sorprendido cuando me encontré con Don Alfonso de Leiva. ¡Qué es lo que veo! esclamé sin libertad. ¡V. S. en Madrid! Sí, amigo Gil Blas, me respondió, teniéndome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que estás viendo y palpando. ¿Pero qué negocio le ha traido á V. S. á la corte? le pregunté. Vóitelo á decir, me respondió, y al mismo tiempo te voy á dar un mal rato. Sábete que me han quitado el gobierno de Valencia, y que el primer ministro me ha mandado comparecer en la corte á dar razon de mi conducta. Quedéme como estúpido y pasmado por espacio casi de un cuarto de hora, tan enagenado en un profundo silencio que no tenia espíritu ni voz para articular una palabra, hasta que rompiendo como pude, le pregunté: ¿y qué cargos le han hecho á V. S.? ¿de qué le acusan? No lo sé, me respondió: hasta ahora de nada se me ha hecho cargo; solamente sospecho que la única causa de mi desgracia es una visita que hice tres semanas ha al cardenal duque de Melar en su palacio de Denia, donde se halla desterrado.

Sin duda alguna, repuse yo, todo el delito de V. S. ha sido esa menos considerada visita: no hay que buscar otra culpa, y V. S. me permita decirle que se olvidó de consultar á su grande y acostumbrada prudencia cuando no tuvo reparo en ir á visitar á un ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, repuso Don

Alfonso, y á lo hecho pecho. El castigo le he recibido, no solo con resignacion, pero sin la mas mínima alteracion de mi quietud ni de mi paz. Ya he tomado mi partido. Retiraréme con mi familia á mi quinta de Leiva, donde pasaré con alegría y sosiego lo que me restare de vida. Lo único que ahora me aflige es la necesidad de presentarme á un ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poca gracia: cosa intolerable para quien nació con alguna honra. Ello me será preciso esponerme á este sonrojo; pero no quise sujetarme á él antes de consultarlo contigo. Señor, le respondí, soy de parecer que V. S. no se presente al ministro hasta que me informe de los cargos que hubiere contra su persona. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en este negocio todos aquellos pasos que exigen de mí la gratitud y el amor. Diciendo esto le dejé en su meson, asegurándole que dentro de poco tendria noticia de mi persona.

Como no me embarazaba ya en ningun negocio de estado desde los dos manifiestos ó escritos de que antes hemos hablado, me fui derecho á Sotero para preguntarle si era verdad que á Don Alfonso de Leiva se le habia exonerado del gobierno de Valencia. Respondióme que sí, pero que ignoraba absolutamente cuál hubiese sido el motivo. Con eso resolví sin dudarlo irme derechamente al mismo ministro para saber de su propia boca qué causa pudo ha-

ber dado el hijo de Don César para acarrearse aquel vergonzoso despojo.

Estaba yo tan penetrado de dolor por el tal suceso que ninguna necesidad tenia de afectar tristeza al ir á ver al conde-duque con semblante de un hombre profundamente afligido. ¿Qué tienes, Santillana? me preguntó luego que me vió. Estoy leyendo en tu semblante un fondo de tristeza, de amargura y de afliccion que verdaderamente me da lástima, pues veo lo poco que te falta para llorar. ¿Te ha ofendido alguno? Habla y verás que presto estarás vengado. Señor, le respondí, aun cuando yo quisiera disimular mi dolor no podria, porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es gobernador de Valencia Don Alfonso de Leiva. No me podian dar noticia mas sensible para mí. ¿Qué me dices, Gil Blas? repuso el ministro, entre compadecido y admirado. ¿Pues qué tienes tú con D. Alfonso ni con su gobierno? Entonces le hice una puntual y menuda relacion de todas las obligaciones que debia á los señores de Leiva, y despues le conté cómo y cuándo habia yo obtenido del duque de Melar el gobierno de que se le privaba.

Escuchó S. E. hasta el fin toda la relacion con una paciencia y con una benignidad, que verdaderamente me admiró, y despues me dijo con humanidad indecible: enjuga, amigo, tus lágrimas; fuera de que yo ignoraba abso-

lutamente las estrañas cosas que me acabas de contar, no negaré que miraba á Don Alfonso como hechura del cardenal de Melar. En esta suposicion ponte tú en mi lugar, y dime si la visita que hizo á su eminencia no te le haria sospechoso. Quiero no obstante creer que habiendo sido provisto en su empleo por aquel ministro, la visita que le hizo no fue mas que un mero acto de respeto y de reconocimiento. Siento en el alma haber despojado de su empleo á un hombre que te le debia á tí; pero si deshice lo que habias hecho tú, quiero repararlo haciendo por tí mucho mas de lo que hizo el duque de Melar. Tu amigo Don Alfonso no era mas que gobernador de Valencia, yo quiero que el rey le haga virey de Aragon. Te doy licencia para que le anticipes esta noticia, y luego que la reciba haz que venga á prestar el juramento acostumbrado.

Al oir estas palabras pasé súbitamente de un estremo dolor á una inmoderada alegría; la que de tal suerte me trabucó el juicio que se conoció muy bien su turbacion en el cumplido de gracias que hice al ministro. No le desagradó el desórden de mi desconcertado discurso, y sabiendo que Don Alfonso se hallaba en Madrid, me dijo que podia presentarle á S. E. en aquel mismo dia. Partí volando al meson de San Gabriel, donde se quedó pasmado el hijo de Don César cuando le anuncié su nuevo empleo. No acababa de creer lo que yo le decia,

porque no podia persuadirse que mi privanza con el primer ministro llegase á tanto que fuese capaz de conferir vireinatos por mi consideracion. Condújele á casa del conde-duque, quien le recibió con el mayor agrado y la mayor distincion. Díjole desde luego que el rey estaba tan satisfecho de su conducta en el gobierno de Valencia, que reconociéndole con talentos para empleos mas altos, se habia dignado nombrarle virey y capitan general del reino de Aragon: dignidad, añadió, que tampoco es superior al nacimiento de V. E., y por consiguiente creo que la nobleza aragonesa nada tendrá que censurar en esta eleccion.

No me tomó en boca el primer ministro, y como el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, esta prudente precaucion libró á Don Alfonso y al conde-duque de las donosuras que se dirian en el mundo sobre un virey hechura de mis manos.

Luego que el hijo de Don César no pudo dudar de su promocion, despachó un propio á Valencia dando noticia de todo á su padre y á su muger, suplicándoles que viniesen á Madrid lo mas presto que les fuese posible. Hiciéronlo asi, y su primera diligencia fue visitarme y sofocarme á espresiones de su vivo agradecimiento. ¡Qué espectáculo tan tierno y glorioso fue para mí ver á las tres personas que mas amaba en este mundo arrojarse á mis brazos para estrecharme á competencia entre los suyos, y

protestarse mas sensibles á mi zelo y á mi amor, que al esplendor que el vireinato iba á añadir á su ilustre casa, sin acertar á desprenderse de mí ni encontrar voces que los contentasen para esplicarme su agradecimiento! Fuera de eso me trataban ni mas ni menos como si fuese un igual suyo, enteramente olvidados de que habian sido mis amos. Todo les parecia poco para darme pruebas de su amor. En fin, por no detenerme en circunstancias inútiles, Don Alfonso recibió los reales despachos, y despues de haber besado la mano al rey, dado gracias al ministro, y jurado su nuevo empleo, partió de Madrid con toda su familia á establecerse en Zaragoza. Hizo su entrada pública con toda magnificencia, y los aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les habia dado un virey acreedor á la general aceptacion, y muy digno de los mayores aplausos.

CAPITULO XIII.

Encuentra Gil Blas en palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas; retiranse todos tres á discurrir con libertad; fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo; servicio qne hace Santillana á Don Andres.

Rebosaba yo de alegría habiendo tenido la fortuna de transformar en virey á un gobernador apeado. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasion de empeñar mi crédito por otro amigo: suceso que me considero obligado á referir para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel Gil Blas que en el ministerio precedente vendia las gracias de la corte.

Hallándome un dia en la antecámara del rey hablando con algunos señores, que no se desdeñaban de admitirme á su conversacion sabiendo lo mucho que me distinguia el primer ministro, descubrí entre la multitud de cortesanos á Don Gaston de Cogollos, aquel prisionero de estado que habia conocido y dejado en el alcázar de Segovia. Estaba con el alcaide del mismo alcázar, Don Andres de Tordesillas. Separéme luego de las gentes con quien me hallaba, para ir á dar un abrazo á mis dos buenos y antiguos amigos. Ellos se admiraron mucho de verme alli, y yo no me admiré menos de verlos á ellos. Despues de recíprocas embesti-

das en demostracion de nuestra mutua alegría, me dijo Don Gaston: señor Santillana, tenemos mil cosas reservadas que contarnos unos á otros; este no es sitio oportuno, yo guiaré á otro donde el señor Tordesillas y yo tendrémos el gusto de hablar largamente con V. Vine en ello, hicimos lugar por entre el gentío que ocupaba las salas de palacio, y salimos á tomar el coche de Don Gaston, que estaba esperando en la calle; metímonos en él los tres y fuimos á apearnos en la plaza mayor, donde tenia Don Gaston su posada.

Señor Gil Blas, me dijo Don Andres luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia, paréceme que cuando V. salió de Segovia habia concebido tanto horror á la corte que iba con resolucion de alejarse de ella para siempre. Asi es, le respondí, ese era mi ánimo, y con efecto mientras vivió el difunto rey asi lo cumplí exactamente; mas luego que supe que ocupaba el trono el príncipe su hijo, me picó la curiosidad de probar si este me conoceria ó se acordaba de mí. Reconocióme, y tuve la dicha de que me recibió benignamente, tanto que él mismo me recomendó al primer ministro. Este me cobró tanto amor, que estoy mucho mejor puesto con él de lo que jamas estuve con el duque de Melar. Esto es en suma, Don Andres, todo lo que tengo que decir á V. Ahora sírvase V. decirme si se mantiene todavía en su empleo de alcaide del al-

cázar de Segovia. No señor, me respondió; el conde-duque puso á otro en mi lugar, pareciéndole que habiendo sido yo hechura de su antecesor seria tambien su parcial. Por todo lo contrario, dijo entonces Don Gaston, obtuve yo mi libertad. Apenas supo el nuevo ministro que estaba preso por órden del duque de Melar, mandó que se me dejase ir á mi casa. Con que, señor Gil Blas, yo solo tengo que contaros lo que me sucedió desde que salí del alcázar.

Lo primero que hice despues de haber dado mil gracias á Don Andres por las finas atenciones que le habia debido durante mi encierro, fue partir á Madrid. Presentéme inmediatamente al conde Valdeories, el cual me dijo asi que me vió: no tema V. que su prision haya perjudicado en la mas mínima cosa á su honor. Se ha justificado plenamente su conducta y su inocencia. Ni aun el mismo marques de Villareal fue delincuente, cuanto menos V., de quien solo se sospechaba que hubiese sido cómplice en su imaginado delito. Aunque era portugues y pariente del duque de Braganza, se averiguó ser menos parcial del duque que del rey nuestro señor. Asi que fue ligereza suponeros reo, únicamente por vuestra conexion con el mencionado duque. Por tanto para reparar la injusticia que se hizo á V. acusándole de traicion, el rey me manda darle la patente de primer teniente de sus rea-

les guardias. Acepté el empleo suplicando á S. E. me permitiese antes de tomar posesion pasar á Coria por hacer una visita á mi tia Doña Leonor de Laxarilla. Concedióme el ministro un mes de licencia para el viage, y le emprendí prontamente acompañado de un solo lacayo.

Habiamos pasado ya de Colmenar cuando vimos en una encrucijada á un caballero que valerosamente se estaba defendiendo contra tres hombres que le habian embestido. No dudé un punto en volar á socorrerle; metí espuelas al caballo, llegué al sitio del combate, desenvainé la espada y púseme á su lado. Ví que nuestros enemigos eran tres enmascarados, y conocí desde luego que reñiamos los dos con tres espadachines tan diestros como vigorosos. Sin embargo, á pesar de su vigor y de su destreza se declaró la victoria por nosotros. Con una estocada pasé de parte á parte á uno de los tres, cayó muerto del caballo, y los otros dos se pusieron en salvo huyendo á rienda suelta. Verdad es que la victoria no fue menos funesta para nosotros, porque despues de la accion tanto mi compañero como yo nos reconocimos peligrosamente heridos. Pero figúrense Vds. cuál seria mi admiracion cuando advertí que el caballero á quien valí era Convados, el marido de Doña Elena. No quedó él menos admirado al reconocer que era yo quien le habia salvado la vida. ¡Ah Don Gaston! escla-

mó. ¡Es posible que seas tú á quien me confieso deudor de la victoria! Cuando abrazaste mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorabas que defendias á un hombre que te habia soplado la dama con una estratagema poco digna de un caballero. Es cierto que lo ignoraba, le respondí; pero aun cuando hubiera sabido de antemano que eras tú, ¿te parece que podia dudar ni un solo instante en hacer lo que debia ejecutar en semejante lance un hombre como yo? No por cierto, respondió: tengo hecho de tí mejor y mas digno concepto. Si muero de mis heridas deseo muy de corazon que las tuyas te den lugar á aprovecharte de mi muerte. Convados, le dije entonces, aunque no he olvidado ni olvidaré jamas á Doña Elena, no por eso cabe en mí el deseo bajo y vil de poseerla á costa de tu vida; antes bien estoy gozosísimo de haber contribuido á salvarte de aquellos tres asesinos, por estar bien seguro de haber hecho en esto una accion que será muy grata á tu dignísima esposa.

Mientras los dos nos estábamos desahogando en estos términos, le vino gana á mi lacayo de apearse, y movido de la curiosidad se acercó al cadáver que estaba tendido en el suelo; quitóle la mascarilla, y descubrió unas facciones que luego conoció Convados. ¡Oh! esclamó fuera de sí: este es Caprara, aquel pérfido primo mio, que despechado por haber perdido una rica sucesion que injustamente

disputaba, tiempo ha estaba resuelto á asesinarme, y sin duda habia esperado á esta ocasion para ejecutarlo; pero el cielo permitió que fuese él mismo la víctima de su atentado.

Pero entre tanto la sangre de nuestras heridas iba corriendo, y nosotros por instantes nos íbamos debilitando mas y mas. Resolvimos, pues, alcanzar lo mejor que pudiésemos al lugar de Villarejo, que distaba como dos tiros de fusil del campo de batalla. Metímonos en el primer meson que encontramos. Llamáronse cirujanos, vino uno que decian ser muy hábil. Visitó nuestras heridas; halló que eran peligrosas, aplicó la primer cura, y á la mañana siguiente despues de haberlas registrado, declaró que las de Don Blas eran mortales, pero de las mias habló con menos desconsuelo. Verificóse á la letra en ambas partes su no disimulado pronóstico.

Oyendo Convados aquella sentencia de muerte, solo pensó en disponerse cristianamente para ella. Lo primero que hizo fue despachar un espreso á su muger, informándola de todo lo sucedido y del estado en que él se hallaba. Tardó poco Doña Elena en volar á Villarejo. Llegó altamente conmovido su espíritu por dos causas diferentes: por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado; dos afectos de principios encontrados que la tenian en terrible agi-

tacion. Señora, la dijo Don Blas asi que llegó á su vista; venis aun á tiempo de que podais recibir mis últimos suspiros, y lograr yo el tristísimo consuelo de despedirme de vos. Estoy ya para morir, y acepto mi muerte como merecido castigo de la indecente traza con que os robé á Don Gaston. Lejos de quejarme, yo misme os exorto por el paso en que me hallo á restituirle un corazon que tan injustamente le usurpé. Doña Elena solamente le respondió con un torrente de lágrimas, y á la verdad esta era la mas discreta respuesta que le podia dar, porque no estaba tan desprendida de mí que se hubiese olvidado del ruin artificio de que se valió Don Blas para determinarla á serme infiel.

Sucedió lo que el cirujano habia pronosticado: murió Convados en menos de tres dias por la malignidad de sus heridas, al mismo tiempo que las mias prometian pronto y perfecto recobro. La jóven viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que fuese transportado á Coria el cuerpo de su esposo para hacer los funerales que correspondian á sus cenizas, tomó la vuelta de aquella ciudad despues de haberse informado como por mera atencion y urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguíla luego que pude, y llegué á Coria, donde en breves dias me restablecí perfectamente. Entonces mi tia Doña Leonor y Don Jorge Galisteo trataron de casarnos á la viuda y á mí,

antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse el matrimonio privadamente en atencion á la reciente muerte de Don Blas; y á pocos dias despues volví á Madrid en compañía de mi amada Doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia, temí que el ministro hubiese dado á otro la tenencia de guardias que se me habia prometido, pero oyó benignamente la verdadera y legítima causa que me habia obligado á detenerme.

Hállome, pues, primer teniente de guardias españolas, y estoy bien hallado con mi empleo. He ligado comercio y estrechez con varios amigos, y estoy muy contento con ellos. Yo me alegrara poder decir otro tanto, interrumpió aqui Don Andres, pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que me puedan ayudar á obtener algun otro sólido y decente. Perdone Vd., señor Don Andres, dije yo entonces sonriéndome y atajándole el discurso; ya dije á Vd. que en mí tenia uno que le podrá servir de algo. Vuelvo, pues, á decir que el conde-duque me ama y me estima quizá mas de lo que me estimaba y amaba el duque de Melar, y habiéndome V. oido esto ¿todavía tiene valor para decirme en mis barbas que no conoce amigo alguno suyo que le pueda ayudar á conseguir un empleo honrado y sólido?

¿Pues digo, no tiene V. esperiencia de que aun sin las nuevas circunstancias en que me hallo tuve el gusto en cierta ocasion de hacerle un servicio semejante? ¿Se ha olvidado por ventura de que por recomendacion mia el arzobispo de Granada pidió y obtuvo para V. un empleo en Méjico que habria hecho su fortuna si el amor no lo hubiera desbaratado deteniéndole á V. en Alicante? Sepa, pues, que hoy me veo en parage de poder servirle mas, logrando como logro el favor del primer ministro.—Perdon, señor de Santillana: tiene V. razon, y asi me abandono enteramente en sus manos; pero, añadió sonriéndose, tambien suplico á V me haga el favor de no enviarme á la Nueva España, porque no iria allá aunque me hicieran presidente de la audiencia de Méjico.

Estábamos en esta conversacion cuando nos la cortó Doña Elena, que entró á la sazon en la sala. Su persona, llena de mil gracias, correspondió perfectamente á la grande idea que me habia formado de ella. Señora, la dijo Cogollos, este caballero es el señor Santillana, de quien os he hablado tantas veces, cuya amable compañía me hacia olvidar por largos ratos las incomodidades y amarguras de mi prision. Asi es, señora, añadí yo inmediatamente; es cierto que mi conversacion le agradaba y le divertia, mas era porque casi siempre era V. el asunto de ella. Respondió modestamen-

te la hija de Don Jorge á este cortesano cumplimiento; y á breve rato me despedí de ambos esposos protestando lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese sucedido á sus largos y fidelísimos amores. Volvíme despues á Tordesillas, é informado de su habitacion, le dije: Don Andres, de V. no me despido, puesto que espero darle antes de ocho dias alguna prueba de que el poder no ha andado desunido de la buena voluntad.

No me dejó embustero el suceso, pues nada menos que al dia siguiente me puso el duque en la mano la ocasion de servir á mi amigo. Santillana, me dijo S. E., está vacante la alcaidía del alcázar de la cárcel real de Valladolid; vale mas de cien doblones cada año, y me ha parecido que te acomodaria. Señor, le respondí prontamente, rindo mil gracias á V. E. por la memoria que se ha dignado hacer de mí; pero protesto que aunque valiera diez mil ducados, sin la menor duda desde luego la renunciaria, como cualquiera otro puesto que me separase del lado de V. E. Pero este, me replicó, no te separaria de mí, porque le podrias servir sin salir de Madrid, bastando hacer de cuando en cuando un viage á Valladolid para visitar las cárceles; esto no es incompatible. Diga V. E. lo que fuere servido, repuse yo, nunca aceptaré ese empleo, sino con la condicion de que se me permita renunciarle en favor de un dignísimo hidalgo, lla-

mado Don Andres de Tordesillas, alcaide que fue del alcázar de Segovia. Estimaria mucho mas poderle hacer este servicio, en reconocimiento de lo bien que se portó conmigo durante el tiempo de mi prision.

Sonrióse el ministro cuando me oyó hablar asi: ya te entiendo, me dijo, quieres hacer un alcaide, ni mas ni menos como hiciste un virey. Cúmplase tu gusto; y desde luego te confiero la vacante para que la cedas en tu amigo Tordesillas; pero dime con sinceridad: ¿ cuánto te valdrá este aparente rasgo de generosidad? porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu crédito de valde. Señor, le respondí, ¿ no estoy obligado á pagar lo que debo? Don Andres me hizo mil favores sin el menor interes cuando me tenia á su cargo; ¿no será obligacion mia servirle tambien con igual desinteres? Muy generoso os habeis hecho, señor de Santillana, me replicó el conde-duque, no me parece que lo erais tanto en el ministerio antecedente. Señor escelentísimo, repuse al punto, el mal ejemplo es muy poderoso, y él estragó mis buenas costumbres; como en el anterior ministerio todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el presente todo se da, volví á recobrar mi natural inclinacion.

Logré, pues, que se proveyese en Don Andres la alcaidía de las cárceles de Valladolid, y le hice partir luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo

por haber desempeñado en cuanto pude las obligaciones que le debia.

CAPITULO XIV.

Va Santillana á casa del poeta Nuñez; qué casta de pájaros encontró en ella, y la conversacion que tuvo con todos.

Un dia, despues de comer, me vino gana de hacer una visita al poeta asturiano, picándome la curiosidad de ver su cuarto y de qué modo estaba alojado. Fuime derecho á casa del señor Don Beltran Gomez de Rivero, y pregunté por Nuñez. Ya no vive aqui, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive en aquella casa, añadió mostrándome con la mano una que estaba enfrente, y ocupa el cuarto que cae á las espaldas de ella. Fuime allá, atravesé un pequeño patio y entré en una sala enteramente desalhajada, donde le hallé sentado á la mesa con cinco ó seis amigos suyos, á quienes habia convidado á hacer penitencia aquel dia.

Hallábanse hácia el fin de la comida, y por consiguiente acalorados ya en una disputa, mas luego que me vieron sucedió un profundo silencio al rumor y confusion de la contienda. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, diciendo á sus camaradas: señores, este caballero es el señor de Santillana que viene á honrarme; suplico á Vds. le rin-

dan todas las respetuosas atenciones que son debidas al valido de un primer ministro. Al oir esto todos los convidados se levantaron para saludarme: y en atencion al título que Fabricio me habia dado, todos á porfía se escedieron conmigo en mil serias demostraciones de veneracion.

Conociendo que mi presencia les daba alguna sujecion, estorbándolos de hablar con libertad: Señores, les dije yo, paréceme que he interrumpido la conversacion en que Vds. se hallaban; suplícoles encarecidamente se sirvan continuarla, porque de otra manera me obligarán á levantarme y á privarme de tan buena compañía. Estos señores, dijo entonces Fabricio, estaban hablando de la *Ifigenia* de Eurípides. El bachiller Melchor de Villegas, sabio de primera clase, y hombre de gran mérito, preguntaba al señor Don Jacinto de Romarate ¿qué cosa era la que mas le interesaba en aquella tragedia? Es asi, dijo Don Jacinto, y yo le respondí que el peligro en que se veia Ifigenia. Pero yo le repliqué, saltó luego el bachiller, lo que estoy pronto á demostrar, que no es ese peligro lo mas interesante de la tragedia. ¿Pues qué cosa es la que os da mas golpe en ella? preguntó no sin algun enfado el licenciado Don Gabriel de Leon. *El viento*, respondió prontamente el bachiller.

Todos los circunstantes pensamos reven-

tar de risa al oir una respuesta tan no esperada. Con efecto, no creí que el bachiller hablase en serio, sino que lo habia dicho precisamente para alegrar la conversacion. Pero yo no conocia aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y asi dijo con grande seriedad: rian Vds. cuanto les diera la gana; yo siempre sostendré que lo que debe dar mas golpe al espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas en aquella tragedia es únicamente el viento. Sí, vuelvo á decir, el viento, y no otra cosa, es lo que mas interesa en la Ifigenia. Y sino figúrense Vds. un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados, por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á su patria, donde habian dejado todo lo que amaban mas en este mundo, sus dioses Lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento que los detiene en Aulide, como si estuvieran enclavados en aquel puerto, tanto que mientras no se mude no les es posible ir á sitiar la ciudad de Príamo. Y asi este maldito é importunísimo viento es ciertamente lo que mas interesa en la tragedia. Yo he tomado partido por los pobres griegos; solo deseo que pueda partir la flota, el peligro de Ifigenia no me importaba un comino, y mas cuando supongo que su muerte es el único medio para aplacar á los dioses y moverlos á que envien un viento favorable á mis afligidos griegos.

Al acabar este discurso volvieron con mas ímpetu las carcajadas. Afectó Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion solo por dar mas materia de bufonería á los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller mirándolos á todos con un sobrecejo severo y desdeñoso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones, que es el paradero ordinario de semejantes disputas en gentes de cierta especie, pero fue vano mi temor, porque todo se redujo á llenarse recíprocamente de injurias y vaciedades, despues de haber comido y bebido á discrecion.

Cuando se hubieron retirado los convidados pregunté á Fabricio ¿por qué no estaba en casa del tesorero? ¿si era acaso por haber sucedido alguna desavenencia entre los dos? ¿Qué llama desavenencia? me respondió. Nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en esta el cuarto que ves para gozar mayor libertad. Aqui recibo á mis amigos que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena com-

pañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinitamente, querido Nuñez, le repliqué yo, de que puedas lograr esa satisfaccion sin riesgo de incomodarte, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el afortunado suceso de tu última comedia. Las ochocientas piezas del gran Lope de Vega no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á tí *el conde de Saldaña*.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DUODÉCIMO.

****

CAPITULO PRIMERO.

Emplea el ministro á Gil Blas en Toledo, motivo y éxito de su viage.

Ya habia mas de un mes que todos los dias me repetia el conde-duque esta cantilena: amigo Gil Blas, se va llegando el tiempo en que quiero poner en accion tu talento y tu destreza; pero este tiempo nunca acababa de llegar. Llegó en fin cuando ya estaba cansado de esperarle, y me dijo S. E.: he oido que en la compañía de comediantes que representa en Toledo hay una comedianta de singulares talentos y primorosa habilidad; se dice que baila y canta divinamente, tanto que eleva á cuantos la oyen, y que es linda ademas de eso. Una muger de tantas prendas es digna de que

se deje ver en la corte. El rey gusta de comedias, música y bailes, y tampoco le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oir á una muger tan rara. Por esto he resuelto que pases á Toledo, veas á esa actriz, procures tratarla, y tantees por tí mismo si es tanto como se pondera; yo me atendré desde luego á la impresion que hiciere en tí, y enteramente me fiaré en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision, y desde luego me dispuse á partir acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto sin dispertar los acechos de la curiosidad; precaucion que aplaudió y gustó mucho al conde-duque mi señor. Tomé, pues, el camino de Toledo, donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. Aun no bien me habia apeado, cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun hidalgo caballero de los contornos, me dijo: naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fe que se celebra mañana en Toledo. Yo que nada sabia de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi juego, y cortarle la gana de cuestionarme mas sobre el fin que me habia llevado á aquella ciudad. Verá V. S., prosiguió él, una de las mas bellas procesiones que jamas se han visto.

Con efecto el dia siguiente antes de salir el sol comenzaron á tañerse todas las campanas de la ciudad, señal de que se daba principio al auto. Dejé luego la cama, fuime derecho á una de la calles por donde habia de pasar la procesion, y subí á un tablado de los que de trecho en trecho se habian levantado para los que por su dinero quisieran ver con alguna mayor comodidad. Abrian la procesion los reverendos padres dominicos, precedidos del estandarte de la fe ó pendon del santo tribunal. Tras de dichos religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior la cruz de San Andres, de tela roja, y todos con sus corozas en la cabeza, con llamas pintadas los que han de ser condenados á la hoguera, y sin ellas á los que no son reos de pena capital.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorozados sin llamas al reverendo padre Hilario y á su compañero Fr. Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude ya dudar de ello. ¡Qué es lo que estoy viendo! esclamé dentro de mí mismo, temblando de pies á cabeza. El cielo se cansó de sufrir á estos malvados, y para salvar sus almas los entregó en manos de la justicia, disponiendo que cayesen en las del recto y santo tribunal de la

inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte me sentí cubierto de un sudor frio, y tan sobresaltado, que faltó poco para desvanecerme y caer en tierra fuera de mí. Acordéme de que habia sido cómplice de aquellos bribones en la escandalosa, impía y loca aventura de Chelva: viniéronseme en aquel punto á la memoria todas las maldades que habia cometido en su compañía, y conocí el gran beneficio que me habia hecho Dios librándome del capotillo y de la coroza.

Luego que pasó la procesion y el auto se concluyó, me restituí al meson lleno de mil especies melancólicas que me agitaban y turbaban la fantasía; pero al cabo disipadas estas insensiblemente, volví todo mi pensamiento á desempeñar con acierto la comision que me habia encargado el primer ministro. Esperé con impaciencia la hora de la comedia, pareciéndome que este era el primer paso que debia dar. Llegada que fue, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara con quien entablé luego conversacion, y le dije ¿si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta? Caballero, me respondió cortesanamente, V. es dueño de preguntarme lo que quisiere, y tendré á mucha fortuna el poderle servir en algo. He oido alabar mucho, proseguí yo, á estos comediantes de Toledo, y desearia saber qué hay en esto: diréle á V., me respon-

dió el de Alcántara, la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles escelentes. Entre otros oirá Vd. á la bella Lucrecia, niña de catorce años, que verdaderamente le aturdirá. No será menester que yo se la muestre á V. cuando se deje ver en el teatro. Ella sola por sí misma se dará á conocer. Volvíle á preguntar si representaria aquella noche. Sí, señor, me respondió, y la ha tocado un papel de mucho trabajo en la pieza que vamos á oir.

Dióse principio á la comedia. Salieron dos comediantas adornadas con todo cuanto las habia sugerido el capricho de las modas, y el hipo tan natural al sexo de llevarse todas las atenciones; pero ni sus diamantes, ni sus ricas galas, ni sus afectados movimientos me hicieron creer que fuese alguna de las dos la que yo esperaba. En fin dejóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y al punto fue anunciada su presencia con un ruidoso y general rumor de festivas y no pasageras palmadas. ¡Oh! dije entre mí: ¡qué garbo! ¡qué aire tan noble! ¡qué bellos ojos! ¡qué graciosa! ¡qué admirable criatura! Con efecto ella sola me llenó, ó por mejor decir me arrebató toda el alma. Comenzó á recitar; ¡pero con qué naturalidad! ¡con qué fuego! ¡con qué modestísimo despejo! ¡con qué alma! ¡con qué comprension de todo lo que decia, muy superior á sus pocos años! de manera que sin violencia,

antes bien con toda la razon y justicia del mundo, junté mis aplausos á los universales del auditorio, y los continué todo el tiempo que duró su representacion. Y bien, me dijo entonces el caballero: ya ve V. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro, le respondí: pues menos se admiraria V., me replicó, si la oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven como en otro tiempo hizo Ulises. No es menos temible cuando baila, sus pasos son tan peligrosos como su voz, y no hay ojos ni corazones que resistan. Segun eso, esclamé yo entonces, será preciso confesar que esta niña es un portento. Se puede decir que en cierto modo es escusable el mortal que se quiere arruinar por ella. Ningun amante tiene, me replicó aquel señor, á lo menos que se sepa. Lo cierto es que la maledicencia no la ha descubierto hasta ahora el mas mínimo amoroso devanéo, aunque pudiera muy bien haber caido en él incautamente, por estar bajo el dominio de una tia suya, llamada Estela, que es la muger mas astuta de toda la compañía.

Al oir el nombre de Estela, pregunté no sin alguna precipitacion al tal caballero, si aquella Estela hacia algun papel. ¿Qué llama si hace algun papel? me replicó: hace uno de los mejores y mas principales; pero hoy no representa, y en verdad que no hemos perdido

poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente que le desempeña con gran perfeccion. Representa con tanto desahogo, que acaso picará en demasía; pero este mismo defecto, si lo es, la cae muy en gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato que me hizo no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada y de quien he hablado tanto en esta mi historia.

Para asegurarme mas fuime derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes ví que se estaba calentando entre bastidores, y que la estaban obsequiando algunos señores, quizá solo porque era tia de Lucrecia. Acerquéme á saludarla, y fuese por algun capricho ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, me recibió con grande frialdad, fingiendo no conocerme. En lugar de hacer burla y chacota de su seco recibimiento, fui tan simple que mostré formalizarme, y aun me despedí con despecho y con enfado, resuelto en aquel primer movimiento de cólera á restituirme á Madrid el dia siguiente. Por vengarme de esta simple, decia yo para conmigo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del rey: para esto basta que haga á mi modo al ministro el retrato de Lucrecia: no tengo mas que decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que to-

da su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le irá la gana de hacerla venir á la corte.

Esta era toda la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente cuando me estaba disponiendo á partir, entró un lacayuelo en mi cuarto, y sin conocerme me dijo: señor, traigo un billete para el señor de Santillana, sírvase V. de decirme en qué cuarto está alojado. En este mismo, le respondí, porque ese tal Santillana soy yo, y tomándole de la mano el papel le abrí, y hallé que contenia estas precisas palabras: *olvida el modo con que anoche te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guiará.* Seguí luego al lacayuelo, que me condujo á una casa muy decente no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura peinándose en su tocador.

Luego que me sintió se levantó apresurada para darme un abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, conozco que V. saldria anoche, con mucha razon, poco satisfecho del mal recibo que le hice en el vestuario siendo conocidos antiguos; no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazon de malísimo humor, por haber oido ciertos discursos malignos que algunos de los señores cómicos hacian sobre la conducta de mi sobrina, cuyo honor me in-

teresa mas que el mio. El precipitado y desabrido modo con que V. se despidió, me hizo abrir los ojos y conocer mi falta: en el mismo punto dí órden á mi lacayuelo que siguiese á V. y observase su posada, con ánimo de reparar hoy la ofensa que le hice ayer. Ya queda, le dije, enteramente reparada, querida Laura, y no se hable mas en la materia. Ahora tratemos únicamente de nuestras recíprocas aventuras despues que el pánico temor de un grave castigo me obligó á salir de Granada con aquella precipitacion. Dejéte, si te acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que tuviste necesidad de toda tu habilidad y de toda tu arte para hacer las paces con tu buen portugues? Nada menos, respondió Laura; pues ¿no sabes que en semejantes lances la flaqueza de los hombres suele ahorrar á las mugeres hasta el fácil trabajo de justificarse?

Proseguí en la misma forma que antes, sosteniendo al marques de Marialva con toda resolucion que eras verdaderamente hermano mio. Perdóneme V., señor Santillana, la familiaridad y aun la llaneza con que le trato, acordándome del tiempo antiguo, porque no es fácil desnudarse de repente de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y con firmeza. ¿No conoce V. E., le dije, que todo este enredo es obra de los zelos y de la envidia? Narcisa, mi compañera,

y mi rival, rabiosa de ver que poseo yo un corazon que ella habia contado ya por suyo, forjó todo este embuste. Cohechó al atizador de candelas para que levantase la garrafalísima mentira de que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. La viuda de D. Antonio Coello nunca tuvo pensamientos tan bajos que creyese posible el caso de ponerse á servir á una comedianta. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de este cargo y de la conspiracion de mis acusadores es la misma precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dejaria sin duda bien confundida la calumnia; pero Narcisa con algun nuevo artificio le haria desaparecer, previniendo este vergonzoso lance.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no eran las mas concluyentes para formar una buena apología en favor de mi inocencia, el marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el docilísimo señor prosiguió amándome con igual fineza hasta que dejó á Granada y se volvió á Portugal. Su partida fue muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el maligno consuelo de verme perder el amante que yo la habia quitado. Permanecí despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido disensiones (como frecuentemente sucede entre nosotros) se separaron los comediantes, agregándose unos á la compañía de Sevilla, y otros á la de Cór-

doba. Yo me vine á la de Toledo, donde ha diez años que resido cuidando de mi sobrina Lucrecia, á quien anoche oiste representar, puesto que asististe á la comedia.

No pude dejar de sonreirme cuando la oí decir estas últimas palabras. ¿De qué te ries? me preguntó ella. ¿Pues que no lo adivinas? la respondí. Tú no tienes hermano ni hermana, y consiguientemente tampoco puedes tener sobrinos ni sobrinas. Ademas de eso cuando cotejo el tiempo que ha que nos separamos con la edad que puede tener Lucrecia, me parece que puede ser un poco mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á V., señor Gil Blas, replicó la viuda, un si es no es sonrojada. Como V. tiene tan presentes las épocas no es fácil encajarle gato por liebre. Ahora bien, amigo Gil Blas, Lucrecia es hija mia y del marques de Marialva, y el fruto de nuestro amor, porque no quiero ocultarle mas esa verdad. Vamos claros, repliqué yo; que es grande el sacrificio que me haces en confiarme este secreto, particularmente despues que me confiaste tus aventuras con aquel ecónomo del hospital de Zamora. Sea de esto lo que fuere, Lucrecia es una niña de tanto mérito que el público jamas podrá agradecer como debe el bellísimo regalo que le hiciste en ella cuando la diste á luz. Ojalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas.

¿Quién sabe si algun lector ladino al llegar aqui se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada cuando era secretario del marques de Marialva, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al marques la paternidad de Lucrecia? Le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Despues de darme Laura cuenta de sus aventuras, yo se la dí á ella de las mias hasta del estado actual de mis negocios. Oyóme con una atencion que mostraba bien no ser para ella indiferentes las cosas que me tocaban. Amigo Santillana, me dijo luego que acabé mi relacion, veo que estás haciendo una no pequeña ni poco afortunada figura en el teatro del mundo, y mi suma complacencia es muy superior á todos los esfuerzos de mi pobre esplicacion. Pienso trasladarme á Madrid con mi Lucrecia, para ver si la puedo introducir en el teatro del príncipe, y espero que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector. No lo dudes, la respondí: cuenta conmigo, y está segura de que la haré entrar en dicha compañía siempre y cuando quieras. Esto es lo que te puedo ofrecer con toda seguridad, sin hacer alarde, ni mucho menos presumir de mi poder. Desde luego te cogeria la palabra, replicó Laura, y mañana mismo partiria á Madrid, si no me detuvieran en Toledo las obligaciones que tengo contraidas con esta com-

pañía. Una órden del rey, dije yo, deshace fácilmente todas esas obligaciones. Esta órden la recibirás antes de ocho dias, y yo me encargo de ella. Lucrecia es alhaja propia de corte; tendré gran complacencia en robársela á los toledanos.

A este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Parecióme que veia entrar en él la misma diosa Hebé; tanta era su gentileza y su gracia. Acababa de levantarse de la cama, y brillaba tanto su hermosura natural, sin los ausilios del arte, que verdaderamente suspendia y encantaba. Ven acá, sobrina, la dijo su madre, ven y da mil gracias á este señor por lo mucho que nos favorece: es un antiguo amigo mio que puede mucho en la corte, y está empeñado en agregarnos á entrambas á la compañía del príncipe. Mostró la niña no disgustarla este discurso: hízome una profunda reverencia, y me dijo con cierta hechicerísima risita. Doy á V. muchas gracias por su noble y generosa intencion; pero caballero, cuando V. desea sacarme de un público que me favorece y me ama, estará bien seguro de que el de Madrid no me despreciará en vez de estimarme, porque á la verdad me seria muy sensible perder en el cambio. Muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores y actrices muy aplaudidos en una ciudad, y muy silbados en otra: y asi no quisiera que V. me espusiese al desprecio de la corte, ni

á sí mismo á que esta le desairase, riéndose de su mal gusto. Hermosa Lucrecia, la respondí yo: eso es lo que ni V. ni yo debemos temer, antes bien lo único que yo temo es que V. encienda una guerra civil entre los grandes, inflamándolos á todos. El miedo de mi sobrina, interrumpió entonces Laura, me parece mejor fundado que el de V.; pero todo bien considerado, ambos los tengo por vanos. Cuando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo menos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia mucha agudeza y un entendimiento lleno de viveza y penetracion. Despedíme al fin de las dos, protestando que inmediatamente se hallarian con órden intimándolas que luego luego se transfiriesen á Madrid.

CAPITULO II.

Da Santillana cuenta de su comision al ministro; le encarga este disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega á la corte, y su primera representacion en el teatro.

Cuando volví á Madrid encontré al conde-duque muy deseoso de saber el suceso de mi viage. ¿Y bien, Santillana, me dijo, viste á nuestra comedianta? ¿Merece que se la haga venir

á la corte? Señor, le respondí, la fama que comunmente pondera mas de lo justo lo singular de las gentes, se quedó muy atras en celebrar la belleza de Lucrecia. Es un milagro de hermosura y un prodigio de talentos.

¡Es posible! esclamó el ministro con una interior satisfaccion que se leia en sus ojos, y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿Es posible, vuelvo á decir, que Lucrecia sea tan amable como me dices? Cuando V. E. la vea, proseguí yo, conocerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho de su mérito. Santillana, replicó el ministro, quiero que me hagas puntual y menuda relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conté cuanto pasó, encajándole hasta la historia de Laura *inclusive*. Díjele que Lucrecia era hija de Laura, y del marques de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente cuando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dijo: no sabes cuanto me alegro saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Asi, pues, hazla venir cuanto antes á la corte; pero guárdate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: to-

do ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana.

Fuime derecho á verme con Sotero, díjele que el rey queria se despachase luego una órden, en que se espresase como S. M. habia tenido por bien recibir en la real compañía cómica de su teatro á Estela y á Lucrecia, actualmente agregadas á la de Toledo. Caspitina, señor Santillana, me respondió Sotero con una risita burlona, V. será servido prontamente, porque segun todas las señas se interesa mucho su buen gusto por estas dos damas. Con efecto estendió la órden á mi vista, entregómela, dejando á mi cuidado su despacho, y yo sin perder tiempo la envié á Toledo por el mismo lacayo que me habia acompañado en mi viage á aquella ciudad. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija. Apeáronse en una posada á pocos pasos del teatro ó corral del príncipe, y su primer cuidado fue darme aviso de su arribo por medio de un billete. Pasé al punto á visitarlas, y despues de mil recíprocos cumplimientos, las dejé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas, deseándolas fortuna y aplausos, de lo que ya casi no dudaban.

Publicóse al instante que dos nuevas comediantas recien agregadas á la compañía cómica del rey saldrian tal dia á hacer sus papeles; y dieron principio á su representacion con una comedia escogida que habia agrada-

do mucho en Toledo siempre que se representaba, y por lo mismo la repetian muchas veces.

En todo el mundo se gusta de la novedad cuando se trata de espectáculos. El concurso de este dia al teatro fue verdaderamente estraordinario. Bien se puede creer que yo no faltaria. Confieso que estuve no poco sobresaltado antes que se diese principio á la pieza. En medio de mi gran prevencion á favor de la habilidad de hija y mádre estaba con temor del buen éxito: tanto me interesaba por ellas; pero mi temor solo duró mientras las dos tardaron en abrir la boca. Luego que hablaron, se disipó mi sobresalto con los vivas, aplausos y palmadas que por largo tiempo resonaron en aposentos, patio, gradas y cazuela. Todos celebraban á Estela como una actriz completa para los papeles serios, y á Lucrecia como un prodigio para lo cómico. Esta última se levantó con los corazones de todos. Unos admiraban la brillante viveza de sus hermosísimos ojos; á otros les encantaba su dulcísima y delicadísima voz; y tòdos admirados de sus gracias no menos que de su modesto despejo, añadido á lo florido de su juventud y garbo, salieron como hechizadós de su persona.

Concurrió aquella noche á la comedia el conde-duque, el cual se interesaba mas de lo que yo creia en el lucimiento de aquella tiernecita comedianta, y le ví salir muy satisfe-

cho, á lo que me pareció, de la madre y de la hija. Seguíle, deseoso de saber si me habia engañado ó no en mi juicio, y entrándome tras de él en su gabinete: Y bien, señor escelentísimo, le dije, ¿está contento V. E. de madamita Marialva? Mi escelencia, me respondió sonriéndose, seria una escelencia bien ridícula y muy descontentadiza, si no conformara su voto con el del público. Sí, amigo: Lucrecia me llenó, y no dudo que el rey gustará verla.

CAPITULO III.

Hace Lucrecia gran ruido en la corte; representa á presencia del rey, que se enamora de ella; sucesos de estos amores.

Al instante se divulgó por Madrid, llegando hasta la corte, la voz del grandísimo aplauso de las dos nuevas comediantas. Hablóse de ellas el dia siguiente en el cuarto del rey. Dos señores alabaron tanto á Lucrecia y la pintaron tan hermosa, que el retrato dió curiosidad al monarca, el cual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que afectaba no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se quedó á solas con el conde-duque, le preguntó quién era aquella comedianta á quien tanto alababan. Es, señor, le respondió el ministro, una jovencita comedianta de Toledo, que por primera vez se dejó ver ayer en el teatro, y se grangeó

las aclamaciones de todos. Llámase Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana, y este me dijo tantas y tan buenas cosas de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el rey cuando oyó mi nombre; acordándose quizá en aquel momento que por mi maña habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el rey dijo al ministro: conde, mañana quiero oir representar á Lucrecia: encárgote que cuides de que se lo digan.

Contóme el conde-duque esta conversacion que habia tenido con el rey, y me mandó ir á la posada de Laura á avisarla del favor que S. M. las queria dispensar. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera: vengo, la dije, á daros una gran noticia. Mañana quiere veros y oiros en el teatro el soberano: asi me ha mandado el ministro que os lo prevenga. No dudo que tanto tú como tu hija haréis cuanto podais y sepais para desempeñaros y corresponder al honor que el monarca quiere haceros. Para eso os aconsejo que escojais una pieza en que haya baile y música, para que lo puedan lucir los grandes talentos que en una y otra habilidad celebran todos en Lucrecia. Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos cuanto nos sea

posible para que no quede por nosotras que el rey se dé por satisfecho. No podrá menos de quedarlo mucho, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia de medio trapillo, con el cual parecia cien veces mas agraciada y mas linda que adornada con las mas soberbias galas de teatro. Quedará tanto mas pagado S. M. cuanto es mayor su pasion á la música y baile, como que ninguna otra cosa le divierte; ¿y quién sabe, añadí, si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion; porque no obstante de ser tan gran monarca, pudieran acaso quedar desairados sus deseos. Aunque Lucrecia se crió entre bastidores y las licencias del teatro, ama mucho la virtud; y bien que no la desagraden los aplausos en las tablas, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada y timorata que por bailarina y cantatriz, ni comedianta escelente.

Al oir esto tomó cartas en la conversacion la misma Lucrecia, y volviéndose hácia Laura, la dijo con mucha gracia: tia mia, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré yo en la dura necesidad de no contestar á los suspiros del rey. La fineza de su real y delicadísimo gusto le librarán del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido tanto que pusiese los ojos en mí. ¿Pero hermosa Lucrecia, le repliqué yo, si

llegara el caso de que os entregase su corazon, escogiéndoos por su dama, seriais tan cruel que le dejaseis suspirar á vuestros pies como á un cualquier amante? ¿Y por qué no? respondió prontamente. Sin duda que lo haria asi: pues dejando á un lado la virtud, conozco que para mi vanidad seria triunfo mas lisongero y aun mas glorioso haber resistido á su pasion, que haberme rendido á ella. No me admiró poco oir hablar de esta manera á una doncellita criada á los pechos y en la escuela de tal madre. Despedíme de las dos muy edificado de la primera, y aplaudiendo á la segunda por la buena educacion que habia dado á su hija.

Impaciente el rey por ver á Lucrecia, fue la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia con música y bailes, brillando en todo nuestra comedianta.

Desde el principio hasta el fin clavé los ojos en el monarca, para ver si podia indagar por ellos lo que pasaba en su corazon; pero se burló de toda mi penetracion, mediante cierto magestuoso aire de gravedad y seriedad que afectó constantemente hasta el fin: y asi no supe hasta el dia siguiente lo que tenia tantas ganas de saber. Santillana, me dijo el ministro, vengo del cuarto del rey. Me ha hablado de Lucrecia con espresiones tan vivas que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le habia dicho que fuiste tú quien la

hizo venir de Toledo, mostró deseo de hablar privadamente contigo en este particular. Asi, pues, parte á palacio, preséntate á la puerta del cuarto de S. M., donde ya hay órden para que te dejen entrar: ve, pues, al instante, y vuelve luego á darme cuenta de toda la conversacion.

Volé al mismo punto al cuarto del rey, á quien encontré solo, paseándose á pasos largos, cabizbajo y pensativo. Hízome varias preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia quiso que yo le contase con la mayor menudencia, y cuando la concluí me preguntó si aquella damita habia tenido algun galan. Respondí que no, con toda seguridad y resolucion, sin embargo de conocer lo arriesgadas que son por lo comun semejantes aseveraciones. Siendo eso asi, repuso S. M., desde luego te nombro por agente mio para con Lucrecia, y quiero sepa por tu boca el corazon que ha conquistado. Vé al punto á darla esta noticia, entregándola al mismo tiempo en mi nombre esta memoria mia: (era un cofrecito lleno de preciosísimas joyas, de valor como hasta mas de cincuenta mil ducados) y dila que la suplico acepte este corto regalo como prenda de otras pruebas mas sólidas que puede y debe esperar de mi afecto.

Antes de cumplir con esta comision, pasé á ver al conde-duque para darle cuenta fiel de todo lo sucedido con el rey. Temia yo que aquel ministro celebrase poco esta noticia, an-

tes bien recelaba que le habia de inquietar mucho, porque como ya dije arriba, sospechaba yo que tenia sus miras y fines muy personales hácia la niña, y por consiguiente le daria poco gusto tener al rey por rival; pero lejos de desazonarle la noticia se alegró tanto con ella, que no pudiendo disimular su gozo, se le escaparon algunas palabras que yo no dejé caer en tierra. *¡Ah, rey mio!*, esclamó, *ahora sí que te tengo seguro. ¿Te enamoraste? Pues desde este punto comienzan á llenarte de tedio el gobierno y los negocios:* apóstrofe que me hizo ver con claridad todo el manejo político del conde. Conocí que le habia solicitado una diversion la mas conforme á su humor, para desviarle de la atencion á las cosas serias. Santillana, me dijo luego, no pierdas tiempo, vé cuanto antes á obedecer la importante órden que te han dado; persuadido á que muchos cortesanos se gloriarian de que se les hubiese confiado á ellos.

De esta manera pretendia S. E. dorarme la píldora, que tragué lo mejor que pude, mas no sin sentir un poco su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á ver las cosas por el lado de la religion y del honor; y el empleo de mercurio en gefe no me parecia tan honrado como me lo querian persuadir. No obstante, aunque ya no era tan vicioso que le pudiese ejercitar sin mucho remordimiento, tampoco era tanta mi virtud

que tuviese valor para no aceptarle. Obedecí, pues, al rey con tanto mayor gusto, cuanto ya estaba seguro de que no desagradaba en ello al ministro, á quien en todo y por todo deseaba complacer.

Parecióme conveniente hablar primero á Laura para quedar de acuerdo de todo entre los dos. Espúsela mi comision en los términos mas moderados y mas decentes que me fue posible, concluyendo mi arenga con ponerla en la mano el cofrecillo de las joyas. A su vista, no pudiendo disimular su alegría, la dejó que saliese á esplicarse por la boca con toda libertad. Señor Gil Blas, esclamó rebosando gozo, dejémonos de ceremonias y ficciones cortesanas, que serian muy impertinentes cuando estan hablando dos antiguos y finísimos amigos. Agraviaria mucho á nuestra amistad si me revistiera de una importuna severidad, haciendo melindres contigo. Sí por cierto, prosiguió ella, confieso que me faltan voces para esplicar el gozo que me ha causado la noticia que me das de la preciosísima conquista que ha hecho mi hija Lucrecia. Concibo muy bien todas las grandes ventajas que puede traer consigo; pero, hablando entre los dos, temo mucho que la mire con ojos muy diferentes de aquellos con que la miro yo. Aunque es una comedianta y educada en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha despedido á dos grandes señores tan amables co-

mo ricos. Dirásme quizá que estos no eran reyes. Vengo en ello, y convengo tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo dejar de decirte que es muy incierta la cosa, como ni tampoco dejar de declarar que por lo que toca á mí no haré violencia á mi hija. Si está lejos de considerarse favorecida por el afecto momentáneo del rey, lo mira como mancha á su recato, no dudo que tan gran monarca tendrá la generosidad no solo de no darse por ofendido, sino antes bien de aplaudir un modo de pensar tan honrado en una doncellita de pocos años. Finalmente, añadió Laura, toma el trabajo de volver mañana, y entonces podré decir la respuesta que debes dar al rey, ó favorable á sus deseos, ó de reconocimiento á su soberana bondad, restituyéndole al mismo tiempo sus joyas y regalos.

A pesar de toda esta arenga de Laura, tuve por sin duda que antes exhortaria á Lucrecia á que se olvidase de su deber, que á mantenerse en buenas máximas. Persuadido yo á esto contaba casi seguramente con el buen efecto de su patética exhortacion; pero al dia siguiente quedé grandemente sorprendido cuando supe que habia costado mas trabajo á esta madre reducir á su hija á lo malo, que les cuesta á otras el inclinar las suyas á lo bueno. Creció á lo sumo mi admiracion, cuando ví dentro de pocos dias que habiendo recibido Lucrecia algunas secre-

tas visitas del monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente volvió las espaldas al mundo, y se encerró en un convento, donde luego enfermó y murió á violencia de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte, inconsolable por la pérdida de la hija, de cuya muerte se consideraba rea por su desmesurada ambicion, se encerró en las arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus malogrados años. Afligió mucho al rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como en su humor naturalmente inclinado á divertirse hacian poca mansion las pesadumbres, se fue consolando poco á poco. En cuanto al conde-duque afectó la mayor indiferencia é insensibilidad en este incidente, bien que no dejó de mortificarle, como fácilmente lo creerá el advertido lector.

CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el conde-duque á Santillana.

Por lo que toca á mí me llegó al alma la desgracia de Lucrecia, y fue tanto el dolor que concebí por lo que pude haber contribuido á ella, que teniéndome yo mismo por infame, no obstante la soberana y augusta elevacion del amante á quien servia, renuncié para siempre jamás el caducéo; y declarando al ministro la repugnancia que tenia á llevar en la mano un

cetro ó baston tan vergonzoso, le supliqué me emplease en cualquiera otra cosa en que anduviese de acuerdo el favor y la conciencia. Santillana, me respondió el conde, grandísimo gusto me da esa tu delicadeza; y en vista de tu honrado pundonor quiero darte una ocupacion que sea mas conveniente á tu cristiano modo de pensar, y no menos noble que justa resolucion de proceder. Oye con atencion la confianza que voy á hacer de tí, y el no menos importante que decente ministerio que te quiero encomendar.

Algunos años antes de mi privanza con el rey, ví por casualidad á una dama que me pareció bizarra, airosa y bella. Hice que la siguiesen, la observasen y me informasen quién era. Dijéronme que era una dama genovesa, llamada Doña Margarita de Espínola, la cual vivia en Madrid con las rentas de su cara y de sus prendas, añadiendo que cierto alcalde de corte, por nombre Don Francisco Valdeasar, viejo y rico, gastaba mucho con ella. Esto que al parecer debiera hacerme no pensar jamas en semejante muger, fue puntualmente lo que me irritó mas la gana de entrar á la parte en sus favores con el tal Don Valdeasar. Para contentar este capricho me valí de una famosa y esperta vieja, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una secreta conversacion con la genovesa, la cual fue despues seguida de otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo

éramos igualmente bien tratados, gracias á nuestros regalos. Y quién sabe si quizá entraba tambien en la danza otro tercer galan que quizá fuese tan favorecido como nosotros dos.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que Margarita en aquella confusion de cortejantes insensiblemente se hizo madre, y dió á luz un niño, de cuya paternidad pretendió en particular hacer honor á cada uno de sus amantes; pero como ninguno podia asegurarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos le renunciaron; de suerte que la genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos. Duró esto diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre, dejando al hijo sin bienes, y lo peor de todo sin educacion.

Ahora entra la confianza que te quiero hacer, instruyéndote en el grande designio que tengo acá ideado. Quiero sacar de su nada á este pobre y desgraciado muchacho; y haciéndole pasar de un estremo á otro, elevarle á los mayores honores, y disponer que sea reconocido por hijo y heredero mio.

No me pude contener al oir un proyecto tan estravagante, y sin reparar en la desatencion de interrumpir su discurso, esclamé diciendo: ¡cómo, señor! ¡es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan estraña! Perdone V. E. á mi zelo una espresion tan impropia de su grandeza. Sosiégate, Santillana, me

replicó, no sin inmutarse algo, quizá te parecerá menos rara mi resolucion cuando sepas las razones que he tenido para formarla. No quiero que sean herederos mios mis colaterales. Me dirás acaso que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener algun hijo en la condesa de Valdeories. Pero cada uno se conoce á sí mismo; bástate saber que he probado inútilmente todos los secretos de la química para volver á ser padre. Asi, pues, ya que la fortuna, supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho del cual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo. La cosa está ya resuelta, y de un modo irrevocable.

Viendo yo que el ministro estaba encaprichado en semejante adopcion, tomé el partido de callar, y dejé de oponerme á su proyecto, sabiendo que era capaz de cualquier grande desacierto antes que desistir de una opinion concebida, ó de una resolucion ya tomada. Ahora solo se trata, prosiguió el ministro, de dar una correspondiente educacion á Don Enrique Felipe de Namuzg, porque este es el nombre que ha de tomar hasta que se halle en estado de poseer los títulos y dignidades que le esperan. En tí, querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descuido enteramente en tu capacidad, en tu zelo y en tu amor, sobre el cuidado y gobierno de su persona y de su casa. Tú le buscarás maestros correspon-

dientes para que le enseñen todo lo que en materia de instruccion y de habilidades debe saber un perfecto caballero. Quise negarme á la aceptacion de semejante empleo, representando al conde mi amo que no podia en conciencia encargarme de un ministerio en que jamas me habia ejercitado, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro nacimiento del que me habia tocado á mí; pero luego me interrumpió y me tapó la boca, diciéndome con toda resolucion, que absolutamente queria fuese yo el ayo y gobernador de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la monarquía. Fueme, pues, preciso echarme á cuestas tan importante como difícil encargo, por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pension de mil escudos que me señaló sobre una encomienda de la órden de Montesa.

CAPITULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa por hijo del ministro, bajo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg; escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este señor.

Con efecto tardó poco el conde-duque en reconocer como hijo suyo al de Doña Margarita. Hízose esta adoptacion por medio de instrumento público y solemne con noticia del rey,

y con su real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fue el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fue declarado único heredero del condado de Valdeories, y del ducado de Nacarlus. El ministro, para que viniese á noticia de todos, dió parte de ello á los embajadores estrangeros y á la grandeza, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al conde dónde estaba el señorito que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me parecieron mejor entre los pretendientes, y con el ausilio de Cáporis en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sobresalientes. Cuando todo estaba ya ajustado dí parte á S. E., quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dijo el conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aqui ves es el sugeto que yo mismo he escogido pa-

ra que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado un poder y una autoridad absoluta sobre tí. Sí, Santillana, añadió volviéndose á mí, á tu cuidado enteramente le abandono, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió otras el conde-duque encargando al caballerito me obedeciese en todo, y no saliese un punto de lo que yo le insinuase, y con esto nos despidió mandándome que condujese á Enrique á su nueva casa.

Luego que estuvimos en ella hice que se le presentasen todos los criados, esplicándole el oficio que tenia cada uno. Mantúvose despejado y sereno sin dar la mas mínima señal de que le hiciese novedad el verse de repente en aquella no esperada condicion, antes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabia leer ni escribir. Púsele un preceptor que le enseñase los primeros elementos de la lengua latina, díle maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaria de un maestro de baile; pero habia á la sazon tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me embaracé en la eleccion, no sabiendo á cuál dar la preferencia.

Hallábame con esta indecision cuando ví entrar en el portal de casa un hombre ricamente vestido. Poco despues llegó un page á decirme que deseaba verme aquel personage; hícele entrar, y preguntándole en qué le podria yo servir: Señor de Santillana, me respondió, he sabido que V. S. anda buscando maestro de danzar para el señor Don Enrique, y vengo á ofrecerme á la disposicion de V. S.; concluyendo esta breve arenga con muchas compasadas reverencias que mostraban bien su profesion. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligero, y gracias á Dios soy conocido en Madrid. No acostumbro andar á caza de discípulos, que esto es bueno para los maestrillos principiantes, ó para los que apenas saben danzar la pabana. Comunmente espero á ser buscado, pero enseñando como enseño al señor duque de Medianadionis, al señor Don Luis de Roa, y á algunos otros caballeros de la casa de Namuzg, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció de mi obligacion anticiparme á ofrecerme á V. S. Por lo que V. me dice, repuse yo, veo ser el hombre que habiamos menester. ¿Y cuánto es, le pregunté, lo que Vd. lleva por mes? Cuatro doblones de oro, me respondió, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¡Cuatro doblones! repliqué yo. Paréceme precio muy escesivo. ¡*Precio escesivo* le parece á V. S. el de cuatro doblones al mes por un maestro de danzar! repli-

có él en todo de admirado, y quizá quizá dará un doblon á un pobre inútil maestro de filosofía.

No me fue posible contener la risa á vista de una réplica tan necia y disparatada, preguntando al señor Ligero, ¿si en Dios y en su conciencia creia que era mucho menos necesario un maestro de filosofía que un maestro de danzar? Y como que lo creo, me respondió intrépidamente. Nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores mios. Y sino dígame V. S. ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? ¿Son mas que unas estatuas mal labradas, ó unas informes masas de carne como los osos reciennacidos antes que sus madres los laman y los pulan dándoles la figura que les corresponde? Nosotros poco á poco los vamos desbastando, dándoles insensiblemente aquella forma que han de tener, con aquellos airosos y compasados movimientos que está pidiendo la misma racionalidad. En una palabra, nosotros los enseñamos á moverse con gracia, comunicándoles ciertas posturas y movimientos llenos de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel gran maestro de danzar, y le recibí para que enseñase á Don Enrique cómo se habia de mover y cómo habia de andar, no rebajando de los cuatro doblones de mesada, precio ya fijo é invariable para los grandes maestros de aquel arte importantísimo.

CAPITULO VI.

Vuelve Scipion de la América; acomódale Gil Blas en la familia de Don Enrique; estudios de este; con quien le casó el conde-duque; hace noble á Gil Blas contra toda su voluntad.

TODAVIA me faltaba parte de la familia de Don Enrique cuando Scipion volvió de Méjico. ¿Preguntéle cómo le habia ido en su viage? Me respondió que bien, puesto que con los tres mil ducados que yo le habia dado, habia comprado y traido en géneros de aquel pais el importe de nueve mil, que le valdria su venta en España. Hijo mio, le dije, yo te doy mil enhorabuenas; y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, repitiendo el año que viene otro viage á América; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no esponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion, no tienes mas que hablar, que yo podre dártelo. Pardiez, me respondió el hijo de la Cosculina, en una alternativa como esa no hay lugar á la menor duda. Mas quiero asegurar un bocado de pan al lado de V. S. que amontonar grandes riquezas privado de su vista y á costa de tantos riesgos. Asi, pues, sírvase V. S. decirme qué ocupacion piensa destinar á este inútil pero fidelísimo servidor.

Para que se hiciese cargo de todo le conté brevemente la historia de aquel señorito que el

conde habia querido ingerir en el tronco de Namuzg. Díjele como S. E. me habia hecho gobernador de Don Enrique, y que desde luego le nombraba á él por primer ayuda de cámara de aquel hijo adoptivo. No podia desear mas Scipion, y asi aceptó con el mayor gusto el nuevo empleo, desempeñándole tan bien, que en pocos dias se levantó con el amor y la confianza de su nuevo amo.

Estaba yo casi cierto de que los pedagogos que habia elegido para que enseñasen los primeros rudimentos de la gramática al hijo de la genovesa perderian todo su trabajo, pareciéndome que en su ya adelantada edad seria indisciplinable; pero en esto por fortuna se engañó mi juicio. Aseguráronme los maestros que estaban muy contentos con él, porque aprendia presto y retenia bien todo lo que le enseñaban. Pasé inmediatamente á dar esta alegre noticia al conde-duque, quien la recibió con estraordinario gozo. Santillana, me dijo, no sabes el gusto que me has dado con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria y pronta penetracion. Esto me hece reconocer en él mi sangre, y ratificarme en que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va descubriendo en él. Guardéme bien de decirle lo que pensaba en este asunto, y respetando su flaqueza le dejé gozar tranquilamente de la persuasion falsa ó verdadera de que él y no otro era el padre de Don Enrique.

Aunque todos los Namuzges aborrecian de muerte al tal señorito recien hecho, disimulaban por política: y aun algunos de ellos afectaban solicitar su amistad. Visitábanle los embajadores y los grandes, tratándole con el mismo respeto y atencion que si fuera verdaderamente hijo del conde. Lisonjeado infinitamente este ministro con el incienso que se ofrecia á su idolillo, se dió priesa á llenarle de empleos y dignidades. La primera gracia que pidió al rey para Don Enrique, fue la cruz de Alcántara con una encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de gentilhombre, y deseando entroncar con una de las familias mas nobles de España, puso los ojos en Doña Juana Vascelo, hija del duque de Llastica, y fue tanto su poder que lo logró á pesar del mismo duque padre de la novia, y de todos sus parientes.

Algunos dias antes que se celebrase el matrimonio me envió á llamar el conde mi señor, y luego que me vió me puso en la mano unos pergaminos, diciéndome: aqui tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para tí y para toda tu familia: ya eres noble. Señor, le respondí, pasmado de lo que acababa de oir, V. E. sabe muy bien que soy hijo de una pobre dueña y de un miserable escudero; paréceme que agregarme á la nobleza seria en cierta manera profanarla, y entre todas las gracias que el rey me puede hacer ninguna es mas

superior á mi mérito, ni menos adaptada á mis deseos. Tu bajo nacimiento, replicó el ministro, es un impedimento muy fácil de superarse : has sido empleado en los negocios de estado, asi durante el ministerio de mi antecesor como en el mio ; ademas, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al rey servicios que merecen ser premiados? Santillana, en una palabra, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que ejerces con mi hijo requiere que seas noble. Este es á la verdad el motivo que he tenido para solicitar tu ejecutoria. Ríndome, señor, le repliqué, puesto que asi lo quiere V. E., y diciendo esto recogí mi ejecutoria, beséla y metíla en el bolsillo.

Éteme aqui ya caballero, decia yo hablando conmigo mismo cuando iba por la calle: éteme que ya soy noble sin tener la mas mínima obligacion á mis padres ni á mis abuelos : ya podré hacer me llamen *Don Gil Blas* siempre que me diere la gana, y si alguno la tuviere de reirse de mí, yo le daré con mi ejecutoria en los hocicos; pero leámosla y veamos de qué manera se borra de repente el crisma del villanismo. Saqué de la faltriquera la patente del rey, y ví que decia en suma que S. M. en reconocimiento del zelo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su real servicio y por el bien del estado, habiendo tenido por bien gratificarme con la merced de noble, etc. Y me

atrevo á decir, aunque parezca alabanza mia, que no sentí ni asomos de sorberbia por esta gracia: antes bien teniendo siempre á la vista mi humilde nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba mas. En virtud de lo cual determiné encerrar la ejecutoria en un armario viejo en lugar de hacer de ella alarde ni ostentacion.

CAPITULO VII.

Encuentra Gil Blas á Fabricio por casualidad; última conversacion que tuvieron, y aviso importante que le dió Nuñez.

Ya dejo dicho que el poeta asturiano se olvidaba fácilmente de mí. Tampoco mis ocupaciones me permitian buscarle, y asi no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia de Eurípides*, cuando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la Puerta del Sol. Víle salir de una imprenta, y díjele prontamente; ¿qué es esto, amigo Nuñez? ¿tratas con impresores? Esto me huele á que quieres regalar al público con alguna nueva obra.

Sin duda debe esperarla, me respondió. Actualmente estoy haciendo imprimir un papelillo que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo ya de su mérito, le repliqué, pero me parece que la mayor parte de esos escritos sueltos son bagatelas que hacen poco

honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime gustan de divertirse perdiendo tiempo en la lectura de esos papeles volantes. Confieso que este se me escapó, siendo uno de aquellos hijos que suele engendrar la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga á los lobos á salir de sus cavernas.

¡Cómo asi! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor del *conde de Saldaña!* ¡Un hombre que tiene dos mil ducados de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco, amigo, me interrumpió Nuñez, ya no soy aquel feliz autor que gozaba una buena pension, y esa bien pagada. Desordenáronse, y de repente, los negocios del tesorero Don Beltran, disipó el dinero del rey, embargáronle todos los bienes, y llevó el diablo mi pension. Mal caso es ese, le dije, ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado? Maldita aquella, me respondió: el señor Gomez del Rivero está tan pobre y tan miserable como su poeta; ahogóse y se hundió de manera que nunca volverá á verse sobre el agua.

Segun eso, amigo mio, repuse yo, te veo en un estado que me será preciso solicitar algun empleo que te pueda consolar en la pérdida de tu pension. Te lo estimo mucho, me respondió, pero no quiero que tomes ese tra-

bajo. Aunque me consiguieras el mayor empleo en las secretarías del ministro no le aceptaria. Esas fastidiosas y serias ocupaciones no se hicieron para quien está criado entre las musas. A este solamente le convienen diversiones literarias. Finalmente te diré que yo nací para vivir y morir como poeta, y quiero que se cumpla mi destino. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de vivir con gran libertad é independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, aun entrando los autores de almanaques, que no tenga una buena casa donde ir á comer. Todos los dias se ponen para mi dos cubiertos muy seguros. Uno en la mesa de un director general de hacienda, á quien dediqué cierta novela; y otro en la de un rico mercader, que rabia por tener siempre ingenios á su mesa. Por fortuna no es el de mejor gusto, ni el mas delicado en la eleccion, y asi fácilmente se provee de este género en abundancia y á pedir de boca.

En ese caso, le repliqué, ya no te tengo lástima, puesto que estás tan contento con tu suerte. Sin embargo te vuelvo á decir que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo á pesar de tu descuido en cultivar su amistad. Mi bolsillo estará siempre abierto para tí. Sentiré

que una vergüenza fuera de tiempo te prive á tí de lo que hubieres menester, y á mí del particular gusto de servirte y aliviarte.

Verdaderamente, esclamó Nuñez, que en estas generosas espresiones conozco á mi Santillana, y te rindo millones de gracias por la grande disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi reconocimiento á esta fineza quiero darte un importante aviso, y al mismo tiempo un buen consejo. Mientras dura el poder del conde-duque, y tú te mantienes en su gracia, aprovecha bien el tiempo, y no te descuides en asegurarte una sólida y mediana fortuna, porque la de ese ministro, á lo que me han asegurado, está mas que un poco titubeante. Preguntéle si esto lo sabia de buen nominativo. Respondióme que lo habia oido á un caballero de Calatrava, viejo muy machucho y grande huron de secretos reservados, á quien todos oyen como á un oráculo, y lo que dijo ayer en mi presencia fue lo siguiente: «el conde-duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran en derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del rey; pero el monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oidos á las quejas que se tienen de él.» Agradecí á Nuñez el consejo y el aviso, pero hice poco caso de uno y otro, persuadido á que la gracia del duque en el corazon del rey era absolutamente inmutable, á la manera de aquellas viejas encinas que

arraigadas profundamente en la tierra se burlan de los torbellinos, y aun de los mas furiosos y violentos huracanes.

CAPITULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el rey un viage á Zaragoza.

Como quiera la noticia que me dió Fabricio no carecia de fundamento. Fermentaba dentro de palacio cierta conspiracion para derribar al conde-duque, á cuya frente se decia estar la misma reina. Sin embargo nada transpiraba al público de las medidas que se tomaban para derribar al ministro, y se pasó mas de un año sin que se hubiese reconocido la mas mínima diminucion en su privanza y favor.

Pero el alzamiento de Cataluña, sostenido de la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuracion del pueblo, y á sus quejas contra el gobierno. Estas fueron ocasion de un consejo que se tuvo en presencia del rey, al que quiso S. M. asistiese el marques de Agran, embajador de la corte de Viena. Propúsose en él, ¿si era mas conveniente que el monarca se mantuviese en Castilla ó que pasase á Aragon á dejarse ver de su ejército? El conde-duque, que no tenia gana de que el rey saliese de Castilla, habló el primero, representó que no juzgaba

conveniente que S. M. abandonase el centro de sus estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del consejo, á escepcion del marques de Agran, que llevado de su zelo por la casa de Austria, y con la franqueza genial de su nacion, se opuso abiertamente al dictámen del primer ministro, y sostuvo lo contrario con razones tan poderosas, que convencido el rey de su fuerza y solidez, abrazó esta opinion, aunque opuesta al parecer de todo lo restante del consejo, y señaló el dia para partir al ejército.

Esta fue la primera vez que el monarca dejó de seguir el parecer de su privado: novedad que le llenó de amargura, y le dejó altamente mortificado, considerándola como un público y vergonzoso desaire. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete para roer en plena libertad tan duro hueso, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su cuarto me contó lo que habia pasado en el consejo, trémulo, agitado, y como un hombre fuera de sí. Recobrado despues algun tanto: sí, Santillana, me dijo, sí: el rey, que mas ha de veinte años solo hablaba por mi boca, y solo veia con mis ojos, prefirió al mio el parecer de Agran. ¿Pero cómo? Colmando de elogios á aquel embajador, y exaltando sobre todo su amor y su zelo por la casa de Austria, como si uno ni otro fuese superior al mio. Por todo esto fá-

cilmente se conoce, prosiguió el ministro, que hay un partido formado contra mí, del cual la reina es la cabeza. ¿Y de eso se inquieta V. E.? le repliqué yo. Doce años ha que la reina está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios, y otros tantos que V. E. acostumbró al rey á no consultar con su esposa el mas mínimo de ellos. Respecto al marques de Agran pudo muy bien el rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña. No das en el hito, repuso el conde, antes bien debieras decir que mis enemigos esperan que hallándose el rey entre sus tropas estará siempre rodeado de los grandes que le quisieren seguir, y entre ellos habrá mas de uno mal satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió; porque daré tales providencias que durante el viage se haga el rey inaccesible á todos los grandes. Asi lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia señalado para la partida del rey, despues de haber nombrado á la reina por gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero queriendo pasar por Aranjuez, halló tan delicioso aquel sitio que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones que perma-

neció largo tiempo en aquella ciudad. De alli se transfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Al fin el conde-duque le disuadió de ir á él haciéndole creer que se esponia á peligro de caer en manos de los franceses, los cuales ocupaban todas las llanuras de Monzon, tanto que atemorizado el rey de un riesgo meramente imaginario, resolvió mantenerse encerrado en su palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el ministro de aquel pánico terror, con pretesto de invigilar sobre la seguridad de su real persona, era, por decirlo asi, como una centinela de vista, de manera que los grandes, despues de haber hecho escesivos gastos para ponerse en tren de seguir con la correspondiente decencia al soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el monarca, ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de que perdia el tiempo en ella, ó acaso de verse alli prisionero, se restituyó cuanto antes á Madrid, dejando al marques de los Velez, general del ejército, el cuidado de mantener el honor de las armas españolas.

CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del conde-duque.

Pocos dias despues comenzó á correr por Madrid una mala nueva. Deciase que los portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al duque de Braganza por rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fue que cuando la corte y toda la nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el conde-duque quiso divertir al rey con sarcasmos, dichicos y agudezas á costa del duque de Braganza; pero el rey lejos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un aire serio que enteramente le desconcertó, haciéndole presentir su inminente desgracia. Acabó el ministro de dar por cierta su caida cuando supo poco despues que la reina abiertamente se habia declarado contra él, dicien-

do públicamente que su mala administracion habia dado motivo á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los grandes, especialmente aquellos que habian seguido al rey en el viage á Zaragoza, reconocieron la tempestad que se iba levantando contra el conde-duque, se declararon por la reina. Pero la que dió el último golpe decisivo fue la duquesa viuda de Mantua, gobernadora que habia sido de Portugal. Esta princesa vino de Lisboa á Madrid, donde hizo ver claramente al rey que de la rebelion de los portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer ministro.

Hizo tanta impresion en el ánimo del monarca el discurso de aquella princesa, que desde el mismo punto desapareció la caprichosa obstinacion con que en todo y por todo aprobaba cuanto hacia y decia su privado, despojándose en un instante de todo el amor que le profesaba. No bien llegó á noticia del ministro que el rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, le escribió pidiéndole licencia para renunciar su empleo y retirarse de la corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputar á su ministerio todas las desgracias que durante él habian sucedido á la monarquía. Pareciale que esta súplica haria grande efecto en el corazon del rey, suponiendo que todavía se conservaria en él la inclinacion que bastaba para no consentir jamas en semejante reti-

ro; pero la respuesta de S. M. fue que venia en concederle el retiro que pedia, y que asi podia irse á donde mejor le pareciese.

Estas pocas palabras, escritas de propio puño del rey, fueron como un formidable trueno que dejó aturdido al pobre señor, el cual nada menos esperaba. Con todo eso disimuló su sentimiento, y afectando serenidad y constancia, me preguntó ¿qué haria yo si me hallase en igual caso? Respondíle, que fácilmente tomaria mi partido, abandonando para siempre la corte, y retirándome á alguno de mis estados á pasar tranquila y dulcemente lo restante de mi vida. Piensas como se debe pensar, repuso el conde. Lo mismo quiero hacer yo: retiraréme á Choesel despues de haber hablado una sola vez con el monarca para representarle que hice cuanto era posible en lo humano para llevar la pesada carga que tenia sobre los hombros, sin que tuviese mas culpa en los siniestros sucesos de que me acusan, que la de un hábil piloto que no pudiendo contrarestar la violencia de los vientos, ni el ímpetu de las olas, ve naufragar el bajel desobediente al timon. Lisonjeábase el ministro de que aun podia aquietarse el rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia, antes bien se le envió á pedir la llave con que entraba en el cuarto del rey siempre que queria.

Conoció entonces que ya no le quedaba es-

peranza, y se resolvió buenamente á retirarse. Examinó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para partir al dia siguiente. Temiendo que al salir de palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un mal coche con su confesor y conmigo, tomó tranquilamente el camino de Choesel, pueblo corto, de que era señor, donde la condesa su muger habia fundado un convento de religiosas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

CAPITULO X.

Cuidados que inquietaron al conde-duque; síguese á ellos una dichosa tranquilidad; género de vida que entabló en su retiro.

La condesa Valdeories dejó partir á su marido á Choesel, y ella se quedó en Madrid con la esperanza de alcanzar su regreso al ministerio por medio de sus lágrimas y de representaciones. Echóse á los pies de sus magestades, pero nada pudo obtener. El rey no hizo aprecio de sus memoriales, y la reina, que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del ministro des-

graciado: abatióse hasta implorar la proteccion de las damas de la reina: bajeza que solo produjo el fruto de moverlas á desprecio mas que á compasion. Afligida y aun avergonzada de haberse abatido tanto sin otro efecto que el de haberse envilecido; se fue á juntar con su esposo para llorar con él la pérdida de un empleo, que ademas de ser el primero de la monarquía, era en aquel reinado de un poder casi no imaginable.

La relacion que hizo la condesa del estado en que habia dejado las cosas en Madrid, aumentó estraordinariamente la afliccion del conde su esposo. Vuestros enemigos, le dijo llorando, el duque de...... y los demas grandes que no os pueden ver, incesantemente adulan al rey aplaudiendo la resolucion de haberos separado del ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, atribuyendo todas las que padece el estado á vuestra desacertada administracion. Señora, la respondió mi amo, imitad mi ejemplo: llevad con resignacion vuestros disgustos, como procuro yo hacerlo con los mios, y cedamos con valor á una borrasca que no podemos desvanecer. Creia yo, es verdad, que podia perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida: ilusion ordinaria en los ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad, y aun tal vez del capricho del soberano. El duque de Melar se engañó tanto

como yo, persuadido á que en la púrpura que le adornaba tenia seguro fiador de la perpetua duracion de su autoridad.

Asi procuraba el conde-duque consolar y confortar á su esposa, exhortándola á la paciencia, siendo asi que él padecia una agitacion que se hacia mayor todos los dias con las cartas de Don Enrique, que permaneció en Madrid para observar cuanto pasaba en la corte y avisar de todo exactamente. El portador de estas cartas era Scipion, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la cual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana Vascelo. Dichas cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y era lo peor que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas que no contentos los grandes con haber derribado al conde-duque, hacian cuanto podian para que todas sus criaturas fuesen removidos de los empleos que ocupaban, y reemplazados por los quejosos y enemigos del ministro caido. Avisaba en otras que iba entrando en favor Don Luis de Roa, quien segun todas las señales seria declarado primer ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que le llegó mas al alma fue la novedad que se hizo en el vireinato de Nápoles, despojando de él á un grande amigo suyo, y dándoselo á otro señor á quien nunca habia podido tragar.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fue disgustos, inquietud y turbaciones para el pobre conde-duque; pero su confesor, que era un religioso tan ejemplar como docto y elocuente, halló modo de consolarle, confortarle y serenarle. A fuerza de representarle con energía, con dulzura y con viveza que ya no debia pensar en otra cosa que en la salvacion de su alma, logró desprenderle enteramente del espíritu de corte. Dijo públicamente S. E. que ya no queria saber noticia alguna de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La condesa, aprovechándose tambien por su parte del desengaño y de la oportunidad que la ofrecia aquel retiro, halló en el convento de religiosas que habia fundado todo el consuelo que podia desear, preparado amorosamente por la divina providencia. Habia entre aquellas religiosas algunas de particular virtud, cuyas santas conversaciones insensiblemente fueron labrando en su corazon, de manera que convirtieron en una dulce y alegre tranquilidad todas las amarguras de su vida. Al mismo paso que el corazon del conde iba echando de sí los pensamientos del mundo y desprendiéndose de todo lo que olia á cuidados y novedades de corte, se iba arraigando mas y mas en su alma aquella dulcísima paz. Entabló en género de vida y una distribucion de horas en la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la iglesia de las monjas

oyendo misas, iba despues á comer, tenia sobre mesa una corta conversacion, levantaba esta y se divertia por espacio de dos horas jugando conmigo, y con otros criados de su mayor confianza. Concluido el juego se retiraba á su gabinete, donde se mantenia hasta puesto el sol. Entonces salia á dar un paseo por el jardin ó tomaba el coche y daba una vuelta por las cercanías del lugar, acompañado siempre de su confesor ó de mí, y á veces de entrambos.

Un dia que S. E. y yo íbamos solos, me tomé la licencia de decirle: Señor, no puedo contener mi consuelo, y aun mi gozo, viendo como veo que V. E. comienza á no echar menos el bullicio y el tumulto del mundo, y que se acostumbra al retiro y á la quietud. Estoy ya tan acostumbrado, me respondió, que aunque siempre he vivido entre el ruidoso estruendo de los mayores negocios, cada dia voy tomando mas gusto á esta vida tranquila, silenciosa y feliz.

CAPITULO XI.

Apodérase del conde-duque una repentina y profunda melancolía; su causa y sus efectos.

Divertiase algunas veces e l conde por variar sus ocupaciones en cultivar su jardin. Estábale yo un dia viendo en aquel inocente trabajo, y me dijo en un tono entre serio y festivo: ¿qué te parece, Santillana? ¿No es un espectáculo tan estraño como divertido el ver á un ministro desterrado de Madrid hacer de jardinero en Choesel? Señor, le respondí en el mismo tono, me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano dando la ley en Sicilia, y enseñando despues á leer y escribir á los niños de Corinto. Sonrióse un poco el amo, y mostró que no le desagradaba el cotejo.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al conde tan superior á su desgracia, rebosando gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta alli, cuando todos advertimos en él una repentina mudanza que palpablemente iba creciendo, y nos llenó de grandísimo dolor. Vímosle taciturno, pensativo y como abismado en una profundísima melancolía. Abandonó todo juego y pasatiempo, huia de la gente, y se mostraba insensible á cuanto podiamos hacer y discurrir para divertirle. Luego que acababa de comer

se encerraba en su cuarto, de donde no salia hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podia tener orígen en la memoria de la grandeza pasada, y en este concepto procuramos dejarle solo con el religioso su confesor; pero su elocuencia tampoco pudo triunfar de la melancolía del duque, antes bien cada vez se descubria mayor.

Ocurrióme que la tristeza del ministro podia nacer de algun motivo ó disgusto reservado que no queria manifestar; y habiéndole encontrado un dia estando solos los dos: señor, le dije con cierto aire de amor y respeto, ¿será lícito á un humilde criado hacer una pregunta á su benignísimo amo y generosísimo bienhechor? Pregunta lo que quisieres, me respondió, que yo te lo permito. Pues, señor, le repliqué, ¿á dónde se ha ido aquella alegría, aquella satisfaccion que con tanto consuelo nuestro estábamos todos viendo en el semblante de V. E.? ¿Ha perdido aquella magnánima superioridad con que ponia á sus pies todos los reveses de la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor escite nuevos tumultos en ese corazon, tan superior á todas las humanas revoluciones? ¿Querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras é inquietudes de que felizmente le habia libertado su heroico y cristiano modo de pensar? No, gracias al cielo, respondió el conde, ya no me inquieta la memoria del gran papel

que representé en el teatro de la corte; olvidé para siempre todos los honores que me rendian, todo el incienso que me tributaban. Pues, señor, le repliqué, si V. E. ha podido echar de sí todas esas memorias, ¿por qué se deja dominar de una melancolía que aflige y atormenta á todos sus fieles y amantes servidores? ¿Qué tiene V. E., señor? ¿qué tiene? prorumpí arrojándome á sus pies y bañándoselos con lágrimas. Algun grande y secretísimo disgusto está despedazando ese su angustiado corazon. ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á su favorecido Santillana, cuyo amor, zelo y fidelidad tiene tan íntimamente conocidos? ¿Qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza?

No la has desmerecido, repuso el conde, la posees tan entera como la poseias; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia, y aun estaba tambien por decir vergüenza, revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no debo ni puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo tan verdadero y fiel como tú: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confianza. Asi es, prosiguió, que soy desgraciada presa de una voraz melancolía que me roe las entrañas, y me va acortando los dias de la vida. Casi cada momento estoy viendo una fantasma ó un espectro que se pone delante de mí en una figura espantosa. Inútil-

mente pretendo persuadirme á mí mismo que es mera ilusion, sombra imaginaria en que nada hay de realidad, mentida representacion de la alterada fantasía: sus continuas apariciones me turban y me trastornan. No tengo tan perdida la cabeza que no conozca ser esto soñar con los ojos abiertos; pero tampoco es tanta mi fortaleza que no deje de afligirme mucho esta molestísima vision. A esta vergonzosa confesion me han obligado tus leales instancias; mira ahora si me sobraba razon para ocultarte el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con grandísimo dolor y no menor admiracion una cosa tan estraordinaria, conociendo que la máquina del pobre señor estaba físicamente alterada. Señor, le dije, ¿y quién sabe si todo eso procede de debilidad en fuerza del cortísimo alimento que toma V. E.? Eso mismo temí yo al principio, me respondió, y para esperimentar si provenia de la gran dieta á que me habia reducido, comencé á comer mas de lo ordinario: pero no por eso desapareció la sombra que me persigue. Ya desaparecerá, repliqué para consolarle. Si V. E. se quisiera disipar un poco, dignándose de volver á divertirse algunos ratos con sus fieles criados, no dudo que esos negros vapores se desvaneciesen del todo.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó enfermo el conde, y conociendo él mismo que el mal se iba haciendo serio, mandó que

viniesen de Madrid dos escribanos para disponer su testamento. Vinieron con ellos tres famosos médicos, de quienes se decia que habian curado algunos enfermos. Luego que se divulgó por el lugar la venida de los doctores, fueron universales las lágrimas y los gemidos, dando todos por cierta y cercana la muerte de su señor. Los médicos trajeron consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus recetas y decretos. Estos dejaron á los escribanos hacer su oficio, y despues entraron ellos á hacer el suyo. Gobernados al parecer por los mismos principios que el doctor Sangredo, ordenaron sangrías sobre sangrías, de manera que redujeron á los últimos al pobre enfermo al cabo de seis dias, y al séptimo le libraron para siempre de sus molestas visiones.

La muerte del ministro causó en todo el lugar un vivísimo dolor. Sus criados, desde el primero hasta el último, le lloraron amargamente. Lejos de consolarse en su pérdida por la memoria que hizo de todos en su testamento, no hubo siquiera uno que no renunciase gustoso al legado que le tocaba por verle restituido á la vida. Yo, que era el predilecto entre todos, y que por pura inclinacion me habia entregado todo á su persona, sentí su falta mas que todos juntos. Dudo mucho que la pérdida de mi querida Antonia me hubiese costado tantas lágrimas.

CAPITULO XI.

Lo que pasó en el lugar de Choesel despues de la muerte del conde-duque, y partido que tomó Gil Blas.

FUE enterrado el ministro en el convento, segun él lo habia dispuesto, sin mas pompa ni ostentacion que el llanto universal de los criados y vasallos. Despues de los funerales la condesa viuda hizo que se leyese el testamento á presencia de toda la familia, quedando toda agradecida y contenta. A cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor no menos que de dos mil pesos. A mí me dejó diez mil, en prueba del singular amor que me profesaba. No se olvidó de los hospitales; y fundó aniversarios en diferentes conventos.

La viuda envió á Madrid todos los criados para que cada uno cobrase de su mayordomo, Don Ramon Cáporis, lo que le correspondia; pero yo no pude partir con ellos porque me detuvo de siete á ocho dias en el lugar una fuerte calentura, fruto natural de lo que me afligió aquella pesadumbre. No me abandonó en todo aquel tiempo el buen religioso confesor de mi venerado amo. Habiame cobrado amor este digno sacerdote, y luego que me vió convalecido me preguntó qué pensaba hacer de mi persona. Padre reverendísimo, le res-

pondí, no sé qué le diga á V. paternidad, porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos ratos me viene gana de encerrarme en una celda para hacer penitencia por mis pecados. Preciosísimos momentos, respondió el padre. Señor Satillana, ¡y qué bien haria V. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo, que sin dejar de ser secular se retire para siempre á algun convento.

En la actual disposicion en que me hallaba no me pareció mal el consejo de aquel religioso; pero no queriendo resolverme de repente, pedí á su reverencia tiempo para pensarlo y para hacer mis reflexiones. Poco despues vino á visitarme Scipion; consulté el punto con él, esponiéndole el consejo que el padre me habia dado y mi propension á abrazarle. Quita allá, respondió prontamente torciendo el hocico y haciendo gestos. ¡Y es posible, señor Santillana, que V. se incline á semejante retiro! ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro, mucho mas solitario y agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, mucho mas le agradará ahora en que la edad mas madura y mas reflexiva es tambien la mas propia para admirar y dejarse embelesar de los inocentes y bellísimos objetos que presenta en los campos á nuestros ojos la madre naturaleza.

Poco tuvo que hacer el hijo de la Cosculina en persuadirme á que mudase de parecer. Pú-

seme luego de parte del suyo, diciéndole: amigo, mas has podido tú que el padre confesor de nuestro amo difunto. Veo con efecto que me hallaré mejor en mi casa, y asi declárome por este partido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita emprender el viage, lo que puede tardar poco, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarme. Asi sucedió, y luego pasamos á Madrid Scipion y yo. No me alegró la vista de aquella capital tanto como me alegraba antes. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oia el nombre de un ministro á quien tanto habia yo debido, no me era posible mirarla con buenos ojos; y asi solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Scipion para disponer todo lo necesario á nuestro viage. Mientras él atendia á esto yo me fui á ver con Cáporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los recibidores de las encomiendas sobre que yo tenia mis pensiones; arreglé con ellos el modo de librarme los pagamentos; en una palabra, puse en órden lo mejor que pude todos mis negocios.

El dia antes de partir pregunté á Scipion si se habia despedido de Don Enrique. Respondióme que sí, y que aquella misma mañana se habian separado los dos en buena amistad, sin embargo que mostró algun sentimiento de que le dejase. La verdad es, añadió,

que si él estaba contento de mí, yo no estaba muy contento con él, y no basta que el amo esté satisfecho del criado, es menester que el criado lo esté igualmente del amo; no siendo asi es indispensable que no vayan de acuerdo los dos: fuera de que Don Enrique hace ya muy mala figura en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno sabe darle otro nombre que *el hijo de la Genovesa.* Vea V. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Partimos en fin de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas con un calesero. Seguian tres machos cargados de ropa y dinero con otros tantos mozos de mulas: tras de estos venian montados dos fuertes lacayos escogidos por Scipion, y armados hasta los dientes. Los mozos llevaban tambien sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos ocho hombres, y los seis de mucho valor y de gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor cuidado. Al pasar por los lugares hacian tanto ruido las campanillas y cencerros de los machos y mulas, que los paisanos salian á las puertas á ver la comitiva, que les parecia ser de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.

CAPITULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria; tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina, y él mismo se enamora de una dama.

Tardé quince dias en llegar á Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me escitó algunos tristes pensamientos, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no me fue difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa vinieron apresuradamente á saludarme Beatriz, muger de Scipion, y su hija Serafina: despues de esto el marido, la muger y la hija parecian querer ahogarse unos á otros dándose recíprocos abrazos en testimonio de su cordialísima alegría, de manera que de verlos estaba yo como encantado. Dejé que se acabaran los abrazos, y mirando fijamente á mi ahijada, dije admirado: ¡Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando partí de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan

crecida. Es menester que pensemos en casarla. ¿Cómo asi? señor padrino, esclamó la muchacha algo cortada. ¡Acaba V. de llegar y ya piensa en alejarme de sí! No, hija mia, la respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos busques uno que te posea sin que te ausentes de tus padres, y que, por decirlo asi, viva con nosotros.

Un pretendiente en que se halla esa circunstancia, dijo entonces Beatriz, tiene la niña. Cierto hidalgo de un lugar inmediato la vió un dia en misa y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intento, y me pidió la muchacha. Poco adelantaria V., respondí yo al tal señor, aunque yo se la concediera. Serafina depende de su padre y de su padrino como los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por V. es escribir á uno y á otro informándolos de las circunstancias de su persona, y del favor que quiere hacer á mi hija. Con efecto esto iba á escribir á Vds. dos; mas ya que Dios me los ha dejado ver aqui, y estan informados de esta pretension, harán lo que mejor les pareciere.

Pero en suma, ¿quién es ese hidalgo? la preguntó Scipion. ¿Es acaso alguno de tantos como hay en este mundo de Dios hinchados con su hidalguía, é insolentes con los que carecen de esa alhaja? En cuanto á eso, respondió inmediatamente Beatriz, nada menos. Es

un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años. Vamos claros, dije yo á Beatriz, que es bellísimo el retrato que haces de ese caballerito. ¿Y cómo es su nombre? Don Juan de Juntella, respondió la muger de Scipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aqui en compañía de una señorita jóven, hermana suya. Ya he oido alguna vez hablar de esa familia, repuse yo, y he llegado á entender que es conocida en el reino de Valencia. Menos estimo, añadió Scipion, toda la hidalguía que pueda Don Juan tener, que las buenas prendas y cualidades; y sobre todo lo que nos hace mas al caso es que el tal Don Juan sea un grande hombre de bien. A lo menos tiene esa fama, dijo Serafina, tomando parte en la conversacion, y los vecinos de Liria que le conocen dicen mil bienes de él. Cuando oí estas breves palabras á mi ahijada, me sonreí mirando á su padre, el cual conoció por ellas como yo que no desagradaba á su hija aquel galan.

Tardó poco en saber nuestro arribo el mencionado novio, y dos dias despues vino á vernos. Se presentó con desembarazo y gracia; y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia hecho, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díjonos que como vecino venia á congratularse con nosotros por nuestro feliz retorno. Reci-

bimosle con la mayor atencion y el mayor agrado que nos fue posible; pero esta visita fue de pura urbanidad, pasándose toda en cortesanos recíprocos cumplimientos. Retiróse sin haber hablado ni una palabra que pudiese aludir á su inclinacion por Serafina: solamente nos suplicó que le permitiésemos repetir y aun frecuentar sus visitas, para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de ser muy gustosa para él. Quedamos satisfechos de sus buenos modales, y al dia siguiente por la tarde partimos Scipion y yo á pagarle la visita. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un paisano que despues de haber caminado tres cuartos de legua: aquella es, señores, nos dijo, la casa de Don Juan. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y nada pudimos ver hasta que llegando al pie de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la robaban á la vista en mayor distancia. La tal casa por defuera representaba mas antigüedad que opulencia en su dueño. Sin embargo, cuando nos hallamos dentro vimos que el aseo y buen gusto de los muebles recompensaba á la caduca ancianidad del edificio.

Recibiónos Don Juan en una sala medianamente puesta y adornada, presentándonos á una señorita de diez y nueve á veinte años, que dijo era su hermana y nuestra servidora

Doña Dorotea. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, y naturalmente queria no parecernos mal. Luego que la ví y pude descubrir en alguna manera sus prendas de cuerpo y alma, me hicieron la misma impresion que Antonia me habia hecho; y verdaderamente quedé en lo interior enteramente turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Scipion lo pudo conocer. Toda nuestra conversacion fue como la del dia anterior, reduciéndose al gusto que todos tendriamos de vernos y aprovecharnos de tan envidiable vecindad, viviendo como buenos vecinos. D. Juan no tomó en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que de mil leguas le pudiese dar ocasion á declararnos su amor, persuadidos á que lo mas decente y mas seguro era dejarle venir. Durante la visita echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de afectar que la miraba con indiferencia, y aun lo menos que me era posible. Si tal vez se encontraban sus ojos con los mios, eran nuevas saetas que me atravesaban el corazon de parte á parte. Confesaré sin embargo, por hacer exacta justicia á mi amado objeto, que no era una hermosura perfecta; la tez blanquísima, y la carne de una esquisita delicadeza; la boca mas encendida que una rosa; pero la nariz un poco larga, y los ojos algo pequeños; pero sin embargo el todo de su figura me encantaba.

En suma no saqué de casa de Don Juan el sosiego con que habia entrado, pues ocupado enteramente el pensamiento en Dorotea, no acertaba á pensar ni hablar de otra cosa. ¿ Qué es esto, señor? me dijo Scipion, mirándome como pasmado. Mucho habla V. de la hermana de Don Juan. ¿ Si estará enamorado de aquella linda dama? Sí, amigo, le respondí: lo estoy, y me avergüenzo de estarlo; pero no lo puedo negar. ¡ Santo cielo! ¡ Es posible que habiendo mirado con la mayor indiferencia á mil bellísimas mugeres despues que murió mi Antonia, haya encontrado ahora una que en mi adelantada edad encendiese en mi corazon un volcan de amor dejándome sin arbitrio para defenderme! Señor, me replicó el hijo de la Cosculina, pareciame á mí que debia V. celebrar esa aventura en vez de sentirla y de prorumpir en tan injustas quejas. No es tan viejo V. que desdigan de sus años los ardores de un lícito y casto amor, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante, que no conserve toda su gracia y no mantenga el derecho de parecer bien. Créame V. y tome mi consejo. La primera vez que vea á Don Juan pídale su hermana con toda resolucion, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que, aun cuando quisiese absolutamente casarla con un hidalgo, V. lo es pues tiene su ejecutoria, que basta para que no padezca el honor de su posteridad.

Despues que el tiempo haya echado sobre la tal ejecutoria el espeso velo que cubre todas las nobles familias, quiero decir, despues de cuatro ó cinco generaciones, la casa de Santillana será de las mas ilustres.

CAPITULO XIV.

Doble matrimonio que se celebró en la quinta de Liria; con lo cual se pone fin á la historia de Gil Blas de Santillana.

Animome tanto Scipion á declararme amante de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me esponia á un desaire. Con todo eso no me determiné á romper mi silencio sin algun recelo. Aunque mi cara disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia, sin miedo de no ser creido, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiese enamorarse de mí una muger hermosa y en lo mas florido de su edad. Sin embargo resolví á arriesgarme y pedirla á su hermano la primera vez que le viese. Este, por su parte, como no estaba seguro de conseguir á mi ahijada, tampoco dejaba de tener alguna inquietud.

Volvió á mi casa la mañana siguiente al dia de mi visita. Señor Santillana, me dijo apenas me vió. Hoy vengo á tratar con V. un negocio muy serio. Hícele entrar en mi gabinete, y desde luego se introdujo derechito



P. Alabern g.t

GIL BLAS.

en la materia. Creo, me dijo, que no ignora V. el asunto sobre que le vengo á hablar. Ahorremos de palabras. Yo amo á la señora Serafina: V. lo puede todo con su padre, suplícole que sea favorable á mi pretension, disponiendo que sea dueño del objeto de mi amor, que de esa manera perpetuamente reconoceré deber á V. toda la felicidad de mi vida. Señor Don Juan, le respondí: ya que V. ha escusado de rodeos, y se ha ido derechamente á la sustancia, tampoco estrañará que yo imite su ejemplo. Prometo á V. todos mis buenos oficios con el padre de mi ahijada Serafina, é imploro los de V. en mi favor sobre la misma pretension para con su hermana y mi señora Doña Dorotea.

Quedóse alegremente sorprendido Don Juan al oirme estas últimas palabras, y yo formé un buen agüero al observarle aquella alegre suspension. ¡ Es posible, señor, esclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya hecho la conquista de vuestro corazon! Sí señor, le respondí: encantóme enteramente, y me tendré por el mas dichoso hombre del mundo si mi pretension mereciere la aprobacion del uno, y el consentimiento de la otra. Eso es, me replicó, en lo que V. no puede ni debe poner la menor duda. Es verdad que somos nobles, pero tambien lo es que de la alianza con un hombre de las circunstancias de V., ninguna nobleza puede ni debe hacer desden. Me

alegro, repuse yo, que no se desdeñe Vd. de admitir por cuñado á un hombre que nació en el estado llano; esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio: pero sepa Vd. que aun cuando su vanidad le persuadiese á no permitir que su hermana diese la mano á ninguno que no fuese noble, todavía tenia yo con que contentar aun en este particular á su honrada delicadeza. Veinte años serví en las oficinas del ministerio, y del rey. Para recompensar los servicios que hice al estado, me gratificó S. M. con un ejecutoria y patente de nobleza, la que quiero lea V. ahora mismo con sus propios ojos. Diciendo esto saqué la ejecutoria de la papelera, entreguésela, y él la leyó con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dijo al devolvérmela: por lo que á mí hace, añadió, Dorotea ya es vuestra. Y á mí me parece, le respondí, poder aseguraros desde luego que podeis contar con Serafina.

Quedaron, pues, concluidos de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, faltando solo saber si lograriamos el libre y gustoso asenso de nuestras futuras, porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados en punto tan importante, las pretendiamos sin su beneplácito y grato consentimiento. Volvióse Don Juan á su lugar para comunicar mi proposicion á su hermana; y yo llamé á Scipion, Beatriz y mi ahijada, para darles parte de la conversacion que habia tenido con Don Juan. Beatriz dijo

desde luego, y sin pensarlo mas, que se le admitiese al punto por esposo. Serafina dió bastantemente á entender con su apacible silencio y turbacion, que era del mismo parecer que la madre. No fue de otro su padre, pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya casa solar tenia urgente necesidad de reparos. Tapéle luego la boca, diciéndole, que en eso no debia pensar él, porque yo desde aquel mismo punto me obligaba á dar cuatro mil ducados de dote á mi querida ahijada.

Escribí aquella misma noche á Don Juan, dándole parte de todo. Vuestros negocios, le decia, caminan admirablemente; deseo que los mios no estén en peor estado. No pueden hallarse en mejor, me respondió; Dorotea dió inmediamente su consentimiento sin esperar á que se echase mano del ruego, ni mucho menos de la autoridad. Cada instante se acuerda de vuestra persona, que le agradó mucho, y no le agradaron menos vuestras cortesanas modales. Vos temiais que vuestra persona no fuese de su gusto, y ella por el contrario teme con mayor razon, que solo puede ofreceros su corazon y su mano. ¡Qué mas puedo desear! esclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada tengo ya que apetecer en este mundo. Dios me ha dado mas de lo que me bas-

ta para esposarla sin dote; sola su posesion ha llenado todos mis deseos.

Contentísimo Don Juan y yo de ver puestas en tan buen estado nuestras cosas, resolvimos de comun acuerdo escusar todas las ceremonias superfluas para acelerar cuanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio, se despidió de nosotros, prometiendo volver el dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á mi novia me obligó á emplear tres horas cumplidas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun me pude reducir á estar contento de mi figura. Para un mozo que se prepara á ver y recibir á su dama, esta ridícula fatiga es una verdadera diversion; mas para un hombre que ya se acerca á viejo es una ocupacion fastidiosa. Con todo eso fui mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan, y ella me miró con unos ojos, que casi me hicieron creer que aun valia yo alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion, y descubrí ser de bellísimo carácter y de razon despejada; de suerte que llegué á persuadirme que con buen modo y mucha complacencia podria llegar á merecer su cariño aun despues de casado. Lleno de esta dulce confianza, hice venir de Valencia dos escribanos, que dispusieron los contratos matrimoniales. Llamóse al cu-

ra, quien nos casó á Don Juan y á mí con nuestras queridas esposas.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger de juicio y de virtud, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion; y como yo procuraba adelantarme á prevenir sus deseos, ella tardó poco en enamorarse de mí como pudiera hacerlo si me hubiera visto en la flor de mi juventud. En Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fue que las dos cuñadas estrecharon entre sí la mas fina amistad. Yo por otra parte reconocí en mi cuñado tales prendas, y le cobré tal afecto, que no lo sabré esplicar; y él me correspondió de tal modo que nunca tuve motivo para quejarme de su ingratitud. En fin era tal nuestra fraternal union, que cuando llegaba la noche y la hora de separarnos para ir cada uno á su casa, jamas lo haciamos sin dolor, de manera que al fin fue necesario resolvernos á vivir juntos debajo de un mismo techo para no formar mas que una sola familia.

Tres años ha, lector amigo, que paso una vida deliciosa en tan amable conpañía. Para colmo de mi dicha el cielo me ha concedido dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, cuya educacion será la ocupacion y empleo de mi vejez.

FIN.

INDICE

De los capítulos contenidos

EN ESTE TERCER TOMO.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODÉCIMO.

